Libro 1 de la trilogía

"La desaparición de Margot Lane"

LUIS A. SANTAMARÍA

MARGOT

Libro 1 de la trilogía
"La desaparición de Margot Lane"

LUIS A. SANTAMARÍA

MARGOT

Gracias por leerme.

Tú haces posible la existencia de esta y las otras novelas.

¡Disfruta de la historia!

Luis Zanfuerte

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47

Gracias por leer ‘Margot’
Huida
Un libro gratis
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otros thriller de Luis A. Santamaría

Copyright © 2023 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Luis A. Santamaría

Diseño de cubierta: Pedro Tarancón

Revisión y corrección: Ana Vacarasu

Fotografía de autor: Julio Jaime Fotografía

Fecha de edición: Marzo de 2023

www.luisalbertosantamaria.com

Para Silvia, siempre

PLAYLIST

Glory Days, de Bruce Springsteen
Rhinestone Cowboy, de Glenn Campbell
The Girl From Ipanema, de Frank Sinatra
Boys Don´t Cry, de The Cure
I Heard It Through The Grapevine, de Marvin Gaye
Strangers In The Night, de Bobby Durham
Recuerdos de la Alhambra de Francisco Tárrega
The Chain, de Kerala Dust
Nocturne N0.2 In Flat Major, de Fréderic Chopin
Thunderstruck, de AC/DC
Bury a Friend, de Bilie Eilish

«Nunca pertenecería a un club que admitiera como socio a alguien como yo».

— *Groucho Marx*

1

La noche previa al asesinato
Nueva York, 1981

Me gusta pensar que todos tenemos un instante que determina nuestras vidas. Un único y breve suceso entre un millón que, para bien o para mal, repercute en todo lo demás. Es lo que sucedió, por ejemplo, cuando, en 1831, el físico inglés Michael Faraday colocó un imán cerca de una bobina de cable y transformó por primera vez el movimiento en electricidad, impulsando la Revolución Industrial.

Para Patrick Mulligan, ese instante bien pudo ser cuando tocaron a su puerta por última vez.

Eran las siete de la tarde cuando regresó a casa de la oficina, previo paso por la guardería, para recoger a Margot. Era un sitio donde no aceptaban a niños de edades inferiores a dos años, pero Lisa, la mamá de Margot, había muerto debido a unas complicaciones durante el parto y Pat no tenía con quién dejar al bebé. Había probado a llevárselo a la oficina, pero el estudio estaba ubicado en la fría y aséptica planta quince de un acristalado rascacielos; en resumidas cuentas, un lugar nada apropiado para una bolita generadora de caca. Los berridos de la criatura encrespaban los nervios de Kevin y repercutían negativamente en el trabajo de todos.

Kevin Price era el socio de Pat y ocupa un rol relevante en esta historia, pero hablaré de él más adelante.

Por ahora basta con saber que, gracias a que Pat daba una buena primera impresión —era de esas personas de semblante amable a quien confiarías las llaves de tu piso en caso de emergencia— y debido a que las recién nacidas eran la debilidad de Nancy, la chica de la guardería, esta decidió hacer una excepción y de paso le solucionó la vida a Pat.

Mulligan llevaba a su hija dormida contra su pecho cuando entró en su piso, once horas antes de que alguien tocara a su puerta.

Desde el principio lo sabría. No iba a ser una visita amistosa.

Pero volvamos a la tarde anterior. El silencio del piso desveló al bebé, que, en lugar de explotar en un llanto agudo y penetrante, como ocurría siempre que se despertaba de repente, se quedó mirando a los ojos de su padre y le sonrió. Dos burbujas de baba se acumularon en

las comisuras de su boca, un milagro que habría hecho las delicias de Nancy. Volvió a sonreírle. Era como si, de alguna manera, fuera consciente de que algo grave estaba a punto de ocurrir.

A lo largo de su vida, la pequeña Margot no recordaría ese momento.

Pat, sin embargo, utilizaría esa sonrisa como la mecha que iba a impulsar sus arriesgados actos desde ese momento hasta el final del día siguiente, instante en que, finalmente, grabaría la sonrisa de su hija en su memoria y se la llevaría al otro mundo.

Desconozco si los hechos aquí narrados, lo sucedido a Pat Mulligan en sus últimas horas, describen de manera fidedigna lo ocurrido realmente. Lo más probable es que no sea así. No sé si Kevin Price detestaba los berridos de la niña, o si Nancy tenía predilección por las recién nacidas que hacían pedorretas con pompitas de baba. Ni siquiera sé si se llamaba Nancy. Puede que Patrick, de quien de hecho desconozco si tenía una expresión amable, nunca llevara a su hija a la guardería. A mí me gusta pensar que sí, que todo ocurrió como lo he narrado.

No obstante, más allá de alguna licencia literaria en pro de la historia que, estoy seguro, será entendida, sí sé de buena tinta que los hechos que estoy a punto de relatar acaecieron, porque las últimas acciones de Mulligan en este planeta tuvieron consecuencias que resonarían durante cuarenta años y afectarían a un buen número de personas.

Yo soy una de ellas.

Así pues, antes de contar cómo terminé trabajando para una organización criminal y para que se comprendan mejor los acontecimientos en que me vi implicado, siempre y cuando mi memoria sea capaz de atar los cabos de tantos y tan confusos sucesos, debo retrotraerme brevemente a ese día frío y neblinoso de 1980. En concreto, al momento en que el ingeniero Patrick Mulligan salió huyendo de casa con su hija Margot.

Porque ese fue el instante que determinó mi existencia.

2

El día del asesinato
Nueva York, 1981

Eran las seis de la mañana. Pat Mulligan corría, subiendo la calle hasta donde tenía aparcado su vehículo, a través de una nube blanca que era mezcla de la niebla matinal y el vapor que emergía de las alcantarillas. A pesar de que todavía estaba oscuro, las calles de Manhattan empezaban a despertar con las primeras persianas que subían y el regreso de aquellos trasnochadores cuyas vidas estaban yéndose por el desagüe. Con el llanto de su hija en los oídos, Mulligan avanzaba al ritmo más elevado que un hombre en sus cuarenta puede alcanzar portando un bebé en brazos. Dando largas zancadas, controlando de reojo los callejones por si lo abordaban de repente. Sabía que lo estaban siguiendo. Podían aparecer en cualquier momento, desde cualquier esquina.

Estaba aterrado.

Si lo encontraban, sería su fin. Y solo Dios sabía lo que le sucedería a Margot en ese caso. Pat no pensaba en otra cosa.

No tardó en llegar al coche, un flamante Ford Crown Victoria, el mismo modelo que usaba la policía. Sin resuello, se abalanzó contra la manilla de la puerta y colocó a Margot en la sillita para bebés que tenía instalada en la parte trasera. Acto seguido, se apresuró a ocupar el asiento del conductor. Dejó escapar un largo suspiro de alivio cuando cerró la puerta y giró la llave en el contacto. El motor se quejó al principio, deteniendo el corazón de Pat, pero acabó rugiendo con violencia.

Mulligan torció en el primer cruce y dejó su calle atrás. Como todavía había poco tráfico a esas horas de la mañana, se la jugó saltándose algunos semáforos en rojo y siguió hasta el túnel Lincoln. Durante el camino, vio a través del retrovisor a varios coches de carrocería negra doblando la calle y siguiendo su dirección. Cada vez que uno se situaba al lado de su Ford o lo adelantaba, Pat se aferraba al volante y contenía la respiración.

Un utilitario de color negro como esos había aparcado delante de su portal. Pat lo había visto, oculto tras la cortina de su ventana, segundos después de que llamaran a la puerta. Enseguida supo de

quién se trataba. Nadie acude al piso de uno un miércoles a las seis de la madrugada, si no es para pedir ayuda o con el fin de cumplir una amenaza. Y el modelo del coche que había abajo, la manera de llamar, no eran propios de quien necesita ayuda.

Habían vuelto a tocar a la puerta, dos golpes secos, fuertes, aunque perezosos y Pat supo entonces que tenía que tomar una decisión. Llenó una bolsa de deporte con lo indispensable, lo que incluía comida y pañales de repuesto para Margot y se puso un abrigo grueso por encima del pijama.

El hombre tras la puerta insistió una tercera vez.

Temblando de miedo, Pat se dio la vuelta y buscó con la mirada algún utensilio que pudiera servirle como arma. Se hizo con una sartén de la cocina, la cual blandió con la mano libre. Con la otra sostenía a la pequeña. Finalmente, abrió la puerta.

Tal como había previsto, un hombre con forma de tronco de roble ocupaba todo el ancho del descansillo, bloqueando la única salida. Iba ataviado con un traje gris y debía de superar los dos metros. Desde esa altura, le dedicó a Pat una mirada fruncida y arrugó el morro —una boca descaradamente pequeña en comparación con el resto de su cara — como un sabueso que está a punto de saltar a la yugular. Sin mediar palabra, levantó el brazo con la mano abierta. Una mano que, de haber descargado contra Mulligan, lo habría enviado directamente a la sección de urgencias del hospital. Eso, con suerte. En el peor de los casos, al cementerio sin pasar por la casilla de salida. Resultaba que, en el pasado, ese hombre había tenido una larga trayectoria en el boxeo callejero y se rumoreaba que contaba con más de una muerte por KO en su historial. De esto me enteré años más tarde, el mismo día que experimenté en mis propias carnes el potencial destructivo de la mano de ese armario empotrado. Pero aquella mañana no llegó a culminar su ataque mortal contra Mulligan, porque antes de que el mastodonte diera rienda suelta a su enorme brazo, Pat levantó la sartén y dibujó un arco que acabó con la base de esta en su oreja derecha.

Pat sabía que aquello era como cosquillas para ese hombre, pero el impacto desconcertó al roble por un segundo, un tiempo que Mulligan empleó en dejar caer la sartén, coger la bolsa de deporte y abrirse paso de un fuerte empujón. Después hizo exactamente lo que había planeado: corrió por el pasillo hasta la escalera de incendios, que caía al lado trasero del edificio —justo la cara opuesta a donde esperaba el coche negro del cual había salido el roble trajeado— y descendió los peldaños de metal de tres en tres. Cualquiera que lo hubiera visto lo habría tildado de inconsciente por saltar de esa manera con un recién nacido en brazos, pero ¿acaso sabían qué significaba ser perseguidos por un grupo de matones? Al pisar la calle, corrió como no había

corrido nunca.

Esperaba dejar la ciudad atrás para el amanecer y estaría en Dover en poco más de una hora, siguiendo la Interestatal 80. Allí encontraría a Chloe, una buena amiga del instituto, con la que Mulligan seguía manteniendo cierta relación. Chloe era la propietaria de un humilde local de tatuajes ubicado a las afueras de Dover, junto a un McDonald's. El negocio le proporcionaba el sustento suficiente para llevar al día las mensualidades del alquiler de su *loft* y abastecerse de la marihuana que daba sentido a sus días. No había sido tatuadora toda la vida. Durante los años de instituto, Chloe le había dado al arte callejero y de haber nacido un par de décadas después, quizá habría hecho carrera como grafitera profesional, porque sus diseños eran franca y objetivamente buenos. Algunos agentes de policía y jueces del estado de Massachussets no habían opinado lo mismo y, de no haber sido por las fianzas pagadas y los abogados financiados por Pat, que para entonces ya contaba con su propio estudio de ingeniería y las cosas le iban mejor que bien, Chloe habría pasado largas temporadas entre rejas.

En definitiva, Chloe le debía varias a Pat. Y había llegado el momento de cobrárselas todas a la vez.

Por eso ella no quiso saber por qué su viejo amigo había entrado en su local sin avisar, pálido y en pijama, con los ojos hinchados y un recién nacido en brazos. Por eso no se negó cuando Pat tumbó a la pequeña sobre la camilla y le pidió que le marcara el brazo, cosa que sin duda habría hecho de haberse tratado de cualquier otro cliente. Y por eso no hizo preguntas respecto a la serie de números y caracteres de los que constaba el tatuaje extraño que Pat le había solicitado.

Él no le había pedido nada en su vida, pero esa mañana, Chloe debió de ver en sus ojos la determinación de quien está realmente desesperado.

Durante la huida, Pat había comprendido la gravedad de la situación. «Si muero, la verdad se perderá para siempre». Nadie sabía dónde había escondido los documentos. Y aunque llegara a salir a la luz, solo él conocía la contraseña que permitía acceder a ellos. Él era el único eslabón, el único custodio del secreto que podría enviar al Grupo y a sus matones a prisión.

«Debo encontrar la manera», no había dejado de repetirse a medida que la ciudad quedaba atrás.

Nadie apuntó a su cabeza cuando Pat salió de la pocilga que era el local de tatuajes de Chloe, con su hija en brazos, a pesar de que casi lo estaba esperando. Esa sensación de estar siendo permanentemente vigilado y acosado no se le iría hasta que todo terminara.

La pequeña Margot no paró de llorar en el tiempo que duró el viaje de vuelta. Era un ruido que no dejaba a Pat pensar con claridad, pero

este no podía culpar a su hija. A él no le habían marcado con una aguja candente cuando solo tenía unos meses de vida. Al menos estaba más tranquilo por haber perpetuado la contraseña en un lugar secreto para el resto del mundo, menos para él.

Ahora debía resolver el segundo problema: poner a Margot a salvo. Ella era su primogénita, todo lo que tenía y lo que más quería en el mundo. Daría su vida por ella, eso lo tenía claro. Pero, además, ahora ella custodiaba la contraseña que protegía los documentos. Podía decirse que su hija era la llave para derrotar al Grupo. Pat enseguida supo que haría lo necesario para mantenerla a salvo y con vida.

Arriesgó deteniéndose en una vía de servicio. Solo llevaba un par de horas fuera de la ciudad, pero le pareció como si acabara de viajar al pasado rural de Estados Unidos. Incluso vio una tienda de alimentación para ganado.

Únicamente con el vehículo detenido podía cerrar los ojos, aislarse del llanto de su hija y enfocarse en buscar una solución. Sus pensamientos pronto se arremolinaron en una tormenta de miedo y lamentaciones, pues solo veía una salida posible. Y le partía el corazón.

El viento gélido de la tarde penetró en sus huesos nada más poner un pie fuera del vehículo. Estaba en un páramo aislado del mundo, a unos treinta kilómetros de su piso de la Tercera Avenida. Levantó la vista para tomar aire y algo más lejos vio un granero que parecía abandonado. Respiró hondo y sintió que su cuerpo se encogía por dentro. Tenía unas ganas inmensas de romper a llorar, porque ya contaba con algo parecido a un plan. Solo había una persona en el mundo que podía ayudarlo y en quien podía confiar algo tan importante como lo que estaba en juego.

Volvió al coche. Condujo un par de millas hasta la gasolinera más cercana y solicitó realizar una llamada local. «No será más de un minuto», prometió al dueño. La conversación acabó en menos de treinta segundos.

Cuando terminó de hablar por teléfono, retomó el camino sin perder tiempo en llenar el depósito y regresó al granero, donde volvió a detener el Ford. Allí activó su modo interno de piloto automático, de lo contrario no habría sido capaz de proceder con lo que estaba a punto de hacer. Cogió a su hija en brazos y la enfundó en mantas y abrigos que guardaba en el maletero. El bracito de la pequeña estaba rojo por la acción de la aguja, pero Chloe le había asegurado que, con la crema que le había untado, la irritación remitiría en un par de días como mucho. Temblando, Mulligan caminó hasta el granero y dejó el cuerpo de la pequeña en un rincón del interior de la edificación.

—Lo siento, hija mía. Te quiero mucho. —Quiero pensar que fueron las palabras que le dedicó. Yo no habría sabido qué decir.

Pensándolo bien, es posible que se le quebrara la voz y no fuera capaz de pronunciar ni una sílaba.

Nunca se había sentido tan vacío como en el viaje de vuelta. A pesar de que sabía que era del todo imposible, todavía podía oír la risa de su hija dentro de su cabeza. Seguiría oyéndola hasta el final.

Realizó todo el trayecto llorando. Al menos, los escasos quince minutos que tardó en llegar al peaje más próximo. Estaba anocheciendo cuando dos utilitarios negros le cortaron el paso y lo obligaron a detenerse en un punto donde el arcén se ensanchaba, a pocos metros de las barreras de la autopista.

Nunca sabría quién lo había delatado. Pudo ser Chloe. Pudo ser el tipo de la gasolinera. Y pudo ser aquel que estaba al otro lado del auricular durante la última llamada. A mí me gusta creer, porque todavía confío en la amistad incondicional, que ni Chloe ni el hombre del teléfono habrían vendido a Pat a un grupo de sicarios. Llámame ingenuo. Así que premio para el anónimo de la gasolinera, pues.

El roble trajeado que había llamado a la puerta de Pat aquella mañana emergió de uno de los coches. De la puerta trasera del mismo coche salió el reverso de la moneda: un hombre de unos treinta años, enjuto, fibroso, con dos aros en el lóbulo de la oreja y el cutis tan pálido y estirado que parecía que iba a rajarse al mínimo roce. Llevaba una desgastada chaqueta de cuero marrón y del labio inferior le colgaba un cigarrillo. Las puertas del segundo vehículo permanecieron cerradas y las lunas tintadas mantenían el interior en completo secreto. Cuando el más pequeño de los dos hombres, el punto sobre la «i», estuvo a la altura del Ford, le hizo a Mulligan un gesto con la mano.

«Baja la ventanilla».

Pat obedeció.

—No deberías haber salido corriendo —dijo el más pequeño. Hablaba como con falsete y tenía un acento melodioso, difícil de ubicar. Daba la impresión de que se iba a poner a cantar *Surfing USA* de un momento a otro. A Pat le habría costado mantener la compostura si no acabara de reservar plaza en el infierno.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

El hombrecillo señaló con la cabeza a su compañero.

—Esta mañana, Timothy te ha hecho una visita y has escapado. —Dio una larga calada al pitillo y después lo arrojó al suelo, con desdén —. Gran error.

Timothy. Pat no recordaba un nombre más desafortunado. Le evocaba a un compañero de secundaria a quien siempre elegían el último en los partidos de fútbol y cuyo bocadillo solía acabar en la mochila del abusón de turno. A ese armario empotrado le pegaba más un Salomon o un Garrett.

—Verás, es que no es mi tipo —respondió, tratando de sonar confiado, aunque por dentro sentía que sus órganos se derretían lentamente.

El matón, cuyo nombre, Joe Caruso, yo no conocería hasta la víspera del día en que apretó mi cuello e interrumpió mi respiración, emitió un sonido parecido al de un desatascador. Pretendía ser una risa.

—¿Qué opinas, Tim? Tenemos un gracioso.

Timothy gruñó.

—Ahora danos los documentos y te dejaremos marchar. Nuestro jefe es más magnánimo que nosotros, te lo puedo asegurar.

Al escuchar la alusión al jefe, tremendo eufemismo, Pat dirigió la mirada al segundo coche. En su interior, seguramente se encontraba el presidente del Grupo, a quien Pat conocía bien. Sintió un reflujo en el estómago.

—Aquí tienes —le dijo al rostro pálido tras rebuscar en la guantera del Ford.

El hombre cogió los papeles de Mulligan y los ojeó. Dos segundos después, un brillo de ira se encendió en sus pupilas.

—¿Qué coño es esto?

—Pues la documentación. ¿Es que no sois policías?

Caruso volvió a buscar la mirada de su compañero, pero esta vez no dijo nada.

—¿Estás quedándote con nosotros?

—No sé qué queréis que os diga, chicos.

En un rápido movimiento, como si fuera un truco de magia, el hombre sacó un revólver del interior de la chupa y pasó el cañón por encima de la puerta. Al tacto con su sien, a Pat se le antojó frío como la barandilla del ferry de Staten Island en Navidad.

—A lo mejor esta te ayuda a recordar. —A Caruso se le había agravado la voz—. Los documentos del rascacielos. ¡Ya!

—No los tengo aquí. —Pat había abandonado el rol de sarcástico. No era fácil con un arma apuntando a su cráneo.

Caruso encogió sus estrechos hombros.

—Pues dinos dónde están.

Pat escogió con cuidado las siguientes palabras. Desde que escribió ese dosier y lo escondió en el lugar seguro donde se encontraba ahora, había esperado ese momento. Tenía la mentira más que preparada. O, para ser más preciso, la media verdad.

Cuando terminó de hablar, Pat dejó de sentir el frío hierro contra su cabeza. Con el rabillo del ojo percibió el arma apuntando a la parte trasera del Ford.

—¿Y la niña?

Sintió que le subía la adrenalina. «¿Cómo podía saber ese hombre

que se había llevado a Margot?» De inmediato lo entendió. El roble que respondía al nombre de Timothy lo había visto salir con ella en brazos esa mañana.

—Con su madre —mintió. Solo mencionarla lo revolvía por dentro. No había ninguna madre, no la había habido desde que Margot había aparecido en este mundo. Eso él lo sabía, por supuesto. Y el hombre que lo estaba apuntando, también. Eso era lo que le provocaba miedo. Certificado por la brutalidad del cañón. Por el roble de boca diminuta, que llevaba el día entero persiguiéndolo y que esperaba una señal para actuar. Y por el hombre que aguardaba en el otro vehículo.

Su atacante sonrió, incrédulo.

—Espero que nos hayas dicho la verdad. —Volvió a apuntar a la cabeza del ingeniero y el miedo de Pat se transformó en pavor. No era solo el agujero negro que miraba a su cabeza. Era el conjunto—. Si has mentido, encontraremos a tu hija y la mataremos.

Ese conjunto. Pat no podía respirar. «La verdad». Confiaba en que la llamada telefónica que había hecho hacía un rato desde la gasolinera tuviera el efecto deseado. «De lo contrario, la verdad se perderá para siempre».

No se atrevió a volver la cabeza hacia la pareja de matones que estaban amenazando su vida y la de su hija, pero un simple *clac* bastó para aterrizar en la más triste y demoledora realidad. Era el ruido que hacen las pistolas cuando se les quita el seguro. Pat lo había visto en muchas películas. Por eso, porque sabía que le quedaban, siendo generoso, segundos de vida, se apresuró a recordar a Margot. Su risa. Su silencio cuando lo miraba fijamente a los ojos, instantes antes de estallar en una carcajada que solo un recién nacido es capaz de inventar. Las burbujas de baba que quedaban atrapadas en las comisuras de su boca pequeñita.

Pat Mulligan, que había sido educado bajo los principios cristianos pero que no era practicante, dedicó los últimos instantes de su existencia a rezar. Tan absorto estaba suplicando en silencio por la vida de su hija, que ni siquiera oyó el disparo que le atravesó la cabeza.

3

El Atlas Center, la nueva sede del Grupo Atlas, aún se erige en el número 601 de Lexington Avenue en su cruce con la Tercera Avenida, en Nueva York. Con novecientos quince pies de altura y más de ciento cuarenta mil yardas cuadradas de superficie de oficinas, el edificio está construido sobre la iglesia evangélica luterana de San Pedro, habiendo constituido en su día uno de los mayores desafíos de ingeniería de la historia de Manhattan. Su estructura acristalada es parte característica del *skyline* de la ciudad. Entre las plantas veintiocho y treinta y tres se alojan las oficinas del Grupo Atlas. El piso treinta y cuatro es la planta presidencial. Los empleados de la empresa constructora no tienen acceso a él y las visitas requieren de una identificación especial, previamente concedida por la cúpula directiva, para visitar al presidente. El despacho presidencial, con una puerta que accede directamente a otro despacho más pequeño destinado a la secretaría, además de ocho salas de reuniones bien equipadas, conforman toda la planta. Lleva siendo así desde que Adil Al-Sayid, fundador y presidente ejecutivo del Grupo, se instalara en el edificio tras su inauguración.

Aquella tarde de 1981, Al-Sayid acababa de despedir con un apretón de manos a todos los integrantes de la comitiva del ayuntamiento, encabezada por el concejal de urbanismo. Llevaba puesto su mejor traje y se había afeitado para la ocasión. En condiciones normales no habría obviado la kufiyya y desde luego que se sentía desnudo sin la barba, pero esa tarde deseaba causar una impresión lo más occidental posible. Necesitaba la aprobación del ayuntamiento para obtener ciertos permisos de construcción en distintos puntos de la ciudad y para ello era bueno que su origen árabe pasara lo más desapercibido posible. En la actualidad, el magnate de la construcción no necesita de esas chorradas sociales para cerrar negocios; al contrario, son sus interlocutores quienes suelen preocuparse por causar la mejor impresión. En cualquier caso, tampoco le harían falta; tantos años viviendo a caballo entre América y el Reino Unido lo han convertido en un hombre a todas luces occidental. Pero en los años ochenta aún era un joven y ambicioso musulmán que aspiraba a hacerse un hueco en un mundo de tiburones empresariales.

A solas en su despacho, Adil contemplaba las resplandecientes luces de la metrópoli, siempre tan vivas e inspiradoras, nada que ver con los descorazonadores atardeceres del desierto. El sol ya se había puesto, pero él sabía que su misión particular no acababa más que iniciar su imparable ascenso. «Esta noche se resolverá todo», pensó, aún sorprendido al pensar en lo vulnerable que se había sentido hacía sólo unas semanas al enfrentarse a aquellos que amenazaban con destruir su imperio.

El Grupo Atlas era la empresa constructora con mayor índice de crecimiento del país en el último año, así como la más sólida en términos económicos. Su salida a bolsa el otoño anterior había sido un buen indicador de ello. Pero por desgracia, Adil era consciente de que, en tiempos de cinismo social, de racismo desmedido y con una legión de *vendehumos* chupasangre invadiendo las casas a través de los periódicos y la televisión por cable, el meteórico ascenso de un joven presidente musulmán era objeto de críticas.

—Son muchos los que aseguran que el Grupo Atlas se financia con dinero del islam —le comentaban con frecuencia los periodistas—. ¿Qué tiene que decir ante tales acusaciones?

—Absolutamente nada —respondía siempre el constructor sin perder la paciencia—. Somos una empresa cien por cien legal y transparente. Cualquiera puede acceder libremente a nuestras cuentas. Creo que no todos pueden decir lo mismo.

—¿Es cierto que entregan una copia del Corán a los nuevos empleados? ¿Que les someten a pruebas tipo test sobre dicho libro, las cuales tienen que superar para trabajar en el Grupo?

Era una pregunta que provocaba una carcajada en el joven Al-Sayid. Podía jurar ante un tribunal que sus chicos no eran adoctrinados en ningún tipo de religión, ni antes ni después de entrar en plantilla, pero de lo que no cabía ninguna duda, era de que, últimamente se requería de una imaginación única para ejercer periodismo.

—Solo una pequeña parte de la plantilla es musulmana —se limitaba a responder—. Los que trabajan con nosotros pertenecen a muchas y diversas ideologías religiosas. Tenemos empleados cristianos, judíos y también ateos. Incluso algunos pertenecientes al Opus Dei que están casados, tienen familia y viven la obra de Dios a su manera. Estamos muy orgullosos de ello, en realidad. Lo que sí le aseguro es que, salvo el ejemplar que atesoro en mi despacho, heredado de varias generaciones, no he visto un solo Corán desde que fundé la empresa.

La impecable explicación, enturbiada por el insalvable acento árabe de Adil, casi nunca servía. Los medios de comunicación se alimentaban normalmente de polémicas y rumores y el Grupo Atlas,

como cualquier gran corporación, contaba en su historial con algún escándalo que ensombrecía los éxitos. Hacía cuatro meses se había descubierto que un concejal de Queens había asignado al Grupo Atlas la construcción de un pabellón deportivo, a cambio de que el Grupo subcontratase para el cimentado y los encofrados a una empresa concreta, de la que, casualidad, era gerente el hermano del concejal. El chanchullo, del que Adil no había sido consciente, había llegado a oídos de la prensa y como consecuencia, a la masa social, que no perdió la oportunidad de criticar la «corrupción de un inmigrante musulmán».

«El lobo no pierde el tiempo tratando de convencer a las ovejas», pensó Adil, preguntándose si aquellos críticos tenían idea de cuántos sacrificios había hecho él para llegar a su posición. El Grupo gozaba de una salud financiera envidiable y todo era gracias a su trabajo.

Sin embargo, en las últimas semanas, el Grupo Atlas se había visto enfrentado a una amenaza mucho más poderosa que la de los medios… Un enemigo inesperado, cuya traición Adil no había previsto. Hacía unos días, los cimientos del Grupo se habían agitado —en todos los sentidos posibles— y él aún se estaba tambaleando por culpa de la sacudida.

—Mulligan no es consciente de a quién le ha declarado la guerra —murmuró para sus adentros, mirando la chispeante noche seductora al otro lado del cristal.

Sus ojos captaron el reflejo de su propio rostro: ancho y acetrinado, dominado por una cicatriz que cruzaba su mejilla desde el ojo izquierdo hasta el labio superior, originada en una pelea con un pijo xenófobo durante su etapa en Harvard. Ya casi no se fijaba en aquel defecto físico. La ausencia de barba, sin embargo, se le hacía sumamente extraña. Le confería aspecto infantil, inofensivo.

Estaba cogiendo su abrigo de piel para dejar la oficina cuando su busca empezó a vibrar. Se estremeció. Todas las llamadas que llegaban al trabajo, tanto profesionales como laborales, las recibía Nancy y era ella quien se las pasaba a él. Así era como funcionaban, era el método habitual. Sin embargo, muy pocos conocían aquel número y su secretaria no era uno de ellos. Adil tenía interiorizado que debía compartimentar esas dos áreas del trabajo. Había dejado muy claro a los chicos que era una línea exclusiva para temas urgentes. Por eso sabía que no podía dejar de contestar aquella llamada.

Excitado, respondió en voz baja.

—Diga.

—Hemos encontrado los documentos, Califa —dijo su interlocutor —. Están en una caja de seguridad. En el J.P. Morgan. Casi nos basta con cruzar la calle.

El empresario sonrió. Le gustaba cómo sonaba su sobrenombre en

boca de otros.

—Entonces estamos cerca.

—Los podemos conseguir inmediatamente. Pero necesitamos su influencia.

—¿Sabéis cómo acceder a la caja de seguridad?

—Por supuesto. Mulligan lo cantó todo antes de morir.

Adil Al-Sayid sintió que su corazón daba un vuelco. No le gustaba que se derramara sangre. Ya había visto lo que ocurría con las organizaciones que despachaban sus asuntos mediante la violencia. Una cosa era apretar, intimidar, e incluso extorsionar, siempre que fuese por un bien mayor, como era el caso. Pero ¿ahora Mulligan estaba muerto? En las últimas semanas, Patrick se había convertido en su principal enemigo, pero eso no justificaba una ejecución. Le disgustaba la sensación de resolver los problemas por la vía fácil.

—¿Lo habéis matado?

—Un trabajo limpio.

—Solo teníais que obligarlo a entregar los documentos.

—No nos dio elección, Califa.

Adil lo dejó estar por esa vez. El asunto que tenían entre manos era de suma importancia.

—Dejad que realice una llamada —le dijo a su hombre—. Te llamaré. Estad preparados. Todo terminará hoy.

Tras colgar el teléfono, el corazón le latía con fuerza. Tanto que dio un respingo cuando la voz de Nancy se oyó por el comunicador que había sobre la mesa:

—Adil, ¿te pillo bien?

Pulsó el botón que abría el micrófono.

—Sí, Nancy. ¿Qué ocurre?

—El tío ese del sindicato, el que ha llamado a primera hora. Te espera por la otra línea.

Adil respiró hondo.

—Dile que ya he salido. Que vuelva a llamar mañana. O invéntate algo, tú tienes don de gentes.

Se oyó un resoplido.

—Revisaré tu agenda y cerraré una reunión la semana que viene.

—Como quieras. Ah, y otra cosa...

—Dime, jefe.

—Te he dicho mil veces que no me llames Adil.

—Cierto, Califa. Disculpa.

Volvió a echarse el abrigo al brazo, rezó una breve oración en voz baja y abandonó el despacho en dirección al vestíbulo, donde su chófer lo estaba esperando. Tenía esa llamada pendiente en la cabeza. La efectuaría desde su residencia, donde nadie pudiera oírlo, por si acaso. Estaba tan ensimismado en los acontecimientos que había

puesto en marcha, que ni siquiera se despidió de Nancy en persona.

4

Recostado en la silla ergonómica de su reducido cubículo en la sede del J.P.Morgan, Leroy Perry leía la *Sports Illustrated* mientras esperaba a que dieran las ocho para coger su cazadora de los Jets, enfundarse su gorra de la suerte y cerrar el banco. Como se había quedado solo en la oficina y esa zona del edificio no contaba con cámaras de seguridad, podía apoyar los pies sobre la mesa de escritorio, como si estuviera en el salón de su casa, sin miedo a represalias. Solo le faltaban la doble con queso y la cerveza helada con la espuma desbordando la jarra.

A sus más de cincuenta años, sabía que ya nunca lo ascenderían a supervisor. No obstante, más de media vida cumpliendo con el horario a rajatabla, además de la popularidad de la que gozaba entre los clientes, debido a su labia y su habilidad para tratar a las personas como seres de carne y hueso, habían conseguido que Leroy Perry fuera nombrado el encargado de los aspectos triviales del día a día en el banco: la organización de la cena de Navidad, la recopilación de donativos en despedidas y maternidades, la distribución de loterías y cupones deportivos y el cierre de la oficina cada tarde.

Ese viernes, mientras leía una entrevista concedida por el entrenador Walt Michaels, el sonido del teléfono lo interrumpió. Descolgó contrariado. No era habitual que un cliente llamara a esas horas tan tardías.

—¿Diga?

—Hola, Perry.

Leroy bajó los pies de la mesa de inmediato y se irguió en la silla. Aunque reconocía la voz del director, nunca, en los casi treinta años que llevaba trabajando allí, lo había llamado a su teléfono y menos a esas horas. El director era un hombre que disfrutaba del cara a cara y casi siempre trataba sus asuntos en su despacho.

—Siento molestarte a estas horas, Perry —dijo con una voz que también sonaba sorprendida. De fondo se oía a los expertos deportivos comentando la previa del partido de esa tarde. Leroy se imaginó a su superior sentado en el mullido sofá de su lujoso salón, con una bata de seda, un coñac en una mano y en la otra con el teléfono, preparado para disfrutar del gran derbi—. Tengo que pedirte un favor. Acabo de recibir la llamada de un importante cliente. A lo mejor lo conoces: Adil Al-Sayid.

—¿El director ejecutivo del Grupo Atlas?

«Claro que lo conozco. Hay que venir de otro planeta o haber estado en coma los últimos años para no haber oído hablar de él», se dijo. La actividad constructora del grupo que dirigía Al-Sayid se había hecho cada vez más influyente en los últimos años, especialmente en el distrito de Manhattan. Su ascensión al olimpo del sector había recibido el espaldarazo final en 1979, cuando el alcalde se plantó frente a las cámaras y cortó la cinta que daba por inaugurado el Atlas Center, desde ese día, uno de los rascacielos más emblemáticos de la ciudad. Curiosamente, la construcción de aquel colosal edificio coincidía en el tiempo con la milmillonaria financiación que Al-Sayid había firmado con el J.P.Morgan. A partir de entonces, ese peculiar árabe de pulcra educación, que se vestía como una mezcla de jugador de golf y domador de camellos, había atraído los *flashes* y los titulares de todas las revistas y periódicos de economía.

—Al-Sayid me ha llamado para pedirme un favor —prosiguió el director, con voz nerviosa—. Uno de sus chicos necesita visitar el banco.

—Por supuesto. Puedo recibirlo mañana a primera hora —dijo, comprobando de nuevo el reloj—. Ahora tengo que cerrar.

—¿Perry?

—¿Señor?

—Cierra, pero quédate en el banco. Lo recibirás esta misma noche.

Leroy Perry estaba cada vez más confundido.

—Discúlpeme. ¿No puede esperar a mañana?

—Me temo que no. Me ha dicho que es urgente.

«Urgente…» Perry torció el morro como un chihuahua con malas pulgas. Cuando todo se convertía en urgente, el término perdía el significado.

—Pero…

—Leroy, es una orden. —El director no le dio la opción de protestar. No era el típico jefe que tirara de la carta de la autoridad a menudo, pero cuando la usaba, no admitía una réplica por respuesta —. Lo consideraré un favor personal que me hace. Él podría estar ahí a eso de… ¿las ocho y media? Dentro de cuarenta minutos.

Leroy frunció el ceño. El partido comenzaba a las nueve y él tenía al menos media hora en metro hasta el estadio. Casi podía sentir la entrada pesándole en la cartera, dentro del bolsillo del pantalón. Aunque ese hombre llegara puntual, le iba a ser del todo imposible arreglárselas para ver los dos primeros cuartos. Maldijo su mala suerte y se mordió los nudillos con impotencia antes de acabar diciendo:

—Sí, claro, lo atenderé gustosamente.

El director le dio las gracias y colgó.

Tiró la *Sports Illustrated* sobre la mesa y se levantó para servirse un

café en el rincón de la oficina dedicado a las cafeteras eléctricas. La llamada lo había soliviantado y desconcertado a partes iguales. A su edad, un soltero como él tenía pocas ilusiones en la vida y el fútbol americano era una de ellas. Puede que la más importante. Y esa tarde iba a perderse el gran derbi, mientras el director lo disfrutaría acomodado en su sofá de piel, acompañado de sus hijos metódicamente educados y su preciosa mujer. Leroy podía oír la rasposa voz de su difunta madre desde la tumba: «¡Haber *estudiao*!». Por otro lado, la llamada telefónica lo había dejado intranquilo. El director no se caracterizaba por pedir favores sin necesidad, eso debía admitirlo. Pensó en su voz al otro lado del auricular. No había transmitido la seguridad que en él era habitual. ¿Qué cosa tan urgente necesitaría el lacayo de ese árabe millonario del Grupo Atlas para que este telefonease al director del J.P.Morgan directamente, solicitándole una recepción de urgencia? En toda su carrera, Leroy no había atendido una petición semejante.

Con todo, el bueno de Leroy Perry cumplía las órdenes que le daban.

Regresó a su cubículo con el vaso de plástico de café hirviendo en la mano y se puso a jugar al *Space Invaders* para matar el tiempo. Aproximadamente media hora después, el timbre de su teléfono volvió a tintinear en el vacío de la oficina. Lo llamaban desde la garita de seguridad.

—Un hombre solicita la entrada —informó el guardia—. Un tal Patrick Mulligan. Dice que viene de parte de Adil Al-Sayid, del Grupo Atlas.

—Sí, lo estaba esperando. Déjalo pasar.

Lo último que recogió el auricular antes de terminar la transmisión fue el chasquido metálico que hacía la puerta principal del banco al abrirse. Un escalofrío recorrió su piel y, sin saber por qué, Leroy sintió inquietud.

5

Esa noche, el vestíbulo de la JP Morgan Tower estaba silencioso como un mausoleo y el único indicio de vida era un pegajoso olor a nicotina y sudor, resquicio de la frenética jornada laboral de esa tarde.

Joe Caruso detectó cierta incomodidad en el guardia de seguridad mientras este le permitía el acceso al interior del edificio, previo paso por el detector de metales, cosa que no le sorprendió. Estaba acostumbrado a que la gente diera muestras de desconfianza en su presencia. Afortunadamente, la identidad del ingeniero de estructuras Patrick Mulligan abría más puertas que la de un matón a sueldo como él. Y la influencia de una llamada de Califa, infinitas más.

Un hombre salió de uno de los ascensores del vestíbulo y se dirigió a él sin dudar, como si lo estuviera esperando. Aun vestido de traje y corbata, era fácil imaginárselo manipulando filetes con unas pinzas frente a una barbacoa.

—Leroy Perry —se presentó, estrechándole una mano blanda y caliente.

—Patrick Mulligan. Gracias por recibirme a estas horas, soy consciente de que ya deberían haber cerrado.

—No se preocupe, es un placer —aseguró el hombre con una sonrisa vacía que indicaba todo lo contrario. El hecho de que hubiera comprobado su reloj de muñeca tres veces en menos de un minuto demostraba que aquello le resultaba de todo menos placentero y que estaba allí en contra de su voluntad—. ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Me gustaría acceder a mi caja de seguridad.

—Acompáñeme.

Hizo un gesto con el brazo y se dirigió hacia el fondo del vestíbulo, con la torpeza con la que caminan los hombres de mediana edad con cierto sobrepeso.

—Para ser honesto, ha sido mi jefe quien me ha pedido recibirlo de manera excepcional —matizó a medida que avanzaban—. Se nota que tiene amigos influyentes.

«No lo sabe usted bien», pensó Joe, a quien el papel con la contraseña escrita empezaba a quemarle en el bolsillo de la chaqueta de cuero.

—¿Así que trabaja para el señor Al-Sayid? —quiso saber el hombre.

—Con él, no para él —puntualizó Caruso en su papel de Pat Mulligan—. Colaboramos en el proyecto del Atlas Center.

Leroy Perry asintió con la cabeza, aunque su expresión dejaba claro que la conversación no le interesaba en absoluto. Era de esos que hablaban por hablar. Joe detestaba a esa clase de gente.

—Un edificio impresionante, el Atlas —añadió Leroy.

—Gracias. Sí que lo es. Este tampoco está mal.

Bajaron unas escaleras hasta el primer sótano y continuaron caminando por un angosto pasillo. Mientras seguía a Leroy, a Caruso le sorprendió la frialdad de las catacumbas de ese imponente rascacielos. A diferencia del vestíbulo, con sus remaches metalizados, sus baldosas enceradas y sus cálidos revestimientos de madera, el sótano de la sede del J.P.Morgan era vulgar y poseía algo de la desnudez que recordaba a las salas de espera de cualquier edificio público. Si el resto del edificio parecía un museo de arte clásico, los subterráneos se asemejaban a la consulta de un dentista. Cuando Joe alzó la mirada para contemplar el techo con los halógenos unidos por gruesos cables de luz que parecían terminaciones nerviosas, se imaginó que estaba en el umbral de una mina.

«Una imagen muy adecuada», pensó. El tesoro que Mulligan guardaba en esa mina estaba a punto de ver la luz definitivamente. Impaciente por ponerse manos a la obra, Caruso deseaba que Leroy terminara de guiarlo y lo dejara solo. Era un hombre ancho pero torpe, seguro que tenía la fuerza de un cachorro lactante, así que aun sin su arma habría podido inmovilizarlo sin dificultad. Pero había jurado a Califa no recurrir a la fuerza esta vez, a menos que fuera absolutamente imprescindible.

Doblaron el pasillo un par de veces hasta que alcanzaron una puerta blindada, frente a la que se detuvieron. Por las características de la puerta, Joe supo que estaban ante la cámara acorazada del banco.

Leroy pulsó una serie de botones en un panel de la pared y el portón se abrió con un ruido neumático.

—Las cajas fuertes de seguridad —anunció desdeñoso el bancario, sin la solemnidad que el momento requería.

Ante ellos se abría una sala hueca de forma cúbica, fríamente iluminada y no más grande que un lavadero de coches. Las paredes estaban cubiertas, desde el suelo hasta el techo, por cajones apilados. Todos ellos eran del mismo tamaño —algo mayor que una caja de zapatos— y contaban con una puerta blindada que solo contenía un número identificativo, un bombín y un panel de botones más pequeño que el que abría la puerta acorazada. Joe vivía en un bajo interior de cincuenta metros cuadrados, pero, de no encontrarse tan excitado por el vital momento, habría sentido claustrofobia.

Caruso se quedó observando los compartimentos, con los brazos en jarra. Quien deseaba poner a buen recaudo cualquier elemento de valor, desde bonos del Estado hasta joyas o artículos de coleccionista, podía alquilar uno de los compartimentos y depositar en él sus pertenencias de manera anónima, asegurándolas mediante un sofisticado sistema de seguridad. Bastaba con conocer el código de apertura para retirarlas en cualquier momento. Y Joe tenía en su poder la contraseña de Mulligan, él mismo se la había dado antes de que le llenara el coco de pólvora.

Tuvo que contenerse para no frotarse las palmas de las manos como un villano de película. Con la sonrisa que le había aparecido de oreja a oreja, sin embargo, no pudo hacer nada.

En aquel mismo momento, en el último piso del 927 de la Quinta Avenida, el impacto del chorro de agua fría de la ducha liberaba los músculos de Adil Al-Sayid de su agarrotamiento.

«Ha sido un día largo», pensó, complacido por sentirse ahora tan relajado.

Adil salió de la ducha, se puso el albornoz por encima de su cuerpo empapado y esbozó una extraña sonrisa frente al espejo. Los caminos que dibujaba el agua al caer por su bronceada piel, desde el pectoral hasta las ingles le realzaban los músculos haciéndole parecer un ser divino.

Era todo un placer vivir ese estilo de vida. «Alá sabe que me lo he ganado con mi sudor y sangre. Ese traidor de Mulligan no va a arrebatarme todo lo que he logrado». Pero aquella noche, las reglas habían cambiado. Tan sólo hacía unos meses, Adil había temido por su brillante carrera empresarial. Ahora, la solución se encontraba al alcance de sus manos.

Si en el banco todo salía según lo previsto, Adil estaría en posesión de aquello que lo liberaría de la asfixiante posibilidad de acabar entre rejas para siempre.

6

Cuando Joe Caruso miró aquel espacio vacío, el corazón comenzó a latirle con fuerza. Por un instante se sintió como un Lupin moderno.

—Debo suponer que, como titular de la caja, conoce el protocolo de apertura —dijo Leroy, cuya mirada sentía Joe clavada en su cogote.

Este asintió con indiferencia, como si le estuvieran hablando del simple mecanismo de un ascensor. En realidad, hasta hacía unas horas no habría sabido ni por dónde empezar en un sitio como aquel. Al contrario de lo que la opinión popular pudiera pensar, un matón a sueldo no tiene por qué saber de cajas fuertes. En su caso, nunca se había visto en el interior de una cámara acorazada, pero, por suerte, aquel que le pagaba, Adil Al-Sayid, sí estaba familiarizado con la utilización de esas sofisticadas cajas de seguridad. Había sido él quien le había contado todo lo que había que saber respecto a su funcionamiento.

Debido a que las cajas solían guardarse tras las paredes de la bóveda de los bancos, como era el caso del J.P. Morgan, los clientes no podían simplemente entrar y abrir la suya. Primero debían contar con la ayuda de un representante del banco —en el caso de Joe, ese rol iba a ser ocupado por el gordinflón de Leroy—, encargado de sacar la caja de la pared. El protocolo obligaba al cliente a presentar una identificación que demostrase que estaba autorizado a abrir la caja. Además, tendría que estampar su firma, la cual, acto seguido, el representante del banco compararía con la firma grabada en la tarjeta de registro original de la caja. Una vez que el cliente fuera autorizado, este obtendría permiso para entrar en la cámara, acompañado del representante del banco.

Esa noche, Joe no tuvo que presentar ninguna identificación, ni falsificar la firma de Mulligan; por fortuna, la influencia que tenía una llamada de Al-Sayid —Califa, como él insistía en que lo llamaran— había alcanzado unas cotas que estaban muy por encima de sus expectativas.

—Por supuesto que lo conozco, se trata de mi caja —respondió Joe, muy seguro de sí mismo—. ¿Podemos proceder?

No le pasó por alto la mirada de desprecio que le dedicó Leroy antes de sacar una llave alargada de su bolsillo y avanzar un par de pasos hacia uno de los compartimentos. —«El de Mulligan»—. Seguro

que era la misma expresión que el gordinflón adoptaba ante un plato de brécol cocido.

Siguiendo el protocolo, ahora Leroy insertaría la llave maestra del banco en la caja de seguridad. Acto seguido, Joe pasaría a introducir, pulsando los botones del panel en un orden concreto, la contraseña que le facilitó Mulligan. Entonces el compartimento se abriría, Leroy retiraría la caja de la pared y finalmente, la colocaría en un área de visualización, normalmente una habitación privada, donde Joe pudiera revisar el contenido de su interior.

El bombín realizó un ruido mecánico cuando Leroy hizo girar la llave maestra. Joe lo recibió con la excitación de un orgasmo inesperado.

—Su turno —indicó el oficinista—. Tiene tres oportunidades antes de que la caja se bloquee.

Joe cogió aire y se colocó frente al panel. A su lado, Leroy desprendía un sutil olor a café de máquina que normalmente le habría provocado una sensación desagradable en el paladar, pero en ese instante estaba tan emocionado que hasta su aversión por el café fue ignorada.

Del bolsillo interior de su chupa extrajo el papel, con una serie de caracteres anotados, que traía preparado. La contraseña de Mulligan.

Al principio, cuando el ingeniero de estructuras se la había desvelado, Joe se había sorprendido. Esperaba que la clave fuera una palabra, o una combinación numérica que obedeciera a algún sistema matemático, compleja a simple vista, aunque sencilla de recordar si se sabía la relación. Pero solo era una larga serie de dígitos y caracteres ordenados sin ningún criterio.

«¿Tres oportunidades? Me sobran dos».

Con el papel temblando entre sus manos, recorrió con la mirada el panel que abría la caja y no pudo evitar una sonrisa. Ahí, en los subterráneos del banco más importante del país, Joe Caruso iba a robar los documentos que podrían hacer naufragar a todo el Grupo Atlas.

«Califa va a cubrirme en dinero por esto», se regodeó.

En intimidad, pues Leroy, ciñéndose al protocolo, se había retirado para no ver la contraseña de acceso, Caruso fue pulsando los botones del panel siguiendo la contraseña de Mulligan, impaciente por escuchar el *clac* que anunciaría la apertura de la puerta. Cuando terminó, presionó el botón de confirmación.

Se quedó en silencio, contemplando ansioso el compartimento.

No pasó nada.

Confundido, bajó la vista al papel y releyó la contraseña. No daba margen a la equivocación; antes de mandarlo al otro barrio, había obligado a Mulligan a repetir la combinación. Para evitar

malentendidos, Joe había anotado los caracteres en mayúsculas y los dígitos con todos sus apéndices. Volvió a introducirla en el panel con la seguridad de que había cometido algún error tonto.

Pero la caja seguía sin abrirse. Ya solo le quedaba un intento.

Se volvió hacia la puerta, que permanecía semiabierta. Tras ella, en el pasillo, se intuía la forma curvilínea de Leroy.

—¡Disculpa! —gritó—. ¡Leroy!

El oficinista asomó su cabezón.

—¿Qué ocurre?

—Algo va mal.

—¿Cómo que algo va mal?

—Pues que no se abre.

Leroy entró en la cámara.

—¿Está seguro de que está introduciendo la contraseña correctamente?

—Compruébalo tú mismo —graznó.

Le entregó el papel, pero Leroy desvió la mirada como si Joe le estuviera enseñando la fotografía de un cadáver mutilado. Si el jefe se enterase de que ha entrado en contacto visual con una combinación ajena, se le caería el pelo.

—No debería tener acceso a las contraseñas de los clien…

—¡Mira, joder!

Indeciso, Leroy bajó la vista. Miró de reojo la contraseña, pero algo hizo que, al segundo, su mirada cobrara vida. Acercó la cara con el ceño muy fruncido, como si de repente todos sus sentidos estuvieran puestos sobre el papel, como si estuviese contemplando algo del todo inesperado. Luego miró a Joe, de nuevo al papel y finalmente a Joe otra vez. Entonces su rostro se contrajo como una pasa. Era el efecto que provocaba Caruso cuando alguien se sentía amenazado ante su presencia.

¿Acaso lo habían descubierto?

—Usted no es Patrick Mulligan, ¿verdad? —El hombre había palidecido de súbito.

En efecto, lo habían pillado.

—¿A qué viene eso?

Leroy volvió a mirar el papel, como si la respuesta se encontrara escrita en él. Y, en cierto modo, así era. Joe lo supo entonces, cuando leyó con espíritu juicioso la combinación alfanumérica.

J4M45L44BR1R45C4PU110

Sintió que sus ojos se encendían de ira.

Entonces, siguiendo su impulso, se abalanzó contra Leroy y lo arrinconó contra las cajas de seguridad, rodeando su cuello con las dos

manos. Esa noche no llevaba su pistola encima, pero no le iba a hacer falta. Apretó y Leroy empezó a bocear.

—Abre la caja —le ordenó Joe. Aflojó un poco la presión para que el gordo de los huevos pudiera responder.

—¡No puedo hacerlo! —gimió—. Aunque quisiera, no tengo ese poder.

Ninguno volvió a hablar, pues Joe cerró sus manos en torno al cuello del oficinista y apretó con todas sus fuerzas. Pocos segundos más tarde, Leroy Perry cayó al suelo como un inmenso muñeco. Nunca más volvería a ponerse su gorra de la suerte para animar a los Jets.

En cuanto a Caruso, logró escapar sin ser interceptado por el guarda de seguridad. Abandonó el banco a través del garaje, al volante de la *pick up* de Leroy. El oficinista, que al parecer ya se estaba preparando para salir cuando Joe había hecho acto de presencia, llevaba las llaves encima, así como la tarjeta identificativa que levantaba la barrera del aparcamiento.

La fuga resultó pan comido para Joe, que habría festejado su brillante escapada, de no haberse sentido tan humillado.

Mulligan les había mentido. En un último acto de traición, había aprovechado la oportunidad para ridiculizarlo y, de paso, insultarlo. La falsa combinación, si se colocaban tres espacios en posiciones concretas de la serie, rezaba así:

J4M45 L4 4BR1R45 C4PU110

7

Casi 4 años después
Nueva York, 1984

El hombre que iba a morir esa noche no estaba lejos de superar la barrera de los cuarenta, aunque, de tener que apostar, yo diría que aún le habrían quedado algunos años de plenitud física. Sentado sobre un taburete junto a la barra, con los codos clavados en la pegajosa madera y los hombros inclinados hacia delante, mantenía una conversación banal con el barman. La última elección de los Knicks en el draft dio paso al lanzamiento del Discovery por parte de la NASA y esto derivó en un saco de quejas por el hecho de que una *jodida comunista* se hubiera convertido, el anterior mes de julio, en la primera mujer en caminar por el espacio. La guerra del Golfo Pérsico apenas la mencionó de pasada. Cuando el último *single* del Boss, *Glory Days*, empezó a sonar por los altavoces del Honky Tonk, los hielos del bourbon tintinearon en el interior del vaso ancho del hombre acompañando el movimiento circular de su mano. Todavía no era consciente de que sus días de gloria, si es que había tenido alguno, ya podían considerarse historia.

El hombre era, conmigo, de los pocos blancos del bar.

No era casualidad que yo me hubiera colocado a menos de dos metros de él, aunque lo parecía. Fingiendo desinterés, escuchaba la conversación con una pinta en la mano, que no llegué a probar —esa noche iba a necesitar de mis cinco sentidos a pleno rendimiento— y con un cigarrillo entre los labios, que consumía con ansia. Había dejado en casa mi americana de la suerte y solo llevaba puestos unos vaqueros de diario y una camiseta con la lengua de los Rolling Stones, a pesar de lo cual sentía un calor sofocante.

—El bueno es Patrick Ewing —dije en voz alta, una vez asegurado de que el barman estaba a otros asuntos.

El hombre me miró confundido desde su aguileño rostro aniñado.

—¿Como dice?

—Ese chico jamaicano de la universidad de Georgetown. Pat Ewing. Si nos hacemos con él en la elección del draft del año que viene, dominaremos la liga durante una década.

A pesar de la mala iluminación del local, inundado por opresoras

nubes de humo, pude ver como mi comentario hizo que se le desprendiera toda la tensión de la cara. Era como contemplar una figura de chocolate derritiéndose al sol, a velocidad ultrarrápida.

—Bobadas, el bueno era Jordan —objetó—. O Hakeem. O Barkley. Se nos han escapado todos. Incluso ese chico blanco y enclenque que juega como base en los Jazz.

—Stockton.

Una fugaz sombra de sorpresa, una de las agradables, como las que te salen cuando descubres que la chica que te gusta es aficionada a *Battlestar Galactica*, iluminó los ojos del hombre.

—¡Ese mismo! Llegará lejos. ¿Has visto los cojones que le echa en la cancha?

No se me pasó por alto el hecho de que había empezado a tutearme. Eran grandes noticias. Me estiré y le estreché la mano.

—Neil Anderson —me presenté.

—Kevin Price. Siempre es un placer coincidir con fans de los Knicks.

—Pues espera a que empiece a despotricar de los putos soviéticos.

Estalló en una carcajada. Me sentí algo sucio pronunciando *putos soviéticos* en público, pero el chiste hizo efecto, porque mi nuevo amigo alzó la mano para reclamar la atención del barman y pidió otro whisky.

Sonaba el *Rhinestone Cowboy* de Glen Campbell cuando me preguntó a qué me dedicaba.

—Soy corredor de bolsa en un fondo de inversión —respondí.

Me miró de arriba abajo sin pestañear, como si le resultara del todo imposible que un *bróker* de Wall Street vistiera de camiseta y vaqueros. Algunos debían de pensar que llevábamos el traje azul marino y el maletín hasta en la cama. Yo aproveché para estudiarlo un poco más, advirtiendo el Tag Heuer que brillaba en su muñeca y las gafas de fina montura dorada que contrastaban, a ojos de alguien observador —y yo lo era—, con el físico enclenque del hombre. Lo primero que me vino a la cabeza fue que ese tipo era un temerario por salir por un barrio como aquel en mitad de la noche y con esas joyas a la vista. Lo segundo, que no eran artículos que pegaban con un ingeniero de estructuras, que, según lo poco que me habían contado, era a lo que se dedicaba Kevin Price.

—Corredor de bolsa en un fondo de inversión —repitió y se mojó los labios con su segunda copa de la noche—. Eso significa que la burguesía te presta su dinero con la esperanza de que tú lo hagas multiplicarse, ¿no es así?

Dibujé una sonrisa cansada. No me sentía cómodo con ese tema.

—No solo la burguesía. Pero sí, en esencia, es eso.

—¿Y eres bueno? ¿Debería confiarte mis ahorros?

«No, no deberías», pensé, rotundo.

Después reflexioné sobre la primera cuestión. ¿Si era bueno? Hasta algunos días antes, habría respondido a esa pregunta sin dudar. Mis resultados en el fondo de inversión habían sido excelentes. Tanto, que vivía en un permanente estado de bienestar. Era de los que silencian el despertador a la primera y salen de la cama de un salto. La vida era un continuo desafío para mí. Iba por ella como flotando, y todo me salía viento en popa.

Durante los días anteriores había estado muy emocionado por la fiesta sorpresa que iba a prepararle a Emily por su cumpleaños. Yo no era de los habladores, pero en esa época, en la oficina no hablaba de otra cosa con Clay y los demás chicos.

«He alquilado una azotea en plena Quinta Avenida. Vendrán más de cincuenta personas: familiares, amigos… Y he contratado un catering. Jamón de España, canapés de salmón noruego, champán…» No estaba presumiendo por presumir, nunca he sido de esos. Genuinamente me sentía entusiasmado con la preparación de la fiesta. «Ella no se huele nada, piensa que vamos a cenar con su hermana y su cuñado».

Por aquella época no era el hombre que soy ahora. En realidad, con contadas excepciones como la de Clay, no caía bien a casi nadie en la oficina. Supongo que era lo que se conoce como un capullo. Pero todos admiraban mi forma de invertir. Operaba agresivamente, aunque sobre seguro. Mi método era aburrido y siempre, siempre, protegía mi dinero. Ese era el secreto con el que había hecho ganar cientos de miles de dólares a los clientes del fondo de inversión. Calculaba las probabilidades de éxito de cada operación y si un valor no cumplía todos los requisitos, si no estaban los astros alineados, como solía decir durante las reuniones que tenían lugar junto al puesto de perritos a la hora del almuerzo, no operaba. En otras palabras: estaba rentabilizando mi patrimonio y el de los clientes, mientras los demás se dedicaban a jugar a la bolsa.

Y ganaba. Ganaba mucha pasta. Lo hacía constantemente. Trimestre tras trimestre, año tras año. Por cada tres o cuatro operaciones fallidas en las que perdía un cinco por ciento de la inversión, hacía una de cien por cien de rentabilidad que potenciaba mi cartera y dejaba a todos con la boca abierta. A los treinta años, ya había triplicado los ahorros con los que contaba cuando me licencié.

Pero mi ascendente carrera como corredor de bolsa descarriló una tarde. Así es como suele suceder. Así es como se entra en colapso y todo salta por los aires. Una tarde cualquiera.

Yo, Neil Anderson, el mejor *bróker* del fondo de inversión, quien contaba con el método más rentable y la mentalidad más estricta, puse en riesgo mi cartera y la de mis clientes al desobedecer nada menos

que la primera regla básica: *protege tu dinero*. ¿Por qué? Porque la noche anterior había tenido una bronca con Emily y necesitaba desconectar. Y en lugar de ir al cine o salir a hacer deporte, como habría hecho cualquier ser humano normal, a mí me dio por apostar.

Cierta empresa del sector de infraestructuras había salido a bolsa hacía menos de tres meses, y en ese tiempo no se había revalorizado en absoluto. Al contrario, no había hecho más que bajar. Sus perspectivas de ingresos no eran nada del otro mundo, la empresa no ganaba dinero. Además, no era una empresa del sector tecnológico, mi preferido. Entonces, ¿por qué decidí invertir el veinte por ciento del fondo en esa compañía? Por dos motivos. El primero, al que recurriría después una y otra vez en busca de consuelo, es que había recibido un chivatazo de un contacto de confianza. Aseguraba que la empresa en cuestión planeaba cerrar algunos tratos importantes en los meses posteriores, así que el éxito parecía asegurado. El segundo motivo fue tan simple como desalentador: traicioné mi propio método porque esa mañana necesitaba descargar adrenalina. Tan sencillo como el instinto salvaje que nos persigue desde el paleolítico. Aquel del que se benefician todos los casinos y casas de apuestas del mundo.

Fue un error de novato en toda regla.

Aquella parecía una operación tan evidente que ni siquiera puse orden de venta en caso de desplome de la acción. Y, además —y esto solo lo reconocería tras apagar la luz de la mesilla por las noches—, de haber implantado esa orden, no habría sido tan excitante.

El mercado de valores es un mecanismo que quita el dinero de los irresponsables para entregárselo a los responsables. Era otra de mis frases de cabecera, que repetía una y otra vez a los chicos para presumir y que a su vez había leído en un libro de bolsa. Pensándolo bien, no me extraña que me odiaran. Yo en su lugar me habría echado laxante en el café.

En resumen, me había comportado irresponsablemente, desoyendo mis propios mandamientos y lo peor era que no solo lo había hecho con mi dinero, sino que había puesto en riesgo los ahorros de los clientes. Esa misma tarde, el mercado me castigó duro por ello.

Cuando mi posición en la empresa petrolífera se había depreciado un veinticinco por ciento, me rendí y la deshice por completo. Miles de dólares por la alcantarilla en cuestión de horas. En cuanto eso sucedió, casi como si el mismísimo toro de Wall Street me hubiese estado espiando a través del conducto del aire acondicionado, el valor de la acción se dio la vuelta y empezó a subir con fuerza. De haber esperado únicamente quince minutos más, no solo no habría perdido, sino que habría duplicado lo invertido. Casi podía oír la risa socarrona del mito bursátil Warren Buffet al otro lado de la pantalla del ordenador.

Tampoco era tanto dinero. En total, solo había perdido siete mil en esa operación, nueve mil contando lo que había invertido de mi propio bolsillo. Pero se había producido un cortocircuito en el interior de mi cabeza, era como si algo dentro de mí clamara venganza. Contra todos. Contra el propio mercado. Y hay una regla básica en la bolsa, que cualquier buen *trader* sabe y que dice lo siguiente: *nunca desafíes al mercado*.

Dos días después, ya había perdido cincuenta mil dólares en total. Había dejado de lado todo lo que sabía sobre el mercado financiero, solo invertía como un estudiante que intenta pagarse la gasolina con una apuesta deportiva.

Empezaron a difundirse mensajes en la oficina. Que si me estaba desangrando, que si había perdido la cabeza. El jueves de esa semana, a las cinco de la tarde, invertí veinte mil dólares, todo lo que me quedaba, en varias empresas que estaban sonando fuerte. Era un dinero que Emily y yo teníamos reservado para nuestra futura casa. «Tengo que pegar un pelotazo para recuperar todo el dinero perdido». Esa debería ser la frase en la esquela de los malos inversores.

Nunca conseguí recuperar ese dinero. Estaba en una situación límite. Sin ahorros, sin poder mirar a mi chica a la cara y… si no conseguía volver a llenar el agujero que había creado en las carteras de los clientes del fondo, pronto también sin trabajo.

Una tarde, Clay me pilló vomitando en el baño de la oficina. Creía que había tocado fondo. Pero no. Ni siquiera lo había vislumbrado aún. Ese día, lo que ocurrió en ese baño fue el principio del fin.

Antes de seguir, adelanto que nunca llegué a celebrar la fiesta sorpresa de cumpleaños de Emily; ese año ni siquiera cenamos con su hermana y su cuñado. Ella me dejaría un mes después, aunque no por los motivos que esperaba.

La conversación, una vez apurados los temas deportivos y políticos y en vista de que ninguno de los dos teníamos muchas ganas de seguir hablando de nuestros empleos, pronto dejó de dar de sí. Kevin aludió a la clásica frase que tan bien suele funcionar cuando quieres abandonar un lugar —«me están esperando en casa»— y sacó la cartera con la intención de pagar.

—Invito yo —anunció. Después se puso de pie y se recolocó los bajos de la camisa por dentro del pantalón.

—No, por favor.

—Insisto.

—Está bien, como quieras.

La absurda negociación, tan admitida socialmente a lo largo de generaciones, no sirvió para tranquilizarme. Si Price hubiera mirado hacia abajo cuando me incorporé, habría visto que mis rodillas

temblaban. En ese momento me arrepentí de no haber probado la cerveza. Una pequeña dosis de alcohol me habría venido más que bien para calmar los nervios.

No quería salir del bar con él. No estaba preparado para lo que iba a pasar una vez que abandonáramos ese sitio. De modo que inventé una excusa.

—Voy a quedarme un rato fumando antes de retirarme —dije y volví a estrecharle la mano. Tenía el temblor de un yonqui con el mono—. Ha sido un placer conocerte, Kevin.

—Lo mismo digo, Neil. Espero volver a verte algún día. A lo mejor en las gradas del Madison Square Garden.

Acompañó la ocurrencia con una sonrisa que me pareció sincera. Han pasado décadas y aún sigo pensando que aquel era un buen hombre. Ojalá pudiera decir que Kevin Price sobrevivió para presenciar un nuevo amanecer, pero no fue así.

Le devolví la sonrisa y la acompañé con un meneo de cabeza.

—A lo mejor.

Me quedé mirando cómo abandonaba el local. Cuando abrió la puerta, una fuerte ráfaga de viento le hizo retroceder un par de pasos hacia el interior. Parecía advertirle: *No lo hagas, Kevin, quédate dentro del bar*.

A través del cristal vi cómo cruzaba la calle, encogido y con las manos en el cuello del abrigo para evitar que el frío se le colara dentro. Le seguí con la mirada hasta que su imagen se perdió tras los árboles del parque que había al otro lado de la carretera. Entonces me quedé mirando fijamente al Lexus de color negro que había estacionado en la esquina. Había estado allí durante todo el tiempo que duró mi conversación con Price. Esperé tres segundos, me llevé la mano al flequillo y me lo revolví. Esa era la señal acordada previamente.

«Es él».

El Lexus respondió a mi gesto con tres ráfagas largas.

«Recibido», decían.

A continuación, el vehículo se puso en marcha. Muy lentamente, sin apenas hacer ruido, como esa serpiente venenosa que no sabes que lleva varios metros acercándose a ti hasta que la tienes encima.

Desvié la mirada y le pedí al barman que me abriera la máquina de tabaco. Era posible que nos hubiera oído hablar y no quería que hiciera preguntas. No tenía especiales ganas de fumar, pero me sentía mareado. Me iban a venir bien unos segundos aspirando humo a solas sobre un mugriento taburete y rodeado de gente peligrosa. En ese momento, no necesitaba más. Y tampoco lo merecía.

En el poco tiempo que tardé en apurar el cigarrillo, no levanté la vista hacia la calle. Solo procuraba centrarme en la fabulosa música

country que estaba ambientando el pub.

Lo estuvieran esperando o no, esa noche Kevin Price no iba a llegar a casa.

8

Días más tarde de mi encuentro con Kevin Price, con el cañón de una Magnum apuntándome a la frente, recordaría ese otro momento, en el reservado del baño de caballeros de la oficina, como el día en que cometí el mayor error de mi vida.

Solo que en ese instante no sabía, claro, que estaba a punto de cometerlo. No era consciente de casi nada, en realidad. No es sencillo razonar después de echar hasta la primera papilla en tu lugar de trabajo.

Algunos días antes del encuentro en el Honky Tonk
Wall Street

—¡Joder, Neil! ¿Estás bien?

La pregunta de Clay no requería respuesta y él lo sabía. Mi compañero había entrado al aseo para vaciar la vejiga una última vez antes de fichar y coger el metro, cuando oyó las arcadas. Procedían del reservado donde yo me encontraba. Lo que vino después debió de sonar como una posesión diabólica. Clay me pilló en un estado vergonzoso, tiritando y sentado en las sucias baldosas de las oficinas de una corporación de Wall Street, con restos de baba y bilis en el mentón, tratando de buscar motivos para no subir a la última planta y acabar con todo.

No dudó en entrar conmigo, sentarse a mi lado y rodearme los hombros con el brazo.

—¿Qué ocurre, Neil?

—¿Es que a uno ya no le puede sentar mal el almuerzo?

No se lo tragó. Insistió. Y yo bajé la voz para contarle todo. Compartir una carga como esa puede resultar reparador. Aunque el haber acabado de vaciar el estómago seguramente también contribuía a la sensación.

Él palideció, haciendo competencia a mi cutis de esa tarde.

—¿Has perdido la pasta de los clientes? Joder, Neil…

—No solo la de los clientes. También todo el dinero que Emily y yo teníamos guardado para la casa y el bebé.

Clay enfatizó su expresión de «Joder, Neil». De inmediato, como si acabara de caer en el comentario, algo se iluminó en su mirada y ladeó la cabeza.

—¿Emily está embarazada? Pero si tú odias a los niños.

Se me escapó una risa tonta. Clay exageraba, pero tenía razón en que los críos no eran mi fuerte. Estaba a un paso de la sociopatía, en realidad.

—No, no —hice un gesto con la mano para restarle importancia—. Pero hemos estado hablando de planes de futuro. Nos gustaría casarnos e intentarlo a corto plazo.

—¡Enhorabuena!

—Pero eso se acabó. ¿Entiendes? Todo es una ilusión. En cuanto le diga a Emily que estamos sin blanca, que he perdido todo lo que teníamos en un par de apuestas absurdas y que me han echado del trabajo, me dejará seguro.

—¿Echado del trabajo? ¿Qué estás diciendo?

—Despierta, Clay. En cuanto un cliente pregunte por su cartera y uno de los jefes centre su atención en los fondos que yo gestiono, me darán una patada en el culo. Dios, si al menos me quedara algo para tratar de recuperar parte de lo perdido.

David Francis Clayland, Clay para los amigos, lucía las patillas más largas y densas de toda la oficina y llevaba el pelo cortado a lo militar. Él aseguraba que lo hacía para conmemorar a su primo caído en Vietnam, que por lo visto lucía melena de rockero antes de ser reclutado. El caso es que, desde que lo conocí, había llevado ese look que décadas más tarde se pondría de moda. Era un paleto de Alabama, uno de esos que te imaginas conduciendo una ranchera de día y bebiendo pintas de birra junto a una mesa de billar por la noche. Clay odiaba que se lo mencionáramos. Se ponía a la defensiva. Si ocurría durante algún almuerzo, cosa que era habitual —al fin y al cabo, los hombres adultos siguen siendo niños de instituto, pero con traje, corbata y maletín; así de cabrones, quiero decir—, alzaba la voz y nos apuntaba con el dedo índice, como si la punta de la uña fuese a emitir algún tipo de veneno invisible. Esa actitud nos volvía locos. Era divertido sacar a Clay de sus casillas.

A pesar de su incapacidad para reírse de sí mismo, de sus calentones fruto de la carencia de autoestima y de su acento sureño, Clay caía bien entre los chicos. Caía mucho mejor que yo. Era un tipo reservado y leal. Y también era mi mejor amigo allí.

Por eso, porque lo conocía, advertí enseguida cuando le cambió la cara. Supe ver ese brillo especial en sus ojos, instantes antes de que lo verbalizara.

—Neil.

—¿Sí, Clay?

—Conozco a unos tipos.

Me quedé mirándolo fijamente a los ojos. Era ese brillo. No era habitual en Clay. No me gustaba, pero a la vez me daba cierta esperanza.

—¿Qué tipos, Clay?

Noté que me evitaba la mirada. Estuvo unos instantes en silencio. Algunas veces, el silencio puede resultar muy ruidoso.

Lo que me contó a continuación hizo que vomitara por segunda vez.

Cuando terminé de fumar, en el Honky Tonk se estaba organizando una timba ilegal de póker. El cigarrillo no me duró ni dos minutos. No fumaba tan rápido desde los días posteriores a la desaparición de Megan. ¿Todavía no he hablado de ella? Es otro tema que quizá aborde más adelante.

El caso es que no me apetecía quedarme allí por más tiempo, ya estaba metido en demasiados asuntos turbios como para verme envuelto también en mitad de una redada nocturna por culpa de un grupo de afroamericanos ludópatas. O quizá era simplemente que deseaba olvidarme de Kevin Price. Borrarlo de mi mente. Irme a casa, desaparecer bajo las sábanas y hacer como si las últimas semanas nunca hubieran existido.

Me levanté, me puse la cazadora y caminé hacia la puerta sin despedirme del barman. Quería evitar que recordara mi rostro, si es que eso era ya posible.

Cuando salí del bar, apenas podía creer lo que se me venía encima.

9

El Lexus de color negro que me había dedicado las tres ráfagas apareció tras la curva que doblaba el parque, precedido de la luz de sus faros. Como si todo formara parte de una coreografía maquiavélica, el vehículo se detuvo frente a la puerta del pub, justo al tiempo en que yo ponía un pie en la calle con la intención de buscar un taxi que me llevara a casa.

La luna delantera derecha, la más próxima a la acera, descendió de pronto y desveló el rostro pétreo y rugoso del conductor. Más que un hombre con aspecto de montaña, ese tipo era la montaña misma. Esa apreciación no se me acababa de ocurrir; ya había tenido la misma impresión un par de días antes, la noche en que se cruzó en mi camino, cuando mi vida había empezado a complicarse

Y no me estoy refiriendo a problemas en el trabajo o broncas con la parienta. Hablo de complicaciones de verdad.

—Sube atrás —ordenó, tamborileando con los dedos en el volante. Su voz sonaba como la de un dragón; al menos, como siempre he pensado que sonaría un monstruo de esos.

Di un par de pasos sin vacilar y abrí la puerta trasera. Un hombre yacía recostado, ocupando casi todo el espacio. Tenía las muñecas atadas por detrás de la espalda y un pedazo de cinta americana cubría torpemente su boca. Enseguida lo reconocí como Kevin Price.

Un optimista habría pensado que Price estaba dormido o inconsciente. Alguien perspicaz se habría fijado en que, parte de su cabello estaba húmedo y pegajoso, habría asociado ese hecho con una sangrienta herida en la cabeza y, en conclusión, lo habría dado por muerto. No me considero ninguna de las dos cosas, así que simplemente empujé el cuerpo con delicadeza para hacerme sitio dentro del vehículo y… fue al deslizar mi mano por su cuero cabelludo con el fin de enderezar su cuerpo, cuando mi palma se pringó de sangre.

Mi corazón dio un vuelco.

No llamé al número de emergencias solicitando ayuda policial, que es lo que seguramente habría hecho en cualquier otra circunstancia. No abandoné el vehículo y salí corriendo por el callejón más oscuro, que era lo que me pedía cada célula de mi cuerpo. Tampoco grité pidiendo ayuda.

No hice ninguna de esas cosas porque esa noche no tenía elección.

Lo que hice fue cumplir órdenes.

—Si se despierta, lo vuelves a dormir —dijo el gigante sin volver la cabeza. El espejo retrovisor interior reflejaba los dos puntos negros y pequeños que eran sus ojos. Dos canicas demasiado próximas al puente nasal, hundidas en un rostro marcado por arrugas, cicatrices y prominentes rasgos.

Temblando de miedo, cerré la puerta desde dentro e inmediatamente el vehículo se puso en marcha. En el primer semáforo en rojo, la enorme mano del que conducía se acercó al dial de la radio y, haciéndolo rotar, barrió algunas emisoras que fueron apareciendo entre el ruido. Acabó dejando un especial de Frank Sinatra.

El bueno de Frank cantaba sobre una joven alta y bronceada, nacida en Ipanema, al mismo tiempo que yo me hacía a la idea de que todavía no era la hora de volver a casa.

Menos de quince minutos después, llegaríamos a nuestro destino: la vivienda de Kevin Price, un moderno *loft* con las paredes cubiertas de pósteres y merchandising de los New York Knicks, desde cuya terraza, que se alzaba hasta el noveno piso, se divisaban los tejados del barrio de Tribeca. Entonces iba a descubrir que Price no estaba muerto. Al menos, no todavía.

¿Cómo demonios había acabado yo allí?

Para responder a esa pregunta, supongo que debemos retroceder a las horas posteriores a mi conversación con Clay, en el suelo del baño de caballeros de la oficina.

10

Dos días antes de mi encuentro con Kevin Price en la barra del Honky Tonk, me había pasado la noche despierto. No era la primera vez en las últimas semanas.

Me solía refugiar en el baño. Esa estancia concreta de mi apartamento era deprimente. El resto del piso no estaba mal, pero el baño, no. Parecía la ducha de una prisión, solo que más pequeña. Estaba alicatada con azulejos blancos, casi amarillos por el paso del tiempo y separados entre sí por una línea negruzca. El techo agrietado adolecía de pintura levantada que a veces caía sobre mis hombros en trozo secos, muertos. Me recordaban a lo que estaba pasando con mi vida. Ni siquiera hacían ruido al caer, así de insignificantes eran. La iluminación era como de quirófano y el lavabo no tenía vida: liso, blanco y apagado. Deprimente si tenía cosas encima —lo que solo ocurría cuando Emily se quedaba a dormir—, deprimente si estaba despejado. Y en medio de ese sitio me encontraba yo aquella noche.

La vida me empujaba la cabeza contra la pared. Con fuerza. Sin piedad.

Serían las cuatro de la madrugada, pero tampoco estoy seguro. Sentí el peso del mundo entero sobre mis hombros. El de la desesperación, la incertidumbre y el fracaso. El peso del viento a favor desaprovechado, el de las veces que me reí de la vida, como si fuera inmortal. Como si le importara a alguien. Cerca de cumplir los treinta, al borde del despido, haciendo tratos con gente peligrosa.

Y cagándola.

Siempre había tenido una gran confianza en mí mismo, pero, por primera vez en la vida, me sentí un fraude. Lo que vulgarmente se conoce como un mierda de campeonato. Hasta entonces había creído que lograría todo lo que me propusiera hacer, que sería un tipo exitoso, alguien a quien todos se querrían parecer. Pero la vida a veces te pone en tu sitio, golpea sin miramientos y lo hace especialmente con los que se creen más invencibles.

Lo mío era una derrota por aplastamiento.

Me di cuenta de que me había convertido en un idiota que se había metido en líos con gente a quien no conviene ni acercarse. Era el tío al que despachan primero en una película de pistoleros. El gracioso. El muerto fácil.

Me empezó a faltar el aire y aquella luz de quirófano y aquellas paredes amarillentas me recordaban que mi vida se iba directa al abismo. Y luego estaban las grietas. No me podía sacar las malditas grietas de la cabeza.

Algo que me ayudaba esas noches de insomnio era rescatar del cajón la fotografía enmarcada de Megan. Estaba tan perdido que esperaba que ella me diera esperanzas.

Megan era mi hermana. Es mi hermana. Una mañana, hacía ya más de año y medio, ella había salido temprano hacia la universidad y no volvió. Había sido tragada por la faz de la tierra. Abducida. Volatilizada sin más. La policía de Nueva York dedicó las primeras semanas a buscarla, mi madre fue entrevistada en varios informativos y programas de sucesos, pero nunca nadie llegó a saber nada de lo que pasó con ella esa mañana. El término «misterio sin resolver» se quedaba corto en su caso.

Y allí estaba yo, pretendiendo que mi hermanita desaparecida me infundiera fuerzas. Me sentía miserable por encomendarme a ella. Cuando la miraba, imaginaba cómo sería entonces, cuál sería su futuro y qué pensaría de su hermano. Qué diría cuando se quedara a solas y apagara la luz por la noche, en ese lugar donde no tenemos que quedar bien con nadie, donde podría decirse: mi hermano mayor es un imbécil que lo echó todo a perder. Muchas veces en el futuro me preguntaría si lo que me ocurrió a partir de entonces se debió a un autosabotaje, si subconscientemente arruiné todo lo bueno que tenía, como castigo por no haber sabido cuidar de Megan.

Esa noche pensaba en todas esas cosas porque en unas horas, cuando saliera el sol, tendría que acudir a mi cita con esos tipos. Y no tenía el dinero.

—¿Qué tipos, Clay? —le había preguntado a mi amigo, en el suelo del baño de la oficina, con el sabor de mi propio vómito todavía amargándome la boca.

—Yo no te he dicho nada, ¿de acuerdo?

—Soy una tumba. Dime, Clay. ¿De qué tipos estás hablando?

—He oído cosas sobre una organización que ofrece préstamos que ningún banco estaría dispuesto a conceder. A unos tipos de interés bajísimos. Y cien por cien fuera del sistema.

Aquello sonaba, a todas luces, mal. Sonaba terrible. En ese momento debería haberme levantado y salido corriendo sin dejar que Clay continuara hablando. Pero estaba desesperado. Y cuando vives en un nivel de estrés tal que no te deja dormir por las noches, no escuchas la voz de la razón. Escuchas la voz de tu amigo que te habla de organizaciones ilegales, de dinero sucio y de tratos peligrosos.

Clay continuó hablando y en mi mente solo se oía el sonido de la caja registradora. *¡Cacheen!* Ya podía ver los números rojos de mi

cartera, de las carteras de mis clientes, tiñéndose de verde otra vez.

—¿Cómo sabes tú todo esto? —pregunté, más interesado de lo que aparentaba.

—El año pasado, el primo de mi mujer atravesó una mala racha.

—¿Qué pasó?

—Se separó de su esposa. Con tres hijos cuya custodia, el juez se la concedió a ella, con las consiguientes pensiones que el primo de mi mujer tenía que pasarle mensualmente para los críos. Estaba desesperado. Cuando te he visto vomitando y me has contado tus problemas, me has recordado a él.

—Y esa organización… ¿lo ayudó?

—Ayudar no es la palabra. No son precisamente una ONG. Le prestaron cierta cantidad de dinero, que él tuvo que devolver con intereses, como es lógico. Aun así, fue una operación que jamás podría haber obtenido a través de ningún banco. Gracias a ello, pudo seguir pagando la pensión de sus hijos mientras buscaba un trabajo mejor remunerado.

—¿Y qué tal le fue?

—La última vez que hablé con mi mujer sobre esto, el tipo se acababa de comprar un BMW y se iba a casar.

—Algunos no aprenden, ¿eh?

Nos echamos a reír. Había olvidado lo bien que sentaba.

En mi defensa, podría decir que Clay, en su ánimo de convencerme, suavizó la descripción de la banda —porque eso es lo que era, para qué engañarnos—. Pero no, no lo hizo. Al contrario, la presentó con una crudeza brutal. «No son hermanitas de la caridad, Clay. Esta gente es seria. Y peligrosa. Si te vas a meter en esto, más vale que te asegures de que podrás devolverles el préstamo hasta el último céntimo y sin un solo día de retraso». Aun así, yo no quise escucharlo. Únicamente me quedé con la parte de que ofrecían grandes préstamos de dinero a intereses ridículos y, además, lo hacían en negro. Nadie se enteraría. Nadie haría preguntas. Era el negocio perfecto.

Han pasado algunas décadas y todavía me estremezco al pensar en lo que sucedió después.

Contacté, a través de Clay, con un intermediario de la banda. No quiso darme su nombre y tampoco el de la organización. Ni siquiera me facilitó un teléfono de contacto o una dirección. En la reunión clandestina, que duró menos de diez minutos, solo me hizo una pregunta y unas cuantas advertencias. La pregunta —«¿Cuánto necesitas?»— tenía fácil respuesta, llevaba días pensando en ella. Pedí cien mil dólares, lo suficiente para saldar mis deudas con los clientes del fondo en tiempo récord. En cuanto a las advertencias, tenían que ver con los plazos para devolver todo el dinero, con el interés al que

debían ser devueltos y lo que me sucedería si no cumplía.

Recuerdo pensar que el tipo no tenía mal aspecto. Olía bien, vestía decentemente, no parecía portar ningún arma y en su mirada no se apreciaban los resquicios de la droga. Por eso me pareció que exageraba cuando pronunció las siguientes palabras:

—Nadie que haya incumplido con Califa ha continuado siendo el mismo.

«Califa». ¿A quién se refería? Aquel nombre me sonaba al apodo que llevaría algún villano de una novela de Ian Fleming, mi autor preferido.

Por desgracia, no tardaría en conocer el rostro de quien se hacía llamar de tal manera, y de haberlo hecho antes, seguramente no habría dudado de las palabras de su intermediario. A decir verdad, estoy seguro de que ni siquiera habría aceptado el dinero, por muy desesperado que estuviera entonces.

Pero acepté los cien mil. En forma de varios cheques. Todo aparentemente legal. Resultó que la banda contaba en sus filas con antiguos banqueros, abogados e inspectores de Hacienda. Fue la enésima señal para que no me metiera en aquella boca de lobo, pero como en las anteriores, elegí no escuchar.

Reinvertí todo el dinero.

Y esta vez tuve suerte.

Gané lo suficiente para compensar las pérdidas del fondo, aunque no lo bastante para cubrir los intereses del préstamo. Una vez tapados los agujeros, me había quedado, de nuevo, sin blanca.

Y en pocos días tenía que saldar cuentas con los hombres de Califa.

Me había convertido en deudor de una banda criminal.

Cuando pasa eso, cuando ves que pronto nada en tu vida tendrá solución, el miedo te raja por dentro. Te abre en canal y acaba con todo. Con la razón, con el corazón. Y con los cojones. No deja nada en su sitio.

En esos días de desesperación y con la vida mordiendo duro en mis pelotas, me quedaba horas despierto por las noches, acariciando los lóbulos de mis orejas, mirando la pared. Buscando respuestas en ella.

No dormía. No comía. No era persona.

Lo que vino a continuación, lo viví como un mal sueño o una pesadilla vívida, iluminada por fluorescentes baratos y con olor a lejía.

Todavía puedo verme en medio de ese garaje, atado a una silla de plástico con los brazos por detrás del respaldo, con la boca tapada con cinta americana. Cuando desperté ya estaba allí, en ese mismo estado. El cómo había llegado, todavía sigue siendo un misterio para mí. Es posible que alguien me drogara, aunque, a tenor del dolor intenso de cabeza que se concentraba en mi nuca, apuesto por la opción de que fui golpeado por detrás.

Era el día que se suponía que debía efectuar el primer pago a la banda. «Nadie que haya incumplido con Califa ha continuado siendo el mismo». Las palabras de aquel tipo cobraron de pronto especial sentido.

Clay estaba conmigo, a unos tres metros de distancia. En las mismas condiciones que yo —la silla de plástico, las manos atadas—, solo que a él le habían tapado también la cabeza con una bolsa de tela negra. Sabía que era Clay por el inconfundible tatuaje con la «A» cursiva —emblema de los Crimson Tide, de la universidad de Alabama — que llevaba en el dorso de la mano izquierda.

También sabía que estaba despierto, porque cuando emití sonidos con la garganta, él reaccionó alzando la cabeza y respondiendo a ellos.

Estábamos solos.

Al menos, hasta que se oyó el taconeo. Alguien se acercaba a nuestra espalda. Antes de que pudiera tratar de ver quién era, dos manos me colocaron una pieza de tela en la cabeza y el pánico más irracional se apoderó de mí.

Era por todo en general. Por el eco que producía el calzado de ese tipo en la inmensa nave diáfana; por el olor de sus manos, mezcla de café, desinfectante y algo más (días después descubriría que eran *Cheetos*); por la negrura que lo invadió todo, a excepción del fluorescente que tenía frente a mí, que ahora se filtraba a través de la tela y era, a mis ojos, una tenue mancha blanquecina; por el ruido que hace el mecanismo de una pistola cuando se le quita el seguro; por la voz gutural del hombre, que rebotaba en las paredes y cuyas palabras logré procesar con esfuerzo, entre todo el terror que me atenazaba.

—Últimos segundos para rezar todo lo que sepáis antes de reuniros con Dios —dijo. Joder, creo que me meé encima.

Con los pulmones encogidos por el miedo y la boca seca como un estropajo, luché por formar palabras, pero solo me salían sonidos con la eme. Un breve recordatorio de mi indefensión.

Clay me acompañó con los intentos de súplica, solo que su llamada de socorro era más aguda y desesperada. Recordaba a un animal salvaje cuya pezuña acaba de ser aplastada por la trampa de un cazador. Por cómo sonaban las patas de su silla al rozar contra el suelo, estaba pataleando. Oí golpes secos. Y más pataleos. Mierda, lo estaban torturando.

Pero ¿con qué fin? ¿Qué culpa tenía Clay de todo aquello? Eran preguntas que me haría después —en ese momento estaba demasiado atenazado para pensar— y cuyas respuestas me parecieron obvias: Era Clay quien me había hablado de la organización, yo me hallaba allí por su culpa. Un día sabría que me equivocaba, que Clay no estaba siendo castigado por ese motivo.

Los golpes cesaron y también los ruidos provocados por los

intentos de Clay por defenderse.

Cuando no puedes ver, tienes la sensación de que el resto de los sentidos se agudizan. Siempre había escuchado eso de los ciegos, que tienen mejor oído y olfato, precisamente por su discapacidad visual, pero yo nunca me lo había terminado de creer. Verdad o no, ese día, privado de la vista y sin libertad de movimiento, concentré todo mi ser en captar algún ruido que me diera pistas sobre lo que estaba pasando en aquel silencio sepulcral que había sucedido a los terribles sonidos de violencia.

Transcurrieron algunos interminables segundos, en los que solo oía mi agitada respiración. ¿Qué estaba ocurriendo?

El estallido de un disparo fue lo último que escuché antes de desmayarme.

Volví en mí unos minutos más tarde. Seguía en el mismo lugar, maniatado y con la cabeza cubierta. El timbre de un teléfono sonaba en alguna parte. En el vacío de aquella nave, llegaba a mis oídos con la potencia de una sirena aguda.

Alguien contestó. Se oían rumores que provenían de lejos, demasiado lejos para que yo pudiera reconocer alguna palabra entre mi respiración, que para ese momento ya iba a toda velocidad. Solo sabía que, aquel que había contestado al teléfono, era el mismo de la voz grave que nos había animado a rezar hacía unos minutos.

Pasado un rato corto, el hombre colgó. Entonces oí el mismo taconeo de antes, primero muy lejano, pero más próximo con cada paso.

Supe que el hombre estaba frente a mí por el olor a café, desinfectante y *Cheetos*. Entonces recordé el momento de calma que antes había precedido el disparo, e instintivamente apreté los dientes y cerré los ojos.

De pronto, el hombre me liberó de la capucha de un tirón. Sentí que me quedaba ciego cuando abrí los ojos y me topé con la luz del fluorescente. La silueta del hombre se dibujaba frente a mí como si fuese un gigante mitológico. Giré el cuello hacia Clay y lo que vi me provocó una arcada. Tuve que contenerme para no vomitar, recordando que aún tenía la boca cubierta con cinta americana.

Clay ya no se encontraba a mi lado y no se lo veía por ninguna parte. Tampoco su silla. Nadie habría dicho que ese lugar lo había ocupado antes una persona, de no ser por la salpicadura de sangre que ahora manchaba el suelo.

Aterrado, volví a mirar la silueta del gigante. Me fijé en que portaba una pistola. ¿Había llegado mi turno? «Nadie que haya incumplido con Califa ha continuado siendo el mismo». Esas malditas palabras seguían martilleando mi cabeza. ¡Qué estúpido había sido!

Entonces, el gigante habló:

—Es tu día de suerte —dijo, lo que me pareció la mayor ironía que había oído nunca—. Por algún motivo, te quieren vivo.

Cuando me despegó la cinta de la boca, vomité por segunda vez en esta historia. No iba a ser la última.

Así fue como una llamada telefónica salvó mi vida en el último minuto.

Así fue como me vi inmiscuido en las operaciones de una peligrosa banda criminal liderada por un tal Califa.

Y así fue como terminé en el piso de Kevin Price, junto a un gigante sin escrúpulos, obteniendo un tipo de información que en ese momento no significaba nada para mí, pero que pronto decidiría mi destino.

Solo que, aquella noche, el gigante no olería a *Cheetos*.

Ni tendría la necesidad de sacar la pistola.

Y ninguna llamada telefónica salvaría a Price en el último minuto.

11

Eran algo más de las nueve de la mañana cuando el Lexus negro se detuvo en una esquina de Brownsville y puse un pie fuera del coche.

Brownsville era mi barrio, en el distrito de Brooklyn. No presentaba la imagen que a uno le viene a la mente cuando habla de Nueva York. Levantado como asentamiento judío, Brownsville era un barrio residencial en el que los bloques de hormigón y las calzadas agrietadas dominaban el paisaje. Era de esos sitios que nunca aparecerían en guías turísticas; en los que no sorprendía escuchar la sirena de un coche patrulla minutos después de presenciar una pelea entre bandas latinas a plena luz del día.

Ese viernes, el cielo estaba cargado, del color de una infusión de té. Se había levantado un viento incómodo que arrastraba hojas muertas, colillas y folletos y los arremolinaba contra las esquinas. También alguna que otra jeringuilla usada. El sonido del balón cuando rozaba las redes metálicas, su *pom, pom* constante al rebotar contra el hormigón y los vítores con acento latino de las pandillas amantes del *basket* callejero anunciaban las primeras pachangas del día. Los cláxones del tráfico ponían banda sonora a la desapacible mañana, a medida que el vecindario de clase trabajadora salía de sus casas en sus utilitarios de segunda mano para afrontar otro monótono día. El entorno, a la sombra de altos edificios de ladrillo, no podía ser más deprimente.

Pero esa mañana, mientras respiraba hondo el aire contaminado, pensé que no había un lugar más maravilloso en todo el planeta.

Teniendo en cuenta lo que había presenciado esa noche, no se trataba de un pensamiento irracional.

Unas horas antes…

Kevin Price despertó en mitad de la noche con la sensación de no haber descansado. Sentía unos pinchazos en la parte trasera de la cabeza que atribuyó a una resaca de campeonato. «Tengo que dejar de beber solo», se dijo, incorporándose con gran dolor. Era algo que se decía cada mañana. Y por la noche, allí estaba de nuevo, junto a la

barra del Honky Tonk, discutiendo sobre los Knicks y maltratando su hígado y sus pulmones.

Últimamente eran tantas las veces que iba allí, que lo hacía incluso en sueños. Era lo que había pasado esa noche. Había soñado que un corredor de bolsa se le había acercado sin mayor interés que charlar un rato. Habían bebido juntos mientras comentaban los últimos movimientos del *draft* de la NBA. Ahora, Kevin, sentado sobre el gurruño que eran sus sábanas, se reía de la situación. «Estás tan solo que fantaseas con charlas de *basket* con desconocidos, qué patético».

Se dio cuenta de que tenía sed y ganas de orinar, una paradoja tan curiosa como común en el ser humano a esas horas intempestivas. Estiró el brazo para encender la lámpara de la mesilla. Mientras buscaba a tientas el interruptor, lo percibió: el aire del dormitorio era distinto, más cargado. En mitad de la oscuridad, Kevin frunció el ceño. Era difícil de explicar, pero no resultaba agradable.

La respuesta a su corazonada le vino de golpe nada más encender la luz.

—Hola, Kevin.

Soltó un bufido y se arrastró hasta el cabecero. Habría atravesado el edificio entero de haber contado con ese superpoder. El hombre que había ante él debía de tener unos cincuenta. Era alto y corpulento, de los que no llegas a tener claro si lo que hay bajo su piel es grasa o músculo, pero con quien nunca te enzarzarías en una pelea. Llevaba aflojada la corbata e iba muy bien peinado, con la raya a un lado. Las hombreras del abrigo negro que llevaba por encima de un traje gris claro, estaban cubiertas de caspa. Desde la mecedora que Price tenía en el dormitorio, el hombre lo miraba con los párpados caídos. Sus pies descansaban en la esquina del colchón. Desde su posición, Kevin veía la porquería de las plantas de sus enormes zapatos. De haber sustituido en su mano el arma por el mando a distancia del televisor, se habría tomado fácilmente al hombre por un padre de familia cansado después de una jornada de trabajo.

El otro, el que bloqueaba la puerta, era el tipo que se había colado en su sueño. Solo que ya era más que evidente que no había sido un sueño, sino una emboscada. Kevin se le quedó mirando, pero el hombre apartó la vista. Algo le decía que, al igual que él, no estaba allí por voluntad propia.

Kevin trató de pensar. Quería descubrir cuáles eran sus intenciones, razonar con ellos. «Tú no has hecho nada —se recordó—. Eres un tío legal». Tragó saliva e irguió el cuerpo.

—¿Qué queréis? —preguntó con autoridad, pero asegurándose de no sonar amenazante—. ¿Qué hacéis en mi casa?

El mastodonte bajó los pies del colchón y habló con la voz que se le presuponía, grave como la de un barítono y con extremada pausa.

—Háblanos de Patrick Mulligan.

—No sé quién es —mintió. Enseguida iba a comprobar que había cometido un error.

Un tercer hombre, en quien Kevin no había reparado, pasó los brazos por debajo de sus axilas y le cogió del cuello. El ataque pilló a Kevin desprevenido y quiso gritar, pero no pudo. Esas frías y esqueléticas manos que habían salido de la nada lo estaban estrangulando. El aire había dejado de correr por su tráquea.

—No tan fuerte —dijo el hombre corpulento a su compañero, el que estaba privando a Kevin de oxígeno, antes de incorporarse con dificultad y rodear la cama—. No lo queremos muerto todavía.

«Todavía». Aquello tenía que ser una pesadilla.

Kevin notó que una fuerza lo impulsaba fuera de la cama y de pronto se vio arrastrado, ridículamente vestido con unos calzoncillos con el escudo de los Knicks, fuera del dormitorio. Su respiración se transformó en un jadeo cuando las dos manos dejaron de aprisionar su garganta. Poseído por un espantoso cóctel de miedo y dolor, ató cabos.

No recordaba cómo había regresado a casa desde el Honky Tonk. Ya le había pasado alguna vez, después de tomar más whiskies de lo normal. Pero esa noche solo había tomado un par de ellos, no se había notado ebrio al salir del local. Ahora lo entendía. Lo habían abordado en plena calle y lo habían conducido a su propio piso. Siempre llevaba la cartera con la documentación en el bolsillo interior del abrigo —por eso supieron su dirección— y las llaves de casa en el del pantalón —por eso habían podido entrar—. De no estar siendo transportado por dos desconocidos como si fuera un palé, a Kevin Price se le habría erizado la piel ante la idea de que esos tipos le hubieran metido en su cama y después hubieran esperado en la oscuridad a que despertase.

Percibió un cambio de temperatura, lo que hizo que levantara la vista.

«Me llevan al balcón».

Se estremeció. ¡Aquellos matones pretendían tirarlo desde un noveno piso!

Sus pies desnudos volvieron a pisar suelo firme y el frío de los adoquines le subió por las piernas.

Las mismas cuatro manos que lo habían llevado hasta allí lo acorralaron contra la barandilla. El gélido aliento de Manhattan sopló en la espalda de Kevin, aunque a este le pareció el soplo de la misma muerte.

Temblando de frío —pero también de miedo—, aunó fuerzas para levantar la mirada y enfrentarse a sus captores. El único sitio donde cabía imaginar juntos a aquellos dos hombres era la sala de un juzgado: por un lado, estaba el hastiado juez, embadurnado con

colonia barata, vestido con ropa elegante pero mal colocada, como si la camisa tirante en la zona de los botones se empeñara en escapar de los límites que imponía el cinturón, enfrascado en la desdeñosa lectura del caso en cuestión; por otro lado estaba el muchacho callejero, que te miraba con provocación y hablaba balanceando suavemente la cabeza, como al compás de una atronadora música que estaba sonando en algún lugar de su mente.

Solo que esa vez actuaban como un compenetrado equipo. Y no eran un juez y un muchacho, sino dos matones a sueldo que no prometían regalar caricias, precisamente.

Tras ellos, el corredor de bolsa que había conocido en el bar observaba con una mezcla de miedo e indecisión en la mirada. El mismo miedo e indecisión de ese chaval que todos hemos conocido en el colegio, amigo del abusón de la clase, que no participa en las humillaciones contra los empollones, pero que tampoco se opone porque no quiere acabar en la posición en la que están ellos.

—La llave. ¡Ya! —gruñó el gigante.

Así que se trataba de eso. En ese instante, Kevin supo que estaba jodido de verdad.

—N-no sé de qué me hablas —balbuceó.

—Caruso, este mierda nos toma por estúpidos.

Kevin volvió la mirada hacia el más joven. Caruso era un nombre que le pegaba. Pensó que seguramente era de origen argentino. Vio que su sonrisa se ampliaba en una de las dos comisuras, que el brillo de sus ojos crecía y entonces pensó que no le gustaría morir a manos de un argentino.

—Puede que el aire fresco le ayude a recordar —dijo entonces Caruso. Tenía la voz de un niño.

Kevin seguía pensando. No quería que un argentino le enviara al otro mundo por lo que solía opinar su abuelo sobre ellos: «Es de argentino arreglar todo con alambre», decía. Pero no pensó más, porque el hombretón lo volteó de un empujón y Kevin quedó de cara al vacío. Tuvo que agarrarse fuertemente a la barandilla para no caer.

—¡Por favor! ¡Socorro!

—La llave que da acceso a la caja de seguridad que Mulligan tenía alquilada en el J.P.Morgan —insistió el gigantón. Por puro instinto de supervivencia, Kevin empujó su cuerpo hacia atrás impulsándose contra la barandilla. El gigante aumentó la presión sobre él y la mitad superior de Kevin quedó fuera de los límites del edificio. La otra mitad quedó atrapada entre la barandilla de piedra y el peso del mastodonte.

Desde esa altura, el mundo se veía insignificante. Kevin había escogido ese apartamento por las formidables vistas, pero en ese momento, con la aguja del edificio Chrysler como testigo de lujo de su ejecución, le parecía que un primer piso habría sido una decisión más

inteligente.

—¡Dios mío! ¡No!

—Empieza a hablar si no quieres convertirte en el desayuno de algún perro callejero —gritó desde el balcón Caruso, al que Kevin aún lograba escuchar a pesar del viento.

Luchaba por formar palabras. No pensaba más allá del siguiente segundo. No pensaba en nada, a decir verdad, aunque lo intentaba. Finalmente se oyó decir, muy bajo, con la voz de otra persona:

—Pat no me hablaba de eso. Él sssolo era mi jefe… —El gigante ejerció un poco más de fuerza y Kevin creyó que caía al vacío. —. ¡Ah! ¡Por Dios!

—Mételo dentro —le pareció oír que decía Caruso—. Aquí nos estamos pelando de frío.

El alivio que Kevin experimentó al regresar a su salón duró lo poco que tardaron en llevarlo al cuarto de baño. Por el camino pasaron al lado del tercer tipo, que retrocedió un paso y no dijo una palabra.

A Kevin, la idea de caer al asfalto desde un noveno piso empezó a parecerle buena cuando el muchacho de apellido argentino abrió el grifo de la bañera y puso el tapón en el desagüe. Los segundos que tardó en llenarse la bañera fueron los más largos de su vida. Solo hasta que finalmente el nivel llegó hasta arriba y el mastodonte le sujetó la cabeza con ambas manos para introducirla en el agua. Entonces fueron esos, los instantes en que estuvo con la cabeza sumergida, los más largos con diferencia.

El agua estaba helada. Ni siquiera habían tenido la decencia de templarla.

Cuando por fin lo liberaron, sintió que sus pulmones iban a estallar. Los dos matones lo miraban con indiferencia, como el chico que ya está cansado de achicharrar cucarachas con una lupa y la luz solar.

—¿Vas a abrir el pico, o te apetece otro chapuzón? —preguntó con sorna Caruso.

—Por favor, diles lo que quieren —intervino el corredor de bolsa desde la puerta. No había oído su voz desde esa noche en la barra del Honky Tonk.

Kevin comenzó a hablar. Lo cantó todo. Les dijo que, en 1981, antes de morir, Pat le había llamado desde una gasolinera para hacerle algunas confesiones: había tatuado en el brazo de su hija la contraseña que daba acceso a una de las llaves que abrían la caja fuerte del banco. Luego había dejado a la cría en un granero abandonado para que nadie pudiera dar con ella. Al preguntar el grandullón por el bebé, Kevin le dijo que este estaba muy frío cuando lo había encontrado en aquel granero, y cuando el muchacho fibroso quiso saber su paradero actual, Kevin le detalló lo que sucedió después. Les dijo que, tal y

como Pat le había pedido, se había hecho cargo de la cría. Les dijo que, cumpliendo los deseos de Pat, había viajado al extranjero con ella, donde la había dado en adopción; la hermana de Price conocía a un matrimonio que no podía fecundar, y Kevin no se lo pensó.

—Así que has estado en Londres todo este tiempo —concluyó el más pequeño, que también era el que más miedo daba—. Por eso no dábamos contigo.

—Me trasladé a Reading, al oeste de la capital. —La voz de Price era un débil susurro.

—Para no acabar como tu jefe. Muy listo.

—Y para velar por la pequeña.

—Tengo curiosidad… ¿Por qué decidiste volver y arriesgarte a que te encontráramos?

—Por mi madre. Tiene un problema de salud. Está ingresada en un hospital de aquí y le quedan pocos días de vida.

El hombretón, que seguía con su enorme mano aferrada al pelo húmedo de Kevin, preguntó entonces por el apellido del matrimonio que se hizo cargo de la cría. Price se lo dio. El hombre quiso entonces saber la dirección actual de la familia, pero él lo ignoraba. El hombretón sumergió la cabeza de Kevin durante más de un minuto. Volvió a preguntarle por la dirección. Kevin volvió a contestar que no la sabía. El hombre entonces le hundió la cabeza durante casi dos minutos.

Esa vez, Kevin sufría espasmos cuando salió del agua.

Pasadas dos horas, le suplicó al hombretón que acabara con todo.

Treinta minutos más tarde, este lo complació.

Un par de horas después, con el cuerpo desnudo de Price vaciándose en su bañera y la apagada luz del sol dando la bienvenida a un nuevo día, yo me encontraba mirando por la ventana de mi apartamento. Observando el mundo, que ya no parecía el mismo ante mis ojos. Nada en ti vuelve a ser igual cuando participas en una ejecución a sangre fría. Miraba el cielo del color de infusión de té de mala calidad; las hojas muertas, colillas, folletos y alguna que otra jeringuilla usada, como decía, girando en remolinos en las esquinas; las pandillas que se retaban, entre variopintos insultos de lo más original, en la cancha vallada de abajo, apostando por ver quién encestaba más triples o hacía los mates más espectaculares; los utilitarios de segunda mano que atentaban contra el silencio con el incómodo sonido de sus bocinas. Miraba todo aquello tomando una bocanada de libertad y pensando que no había un lugar más hermoso en todo el planeta…

Hasta que llamaron a la puerta. Un paquete. Un mensaje. Algo que me hizo cambiar de opinión por completo.

12

El misterioso paquete llegó unos minutos después de mi regreso a casa.

Esa mañana, era en mí mismo un mundo de contradicciones. A nivel físico me sentía como un zurullo de perro. Había pasado la noche entera con esos dos matones en el piso de Kevin Price, con el estrés que conlleva participar en una tortura con estocada final. Verlo en el cine es una cosa, pero ser parte de ello te cambia el concepto de la vida y de la muerte, te lo aseguro. Iba a necesitar dormir muchas horas para recuperarme de aquello. El problema era que no iba a resultar sencillo conciliar el sueño después de todo lo experimentado, sabiendo que había estado a punto de ser yo quien terminara durmiendo en el interior de la bañera. Lo cual, al mismo tiempo, me invitaba a hacerme la misma pregunta una y otra vez, de forma obsesiva: ¿por qué me habían dejado vivo? ¿Por qué a Price no, pero a mí sí?

Tuviera o no una respuesta, el hecho era que mi corazón seguía latiendo y eso me hacía sentir un respeto especial por la vida. ¿Ves la contradicción?

Dejando a un lado mi caos interno, seguía debiendo los cien mil dólares. Esos tipos me habían concedido una segunda oportunidad a cambio de que colaborase con ellos en la Operación Price, de acuerdo, pero ¿acaso iban a perdonarme el dinero que les debía? Como descubriría muy pronto, tenía que ser un completo idiota si de verdad lo creía.

Estaba ensimismado en esos pensamientos, contemplando lo divino de lo mundano desde la ventana de mi piso, cuando recordé que llevaba más de un día sin comprobar el contestador. Activé la cafetera eléctrica a mi paso por la cocina y, mientras esperaba a que se calentase el café, pulsé un botón del teléfono, que acumulaba polvo sobre la barra americana.

Tenía un mensaje de Emily. Era de la noche anterior.

«Ey, cariño, veo que no estás en casa. Llámame cuando escuches esto y hablamos un rato. Oye, ¿te apetece que vaya mañana a tu piso? Podemos cenar algo y ver una peli, ¿qué me dices? Podría pasarme antes por el videoclub y alquilar una. Habíamos hablado de ver *El graduado*, ¿te acuerdas? Ya sabes que me encanta Dustin Hoffmann…

Y después de la sesión de cine, bueno, podría quedarme a dormir contigo. En fin, llámame y lo hablamos. Un beso, cariño».

La voz de Emily era áspera y tenía ese acento que no viene determinado por la región donde se vive, sino por haber estudiado en ciertas escuelas privadas de alta alcurnia, como Exeter o Dwight (y Emily había ido a Dwight). No era Emily una chica que te ganara por la voz, pero a pesar de ello, su mensaje logró enternecerme. Mi novia se había asegurado de pronunciar la última frase con una cadencia propia de una telefonista de línea erótica. Por alguna razón, me la imaginé lamiendo una piruleta mientras sugería quedarse a pernoctar en mi casa.

Ese día podría haber dormido treinta horas del tirón, pero también estaba necesitado de cariño. Y mi novia estaba dispuesta a satisfacer esa necesidad.

Justo estaba llevando mi mano al aparato para responderle, cuando este comenzó a sonar. Esa mañana, el ya de por sí repulsivo timbre telefónico tuvo el efecto de una banda de percusionistas tocando el *Carmina Burana* dentro de mi cabeza.

Era mi madre quien llamaba. Oportuna como siempre, la señora Anderson. Me apetecía contestar lo mismo que una visita al dentista, pero acabé haciéndolo.

—Hola, mamá.

—Buenos días, Neil. Qué bien que te encuentro despierto.

Comprobé la hora. Acababan de dar las nueve. De no haber sido por mi aventura de esa noche, seguramente la llamada de mi madre me habría pillado en la cama. No habría sido la primera vez. Odiaba que ella hiciera eso.

—Sí, quiero aprovechar el sábado para hacer algo de deporte —mentí. En ese instante, la sola idea de mover el cuerpo más de lo estrictamente necesario se me hacía como cruzar el Hudson a nado—. ¿Tú qué tal? ¿Qué haces?

«Qué tal y qué haces». Era evidente que mi comunicación con mi señora madre tenía cierto margen de mejora.

—Matt y yo estamos a punto de poner el árbol de Navidad.

—Ah, qué bien. Me encanta la Navidad, especialmente cuando haces esas galletas de chocolate caseras.

—Lo sé, siempre te han encantado.

Y ahí estaba yo, hablando de galletas con mi madre, horas después de haber presenciado como borraban a un tipo de la faz de la Tierra, e instantes antes de que mi vida cambiase por completo. Aunque esto último, como es lógico, aún no lo sabía.

—¿Cómo está mi padrastro?

—No lo llames así, haces que parezca la bruja de Blancanieves.

—Qué va, sabes que me encanta Matty.

Una nueva mentira.

—¿Vendrás a pasar las fiestas a casa?

Tardé en contestar. Puede que más de lo deseado. Una madre sabe interpretar correctamente esos silencios. Al menos, la mía parecía haber entrenado con el servicio secreto.

—Sí, claro.

—Sé que será raro. —Mi madre adoptó una voz más neutra, sin los altibajos que normalmente adornaban su timbre.

—¿Por qué lo dices?

Me estaba haciendo el tonto de una manera patética.

—Ya sabes, es el primer año desde que asesinaron a tu padre. Además, su silla la ocupará Matt…

La del servicio secreto había dado en el clavo. Pero se había olvidado de un detalle. O simplemente lo estaba omitiendo por tratarse de algo demasiado doloroso. De manera inconsciente, me vi mirando las fotografías enmarcadas que decoraban la barra americana como un mausoleo casero.

—Tampoco estará Megan.

Esta vez fue ella quien creó el silencio. En una madre, suelen significar dos cosas: o está contando hasta diez, o está tratando de dominar el llanto. Esta vez se trataba de la segunda, no tenía ninguna duda.

Mi lado autodestructivo aprovechó esos instantes de *impasse* para perderse en las fotografías. Las había colocado sobre la barra de la cocina, mirando hacia el salón, cuando mataron a mi padre, aunque Megan había desaparecido un par de meses antes. De alguna manera, su muerte significó para todos la pérdida de la esperanza por encontrarla a ella. Ese día solo enterramos un ataúd, pero lo sentimos como si hubiéramos perdido a dos miembros de la familia. Los dos pilares más importantes.

George Anderson lloró todos los días, sin excepción, desde la desaparición de Megan. Yo no había visto llorar a mi padre hasta entonces. No lloró cuando le diagnosticaron cáncer, ni cuando sus propios padres, mis abuelos, murieron. Pero desde que se confirmó la desaparición de su querida hija pequeña, no hacía otra cosa. Lloraba sin ninguna vergüenza, delante de nosotros, pero también a solas. Llegó a un punto en que lo hacía casi por inercia.

Creo que nunca supo que yo lo seguía cuando cargaba la mochila, le decía a mi madre que iba a pescar y después se pasaba el día entero en el barrio de Brownsville, que era donde habían visto a Megan por última vez. Yo lo seguía porque tenía miedo. Mi padre estaba enfermo y ya tenía una edad para no pasarse el día entero rondando un barrio como aquel, así que me ocultaba tras algún muro, o acurrucado detrás de una fila de cubos de basura y observaba a mi padre entrando a las

tiendas y locales con el retrato de mi hermana en la mano. Cuando acabó, sin éxito, de preguntar en cada uno de los establecimientos de la zona, no se rindió y probó suerte con algo más arriesgado.

Quizá te suene el nombre de Brownsville, porque es el barrio a donde me mudé tras la muerte de mi padre. Debo incidir en este punto de la historia en lo peligroso que era acercarse a esa zona de la ciudad en aquella época, especialmente de noche. El perfecto caldo de cultivo para narcotraficantes y bandas de inmigrantes buscando pelea. Las prostitutas recorrían las calles con pinta de haber completado el cartón de las enfermedades venéreas y metían la cabeza en los coches de los foráneos, por si había suerte y alguno estaba tan desesperado de soltar algo de limosna por una mamada con guarnición de sífilis. Lo peor eran los adictos. En el año casi completo que estuve viviendo allí, no llegué a acostumbrarme a verlos pinchándose heroína en los callejones, tirando sus miserables vidas por el retrete.

¿Entiendes ahora por qué tenía miedo de que mi padre rondara por allí con la fotografía de mi hermanita encima? Si Megan había caído en ese pozo y aquel que le hizo daño se topaba con su foto a manos de un pobre anciano, ¿qué crees que le habría hecho? Es la pregunta que no dejaba de hacerme. Y por eso decidí seguir a mi padre, porque ya tenía suficiente, mi familia ya había quedado lo bastante rota con una pérdida.

Salí a vigilarlo en más de veinte ocasiones. Nunca me vio, no llegó a ser consciente de que lo hacía. O al menos no me lo hizo saber.

Pero entonces me salió una oferta de trabajo en Wall Street, el corazón financiero del planeta. Era para un puesto de *bróker* en una firma de fondos privados de inversión. Acabarían cogiéndome, me convertiría en el inversor del año y después lo tiraría todo por la taza del váter. Pero esa historia ya la sabes. El caso es que ese día, el fatídico, no pude ir tras mi padre porque tenía la entrevista. Le supliqué que no saliera. Le propuse que me acompañara al centro, que después nos quedaríamos a comer unos perritos con extra de mostaza en un banco de la calle, como los ejecutivos de las películas. Pero ni de esa forma lo convencí. Derramó un par de lágrimas, se cargó la mochila al hombro y salió a sumergirse en la inmundicia de Brownsville.

Por eso más tarde decidí mudarme a ese barrio. Supongo que algo me obligaba a continuar con la búsqueda que había comenzado mi padre. Aun a riesgo de acabar como él. Lo que no esperaba era que mis problemas tuvieran su origen en la poca cabeza que yo tenía con las inversiones.

Llamaron a la puerta.

Un *ding dong* que sonó como el gong que precede un combate de lucha libre a vida o muerte. No sabía hasta qué punto iba a estar en lo

cierto.

—Tengo que colgar, mamá —dije—. Están llamando a la puerta.

—De acuerdo, Neil.

—Cuenta conmigo para esa cena. Saludos a Matty. Adiós.

Me sequé una lágrima con el dorso de la mano y pulsé el número de Emily. Mientras oía al aparato dar tono, caminé hacia la puerta con el auricular en la oreja.

Volvieron a llamar.

¡Ding! ¡Dong!

—¡Ya va! —grité.

El teléfono seguía dando tono cuando abrí la puerta. Un repartidor tenía un paquete para mí. Oí la voz rasposa de Emily. Parecía recién levantada.

—Hola, cariño. ¿Dónde estabas ayer?

—Es una larga historia…

El repartidor me tendió un bolígrafo y un papel para que firmara. Siempre he sentido admiración por aquellos que son capaces de sujetar el auricular del teléfono entre el hombro y la oreja y al mismo tiempo manipulan algo con las manos, porque la providencia no me bendijo con esa habilidad.

—¿Cariño? —me requería mi novia al otro lado de la comunicación, mientras yo hacía malabares para firmar sin que se me cayese el aparato al suelo. Al final lo conseguí y el tipo me entregó un sobre sin remite.

Cerré la puerta y fui a pulsar el botón de manos libres del teléfono. Después me senté en el sofá y abrí el sobre.

Dentro había tres documentos.

El primero de ellos era un resguardo de una reserva realizada en un hostal de Londres llamado Blue Lake, para el veintiuno de diciembre de ese año. Estaba a mi nombre, lo cual era muy extraño, porque yo no había efectuado ninguna reserva y menos en la capital inglesa. No había estado en Londres en mi vida.

El segundo documento era una fotografía en color y del tamaño de un folio. El rostro de una chica pelirroja y de piel muy blanca ocupaba toda la imagen. Posaba para la cámara con una media sonrisa muy cálida, que a su vez contrastaba con una mirada dura. Eran dos ojos que invitaban a hacer toda clase de travesuras. Aquello parecía la carta de presentación de una modelo. ¡Y qué carta de presentación! Sin duda me habría quedado embobado contemplándola —y a punto estuve de hacerlo— si no me hubiese sentido tan confuso. ¿Cómo demonios había llegado eso hasta mí? Debía de tratarse de una equivocación.

Mi confusión creció cuando volteé la foto. Alguien había escrito tres líneas con rotulador permanente de color azul:

Hostal Blue Lake, Londres
21 de diciembre de 1984
NADIE DEBE SABERLO

Aquello era raro de narices. Lo habría achacado a una broma de no ser porque venía de pasar una noche demasiado seria. Pensé que el tercer documento me ayudaría a despejar las dudas.

No podía estar más equivocado.

También era una fotografía, pero en este caso, en formato Polaroid, de siete u ocho centímetros por cada lado.

Una mujer aparecía en la imagen, una distinta a la de la otra fotografía. ¿Otra mujer? Me incliné para ver los detalles.

—Aquí Houston, ¿me recibes? —dijo Emily, adaptando su voz para que sonara como un comunicador del centro de operaciones de la NASA.

—¿Qué? —me sobresalté. Normalmente me encantaban las referencias a las misiones espaciales, pero en ese momento no estaba para juegos. El corazón me iba a mil.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro. Oye, cariño, hablamos esta noche, ¿de acuerdo?

Emily respondió que sí y acto seguido se puso a hablar de Dustin Hoffmann y de la película que íbamos a ver esa noche. Emily no había pillado mi indirecta. Casi nunca las pillaba.

Continuaba centrado en la mujer de la Polaroid. Estaba tumbada en una cama que parecía de hotel. O de una casa rural. Había un cuadro abstracto en la pared, y en general yo no reconocía nada de ese sitio. La mujer tenía una larga melena de color rubio platino y llevaba puesto un picardías color granate, muy provocativo. En su posición, recostada de lado, el escote dejaba muy poco margen para la imaginación. La mujer tenía dos pechos bien puestos, de tamaño generoso, aunque no tenían pinta de haber pasado por el quirófano, lo cual habría sido extraño de ver una década después, durante la fiebre de la silicona de los años noventa. Tuve la impresión de que estaba dormida, pero bien podía estar muerta.

Contuve la respiración.

Reconocí el tatuaje con la forma de un corazón que llevaba en la muñeca derecha.

También reconocí la manera de tumbarse en la cama, hecha un ovillo, como si nada malo pudiera pasarle en esa posición.

No me moví.

Al otro lado del auricular volví a oír la voz de Emily, ahora más suave:

—Neil.

La ignoré. Mis ojos empezaban a ver borroso. Parpadeé para volver a enfocar.

La imagen temblaba entre mis dedos. Mientras Emily seguía insistiendo a través del teléfono, me quedé sentado, observando mejor las fotografías en la encimera. Entonces estuve seguro —bueno, casi seguro, ya que la Polaroid sólo tenía siete u ocho centímetros en cada lado— de que la mujer de la fotografía, la mujer de la cama, del camisón provocativo, que llevaba el pelo teñido de rubio platino, pero era en realidad castaña como yo, se llamaba Megan y era mi hermana.

13

Viéndolo en retrospectiva, veo coherente el enfado de Emily.

Me despertó su grito.

Los primeros instantes tras el sobresalto fueron confusos. No sabía dónde estaba y lo primero que pasó por mi cabeza fue que a mi novia le había ocurrido algo. O que la casa estaba en llamas. O que habían entrado en el piso y nos estaban atacando. Ese tipo de cosas que se piensan cuando tu novia te despierta a gritos.

Enseguida comprendí que me hallaba en mi sofá. Me había quedado dormido en mitad de la película; o sería justo decir que fue nada más empezar, porque ni siquiera recordaba qué estábamos viendo. En el televisor, Dustin Hoffmann hablaba con la señora Robinson, pero yo no podía ver nada porque Emily tapaba la imagen.

Estaba de pie, plantada frente al sofá, con el pecho henchido y las venas del cuello dilatadas.

Sujetaba la fotografía en tamaño folio de la pelirroja. La que había recibido esa mañana. Entonces recordé lo que llevaba escrito por detrás. No había sido una pesadilla. Fue como caer por el abismo por segunda vez en un mismo día.

Hostal Blue Lake, Londres.

21 de diciembre de 1984.

NADIE DEBE SABERLO.

—¿Me explicas quién es?

Emily plantó el retrato de la preciosa mujer delante de mis narices como al cachorro que ha mordisqueado la pata de la mesa del comedor y hay que obligarlo a ser consciente de su travesura. La miré sin saber bien qué decir. Le había desaparecido el color de la cara. Después miré el retrato. Mi vida se estaba convirtiendo en una broma de mal gusto.

—¿No dices nada? —insistió—. ¿Por qué tienes el retrato de una fulana en el escritorio?

El interrogatorio había comenzado. Me incorporé desorientado y acabé de sentarme despacio, como si estuviera en un estanque lleno de medusas.

—¿M-me has espiado mientras dormía?

—No se te ocurra hacerte la víctima, Neil Bradley Anderson.

En general, aparte de «amigo» y «jovencito», hay pocas cosas que

me gusten menos que lo de llamarme por mi nombre completo. Emily lo sabía muy bien y quería hacerme daño, provocarme. Sin embargo, aquel no era el momento para expresar mi opinión al respecto, así que me mordí la lengua.

—No sé quién es la mujer de la foto —dije intentando darle una respuesta. No tenía ni idea de cómo iba a salir de esa, así que decidí ir diciendo pequeñas verdades. «La verdad os hará libres», ¿no?

—Ah, ¿no? —Emily volteó la fotografía y los tres renglones escritos a rotulador azul se mostraron ante mí. Algo dio un vuelco en mi interior—. Pues parece que te vas a Londres con ella.

—No es lo que piensas.

Me señaló con un acusador dedo índice. Tras ella, Paul Simon cantaba para la señora Robinson en una versión producida para la película.

—Al menos podías haberme dejado antes —dijo furiosa. Su palidez se había tornado en una rojez preocupante—. ¿Por eso estás tan raro últimamente? ¿Por eso ya no quieres que hagamos el amor y te quedas dormido a las primeras de cambio? Dios… y yo llorándole a mi madre porque tenía miedo de no estar a tu altura. ¡Qué idiota he sido!

—Deja que te lo explique. Te lo contaré todo.

—¿Y por dónde vas a empezar? —Puso los brazos en jarra. Pésima señal—. ¿Por tu aventura con la pelirroja de la foto, o a lo mejor por los cien mil dólares que debes?

Aquello me dejó mudo. Me sentí como un idiota o como un diputado del parlamento, si es que había alguna diferencia. Mi novia había rebuscado a conciencia entre mis cosas, lo sabía todo. Las inversiones fallidas, el préstamo… Todo. A excepción de la Polaroid con la imagen de Megan, esa la llevaba conmigo. De hecho, casi podía sentir su peso dentro de mi cartera.

—Dime, Neil, ¿has perdido nuestros ahorros?

Pensé en sincerarme del todo y hablarle de la organización de la que me había hablado Clay. Del lío en el que estaba metido por no haber sido capaz de reunir los cien mil del préstamo. Quería decirle que Clay estaba muerto. Hablarle de Kevin Price y de los dos matones que habían acabado con su vida la noche anterior. Y también de la Polaroid. Me moría por contárselo todo, sacar el veneno que llevaba dentro y que me estaba consumiendo poco a poco. Pero lo pensé dos veces. Nada de eso iba a ayudarme. En el mejor de los casos, Emily actuaría con sensatez y llamaría a la policía, lo que nos habría puesto a los dos en peligro de muerte, además de que habría esfumado mis pocas posibilidades de encontrar a mi hermana con vida. Y el peor de los escenarios no mejoraba la situación en la que me hallaba, aquella en la que yo era un ludópata y un adúltero a ojos de mi novia.

—No me gusta que mires entre mis cosas privadas a mis espaldas

—me limité a decir. Si había que cortar por lo sano, era mejor hacerlo cuanto antes. Opté por un enfrentamiento directo.

—Así que no lo niegas.

La miré fijamente a los ojos y negué con la cabeza. Aquello me estaba matando.

—Eres un gusano —me espetó, y por un momento pensé que iba a escupirme a la cara. Quizá lo habría hecho de no haber sido ella un educado ser de luz como era—. Y pensar que iba a casarme contigo. ¡Menos mal que me has abierto los ojos a tiempo!

—Lo siento —dije, muy neutro. Sonó a mentira, pero en ese momento no había nada más cierto. Lo sentía como no había sentido nada nunca.

Me arrojó la fotografía a la cara con rabia. Después cogió su abrigo y el bolso y corrió hacia la puerta.

Yo la seguí, pero no con intención de detenerla. De haberlo querido, habría corrido y habría obstaculizado la salida. Pero eso solo habría complicado el momento aún más.

—¡Que lo pases bien en Londres con tu nueva amiga! —gritó entre lágrimas.

Ni siquiera se dio la vuelta para mirarme a la cara. Tan solo abrió la puerta y desapareció de mi vista con un portazo que hizo temblar las finas y agrietadas paredes de mi piso.

Que lo pases bien en Londres con tu nueva amiga, fue lo último que oí salir de su boca. Estuve inmóvil por unos segundos, a solas en mi vestíbulo, masticando esas palabras. Días más tarde sabría que la frase habría podido opositar a la ironía del año.

Aquella fue la última vez que supe de Emily Carlin, mi primer amor.

14

La víspera de la desaparición
Londres, 21 de diciembre de 1984

No sé lo que esperaba encontrar. Bueno, sí lo sé.

Esperaba que la cama del hostal Blue Lake fuera la misma que se veía, algo borrosa, en la Polaroid que me había llegado a casa por envío postal. Puestos a esperar, durante el largo vuelo desde el JFK hasta Heathrow había estado fantaseando con que, al abrir la puerta de la habitación que había reservada a mi nombre, mi hermanita me estuviera esperando con una sonrisa. Esa tan suya, que siempre me levantaba el ánimo.

Pero nada de eso pasó.

El Blue Lake era un humilde hostal familiar levantado un par de años antes de mi llegada, a orillas del lago Little Britain, un pequeño oasis al oeste de Londres y a unos pocos minutos en taxi desde el aeropuerto. Más que un hostal, se asemejaba a un camping.

—Acogedor, ¿no? —dijo el propietario tras comprobar mi reserva (efectivamente, alguien se había encargado de hacerla a mi nombre), darme la llave de la habitación y enseñarme la planta baja: un bar cafetería que hacía las veces de recepción y un sofá morado de dos plazas frente a una mesita con toda una colección de revistas deportivas de antes del Watergate. El hombre era el clásico cincuentón de nariz grande y piel rosada que hablaba con un gracioso deje cantarín. Más tarde descubriría que todos los británicos se expresan así, e incluso yo mismo acabaría adoptando tal particularidad en mi voz.

Pero, más que acogedor, el adjetivo que se ajustaba mejor al hostal era «rústico». Mientras el hombre me hablaba de las atracciones turísticas de la zona (excursiones en bicicleta, senderismo y, por supuesto, buceo en el lago), eché una ojeada al porche, esperando encontrar a un cantante de música country tocando el banjo. A modo de contraste, sobre el mostrador había un transistor reproduciendo a The Cure.

La habitación no tenía nada por lo que ser recordada y, sin duda, habría sido eliminada de mi mente de no haberse tratado de la antesala de mi nueva vida. Un colchón fino, pero mullido y vestido

con una colcha estampada a flores, que daba a un escritorio viejo, un armario, un lavabo con lo mínimo necesario y una ventana con marco de madera desde la que se contemplaba el lago. Eso era todo. Aun así, no me podía quejar. Era mejor refugio que mi pocilga de Brownsville y, además, a miles de kilómetros de la organización que había estado jugando con mi vida los últimos días. Al menos, eso creía.

El problema era que no había ni rastro de mi hermana. Ni siquiera una pista de su paradero. Quienquiera que fuera la persona que me había enviado la fotografía de Megan —¿la joven de melena roja de la otra imagen?— quería que yo estuviese allí. Se había molestado en enviarme ese paquete a casa y también en reservarme una habitación para ese día concreto. Sin embargo, llegado a ese punto, no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso.

Maté el tiempo bajando a la recepción para llamar a Emily desde el teléfono. Iba a costarme una fortuna, pero no me importaba, necesitaba volver a hablar con ella para explicarme. Y para disculparme. Al final no me costó un céntimo, porque ella no llegó a levantar el teléfono. En ese momento reaccioné mal, me enfadé con ella. Pero no puedo culparla, seguramente yo tampoco habría contestado al teléfono, si hubiera estado en su lugar.

Luego pensé en llamar a mi madre para avisarla de mi nuevo paradero y confirmarle mi presencia en casa por Navidad, pero al final no lo hice; ya se lo diría en persona cuando regresara.

¡Qué idiota fui!

Volví a subir a la habitación. Pensé en leer por enésima vez el viejo ejemplar de *El gran Gatsby* que había traído conmigo (regalo de Emily por nuestro primer aniversario), pero no podía concentrarme en las aventuras y desventuras de Nick Carraway, así que dejé que el tiempo corriera mientras veía las noticias en la BBC —unos politólogos ingleses debatían con vehemencia sobre la devolución de Hong Kong a los chinos— hasta que me aburrí. Entonces me puse los auriculares del *walkman* y dejé que Marvin Gaye me hiciera compañía durante un rato. Cuando me cansé de contemplar la fotografía de la pelirroja misteriosa y el mensaje en el reverso (NADIE DEBE SABERLO), fui a darme una ducha.

Estaba peleándome con el regulador de temperatura cuando llamaron a la puerta.

En el tiempo que tardé en saltar de la bañera, secarme de manera superficial y ponerme la toalla en torno a la cintura, llamaron una segunda vez. Más fuerte y con más insistencia en esta ocasión.

Corrí hacia la puerta y respiré hondo.

¿Y si Megan estaba al otro lado? ¿Era esa insistencia al golpear con los nudillos propia de mi hermana? No veía el momento de comprobarlo.

Abrí con decisión. Y entonces ahogué una exclamación.

15

Tal como decía, quedé sin aliento. Al abrir la puerta de la habitación que alguien me había asignado en el Blue Lake, me encontré cara a cara con una adolescente. Al menos, fue mi primera sensación, ateniéndome al rostro inmaculado y el perfume dulzón. La joven, que en realidad superaba la veintena, tenía un brazo apoyado en el marco de la puerta. Recuerdo que pensé que solo en las películas adoptaban esa postura. Había que ir muy seguro por la vida para que tal actitud no resultara ridícula. No tenía la otra mano en la cadera, con el dedo pulgar colgando del bolsillo de la minifalda de cuero, pero hubiera quedado bien. En lugar de eso, sujetaba un café del Starbucks.

Estuve a punto de abrir la boca para dejar constancia de la equivocación: yo no había encargado a ninguna prostituta. Pero solo guardé silencio y continué mi análisis.

Debajo de una chaqueta que iba a juego con la falda y las botas altas, llevaba una camiseta ceñida del mismo color de su pelo con el texto EDICIÓN LIMITADA. De su cuello colgaba un crucifijo dorado. ¿Un crucifijo en el cuello de una prostituta? Era como llevar sandalias con esmoquin.

El broche lo ponían unas gafas de sol, modelo aviador, por encima de las cuales me dedicó una mirada que hizo temblar mis piernas.

Era la mujer más imponente que había visto y que vería jamás. Involuntariamente, di un paso atrás. No por miedo, sino por vulnerabilidad. De pronto volvía a estar en el colegio y la chica más sexy de la clase había venido a ponerme a prueba.

No me salían las palabras, solo me quedé contemplándola.

Hasta un minuto antes, habría dicho que la joven de la fotografía que me había llegado por correo era guapa; ojos grandes y claros, muy separados entre sí, sonrisa resultado de una ortodoncia de libro, piel tersa rociada de algunas pecas en torno al puente nasal y una melena pelirroja de cuento de hadas, que llevaba despeinada, acorde a la salvaje personalidad que desprendía. Pero, cuando la vi en persona, calificarla como guapa habría sido como decir que la Capilla Sixtina era simplemente una capilla.

La guinda del pastel la ponía su naturalidad. Era un rasgo que la elevaba a niveles de diosa. Y eso que solo llevaba unos segundos frente a ella.

—¿Recluta Neil Anderson?

Pronunció mi nombre *Nail*, como «uña» o «clavo» en inglés. No me molesté en corregirla. Ni siquiera reparé en lo de «recluta».

Como no le contesté, asomó más la cabeza y contempló con curiosidad el montón de ropa usada que había en el suelo del cuarto de baño junto a la toalla húmeda y la fotografía protagonizada por una versión más terrenal de ella misma, sobre el colchón. Luego, de reojo, le dio un repaso a mi torso desnudo y sonrió mientras mi mundo daba vueltas de campana: «¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?».

—Soy Charlize Brown. —Esa mujer observaba, divertida, mi boca abierta—. Aunque todos me llaman Venus.

Vi un bulto bajo la chaqueta, lo más seguro una pistola, pero no me asustó como lo habría hecho en cualquier otra situación. Estaba demasiado desorientado.

Me salté lo de «encantado» y fui directo al grano.

—¿Dónde está mi hermana?

Se me quedó mirando como pensando una respuesta. Suspiró.

—Oye, ¿te importa que use tu baño? Llevo más de una hora conduciendo y necesito mear.

Yo intentaba hablar con sensatez, aunque la realidad era que estaba cagado de miedo.

—Ya irás luego. Antes, dime quién eres y dónde está Megan.

—¿Quién es Megan?

Aquella reacción me descolocó.

—¡Mi hermana!

Se cruzó de brazos provocando que sus pechos se irguieran por debajo de la camiseta. Eran pequeños y firmes. La joven me miraba de lado, con un magnetismo capaz de someter al más duro de los Navy Seals. Quería engatusarme usando sus encantos físicos, o quizá es que estaba tan acostumbrada a hacer el papel de *femme fatal* que le salía en automático.

—Es la segunda vez que la mencionas. No tengo ni idea de eso, pero si no me dejas pasar y usar el baño, te prometo que me voy a mear en el recibidor de tu habitación.

Claudiqué. Me hice a un lado y la dejé entrar. Había una vitalidad muy evidente en ella, como si los nervios de su cuerpo estuvieran continuamente crepitando. Su brillante melena acarició mi pecho a su paso, provocándome un escalofrío. Ella dejó el vaso de cartón en la mesa y se encerró en mi baño. El aroma a café se estaba extendiendo por la habitación. Inspiré profundamente para mantener la compostura. No me sentía cómodo.

Permanecí paralizado en la entrada hasta que se dejó oír. Era verdad que estaba realmente apurada. Entonces cerré la puerta principal y me acerqué a la del baño.

—¡Eh! ¡Ya basta! —Me di cuenta de que estaba gritando y bajé la voz—. No puedes entrar en mi habitación y ponerte a usar el baño sin más. Ni siquiera te conozco.

La puerta se abrió de golpe y fue como si el cielo apareciese ante mis ojos. La imagen de esa tal Charlize Brown subiéndose la minifalda rápidamente y cerrando el último botón un segundo más tarde, lo justo para que yo pudiera ver sus bragas negras de encaje, se me presentó de imprevisto. Una visión que me atormentaría durante mucho tiempo después, en los momentos de mayor soledad.

Aparentemente inconsciente de lo que su erotismo estaba provocando en mí, me contestó muy seria:

—Te equivocas en tres cosas. Uno, el hecho de que esté a tu nombre no significa que esta sea tu habitación; dos, sí tengo derecho a entrar y salir según me plazca porque tengo esto —dijo y alzó la mano izquierda con la llave que yo había dejado sobre el lavabo—; y tres —añadió estirando el brazo derecho para apuntar a la cama, concretamente a la fotografía de tamaño folio y, al hacerlo, me rozó el bíceps—, tú sí me conoces.

Luego miró hacia abajo y volvió a dibujar la misma sonrisa traviesa de antes. Al seguir la dirección de su mirada me di cuenta de que la toalla se me estaba cayendo. Me envolví de nuevo torpemente en ella, pegándomela más a la cintura. Entonces ella dijo algo que no percibí de primeras:

—¡Eh, tenemos que hablar! —repitió, dando dos palmadas en mi pecho. Sus manos estaban calientes. El corazón se me aceleró aún más —. Pero antes, vístete. No quiero estar presente cuando tu bulto empiece a empujar la toalla, ya me entiendes.

Desconcertado por el comentario, obedecí y me encerré en el baño. Nunca me había sentido tan vulnerable.

«De acuerdo, vamos a ver adónde nos lleva todo esto», pensé mientras me abrochaba el pantalón, lo que avivó en mi mente la imagen de ella subiéndose su ropa por encima de las bragas. Después, eso me llevó a pensar en que una preciosa mujer con pistola acababa de hacer sus necesidades en mi váter. Dios, me había convertido en una versión adulta y asustada de un adolescente salido.

De no haber supuesto una situación tan crucial, le habría pedido que me acompañara al baile de fin de curso.

Cuando salí del baño —unos vaqueros viejos y una camisa de cuadros conformaban mi atuendo— la pillé sacando un paquete arrugado de tabaco del bolsillo interior de su chupa. Se llevó un cigarrillo a la boca. Entonces se acercó a la ventana, la levantó y encendió el pitillo con una sensualidad imparable. Todo en ella era imparable y sensual.

—Oye, dudo que aquí dentro se pueda fumar —dije.

—Ya.

Expulsó el humo y dio otra calada. Una manera muy sutil de dejar claro que a ella no le iban las normas.

—Vale, ya veo que los recluta cada vez más jóvenes e inexpertos —dijo, rompiendo el silencio que se había creado—. Al menos, eres mono. El último parecía el hermano feo de Gollum.

Al ver su expresión me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. Daba la impresión de que esa chica se divertía. No obstante, ahí estaba otra vez esa palabra. «Recluta».

Vi que me observaba fijamente.

—Tienes ojos bonitos.

Iba a contestar que ella también, pero habría sido la evidencia del siglo.

—¿De quién hablas? —pregunté.

Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y me observo por encima de la montura.

—¿A qué te refieres? —Volvió a darle al cigarrillo.

—¿Quién se supone que me ha… reclutado?

—Califa. Con suerte, llegarás a conocerlo. Es un hombre brillante.

Hasta ese momento, no había sabido bien lo que significaba la expresión «se me ha erizado el vello de la nuca».

—¿Por qué estás aquí? —acababa de lanzar la pregunta del millón de dólares—. ¿Qué pinto yo en todo esto?

Señaló su fotografía.

—Ya te lo he dicho. Has sido reclutado.

Me acerqué con la instantánea en la mano.

—Esta eres tú —dije, señalando su retrato.

—¿Lo has deducido tú solo?

Hizo una mueca sarcástica.

—Mira esto. —Le mostré las anotaciones en el dorso. Hostal Blue Lake, Londres, 21 de diciembre de 1984. NADIE DEBE SABERLO—. ¿Lo escribiste tú?

Charlize Brown volvió a dar una calada profunda. Esta vez dejó que el humo saliera por la nariz, igual que solía hacer Megan. Mi hermana empezó a fumar muy joven, con las amigas, a escondidas de mis padres. Yo la cubría. A las pocas semanas ya fumaba como si hubiera nacido con un pitillo en la boca, expulsando el humo por la nariz y todo eso. Siempre fue una adelantada a su edad. El mundo no era suficiente para ella.

La visitante tardó un rato en contestar, y cuando lo hizo, algo me forzó a tragar saliva.

—¿Tú por qué crees que estás aquí, Neil? —lo había pronunciado bien esta vez. Arrojó la colilla consumida por la ventana y bajó del alféizar de un salto. Sus pechos rebotaron un segundo hasta que

volvieron a su posición habitual. «Dios». Se quitó las gafas—. ¿Quién crees que soy?

—Creo que sabes dónde está mi hermana.

No reaccionó. Ni el más mínimo cambio en su expresión.

Busqué la Polaroid en mi cartera y se la enseñé.

—Esta es Megan. Vivía en Nueva York, al igual que yo y toda mi familia. Desapareció hace diez meses sin decir nada a nadie. La dieron por muerta.

Ella contemplaba la instantánea, pero seguía sin mostrar síntomas de emoción. Continué hablando mientras agitaba la foto delante de sus narices.

—El otro día recibí esta Polaroid junto con tu fotografía y las instrucciones para venir a este hostal, este día concreto.

El ruido de unos nudillos golpeando en la puerta hizo que diera un respingo. No fui el único, Charlize Brown se había erguido. De repente sostenía la pistola en la mano.

—¿Señor Anderson? —se oyó una voz de mujer fumadora desde la escalera.

—¿Qué quiere? —inquirí.

—¡Personal del hostal! ¿Le importaría abrir un segundo?

Le hice a Brown un gesto de tranquilidad con la mano y acudí a abrir. Solo una rendija, para que no repararan en ella. Aún no sabía hasta qué punto me convenía colaborar con esa joven, pero tres palabras seguían brillando tras mis retinas: NADIE DEBE SABERLO.

Una mujer poco agraciada, de unos cincuenta, me sonreía desde el otro lado. «La mujer del propietario».

—¿Está todo bien por aquí?

—Todo perfecto. ¿Por qué lo dice?

—Bueno, no quiero alarmarlo sin necesidad —balbuceó—, pero me ha parecido ver que una mujer de aspecto… digamos inusual se colaba en el hostal y subía las escaleras hacia las habitaciones.

Aspecto inusual no eran las palabras que yo habría utilizado para definir a Charlize Brown.

Me acordé de Megan y le respondí a la mujer que no había visto a nadie. Fue suficiente para despacharla.

Nada quería menos que encubrir a mi peligrosa nueva amiga, pero Clay había muerto, yo había estado cerca y era posible que Megan hubiera vuelto; a veces hay que ceder un poco para obtener algo.

Brown seguía con la espalda tensa y el dedo sobre el gatillo de su arma cuando cerré la puerta.

—Gracias —dijo.

Yo no podía apartar la mirada de ese amenazante cañón negro.

—¿Puedes guardarla, por favor?

Lo hizo.

—¿La habrías utilizado? —pregunté.

Esbozó una sonrisa escalofriante.

—Quizá tengas la oportunidad de comprobarlo.

Agité la cabeza y volví a situarme a su lado, con la Polaroid en alto.

—Mi hermana. ¿Dónde está?

—No lo sé. No he visto nunca a esa chica.

Intenté no mostrar mi decepción, aunque no estoy seguro de que lo consiguiera.

—No lo comprendo —dije. Tenía ganas de echarme a llorar, pero no habría sido oportuno hacerlo delante de ella—. ¿Por qué me han traído aquí? Si es por el impago de la deuda, podían haberme borrado del mapa en Nueva York, como a…

No acabé la frase. Desconocía si ella estaba al corriente de lo sucedido en el piso de Kevin Price. Y, de no estarlo, no estaba seguro de si debía mencionarlo.

Brown me miró entonces como a un cachorro abandonado. Noté como mi corazón se ablandaba un poco.

—¿Me tienes miedo?

—No —mentí.

—Mejor, porque yo soy la más agradable de todos.

—¿De todos?

Comprobó su reloj.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

Sonrió y se colocó las gafas de sol.

—Te presentaré a la banda. Y quizá descubras algo más sobre tu hermana.

16

Así que fuimos a conocer a la banda.

Charlize metió el coche en el aparcamiento subterráneo de un centro comercial de las afueras, no muy lejos del hostal. Sin llegar a estacionar, se detuvo junto a la rampa de entrada y emitió un par de ráfagas con las largas. Como si estuviese enviando algún tipo de señal. Un mensaje en clave. Por si el mero término «banda» no era lo bastante preocupante.

Al otro extremo del aparcamiento, un Mercedes negro que estaba en batería contra la pared respondió con la misma secuencia de luces: dos ráfagas cortas pero muy seguidas.

«Adelante», parecían decir.

Charlize no había abierto la boca en el breve trayecto desde el hostal. Sus últimas palabras habían sido en la habitación, justo antes de que ella abriera la puerta para asegurarse de que nadie rondaba por el pasillo:

—Baja a recepción y espérame fuera, junto a la verja de entrada —me dijo y me apretó el brazo para enfatizar—. No hagas ninguna tontería.

Interpreté su advertencia de dos maneras: «No me menciones en la recepción», y «No se te ocurra escapar».

Hice lo que me dijo. No solamente porque en ese momento seguir a Charlize Brown era la única vía posible para encontrar a Megan, sino también porque algo me decía que no me convenía enfadarla.

No tuve que esperar más de diez minutos. Enseguida se detuvo ante mí un Triumph Spitfire descapotable, de color azul pastel. Era un clásico entre los clásicos para los amantes del motor como yo, y pensé que a la pelirroja de expresión insondable que iba al volante, le iba de maravilla. Era como estar ante un *spot* publicitario.

Ella sacó un brazo por el hueco de la ventanilla y me indicó que subiera. También obedecí.

Le pregunté cómo había salido del hostal, pero no me respondió. No había que ser el más avispado del condado para saber que ella no quería que la vieran en el Blue Lake. Antes, cuando la mujer del propietario había llamado a la puerta preguntando por una joven de aspecto sospechoso, ella se había puesto tensa y ahora quería que nos reuniéramos en la entrada, después de salir del edificio, por separado.

¿Había huido por la ventana? Era una posibilidad. Mi habitación estaba en un primero y la caída era sobre césped, nada de hormigón. Mientras ella conducía, observé con disimulo su constitución. Estaba en forma; delgada pero fibrosa. No era difícil imaginarla ayudándose de una tubería para descender por la fachada trasera del hostal. Era una imagen mental que me provocó un escalofrío y me causó morbo a partes iguales.

Después quise saber adónde nos dirigíamos, pero tampoco obtuve respuesta.

El Mercedes negro, como decía, había contestado a nuestro saludo. Charlize reaccionó con naturalidad, como si todo estuviera planeado de antemano. Volvió a poner el coche en marcha y, lentamente, atravesó el aparcamiento hasta estacionar junto al Mercedes. Apagó el motor y se apeó del Triumph.

—Vamos —me dijo.

Un instante después estábamos sentados en la parte trasera del Mercedes y, de inmediato me transporté mentalmente a la noche en que me llevaron a hacer la última visita a Kevin Price. Era un utilitario muy parecido, solo que este no olía a sudor ni a humo, sino a ambientador de lavanda. Otra diferencia era la orientación del volante, en este caso en el lado derecho, siguiendo el estándar local. Mi corazón dio un vuelco cuando me fijé en quién conducía. ¡Era el mismo tipo! ¡El mastodonte que me arrastró esa noche a casa de Price!

—Ey, Venus —fue su saludo.

—Este es Neil. El nuevo —contestó ella.

Me dedicó una mirada pétrea a través del retrovisor antes de arrancar el motor.

Así que yo era el nuevo. No supe cómo tomármelo, pero no me hacía ninguna gracia volver a estar en un coche con ese tipo.

Charlize y él se conocían. Y el hombre se había referido a ella como Venus. Todas eran señales negativas, alarmas que se encendían, giraban y aullaban dentro de mi cabeza.

Sin saber cómo, me vi de nuevo atrapado en el utilitario de una organización criminal.

El Mercedes abandonó el subterráneo y regresó a la superficie, donde había empezado a llover con timidez. Un reflejo bastante fiel de mi estado de ánimo. Y es que ahora lo entendía: mi deuda con el Grupo aún no había quedado saldada.

Entramos en un bar algo apartado que había en la carretera de circunvalación, cerca de un Burger King. Si quieres beber con intimidad, ve a uno de estos sitios, acompañado de una banda organizada. El Dust era una especie de híbrido. Por fuera tenía el aspecto de un burdel de carretera, con cromados en el exterior,

paredes sin ventanas y un gran cartel con letras de neón encima de la puerta de metal. Por dentro era oscuro y de colores apagados, pero no como imaginarías un prostíbulo, sino más bien al estilo Al Capone. Mobiliario de madera barnizada, cuadros en blanco y negro de celebridades muy bien vestidas y varios dispensadores de cerveza en el centro de una barra desgastada. Tras ella, una colección de brillantes botellas casi te obligaba a pedir un whisky doble. El local carecía de televisor y no había música de fondo; el único sonido ambiental, aparte del *clin clin* de los vasos cuando el barman los hacía chocar bajo el mostrador, era el murmullo regular que provocaban dos viejos ventiladores de hélice que colgaban del techo. Era como si nadie hubiera tocado ese sitio desde la época de la ley seca. Solo faltaba la gramola y los manteles blancos en las mesas.

El grandullón que nos había llevado entró primero. El barman estaba detrás de la barra. Levantó el mentón a modo de saludo y le indicó al mastodonte una mesa al fondo. Los hombros de este se relajaron de golpe, como si el aire de ese lugar contuviera una especie de bálsamo tranquilizante para él. Si hubiera podido tomarle las pulsaciones, apuesto a que habrían estado muy por debajo de la media. Charlize y yo lo seguimos. Pude comprobar que el barman me observaba con curiosidad tras la barra, después de admirar el culo de ella en movimiento. Literalmente se le había iluminado el rostro a su paso. Venus no se dio cuenta de su mirón, aunque creo que simplemente fingió no hacerlo.

Nos dirigimos a una mesa con dos bancos corridos que había junto a la pared. Era la única de todo el local que estaba ocupada por un hombre. Me detuve de súbito.

—Este es Joe Caruso, también de la banda —me informó Charlize al oído.

Yo ya lo conocía porque había sido él quien había interrogado a Price antes de que Timothy lo amenazara con tirarlo por el balcón y finalmente lo ahogara en la bañera. Lo que me pareció más chocante fue que, por lo visto, ellos no le habían hablado a Charlize de mí. Ya eran varias señales que me decían que esos dos no profesaban gran simpatía por la joven y el sentimiento parecía ser bidireccional.

Los dos matones chocaron el puño a modo de saludo. Imposible encontrar mayor cliché.

—¡Eh, Anderson! —me gritó Caruso con una estúpida sonrisa dibujada en la cara—. ¡Bienvenido a Londres, novato!

Estaba sentado con los brazos por encima del respaldo del banco, postura que hacía visibles los pelos rizados de su blanquecino pecho asomando por la abertura de la camisa color arena. Sus ojeras, al contraste con la pálida piel, eran dos manchas negras en torno a sus párpados, como si se hubiera pintado con un lápiz de ojos. Parecía un

oso panda.

Yo no supe qué responder, así que me limité a sonreír como un idiota. Fue Charlize quien me sacó del apuro con un saludo formal. Demasiado formal.

—Tenemos un nuevo asunto —le dijo Caruso a Charlize según tomaba asiento.

—Estoy al corriente —respondió ella, fría.

—Esta vez es algo serio, Venus.

Dicho eso, extrajo un arrugado pañuelo del bolsillo de su más que usada cazadora vaquera, se sonó ruidosamente y miró a Charlize Brown como si esta fuera la culpable de su alergia.

Nos sentamos a la mesa. A mí me apretujaron entre el grandullón y la pared y enfrente de Charlize.

Caruso me miró y me sonrió. Unos días antes, esos tipos habían matado a dos hombres delante de mis narices. Primero a Clay y más tarde a Kevin Price. Y a juzgar por la naturalidad con la que ahora actuaban, parecía que ni recordaban siquiera haber apretado el gatillo o haber sumergido la cabeza del ingeniero en su propia bañera. Yo, en cierto modo, debido a mi pensamiento analítico y pragmático que me había dado la oportunidad de trabajar para uno de los mayores fondos de inversión del país, habría debido entender lo que estaba pasando, pero no era así.

Las verdades absolutas en materia de moral no eran mi fuerte. Lo que yo veía eran los grises, aquello que cada vez menos gente quería ver. La maldad en el bondadoso y la bondad en el malvado. Y entonces tomaba las opciones pertinentes. Con el mercado de valores era exactamente igual. El truco era dejar a un lado las emociones y observar cada operación, cada valor, con la sangre fría de un ordenador. Megan tenía una idea más clara que yo de las cuestiones morales. Privar a una persona de la vida era en su opinión un acto horrible y punto. Para ella no habría contado que la persona en cuestión debiera muchísimo dinero y tampoco me habría perdonado el estar allí con esa gente, ni siquiera por ella. O tal vez era eso lo que habría esperado. En realidad, ya no lo sabía muy bien. La verdad era que yo no lo sabía todo de mi propia hermana. Al igual que ella tampoco lo sabía todo de mí. Es una de las consecuencias de la introversión patológica.

En definitiva, me encontraba en una pendiente sumamente resbaladiza.

Enseguida se acercó el camarero a tomarnos nota.

—¿Lo de siempre, muchachos? —preguntó con acento marcado.

Los tres asintieron con la cabeza. Lo de siempre era una hamburguesa de huevo con beicon —la de Charlize sin pepinillo— y una pinta de cerveza para cada uno. Me sorprendió que esos tres,

viniendo de América, fueran clientes habituales de un bar de mala muerte apartado en las afueras de Londres. No cabía duda de que había muchas cosas que desconocía. Y más que las iba a haber.

No me sentía muy católico esa mañana, así que pedí un café solo y nada para comer.

Después el barman nos preguntó si queríamos probar el pastel de manzana, que estaba de muerte. Le guiñó un ojo a Charlize. Ella no reaccionó. No supe cómo interpretarlo.

Todos declinamos la oferta.

Fui consciente de querer mirar a todos y a la vez evitar todas las miradas. Estar en esa mesa significaba volver al candelero. Era la incertidumbre de saberme de nuevo entre la espada y la pared. Un paso en falso y me esperaba la tortura, el dolor físico y, tal vez, la muerte: una caída desde un noveno piso o un tiro en la nuca en la oscuridad de un sótano. Un cadáver sin identificar en un vertedero de Londres, en eso podía acabar todo. O ahogado y desangrado en una bañera, como Kevin Price. Por un momento recordé al pobre hombre que conocí en la barra del Honky Tonk pocos días atrás y con una mueca resignada, pesimista, advertí que su rostro se me empezaba a aparecer borroso.

Caruso se dirigió a mí.

—Lo cierto es que me sorprende verte aquí, entre nosotros. —Le aguanté la mirada, aunque por dentro estaba muerto de miedo—. Personalmente, me habría jugado una pierna a que a estas alturas ya serías pasto para los gusanos.

Un nuevo cliché. Ese tipejo parecía sacado de una película de Bud Spencer.

—No es el estilo de Califa, Joe —recordó el hombretón.

—Lo es con quienes le deben cien de los grandes, Timothy —hablaba con su compañero, pero el muy insecto no apartaba su mirada de mí. Era intimidante.

Timothy se encogió de hombros.

—Le habrá dado una segunda oportunidad. Ya sabes, por lo de la otra noche.

Caruso se quedó un momento pensando. Después asintió.

—Al parecer están contentos con el trabajo que hiciste con Price, novato. A ver qué tal te desenvuelves en una operación de mayor calibre.

Ese comentario hizo que se me encogieran los huevos.

—Califa me llamó al día siguiente —informó Timothy—. Ya sabéis que no es partidario de dejar víctimas mortales, pero dijo que, en general, estaba satisfecho por la información recopilada. Admitió que había sido una intervención sensacional.

—¿De verdad dijo «intervención sensacional»?

—Lo dijo —confirmó el hombretón.

—Joder, ¡deberíamos agujerear a ese moro con un punzón, por pedante! —Caruso escupió una carcajada ridícula.

Tras las gafas de sol, que, a pesar de la oscuridad reinante en el sitio, mantenía puestas, Charlize escuchaba sin intervenir.

Barry, el barman, con su palillo bailando entre los dientes, de los incisivos a los molares y viceversa, se acercó con una bandeja llena y sirvió la comida.

—Tres *burgers* de beicon y huevo con sus tres pintas —anunció, sirviendo los platos y las bebidas—. Y el café para el nuevo. Que aproveche.

El olor que desprendían las hamburguesas me impregnó las fosas nasales y se me instaló en el estómago. Caruso aplastó el pan con la palma de la mano y la mayonesa, mezclada con el jugo de la carne, se desprendió por los costados. Después le dio un bocado que llenó sus dos carrillos. La yema reventó y empezó a empapar el pan. Puso los ojos en blanco.

Para no vomitar, aparté la mirada y me centré en Charlize. Resulta curioso como dos personas pueden comer lo mismo y transmitir todo lo contrario mientras lo hacen. Verla a ella lamerse los dedos después de dar un delicado bocado a su hamburguesa fue lo mejor del día. Llámame triste.

Cuando Caruso dio cuenta de su hamburguesa, que le duró tres bocados, se pasó la servilleta entre los dedos y, mientras rescataba un pedazo de carne de entre las muelas, preguntó:

—¿Dónde se habrá metido Milton? Llega tarde.

Milton. Había un cuarto tipo.

—Estará al caer —respondió el mastodonte sin desviar la mirada de su comida. Observaba la hamburguesa como un buscador de oro a una pepita emergente.

En ese momento, la puerta del Dust se abrió, permitiendo que la luz diurna iluminara la zona más próxima a la entrada. La silueta de un hombre se dibujaba al contraluz. Yo estaba sentado mirando hacia la puerta y el recién llegado llamó poderosamente mi atención. No por su rostro, del cual apenas podía distinguir un solo rasgo debido al contraste en la iluminación.

Tampoco reconocí su voz, ni me insinuó nada especial cuando dio un paso y gritó, dirigiéndose al barman, pero mirando hacia nuestra mesa:

—¡Pensé que no volvería a ver a esta panda de delincuentes en tu bar, Barry!

Lo que sí pude ver de primeras era el uniforme que llevaba puesto.

Resoplé de alivio. Estaba tan feliz que creo que se me escapó un poco de orina.

Era el uniforme oficial de la Scotland Yard.

17

El oficial recién llegado se plantó delante de nuestra mesa con los brazos en jarra y gesto adusto, como si hubiera venido a este mundo a patear el culo de aquellos que se portaban mal. La luz artificial del bar ahora me permitía reconocer mejor los detalles. El hombre era alto y de largas extremidades. Debía rondar los cincuenta, a pesar de que el cabello cano y escaso le hacía parecer más mayor, además de hacerle una cabeza exageradamente grande. Nos observaba con dos enormes ojos que guardaban ese punto de locura que, quizá, todos los policías necesitan para cumplir con su trabajo. A pesar de la pequeña panza que tensaba el cinturón del uniforme, no era alguien con quien querrías discutir.

Casi me tiré a sus brazos, implorándole que me sacara de allí y me llevara de vuelta a casa, cuando el gesto adusto desapareció de pronto de su rostro, dando paso a una amplia sonrisa de pequeños incisivos.

—Cada día estás más impresionante, Charlize —dijo, mirándola con lascivia. Hablaba con una voz grave y poderosa, válida para actor de doblaje.

Las paredes se estrecharon a mi alrededor, sentía que me faltaba el aire.

«¿Está con ellos? No puede ser».

Ella se levantó las gafas para mirarlo a los ojos y le respondió con una sonrisa falsa. No le enseñó el dedo anular, pero estoy seguro de que era lo que le pedía el cuerpo.

—Llegas tarde, Milton. —Caruso se lamió los restos de salsa de los dedos y hurgó con la lengua entre los dientes por si podía extraer más «petróleo».

—Acerca una silla y siéntate —le ofreció Timothy. —Y pide a Barry algo de comer.

El policía metió las manos en los bolsillos del pantalón y negó con la cabeza.

—Me iré enseguida. En fin, chicos. No quiero estropearos el almuerzo, pero tenemos que hablar de trabajo. —Sacó una carpeta que tenía debajo de su axila y se la entregó al hombretón—. Timothy, repártelos.

Este dejó sobre el plato su hamburguesa a medio comer, dio un sorbo a la cerveza y sacó de la carpeta una serie de fotografías del

tamaño de un folio. Nos repartió dos a cada uno. Mientras lo hacía, noté que Barry me miraba desde detrás de la barra, pero al ver que me volvía apartó la vista.

Observé con ilusión las instantáneas. Pero no eran lo que esperaba.

—Esa es Helen Lane —explicó Milton, haciendo referencia a la mujer mal teñida de la primera foto. Esperaba que se subiera los pantalones para darse importancia, pero no lo hizo—. Cuarenta y cuatro años. Se quedó viuda hace tres. Vive en Reading con Margot, la niña que adoptó hace…

Golpeé la mesa con la palma de la mano. Milton calló y los cuatro se me quedaron mirando. Creo que Barry también dejó de pasar el trapo por el vaso. Hasta los ventiladores parecían haberse detenido.

—¡Que me explique alguien qué está pasando! —salté. No aguantaba más.

—Ten paciencia y no nos toques los cojones, chico —dijo el hombretón a mi lado con la misma calma, pero con algo de tensión en la voz—. Ahora no.

No me acobardó. Y si lo hizo, no lo demostré.

—¿Quiénes son las de estas fotos? —insistí, alzando las dos fichas —. No las conozco, ni quiero hacerlo.

Caruso miró a sus compañeros y se recolocó en su silla. Sonreía, pero también parecía desconcertado por mi reacción.

—¡Cielo santo! ¿Qué lleva ese café? —Una nueva carcajada—. Calma, novato, que acabamos de empezar.

—¡No! —exclamé—. Mi hermana. ¿Dónde está?

Los dos matones volvieron a consultarse con la mirada. Milton me observaba divertido, lo cual me asustó más que cualquier otra reacción. Los ojos de Venus permanecían ocultos tras los cristales tintados.

—Estás aquí para obedecer, no para hacer preguntas. ¿Ha quedado claro? —dijo Caruso, agrio.

No, no había quedado claro, en absoluto. Saqué la Polaroid del bolsillo del pantalón y la alcé a la vista de todos.

—Esta fotografía llegó a mí junto con la información de la reserva en el Blue Lake y un posado de ella —miré a Charlize y después al policía, si es que podía referirme a él de esa manera—. No seguiré con esto hasta que alguien me diga dónde está mi hermana.

—Anderson —intervino Venus—. Basta.

Si escuchar mi apellido saliendo de los labios de ella no conseguía calmarme, nada lo haría. Y no lo hizo.

—¡Ni basta, ni hostias! —Volví a agitar la Polaroid sobre los platos de comida—. O me lleváis con Megan, o esta misma tarde me vuelvo a América.

Caruso me miró con atención primero y luego con desagrado,

haciendo que los últimos minutos de vida de Kevin Price pasaran por delante de mis ojos. Pareció tener un resorte en el trasero cuando se levantó y me agarró del cuello de la camisa por encima de la mesa. Tiró de él hasta que mis labios casi rozaron su repugnante rostro.

—¿Quieres vivir? —farfulló—. ¿O acaso quieres acabar en un callejón con la garganta abierta como tu padre? Pues cierra la puta boca y esconde esa fotografía.

Me soltó de un empujón y volvió a sentarse. Dio un nuevo trago a la jarra de cerveza que terminó en un eructo. —Ya lo escribió Fitzgerald: «El fundamental sentido de la decencia se reparte desigualmente al nacer»—. Luego se atusó el flequillo y se dirigió a Charlize:

—Lizzy, cariño, tu cachorrito está algo tenso. Igual vas a tener que chupársela esta noche para que se calme. ¿Cómo lo ves?

Su dedo índice me apuntó a la frente como una pistola cargada.

Timothy rio entre dientes.

Ese tipo acababa de amenazarme con un asesinato y una felación casi en la misma frase. Solo quería morirme.

Venus miró hacia abajo. No sabía si eso significaba que estaba valorando la propuesta de su compañero o estaba contando hasta diez para no decir algo de lo que arrepentirse después. No importaba. No creía demasiado en esas cosas. Sigo sin hacerlo.

—Por favor, Milton, continúa —respondió ella al fin. No parecía estar divirtiéndose como los otros dos.

—Como iba diciendo, Helen Lane vive con su hija adoptiva, Margot, de cinco años.

Con la Polaroid donde salía Megan de nuevo en mi bolsillo, pasé al frente la segunda instantánea. Iba de sorpresa en sorpresa. Algo se reblandeció dentro de mí. Un ángel con tirabuzones rubios y enormes ojos negros sonreía a alguien al otro lado del objetivo, dejando a la vista la ausencia de dos incisivos que completaban la sonrisa más tierna que yo había visto nunca en un niño. Deseo hacer una breve pausa en este punto para aclarar algo: nunca fui un amante de los niños. Emily quería hijos, yo no. No me interesaban y allá donde algunos veían auténticas preciosidades en los recién nacidos de otros, como era el caso de Emily, yo no veía más que humanos deformes y arrugados que hacían ruido y olían mal. Los cabrones del mañana, en definitiva.

Los mofletes de esa niña, sin embargo, me aportaron toda la luz que necesitaba en la oscuridad de ese tugurio cuyos muros parecían estrecharse, oprimiéndome a cada segundo que pasaba.

—Este fin de semana, madre e hija tienen entradas para el ferry que recorre el Támesis de este a oeste de la ciudad —explicó Milton—. Yo mismo me he asegurado de ello.

Como si la voz de Milton hubiera acelerado algo en su interior, Caruso volvió a inclinarse hacia delante.

—Un paseo precioso —señaló y nos dedicó una horrenda sonrisa, la viva imagen del sarcasmo sin gracia, antes de estornudar. Volvió a sonarse con el pañuelo.

Entonces el agente sacó del bolsillo de la camisa un papel doblado por dos veces y lo colocó en medio de la mesa, para que todos pudiéramos verlo.

—No tan precioso, Doctor —matizó, aunque yo dudaba que Caruso tuviera un doctorado en nada que no guardara relación con la crueldad y la delincuencia callejera—. Las previsiones meteorológicas han pronosticado fuertes ciclones para mañana, lo cual nos viene de perlas. —Señaló el papel doblado—. Estos son los detalles. El viaje en barco durará aproximadamente una hora y pasará por el puente de Londres entre las cuatro y veintidós y las cuatro y veintiséis de la tarde. Nunca se retrasa más de tres minutos, lo he comprobado.

Caruso se frotó las palmas de las manos y enseñó sus incisivos levemente separados. Parecía un chimpancé divirtiéndose.

Charlize me estaba mirando con curiosidad.

Entonces una chispa prendió de pronto en mi cabeza. Até algunos cabos. Antes de morir, Kevin Price había hablado de una niña recién nacida que había recogido de un granero abandonado y que más tarde había dado en adopción a un matrimonio inglés que él conocía. No lo recordaba muy bien, porque en ese momento me encontraba en estado de *shock*, pero creí haber entendido algo sobre una contraseña que el padre biológico de la cría le había tatuado en el brazo antes de abandonarla. Aquello había sido, si no había entendido mal a Price, hacía unos cinco años. Justo la edad de la niña que me sonreía en la fotografía.

—¿Está esta niña en peligro? —pregunté en voz alta.

Inmediatamente, Charlize cambió de postura. Caruso y Timothy se miraron y se echaron a reír como si hubiera contado un chiste malo.

¿Sabes eso que dicen de que no se debe preguntar lo que no se quiere saber? Yo estaba a punto de comprobarlo.

—Mañana, a eso de las cuatro y veintidós, vamos a colarnos en ese ferry y secuestraremos a Margot Lane —respondió Caruso. Las pupilas le titilaban—. Y tú vas a ayudarnos.

Cerré los ojos para que el suelo dejara de moverse bajo mis pies. Parálisis intelectual temporal. Ese era mi estado. La situación resultaba irreal y mi cerebro se negaba a funcionar. ¿Secuestrar a una niña de cinco años? ¿Había oído bien?

18

Joe Caruso bajaba las escaleras que conducían a los lavabos, con la vejiga a punto de estallar. Las cuatro jarras de cerveza saldrían a presión si no alcanzaba el váter de inmediato. Cuando lo hizo y se desahogó, se le escapó un gemido de placer. Estaba tan aliviado que no le importaba el hecho de que aquello estuviera tan sucio que parecía que los herpes genitales vagaban a sus anchas. Se tragó su propio eructo y reconoció el sabor a beicon. Seguía orinando. No recordaba haber estado tanto tiempo con la manguera en funcionamiento. ¡Y qué placer!

Se oyeron pasos en las escaleras. Los acompañaba un silbido melodioso. Alguien estaba silbando *Strangers in the night*. Joe cayó en la cuenta de que, con las prisas, no había cerrado la puerta del lavabo. No le importó demasiado, seguramente el jilguero era Timothy. Siguió a lo suyo. Estaba pensando en que jamás había visto silbar a Timothy, cuando alguien empujó su puerta de una patada, empotrándola contra su espalda.

No llegó a darse la vuelta. Antes de que pudiera reaccionar, una mano de largos y fríos dedos con las uñas pintadas lo rodeó desde la retaguardia y se aferró a su entrepierna con tanta fuerza que lo obligó a encogerse por el dolor. Las últimas gotas de orina se escurrían entre los dedos de su atacante, unos dedos que se cerraban más a medida que él gritaba. No sintió el filo del cuchillo rozando su garganta hasta que ella habló.

—Vuelve a llamarme Lizzy y te corto los dos huevos —le dijo ella al oído. Su susurro era tan gélido como su tacto.

—¡Suéltame, furcia!

Apretó con más fuerza. El machete también ejercía más presión, e incluso penetró en la primera capa de su piel como una cuchilla de afeitar usada. Escocía.

—Quedas avisado.

Lo soltó por fin. Joe cayó al mugriento suelo encogido como un gusano. Cualquiera podría pensar de un matón de banda que, en una situación así gritaría todo tipo de improperios, pero en vez de eso, lloró como una niña.

En cuanto a Venus, colocó las manos bajo el grifo del lavabo con toda la tranquilidad del mundo y se limpió la orina. Antes de subir, le

dedicó unas últimas palabras a su compañero de banda:

—Tienes los huevos igual de pequeños que el cerebro, Caruso.

Más tarde, a Joe le dolería el moratón producido por el filo de la puerta al golpear su espalda y tendría que ponerse hielo en la zona testicular, pero más le iba a doler el orgullo de haber sido humillado, una vez más, por esa zorra de Venus.

«De no ser la favorita de Califa, ya le habría sacado los ojos», pensó.

Venus atravesó el local con un ardor incontrolable que le subía por las entrañas. No solían durarle más de unos segundos, especialmente si encontraba con quién desahogar la rabia. En esta ocasión le había tocado al comemierda de Caruso. No cabía duda de que se lo había merecido.

Ella no siempre había tenido el poder sobre otros hombres que acababa de demostrar en el piso inferior. Tampoco se había dedicado a cazar recompensas toda la vida.

No debió escapar del orfanato con doce años. Porque eso hizo que tuviera que dedicarse a algo mucho peor para poder sobrevivir al frío de la noche de Chicago.

Fueron los traficantes quienes la llamaron Lizzy por primera vez. Un diminutivo cariñoso. Resultaba fácil ser cariñoso después de que te la chuparan. Ella necesitaba la droga y no tenía dinero para pagarla. No tenía para un techo o una barra de pan, así que mucho menos para unos gramos de caballo. Aun así, siempre podía guarecerse bajo ropa vieja y cartones, o alimentarse de fruta revenida y de las sobras que los restaurantes arrojaban a los contenedores de los callejones. Pero la droga, no, para obtenerla necesitaba a esos cabrones.

Aun así, prefería el sexo oral, que normalmente no duraba más de dos minutos —ciento veinte segundos con la mente en blanco y respirando hondo por la nariz—, antes que dar tirones a los bolsos de las señoras por cuatro perras. Era más honroso. Y también más seguro. Si la pillaban robando, la enviarían de nuevo al orfanato. O peor todavía, a un reformatorio. Durante un tiempo se había dedicado a seguir a grupos de turistas por Grant Park y a robarles calderilla, pero un día faltó poco para que la atrapara un poli de Detroit que no se encontraba de servicio. Fue cuando supo que tenía que dejarlo.

Las felaciones eran más seguras. O eso había creído ella.

Lo había intentado todo, eso nadie podría reprochárselo nunca. Antes de los hurtos y la prostitución callejera, antes de que tuviera que hacerse con una navaja para defenderse, se había movido de un lado para otro. Sin parar. En Aurora había hecho de camarera en una cafetería familiar. En Indianápolis había trabajado de cajera en un Costco. Como era menor de edad, la pagaban en negro. Libre de

impuestos y de tarjetas de crédito, ideal para sus trapicheos. En Davenport había bailado en clubs de carretera, lugares remotos donde ganaba un buen sueldo. Pero pronto comprendió que no le convenía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Así que pasó a moverse más rápido. Aprendió dónde estaban las áreas de descanso de camioneros de la zona, porque ese era el modo más fácil de conseguir un pasaje barato para alguien con su aspecto. Fue la época en la que empezó a analizar a los demás. Se paraba a observar a los camioneros, cómo comían, cómo se expresaban y gesticulaban, e intentaba dar con el más inofensivo. Era algo que aprendió a reconocer, aunque no siempre acertaba. Le robaron dos veces, le dieron una paliza, y una noche, la última, sintió que la cosa se le estaba yendo de las manos. Dejó aquello y siguió adelante.

Así que empezó a dormir en la calle, normalmente en parques públicos. Un día, un mendigo le habló de una zona del centro donde el sexo fácil era muy demandado. «Un bombón como tú tendría negocio asegurado, niña», le había dicho, entre toses que parecían estertores.

Fue así como empezó a hacer las felaciones. Aquel mendigo había estado en lo cierto. Charlize nunca había ganado más dinero a la hora, lo cual le permitía acceso a mayor cantidad de droga. Lo malo fue que eso abrió la puerta de su vida a los cabrones. Los cabrones de verdad. Si algunos camioneros se habían propasado con ella, lo que le esperaría a partir de entonces iba a ser mucho peor.

Por regla general, los cabrones se portaban bien con ella, pero siempre había alguna excepción. Y en ese mundo, las excepciones podían costar caro. A veces, cuando Charlize lo hacía sin ganas, la abofeteaban y la insultaban. Algunos hasta la escupían en el pelo. En una ocasión, su camino se cruzó con cinco universitarios, cinco niños de papá que querían montarse una juerga. Venus sabía que eran estudiantes, porque llevaban cazadoras con mangas blancas y el águila roja de la Universidad de Chicago bordada en el pecho. La violaron entre los cinco. Al menos le agradecieron los servicios prestados con una cantidad de heroína suficiente para olvidar el incidente durante más de una semana.

Pero lo peor era cuando la engañaban.

Al poco de cumplir Venus dieciséis años, un borracho maloliente, a quien le faltaban algunos dientes, intentó marcharse con la droga después de recibir lo suyo. Ella se quejó, luchó por lo que le correspondía y casi consiguió que la mataran a golpes. Fue la noche que conoció a Califa. Si no llega a ser por la intervención del por aquel entonces empresario en ciernes, era posible que no hubiese vivido para contarlo.

Más tarde, unos días antes de alistarse voluntaria en el ejército y algunos meses antes de que Califa la llamara para reclutarla, dos

hombres la atacaron en un aparcamiento de Detroit. Esa vez ella estaba preparada. A uno de ellos le dio un navajazo en la garganta. Empezó a escupir sangre por la boca y ella salió corriendo. Quizás el tipo acabara muriendo. Venus nunca lo supo, aunque era lo más probable. Tampoco le quitaba el sueño. Para aquel entonces ya llevaba varias muertes en su casillero.

Así que nadie volvió a dirigirse a ella como Lizzy. Porque todos sabían cómo reaccionaba al oír ese nombre. Y si Joe Caruso quería conservar sus partes nobles de una pieza, debía recordarlo.

Los ataques de furia, como decía, no le duraban mucho, de modo que esa tarde tuvo tiempo para dedicarle a Barry una agradable sonrisa de despedida y agradecimiento por su hospitalidad, antes de salir por la puerta.

La lluvia había cesado. El despótico sol la golpeó de lleno al contraste con la oscuridad del interior del local. Timothy esperaba de pie junto a la puerta mientras se fumaba un puro.

—Ahora sale Joe —anunció ella—. Lleva un apretón de cojones.

El gruñido de Timothy sirvió como confirmación de que lo había recibido y también de que no le quitaba el sueño. En ese momento no parecía que le importara otra cosa que no fuese su puro.

—Milton ya se ha esfumado —informó tras formar una anilla de humo en el aire—. Ha dicho que nos vemos mañana y me ha pedido que te envíe saludos de su parte.

—Que le den a ese cerdo.

Venus miró en derredor y no vio a Anderson por ninguna parte. Se sobresaltó.

—¿Y el nuevo?

Timothy emitió un segundo gruñido, esta vez más socarrón. Señaló con el puro la esquina del restaurante.

—Ahí atrás, echando la papilla —explicó entre sonidos guturales que llevaban la firma de su risa.

—Joder.

En ese momento, Anderson torció la esquina. Estaba pálido como un muerto, que seguramente era como se sentía, y caminaba con dificultad. Le costó llegar hasta donde estaban ellos.

—¡Andando! —gritó Timothy, arrojando sobre el asfalto el puro consumido. Abrió la puerta trasera del coche.

Venus entró tras Anderson.

—Mantenlo vigilado esta noche, o escapará —dijo el grandullón mientras giraba el contacto. Hablaba de Anderson como si él no estuviera presente.

Venus no contestó. Nadie volvió a abrir la boca hasta que regresaron a sus respectivos puntos de origen.

19

Hubo un tiempo, cuando cursaba secundaria en el instituto, en el que solía experimentar una pesadilla: aparecía en mitad de un prado en un día espléndido, soleado, pero no muy caluroso, con brisa, aunque sin llegar a ser ventoso. Estaba sentado —cosas del subconsciente—, en el sofá más cómodo sobre el que nunca había aposentado mi trasero. Frente a mí, en una mesa de remaches dorados que parecía sacada del palacio de Versalles, disponía de manjares suficientes para hacer salivar al crítico culinario más exigente: cigalas recién pasadas por la plancha, tartas caseras de tres pisos, fruta de colores vivos y recién recolectada… Hasta en el sueño olían de fábula. Tras la abarrotada mesa, un flamante Ferrari Spider de color rojo me esperaba aparcado con su puerta de halcón levantada. Solo faltaba que un coro de ángeles cantara a mi alrededor, pero supongo que en los sueños no tiene cabida la música. Y a mi derecha, al otro lado del sofá, lo mejor de todo: Jessica Lange me sonreía, sentada de lado con las piernas cruzadas, armada con un escote más profundo que una convención de filósofos. Su mirada era capaz de hacer sucumbir al mismísimo Papa Juan Pablo. Solo que yo estaba inmóvil. Quería actuar, acariciar a Jessica, probar la comida, sentir el motor del Spider bajo mi cuerpo. Pero una fuerza invisible me mantenía petrificado hasta que, por fin, despertaba sudando.

Años más tarde, ya en la facultad, ese sueño, fruto de las hormonas, dio paso a otro más explícito en el que Jessica se me aparecía sin ropa. Totalmente desnuda. Con la piel más tersa, los pechos más redondos y las partes íntimas más rasuradas que yo había visto nunca. Una tortura onírica en toda regla.

De vuelta en el Blue Lake, con Venus sentada a lo indio sobre la colcha y sus brazos al descubierto tras deshacerse de la chupa, me asaltó de nuevo la perplejidad e impotencia de aquellos sueños. Solo que, esa vez no iba a haber suspiro de alivio, ni musitaría «Pero ¿qué cojones?» cuando despertara. Estaba en una ciudad extranjera, con la joven más impresionante a la que yo había mirado a la cara, sobre mi cama, y, sin embargo, todo daba vueltas a mi alrededor. Empezando por mi cabeza, que no dejaba de vaticinar el apocalipsis desde la reunión secreta con la banda en el Dust y siguiendo por mi sistema digestivo. Había echado hasta la primera papilla a la salida del bar, lo

cual me había aliviado un poco.

La lluvia volvía a pegar fuerte afuera. Incidía de lado en el cristal de la ventana de la habitación.

—Yo dormiré en el suelo —dijo Venus, con ese aire suyo de «todo me importa un carajo», mientras rebuscaba en el interior de la bolsa de plástico que se había traído de un Seven Eleven. En ella se leía el mensaje impreso: HOY VA A SER UN GRAN DÍA. La ironía se explicaba sola—. Toma, te vendrá bien comer algo, a ver si no lo echas esta vez.

Me tendió un bocadillo vegetal y una botella de agua del tiempo. Los ingredientes del emparedado, según decía la etiqueta, iban «de la huerta, a tu boca», aunque no imaginaba de qué otro sitio podrían haber salido. A decir verdad, en ese momento de debilidad, lo habría comido aunque la lechuga y el tomate hubieran salido de la caldera de los trolls de David el gnomo.

Me gustaba Venus. Me gustaba mucho. Y no solo por lo evidente. Me gustaba como ser humano, a pesar de lo extraño que ahora pueda parecer. Supongo que los lobos solitarios nos entendemos entre nosotros.

Ella se quedó con un sándwich mixto y un refresco. La miré perplejo. Acababa de meterse al cuerpo una hamburguesa de beicon y huevo, ¿y ahora un sándwich? Me resultaba inconcebible que alguien con sus hábitos alimenticios conservara esa figura. La clásica aberración natural. Volví a contemplar la curva que dibujaba su minifalda a la altura del muslo. Debía de matarse a hacer deporte.

—Ni hablar. Tú dormirás en la cama y yo en el suelo —habló mi caballerosidad.

Dio un repaso a la cama. Después sonrió con soberbia. Una sonrisa que me habría vuelto loco de no haber tenido problemas más grandes encima.

—Es un colchón ancho. Creo que cabremos los dos.

Me llevé el bocadillo a la boca porque me había quedado sin palabras.

Sonrió aún más.

—No me lo digas. ¿Es la primera vez que compartes habitación con una desconocida, Anderson?

Continué masticando. Me estaba asando de calor.

—No te preocupes —añadió—. Nunca intimo antes de una gran operación. Además, tienes que estar descansado para mañana.

Aquella confesión dejaba abierta la posibilidad de un encuentro íntimo con ella en el futuro, pero mi mente ni siquiera se molestó en fantasear con la idea. Todos los focos estaban puestos en esas dos palabras: GRAN OPERACIÓN.

Sentado sobre la mesa, con los pies colgando —deseaba mantener

cierta distancia con ella—, tragué con dificultad y comencé una conversación difícil. Las fotografías de Helen y Margot Lane reposaban sobre la superficie de madera, a mi lado. Madre e hija miraban a algún punto fijo fuera de la cámara, con expresión sosegada, inconscientes de lo que se les iba a venir encima. El estómago se me estaba cerrando otra vez.

—¿Has secuestrado a otras niñas antes?

Ella ladeó la cabeza.

—Has tardado en sacar el tema. Supongo que la conversación en el bar te estará volviendo loco.

Era evidente.

—Por favor, responde.

—Solo llevo unos meses trabajando para Califa. Lo cierto es que mi rol es más de campo —contestó con la naturalidad de la becaria que acaba de licenciarse y ha empezado a currar en una empresa de seguros.

Iba a preguntarle a qué se refería con «de campo», pero inmediatamente me vinieron a la cabeza imágenes de Kevin Price con medio cuerpo asomando por la barandilla de su piso, o sus estertores cuando Timothy le permitía emerger la cabeza de la bañera. Entonces pensé que prefería no conocer los detalles.

—Solo aclárame si te parece bien que vayamos a robarle la hija a una madre inocente.

Me atravesó con su gélida mirada.

—Esa mujer, Helen Lane, es una yonqui. Se chuta de todo mientras la niña duerme. La han echado de varios trabajos por llegar tarde y en estado ebrio… y desde que su pareja las abandonó, a ella y a la niña, no se le ha conocido una relación estable y duradera. Ignoro el interés que puede tener Califa en esa cría, pero es la última vez que lo juzgas en mi presencia.

Me pareció que la temperatura había bajado de golpe diez grados en la habitación.

—Puedes apostar a que el futuro de Margot Lane será más brillante con él, que con su madre —añadió—. Califa no se dedica a secuestrar a niñas, si esa es tu pregunta.

Aquello no tenía ningún sentido. El mismo Caruso así lo había verbalizado en el bar: «vamos a colarnos en ese ferry y secuestraremos a Margot Lane». Mi reacción no había sido buena. Pero esa gente no estaba para juegos. Al oír aquello, yo me había levantado de la mesa del Dust con la intención de largarme de allí, cuando el agente Milton, a quien no iban a darle la medalla a policía del año, se encargó de dejármelo muy claro.

—Sal por esa puerta si quieres, no te detendré —me dijo con la palma de la mano apoyada en mi pecho. En ese punto, Caruso lo

estaba mirando con estupor—. Pero no irás más allá de las puertas del JFK. En cuanto pises la terminal, las fuerzas del orden procederán a detenerte como sospechoso de asesinato. Esas sospechas, por supuesto, se verán constatadas y pasarás una buena temporada entre rejas.

—¿Asesinato? Pero ¿qué dices? ¡Yo no he hecho nada! —le espeté.

Dibujó una sonrisa que no me gustó.

—¿Estás seguro? Varios testigos, empezando por el barman, te vieron bebiendo con Kevin Price a la barra del Honky Tonk la noche de su muerte. Hay quien lo consideraría una prueba de peso. Solo tengo que hacer una llamada a mi contacto en la Interpol, para poner tu nombre en el disparadero. Luego, ¿qué crees que pasará cuando analicen tus huellas y vean que coinciden con las que encontraron en la vivienda de Price la noche que se *suicidó?*

Terminó la frase dibujando comillas.

Un argumento que me había obligado a sentarme de nuevo a la mesa. Había caído en la trampa, ahora lo veía. Esa noche yo solo tenía que entretener a Price en ese bar, darle algo de conversación y asegurarme de que se trataba de él. Lo había hecho porque creí que, de esa manera, esa gentuza me perdonaría la deuda de cien mil. Y porque se habían cepillado a Clay. La foto de mi hermana ligera de ropa aún no la había recibido; de haberlo hecho, de llegar a tener una mínima esperanza de que volvería a verla, habría matado a Price yo mismo. Puedes juzgarme. El caso es que, en ese momento, mientras charlaba con Price sobre el *draft* de la NBA, no me imaginaba que él acabaría desangrado en la bañera de su piso. Y mucho menos que los asesinos utilizarían mi presencia allí para chantajearme. Hablando en plata, estaba cogido por las pelotas.

Esos cabrones lo tenían todo muy bien pensado.

De vuelta en la habitación del hostal, apreté un poco la tuerca de la conversación con Venus:

—Califa no se lleva a niñas, muy bien, lo capto. ¿Y a veinteañeras?

Ella frunció la mirada. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Era la primera vez que la dejaba sin palabras. Me sentí satisfecho.

—¿Hablas de tu hermana? —preguntó finalmente. Había relajado la voz.

Un alzamiento de cejas bastó como respuesta.

Ella deslizó un pie por debajo del muslo y se sentó encima.

—Háblame de ella, Anderson.

Mi organismo se puso en modo nostalgia.

—Desapareció hace poco más de un año. Tenía veinticinco y vivía con nosotros, en la casa que mis padres tienen en Queens —rectifiqué y me dolió hacerlo—, bueno, tenían. Ahora mi madre vive allí con su nuevo novio.

Ella pegó un delicado bocado al sándwich. La cama se estaba

llenando de migas y recuerdo que pensé que iba a ser incómodo dormir allí. Luego recordé que yo dormiría en el suelo. Es curioso las cosas que nos vienen a la cabeza en momentos del todo inoportunos.

—¿Es verdad que tu padre fue asesinado en…? —Dejó la pregunta en el aire.

—Ocurrió poco después de que se fuera mi hermana.

Venus asintió lentamente con la cabeza y apretó los labios. Supongo que era su forma de decirme que lo sentía. O quizá solo se estaba arrepintiendo de haber preguntado. En cualquier caso, a mí me valió.

—Entonces, ¿tu hermana desapareció?

—Un día salió de casa y no volvió.

—¿No llegasteis a saber por qué se fue? ¿Ninguna idea?

Había sido un día muy largo. Era como si el viaje hubiera ocurrido hacía una semana y la visita a casa de Price, un año. Llevaba mucho tiempo con la adrenalina sosteniéndome en pie y estaba agotado. Pero, tal y como he dicho, me gustaba hablar con Venus, así que pensé: «¿por qué no?».

Le conté el cambio que había experimentado Megan en los meses previos a la desaparición. Las contestaciones a mis padres, los desplantes. La promiscuidad, tan inesperada en una niña que sacaba buenas notas y que seguía yendo al cine con sus padres. Le hablé de su coqueteo con las adicciones, primero el alcohol y después las drogas.

—Ya —dijo Venus, como si la palabra «droga» lo explicara todo. No era tan fácil.

Continué hablando. Le conté que denunciamos su desaparición y que el caso salió en los medios, al menos los primeros días. La policía vino a casa y se empleó a fondo en recopilar hipotéticas pistas que ayudaran a dar con el paradero de Megan o su posible destino, pero no transcurrió mucho tiempo hasta que empezaron a dar la búsqueda por imposible. Ya sabes, tópicos del tipo: «Si no aparece en las primeras veinticuatro horas, es que ha salido del país» y esa clase de verborrea que se aprende en las películas y cuya veracidad yo dudaba que alguien se hubiera molestado en constatar. Me constaba que el caso aún no estaba cerrado, pero ya nadie hablaba de él. Era como si todos hubieran asumido que mi hermana, simplemente había sido tragada por la faz de la Tierra.

No fue el caso de mi padre. Él tenía una fortaleza estoica e inquebrantable. Tomó la decisión de continuar la búsqueda por su cuenta. De eso también le hablé a Venus. Ella parecía cada vez más interesada. Me preguntó por lo que pasó con George Anderson desde ese momento hasta su muerte. La historia no tenía gran misterio. Mi padre siguió el rastro de Megan hasta que lo condujo a Brownsville, y fue en ese barrio de ruina y perdición donde fue consciente del mal

camino que había llevado su hija, los días previos y posteriores a la desaparición. Hablé de cómo yo lo seguía cada tarde sin que él me viera. Le describí el descenso a los infiernos que mi pobre padre experimentó por encontrar a su hija pequeña. Entonces pasé a describir la relación que él tenía con Megan. No era como la de los otros padres. Ella era su hija preferida y yo había llegado a comprenderlo. Megan había sido la niña perfecta con la que todo progenitor sueña. Obediente, guapa, buena estudiante y generosa. A él lo tenía como embrujado. No se perdió ninguno de sus partidos de hockey ni de sus recitales de piano; enmarcaba sus notas y presumía de ellas delante de los amigos; la llevaba a clase en coche, algo que había dejado de hacer conmigo mucho antes y cuando ella empezó a salir con las amigas por las noches, como cualquier otra adolescente, mi padre se quedaba despierto hasta que la oía llegar a casa. En una ocasión, cuando ella tuvo bronquitis, a los trece años, George Anderson durmió en una butaca del Presbyterian durante cuatro noches seguidas. Era muy religioso, así que podía imaginarlo mirándola y rogándole a Dios para que se recuperara. Cuando Megan quedó con su primer novio para ir al cine, la siguió en secreto, esperó en una cafetería que había enfrente a que terminara la película y después la siguió en su camino de vuelta a casa, también en secreto. Así era mi padre con mi hermana.

A Venus le llamó la atención que yo siguiera a mi padre todos los días sin que él se percatara. Una apreciación que me dolió en el pecho. Entonces le hablé de dónde estaba yo la tarde que lo mataron.

—Ese día yo tenía una importante entrevista de trabajo en la ciudad. En pleno Wall Street. Así que pasé el día entero fuera de casa. Me entrevistaron en persona, el que sería mi jefe y el presidente de la empresa. Este último llevaba puesta una corbata de los Yankees que no pegaba nada con el resto de su traje de millonario, especialmente con los resplandecientes zapatos.

—¿El presidente de la compañía? Impresionante.

Casi sonreí ante ese pensamiento nostálgico. Si cierro los ojos, aún recuerdo los detalles de la entrevista. Desde que apretó mi mano, el presidente me trató con la condescendencia que le dedicaría un padre a un buen hijo. Tuve la impresión de que le había caído bien. Mi futuro jefe, por contra, adoptó el papel de poli malo, formulándome preguntas comprometidas y buscando el fallo en cada respuesta. Más tarde pude conocerlo mejor y comprobé que solo había sido eso, un papel. El hombre era uno de los mejores tipos con los que he tenido el placer de trabajar y siempre me trató como a un hermano. Al menos, hasta que la cagué con el fondo de inversión.

Me dieron el puesto al finalizar la misma entrevista. Lo primero que hice fue bailar en el ascensor de camino a la salida. Lo segundo,

pedir un perrito con extra de mostaza en la plaza que daba al rascacielos que albergaba la compañía para la que iba a trabajar. El traje, aunque me quedaba grande porque me lo había prestado mi padre, ya lo llevaba puesto, así que solo me quedaba sentarme en un banco y devorar el perrito para sentirme como un ejecutivo de Wall Street. Un sueño hecho realidad.

Una vida antes, otra después.

Fuera, en la calle, un autobús paró frente a la entrada del Blue Lake, con un rótulo que indicaba que se trataba de una agencia de turismo. Un grupo de excursionistas españoles de aspecto cansado —todo el mundo parece cansado cuando pasa el día en una ciudad extranjera y es sorprendido por una tormenta— salieron en fila y corrieron hacia el hostal para protegerse de la lluvia.

—Así que conseguiste el trabajo —resumió Venus, interesada en mi relato.

Aparté la mirada de la ventana y volví a observarla. Mis ojos tardaron un segundo en acostumbrarse a su presencia, como cuando entras a una estancia con demasiada luz.

—Aquel día, mi padre no volvió a casa. Lo encontraron tirado en un callejón. —Carraspeé—. Sin vida.

Venus cerró lentamente los ojos y se mantuvo unos segundos en silencio. Fue la primera muestra de humanidad que vi en ella. No habría muchas más.

—Lo siento —añadió. Yo no dije nada—. ¿Fue un robo? ¿Un forcejeo?

—¿Quién podría decirlo? Solo sé que fue un homicidio con arma blanca. Tenía la garganta rajada cuando llegó la policía.

—Así que murió debido a su obsesión por encontrar a tu hermana.

De no haberse dedicado al crimen organizado, habría sido una excelente investigadora.

Asentí con la cabeza. Y el dolor volvió a golpearme duro en el pecho. Hay heridas que jamás se cierran. No quería seguir hablando, porque mis palabras solo me recordaban que yo no estaba allí ese día. Que mientras él se preparaba para buscar a mi hermana por última vez, yo estaba devorando un perrito caliente con una estúpida sonrisa en la cara. Aun así, Venus descifró mi silencio.

—Tu padre había salido a buscarla esa tarde.

—Sí.

—Y te martirizas porque tú, mientras tanto, estabas en Wall Street.

Volví a asentir.

—Esas cosas pasan —dijo con una sonrisa empática que me pareció sincera—. No te culpes por ello.

—Supongo.

Entonces verbalicé algo que hasta ese momento solo había rondado

mis más íntimos pensamientos:

—Nunca sabré si él hubiera muerto de haber estado yo allí.

Venus me miraba con lástima. Habría estado bien que se hubiera levantado a darme un abrazo, o simplemente que hubiera alargado el brazo para posar su mano en mi rodilla. Era lo que yo necesitaba. Pero no hizo nada de eso. Supongo que era demasiado pedir para una mujer como ella.

Me limité a sacar la Polaroid de Megan y observarla. Sentía que me estaba quemando en el bolsillo del pantalón. No era la Megan que yo había conocido. Ella nunca se habría sacado una foto tumbada medio en pelotas en la cama de un hotel. Nunca se habría teñido el pelo de ese color. Y, desde luego, no habría permitido que alguien jugara conmigo al enviarme su foto por correo postal.

En cualquier caso, sentía que mirar esa foto era mi manera de lamerme las heridas.

—Si hay algo que pueda compararse a la pérdida de una hija, es que esta caiga por el oscuro y profundo abismo de las drogas —señalé sin dejar de contemplar la imagen—. Eso me lo dijo mi padre unos días antes de que lo mataran.

—¿Pillaron al asesino de tu padre?

Ahora me tocaba mover la cabeza en horizontal.

—Hubo una investigación, pero acabaron archivando el caso. En ese barrio solía aparecer gente muerta con bastante asiduidad. No solo asesinada, también por sobredosis, hipotermia, ese tipo de cosas que suceden en los barrios como aquel. Ya sabes, un día la ciudad entera está conmocionada, incluso lo sacan en las noticias y al día siguiente ya es un ajuste de cuentas más. Algo rutinario. Un asco.

—Un puto asco, sí —respondió—. ¿En qué barrio fue?

—Brownsville —contesté—. ¿Por qué?

Se quedó pensativa.

El último excursionista en bajar del autobús y entrar en el hostal fue un hombre con sobrepeso que llevaba en brazos a una niña pequeña. Estaba rojo como un tomate.

Me di cuenta de que el silencio se había apoderado de la habitación.

—¿Venus?

Pero ella estaba absorta en su mundo, masticando lentamente los últimos bocados del sándwich, como un autómata.

—¡Charlize! —probé con su nombre de pila.

Reaccionó con un pequeño sobresalto y su mirada volvió a cobrar vida, como si la hubiera despertado en mitad de un sueño profundo.

—¿Qué?

—¿Por qué querías saber en qué barrio mataron a mi padre?

—Por nada.

Entonces dio un último trago de agua, se limpió las migas de las manos y se levantó.

—Hora de dormir. Mañana va a ser un día largo.

—De acuerdo. —Me levanté y hablé hacia la pared. No me atrevía a mirarle a la cara—. Te dejo intimidad para que te cambies.

—Muy considerado. Pero yo duermo en el suelo.

—He dicho que ni hablar.

20

La meditación me iba bien. Era una práctica que nunca me había costado trabajo. Que yo recuerde, siempre había sido así: buscar una emisora de música clásica o ambiental, encender unas velas o una varilla de incienso, cerrar los ojos y respirar profundamente. El organismo hacía el resto. Lo único que yo tenía que hacer era estar presente y mantener la mente en blanco. Todo el proceso me permitía continuar cuando el ritmo frenético del mundo de la inversión, los valores y las gráficas se me volvía demasiado pesado, cuando la vida en sí misma era un espectáculo aterrador. Siempre estaba la meditación para calmarme, para salvarme el culo.

Más tarde sería la escritura la que se uniría a la meditación en el propósito de echarme un cable. Entonces, en lugar de prender velas, encendería un cigarrillo y en vez de tirar de la varilla de incienso, abriría una botella de whisky. Esencialmente era eso por lo que escribía: para escapar del pasado. Y del presente. Y de mí mismo.

Una vez, una de mis novias llegó a gritarme:

—¡Bebes para no afrontar la realidad!

—Por supuesto, amor —le contesté.

Ese mismo día, me dejó.

Pero eso fue varios años después de que me tocara compartir habitación con Charlize Brown. Años después de la noche en que me puse a meditar para conseguir dormir sobre el frío y duro suelo del Blue Lake. Para no pensar que ella yacía a menos de un metro, a mi lado. Y para olvidar que al día siguiente iba a participar, amenazado y extorsionado por un policía inglés y una banda criminal, en el secuestro de una pobre cría de cinco años.

También evitaba pensar en Megan.

Y lo hacía por diversos motivos. El más obvio, por supuesto, era que de esa forma podía concentrarme mejor en el colosal problema que me ocupaba. Las emociones no iban a ayudarme. Era obvio que el caso me interesaba únicamente debido a temas personales —Megan y mi propia supervivencia—, pero no podía dejar que eso me enturbiara la mente o que mis deseos me hicieran tomar decisiones equivocadas.

En pocas palabras: no podía evitar tener esperanzas.

Existía una posibilidad, por mínima que fuera, de que toda esa locura acabara llevándome con mi hermana y volviéramos a estar

juntos. Cuando fantaseaba con ese momento, me olvidaba de todo lo demás. La mente se me disparaba. Se me iba a un futuro con ella de nuevo en casa. Sería la tía de mis hijos, quizá ya era tarde para que estos fueran de Emily, pero sí de los que estuvieran por venir.

Venus dormía. Me hubiese gustado oír su ronquido, eso habría sido un síntoma de humanidad. Pero no, respiraba profundamente y llena de calma. No sé cómo podía hacerlo, sabiendo lo que nos esperaba al día siguiente. Supongo que, cuando has pasado toda una vida de penurias, cualquier cosa te parece rutinaria.

Me quedé un buen rato mirando al techo en la penumbra, con las manos aferradas a la sábana. Pensé otra vez en aquella noche. En lo bien que había empezado el día. Había vuelto del centro, pletórico, después de que me cogieran para el puesto de trabajo. Tras una visita rápida en casa de Emily para darle la buena noticia, corrí a casa. Me habían ofrecido un contrato en prácticas con la posibilidad de un sueldo fijo y muy buen remunerado. No veía el momento de contárselo a mamá. Me senté a la mesa con ella y esperamos a que volviera papá para abrir una botella. ¿Cómo suele decirse? Una buena noticia nunca lo es del todo, hasta que la compartes con tus seres queridos.

Mamá no paraba de hacerme preguntas. Quería saber todos los detalles, no solo de la entrevista, sino del trayecto en metro, del altísimo edificio que se iba a convertir en mi segunda casa a partir de ese momento y del olor que se respiraba en Wall Street. Yo se lo conté todo, pero ambos teníamos el oído puesto en la calle, a la espera de escuchar el motor del Chevrolet de papá. A mamá le disgustaba que saliera hasta tan altas horas del día, y habían discutido mucho por ello, pero ese día no parecía importarle. Su hijo, lo único que le quedaba tras la dramática desaparición de Megan, iba a ser todo un *bróker* de Wall Street.

Ya se me habían acabado las cosas que contar y papá seguía sin llegar. Mamá decidió abrir la botella sin él. Brindamos eufóricos, al menos por dentro, porque ambos sonreíamos nerviosos por la tardanza de papá. Era más tarde de medianoche cuando nos acabamos la botella.

Entonces por fin se oyó un motor deteniéndose en la calle. Solo que no era el del Chevrolet de papá, claro. Lo supe por el característico sonido, pero también por el resplandor rojo y azul que entraba por la ventana de la cocina. Y por la respiración frenética de mamá, previa al ataque de ansiedad que la abatió cuando corrió la cortina y vio el coche que había parado fuera. No, no era el Chevy de papá, sino un coche patrulla.

La mente, como el corazón, va donde quiere, sobre todo durante la noche, así que me imaginé esa hoja afilada desgarrando la garganta de

papá, como si se tratara de tierra húmeda. Me imaginé su cuerpo tirado boca arriba en el mugriento asfalto de un callejón de Brownsville, desangrándose, dando las últimas y agónicas bocanadas.

Cerré los ojos ante la imagen de todos esos drogadictos pasando por delante del cuerpo de mi padre como si nada. Dejé que la imagen se volviera borrosa. Una lágrima se coló entre mis párpados y resbaló por mi mejilla formando lo que a la mañana siguiente sería un trazo seco en mi rostro.

Esa imagen de papá era tan nítida porque había visto fotos del cuerpo. Las había tomado la policía al llegar al lugar del crimen esa misma noche. Terribles, sangrientas. Curiosamente, eran visiones que no me afectaban. El impacto fue tan devastador, su mirada tan vacía, que era incapaz de asociarla a su persona. Me lo sigue siendo hoy en día. Quizá es simplemente que mi mente nunca me ha permitido hacerlo.

También vi su cadáver, una vez lavado y maquillado, en el interior del féretro, instantes antes de ser enterrado. La gente suele creer que son momentos solemnes para dar el último adiós a un ser querido, pero yo no lo pienso así. Para entonces ya es un trozo de carne, una masa sin alma de quien no tiene sentido despedirse. Es como dar tu adiós a tu coche antes de pasar por el desguace. Una futilidad.

No recuerdo en qué momento me quedé dormido. Solo sé que esa noche no soñé con Jessica Lange, ni con Charlize Brown, ni tampoco con Ferraris o comida deliciosa. En lugar de eso y tras mucho tiempo sin haberlo hecho, mi subconsciente le hizo una visita a papá. Él me recibió con una sonrisa. Su mirada volvía a estar llena de vida y en su garganta no había ni rastro de la cicatriz.

«Encuéntrala por mí», me dijo en el sueño. Se refería a Megan, claro.

Quién sabe, es posible que, de no haberme topado con él en sueños esa noche, mis decisiones del día siguiente habrían sido muy distintas.

Me desperté de un sobresalto. Aún era completamente de noche. Notaba el cuerpo agarrotado, como si el poco rato de sueño, lejos de repararme, me hubiera castigado aún más. Supongo que es lo que hay cuando lo único que te separa de un suelo baldosado es una manta vieja. Recordé el encuentro onírico que estaba teniendo con papá cuando mi mente dijo basta y me devolvió al mundo de los vivos. Después recordé que esa noche compartía habitación con Charlize Brown, alias Venus, la futura asesina de hielo. De inmediato me puse tenso.

Fui a comprobar la hora en mi reloj, cuando me percaté de que una línea de luz se dibujaba en la rendija de la puerta del baño. Esta estaba cerrada y me pareció extraño, porque yo estaba seguro de

haberla dejado abierta antes de acostarnos.

Me asomé a la parte alta del colchón y constaté que Charlize no se encontraba en la cama. «Estará haciendo sus cosas», pensé y del mismo pensamiento se me volvió a aparecer la imagen de ella subiéndose la falda. Me puse más tenso aún.

Volví a recostarme en mi camastro improvisado. Pasaron los minutos y Venus no salía del cuarto de baño. Entonces empezaron a escucharse ruidos difíciles de asociar a algo concreto. Murmullos muy lejanos que no decían nada y que no hablaban de ningún tipo de sentimiento. Eran gemidos leves, neutros. Y procedían del interior del aseo.

Nunca he sido el típico *metomentodo*, así que cerré los ojos y dejé pasar el tiempo. Pero los murmullos no cesaban. Vibraron al borde de la coherencia, se hundieron, subieron de tono y luego pararon, hasta que, pasados unos segundos, volvieron a empezar. Al final me levanté y me dirigí a la puerta. Llevaba puesto un juego de camiseta y pantalón a modo de pijama, pero el contacto de las plantas de mis pies con el frío suelo de la habitación hizo que un escalofrío me subiera hasta la nuca por la médula espinal. Acerqué una oreja a la superficie de la puerta. Los gemidos se hicieron más claros y, aun así, seguía sin reconocerlos. Aquello no me gustaba. Algo estaba haciendo esa mujer ahí dentro, algo que no era normal.

Me dije que de perdidos al río. Esos días estaba viviendo al límite, de modo que arriesgué y abrí la puerta. Muy sutilmente, lo justo para poder ver a través de una rejilla y sin hacer ruido, para que, con suerte, ella no se diera cuenta de mi intromisión.

Al final me quedé un buen rato observando. No me esperaba lo que vi. Me aterraba y a su vez no podía apartar la mirada.

No volvería a dormir en toda la noche.

21

Venus gimió de dolor. Después, silencio. Dejó escapar una bocanada de aire mientras sentía que el veneno abandonaba su cuerpo poco a poco. En su abdomen, junto al resto de cicatrices, un hilo de sangre emanó de un nuevo corte que ella misma se acababa de provocar. Resbaló por la cadera hasta aterrizar en las baldosas del baño. Pronto se formaría un pequeño charco de color granate.

Volvió a sujetar la cuchilla y la situó en contacto con su piel, bajo el ombligo.

«Otra vez».

Ejerció presión en la nueva zona y hundió la cuchilla en la carne. Un segundo tajo se abrió en el abdomen. Se estremeció. Volvió a gemir, pero menos. Normalmente, en intimidad, gritaba como una loca cada vez que se flagelaba, pero en esa ocasión no le quedaba otra que contenerse; Anderson dormía al otro lado de la estrecha pared y no le convenía asustarlo. No más de lo aterrado que ya debía de estar.

Los primeros cortes siempre eran los peores. De eso se trataba. El escozor insoportable, el dolor pulsátil con cada nueva raja en la piel, enmascaraba todo lo demás. Y con todo lo demás, se refería a las voces de dentro de su cabeza.

Le habían hablado por primera vez cuando, con dieciséis años, hendió la garganta de un hombre con un hierro oxidado, en un paso subterráneo de Chicago. Fue la noche de su segundo encuentro fortuito con Al-Sayid. Si no llega a ser por su intervención, el cabrón que terminó en el fondo del canal con el cuello abierto habría acabado con la vida de Califa. Ella se había sentido bien por haber salvado a ese musulmán tan bien vestido, que más tarde le daría cobijo y una nueva vida, pero el motivo de su euforia tenía que ver también con haber ejecutado a ese hijo de puta. Hacer justicia era lo que más la excitaba.

Califa se lo había agradecido, aunque siempre se había mostrado contrario a servirse de la violencia para alcanzar sus objetivos. Venus —sobrenombre elegido por el propio Al-Sayid— lo supo el día que él la llamó, años después de que ella saliera del centro de desintoxicación que precisamente Al-Sayid había financiado, para reclutarla para la banda.

«No te permitiré que mates por gusto, si es en lo que estás

pensando —le había dicho—. Quien trabaja para mí, debe actuar como un robot. Sin emociones. Hay mucho en juego».

Pero las voces nunca habían dejado de hablarle, ni siquiera durante el exigente tratamiento de desintoxicación. Siempre estaban ahí, conminándola a apagar la luz de aquellos que se lo merecían; recordándole quién era Lizzy, una mugrienta chupapollas drogata, a quien sus padres habían abandonado en un contenedor al nacer. Con el tiempo, si bien no había logrado enmudecerlas del todo, sí aprendió a ignorarlas y a convivir con ellas. De esa forma había empezado a trabajar con Califa, cumpliendo sus reglas. Y no había nada que satisficiera más a Venus, que hacer que ese hombre brillante se sintiera orgulloso de ella.

Pero a veces ocurrían cosas. Como que un hijo de puta se cruzara en su camino, por ejemplo. O que, como había pasado esa tarde, un charlatán se dirigiera a ella como Lizzy. No había duda. Caruso lo había hecho a propósito, con el fin de provocarla. Entonces, en situaciones como aquella, las voces empezaban a gritar sin control y lo hacían a un volumen tan alto, que Venus no podía quitarse de la cabeza la idea de matar. Llegado a ese punto, solo había una forma de acallar las voces: saciando su sed de sangre. Un segundo más y el mugriento baño del Dust habría sido testigo de cómo le atravesaba la tráquea o le rebanaba los huevos a Joe Caruso. Por suerte, había logrado contenerse antes de hacer alguna de las dos cosas. Eso habría supuesto el fin de la misión antes de empezar y también habría desatado la cólera de Califa hacia ella.

Solo le quedaba, pues, la solución convencional. Era mucho más dolorosa, pero siempre funcionaba. Esa noche, después de charlar con Anderson —contra todo pronóstico, había recabado información interesante sobre su vida—, se habían acostado: ella en la cama y él en el suelo. Una caballerosidad por parte de él, que ella había apreciado. Entonces, una vez que Anderson había empezado a respirar profundamente, señal de que por fin se había quedado dormido, ella se había encerrado en el cuarto de baño.

Así que allí estaba, de pie, en ropa interior y armada con la cuchilla que había obtenido del kit de afeitado, cortesía del hostal.

No había rezos previos, ningún «Líbranos del mal», o un «Perdona nuestros pecados, Señor». Aquello no tenía nada que ver con Dios y su perdón, ni con el arrepentimiento o la mala conciencia. Ella solamente quería hacerse daño para acallar su yo interior.

Al quinto corte, las voces eran apenas susurros provenientes de un lugar muy lejano. El abdomen le ardía. La piel de la zona de la cadera, así como los dedos que habían asido la cuchilla, estaban teñidos de rojo. «El dolor es bueno», se dijo, observando el reflejo de su macabra obra en el espejo y sintiendo el regocijo de su alma. Venus, que no era

ajena a su belleza, pensó al verse en un Rembrandt que ha sido rajado y salpicado con salsa de tomate. Sonrió, saboreando la aflicción que le producían los cortes, eufórica por haber logrado contener a las voces una vez más; excitándose al imaginar el tacto de los dedos de Califa recorriendo el contorno de las cicatrices, bajando hasta el…

Algo chirrió a su espalda.

De inmediato examinó el reflejo del espejo, pero desde esa posición no se veía la puerta. Entonces, algo más calmada, se volvió.

La puerta estaba abierta, lo cual hizo que frunciera el gesto, porque ella la había dejado cerrada para no llamar la atención de Anderson.

Cuando salió del cuarto de baño, Anderson permanecía recostado de lado sobre la manta. Su respiración seguía siendo profunda.

Venus no dijo nada y contaba con que él hiciera lo propio al día siguiente. El viejo truco de hacerse el dormido no era más que eso, un viejo truco.

No le gustaba que la observaran mientras llevaba a cabo el ritual. Hasta la fecha, no había tenido que hablar sobre ello con nadie y esperaba seguir sin hacerlo. Se limpió, regresó a la cama y se quedó dormida.

Apenas oyó la voz que, un segundo antes, gritó a su subconsciente:

«¡Acaba con él o te traerá problemas!».

22

El día de la desaparición
Londres, 22 de diciembre de 1984

Me vi corriendo. Sin rumbo. Bajo la lluvia. Hasta la extenuación. Se suponía que, si el Plan A salía mal, debía alejarme rápido de la zona sin que nadie pudiera identificarme. En la dirección que fuera. Pero desaparecer de allí, eso era lo prioritario.

¿La gente me miraba a mi paso? Era posible, aunque, de ser así, lo hacían con el mismo interés de quien hace *zapping*. A decir verdad, no era muy consciente de lo que sucedía a mi alrededor. ¿Sabes esa sensación de miedo absoluto en la que te sientes flotar, como si a tu cuerpo lo dominara una fuerza de otra dimensión y tú te observaras como si fueras un espectador de tu propia película? Era exactamente lo que me estaba ocurriendo.

Seguí corriendo. El mundo desfilaba ante mí como una borrosa nebulosa, como si lo viese tras una luna empañada.

Hay quien dice que el cerebro humano puede compararse a los circuitos integrados de un ordenador. En esa época, cuyos últimos meses había dedicado casi íntegramente a las fluctuaciones del mercado de valores y la incertidumbre bursátil, a mí me gustaba pensar en mi mente como una interminable y vertiginosa montaña rusa, con bajadas en vertical, *loops* y gritos. Muchos gritos y muchas risas, mezclándose en el ambiente y confundiéndose entre sí.

Ese día, mi carro metafórico no llevaba sujeción de seguridad e iba tan rápido que hasta se ponía a dos ruedas en las curvas cerradas. En el ambiente no había risas, solo quedaban los gritos, porque me dirigía, sin sujeción y a toda velocidad, al *loop* más grande que yo había visto. No era una sensación a la que estuviera acostumbrado, ni mucho menos. Estaba muerto de miedo.

La lluvia jugaba a mi favor. Provocaba que la gente se metiera en los *pubs* o en sus casas, dejando la calle desierta. Paré a un vendedor ambulante que ofrecía paraguas y chubasqueros de usar y tirar —siempre hay quien saca beneficio de un temporal— y compré uno de los segundos. Azul oscuro, el más discreto posible. Y con capucha, para guarecerme del chubasco. Esa era la imagen que quería dar. En realidad, no me molestaba la lluvia, nunca lo ha hecho. Pero, en mitad

de un temporal, no había nada más común que un chubasquero azul marino de usar y tirar y nada más íntimo que una gran y horrible capucha.

Algo más tranquilo, me detuve. No sabía dónde estaba. No conocía Londres e ignoraba si me había movido hacia el norte o hacia el sur.

Por el momento, me detuve a recomponer mis pensamientos.

¿Qué demonios había salido mal? No tenía ni idea. Caramba, ni siquiera sabía qué hacía yo allí, y había tenido la misma sensación dos horas antes, cuando había embarcado en ese transbordador.

Dos horas antes

Faltaban doce minutos para que el barco zarpara y exactamente treinta y uno para que se produjera la tragedia. Solo que ellas, claro, no eran ni remotamente conscientes.

Helen y Margot Lane corrieron al muelle del Tower Bridge en una competición para ver quién llegaba antes. Helen dejó ganar a su hija, que empezó a chillar y a dar saltos de alegría delante del joven encargado de validar los tiques, de cuya cazadora colgaba un identificador con el nombre de Todd Collins. Estaban ante una nueva parada en su día especial en la ciudad. Ni siquiera la amenaza de lluvia, que un pesado manto de nubes grises se empeñaba en recordar, iba a estropearles la visita.

A Margot le encantaba estar en el centro, observar los puestos de comida de Camden Town y quedarse embobada con los músicos que tocaban en la calle. Y a Helen, que hacía años que no transitaba esas calles, le encantaba ver feliz a Margot. Era una niña lista, atenta a todo lo que ocurría a su alrededor, como si aprendiese cosas a cada segundo; y risueña, siempre pendiente de lo que hacían los mayores y dispuesta a deleitarles con una sonrisa que les derritiera el corazón. Los críos tienen un instinto para eso. Pero tras el abandono del cabrón de Randall, todavía marido de Helen, la sonrisa de Margot y el brillo de sus ojos se habían ido apagando poco a poco. Al menos, esa había sido la sensación de Helen, quien cada vez pasaba menos tiempo en casa y por lo tanto, con ella. En el colegio le aseguraban que era una niña aventajada y que parecía feliz; sin embargo, cuando estaban las dos juntas en casa, ella no lo notaba así.

Pero en el centro, no. En el centro estaba contenta. Menos mal que finalmente habían decidido hacer la excursión. Y pensar que todo había sido fruto de la suerte. De no haber recibido esa llamada, jamás se le habría ocurrido. Pero dos semanas atrás, un hombre había llamado a casa.

—Hola, mi nombre es Harry. Le llamo desde la agencia de turismo y tiempo libre *Thames Happy Cruises*. ¿Puedo robarle un minuto?

Helen nunca había oído hablar de esa agencia, y, a pesar de que la voz del hombre transmitía amabilidad, no se fio de primeras. Sin embargo, antes de que ella pudiera rechazarlo, él había seguido hablando.

—Hemos realizado ciertas mejoras en nuestras excursiones y estamos buscando familias como parte de un estudio para viabilizarlas.

—No, gracias, no me interesa.

—Espere un segundo, no se va a arrepentir. Deje que le explique: nuestro estudio tiene como objetivo recopilar opiniones de muy diversos perfiles, y en este caso concreto buscamos familias que residan en Reading. Si no me equivoco, usted tiene una hija. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí…

—¡Pues está usted de suerte! Le ofrecemos un viaje para dos personas en uno de nuestros barcos, el próximo veintidós de diciembre. Además, la invitación incluye un cóctel de bienvenida.

Algo en Helen había despertado abruptamente al mencionar el telefonista la posibilidad de alcohol gratis.

—¿Para dos personas?

—Sí, nuestro interés se centra en familias con niños pequeños. Queremos comprobar que nuestras mejoras son aptas para ellos.

—Mi hija tiene solo cinco años.

—Lo sabemos. Precisamente, ustedes dos conforman el tipo de familia que buscamos para este estudio. Hemos organizado programas de entretenimiento infantiles durante nuestros viajes, para que tanto ellos como ustedes disfruten de nuestras excursiones. ¿Puedo tomarle los datos?

Así que allí estaban, madre e hija, disfrutando de una tarde estupenda y de ellas mismas. Y todo por un golpe de suerte. Londres era una ciudad maravillosa.

Alcanzaron la cubierta y el viento los golpeó. Margot soltó una carcajada, de esas que solo pueden salir de la boca de un niño, cuando se tambaleó por el impacto. De no haber estado aferrada a la mano de Helen, habría caído al suelo de culo. Cuando se recompusieron de la embestida, una joven muy guapa, uniformada con blusa blanca, tacones y vestido de chaqueta azul marino, estaba frente a ellas sonriendo. Una amplia y perfecta dentadura que a Helen le hizo pensar en las teclas blancas de un piano, enmarcada de un intenso carmín rojo. No como sus labios siempre sin pintar, sus incisivos que cada uno iba a su aire, amarillentos desde su adicción al tabaco y otras sustancias. La mujer, que portaba una bandeja con copas rellenas

de un líquido dorado y burbujeante, les dio la bienvenida y le hizo una carantoña a Margot, que la miraba embobada. Puede que le hiciera el viejo truco de pellizcarle la nariz y hacer que la tenía entre los dedos, Helen no estaba segura.

—¿Una copita de champán para comenzar la travesía? —le ofreció a Helen.

Ella, más que aceptarla, se aferró a la copa como si fuese el antídoto de algún veneno mortal que corría por sus venas. Era su reacción habitual cuando se trataba de alcohol y lo peor era que ni siquiera se daba cuenta.

—¡Pero qué osito de peluche más chulo! —dijo después la amable mujer, poniéndose de cuclillas hasta quedar a la altura de Margot—. ¿Tiene nombre?

Margot bajó la mirada y se escondió tras el abrigo de Helen. Solía hacerlo ante un extraño. Y era curioso que actuara así, porque en el colegio, rodeada de caras conocidas, la definían como un «bendito torbellino».

—¿No le presentas a Misi a esta amable señorita? —animó Helen a su hija.

La pequeña continuó haciéndose la invisible. Se abrazó a Misi.

—A ti puedo traerte un refresco. ¿Te apetece? —insistió la joven.

Margot asintió con la cabeza. La observaba como había observado minutos antes al dueto de cuerda que estaba interpretando *Recuerdos de la Alhambra* en la plaza de Trafalgar. No solo su hija había caído bajo el embrujo. La propia Helen la miraba desde arriba. Miraba su melena pelirroja, recogida y escondida bajo el gorrito azul que completaba el uniforme, como si se la estuviera reservando para ser liberada más tarde y comerse el mundo a cucharadas. Inconscientemente, Helen se llevó la mano al estropajo gris que era su cabello. Imaginó la vida que llevaría una mujer como aquella. La vio llegando a casa, una vez terminada su jornada laboral; un bonito adosado victoriano, con jardín y tejado de pizarra, situado a las afueras. La vio dando un cálido beso de bienvenida a su apuesto marido mientras cocinaba algo sabroso para la cena. Y la vio haciendo el amor con él en el sofá del salón, al calor de la chimenea. Apasionadamente. Todo eso vio Helen en un segundo. Una vida perfecta.

Y luego estaba su vida, en la que tenía que trabajar por cuatro monedas para pagar el alquiler de un interior en Plaistow y los cuidados de Margot, a quien no podía dar caprichos porque todo lo que le sobraba se lo gastaba en alcohol y droga. Aquella no era vida para una niña de cinco años y ella lo sabía. Ojalá Randall no la hubiera convencido para adoptarla. Era un pensamiento que solo se permitía tener una vez al día, porque acto seguido le entraban ganas

de lanzarse a las vías del tren o acabar con el bote de somníferos. Menos mal que les habían tocado las entradas para esa excursión en barco, volvió a pensar y se bebió el champán de un solo trago.

Cuando la Mujer Maravilla se alejó en busca del refresco y las dejó de nuevo solas, Helen y Margot se acercaron a la barandilla para ver la ondulación del agua en el momento en que la embarcación se pusiera en marcha. Entonces Helen se agachó para besar a su hija en la mejilla. Uno de esos besos metralleta que rozan la categoría de pedorreta. No supo por qué lo hizo. El caso es que sintió en sus labios la mejilla fría y suave de su pequeña y de pronto se sintió bien.

En aquel mismo momento, Timothy y Caruso accedieron a la cubierta aparentando no conocerse el uno al otro y tomaron posición. En el piso inferior, donde se ubicaba el bar de la embarcación y desde donde, en días de lluvia o nieve se podía admirar el paisaje a través de las ventanas que daban a ambas orillas del río, yo esperaba impaciente a que comenzara la travesía. Llevaba encima una mochila y un mapa de la ciudad. Era el aspecto típico que esperarías en un turista. ¿Qué mejor manera de no llamar la atención? Solo que en el interior de la mochila no guardaba sándwiches, un botellín de agua y una cámara de fotos, sino un elemento clave para el éxito de la operación.

Había sido idea de Venus.

El barco se puso en marcha y los edificios de la primera línea de la orilla sur comenzaron a moverse hacia un lado. Exhalé una bocanada con sabor a miedo. La operación acababa de activarse. Ya no había vuelta atrás.

23

El viento del oeste había arreciado y levantaba olas cuyas crestas espumosas golpeaban los costados del transbordador hasta media altura. Margot parecía encantada de estar en cubierta, contemplando cómo se formaba la estela y mirando las gaviotas planeando sobre ellas. Helen recordaba ese tipo de excursiones con sus padres, cuando todavía vivían. Hacía mucho tiempo de aquello.

Algo más allá, una pareja mayor observaba la orilla. Tras ellos había una familia oriental acomodada en uno de los bancos de la cubierta, con termos y bocadillos calientes. Parecían venir muy preparados. No como ella, que ni siquiera le había preparado un sándwich a su hija. Ella era de poco comer y rara vez tenía hambre, pero Margot, que no llevaba sus genes, ni siquiera se parecía a ella en eso. La enana comía como una lima. Decidió que la llevaría a tomar un batido nada más terminar la excursión. Helen sonrió a la familia oriental. El padre hizo una sutil reverencia con la cabeza y le dijo algo a su mujer por lo bajo. Después se pusieron a comer los bocadillos.

Tras ellos, un hombre con aspecto juvenil, enjuto, de piel pálida y que lucía una ridícula perilla, observaba su reloj junto a la barandilla. Viajaba solo. A Helen le recordó a su último novio, Mark, que era el hombre perfecto hasta que empezó a llegar borracho a casa. Entonces se volvió violento. Helen lo había mandado al cuerno cuando la pegó por primera vez. Volvió la cabeza, no le gustaba ese recuerdo.

Sentía el estómago revuelto. La embarcación llevaba ya algunos minutos en movimiento, así que, seguramente era por eso. O quizá se debiera al champán. No debió haberlo bebido tan deprisa. Algún día, Helen Lane aprendería de sus errores. Algún día.

Se apoyó en la barandilla y respiró hondo. Era lo que solía funcionar, según decían, en caso de indisposición. De no haber tenido la mirada borrosa, a lo mejor habría visto venir al hombre.

—¿Se encuentra usted bien?

Helen levantó la cabeza, sobresaltada. Y tuvo que levantarla mucho. El hombre que se había situado a su lado era un mastodonte que le sacaba como mínimo cuatro cabezas. Llevaba la bufanda bien subida hasta la barbilla y tenía la punta de la nariz roja a causa del frío. Olía bien, como a lavanda, y si Helen no hubiera tenido una centrifugadora en su interior, hasta lo habría apreciado.

—Sí, es solo que me ha sentado mal la copa de bienvenida. Gracias.

El hombretón rio. Tenía una risa reconfortante, de las que imaginarías en un abuelo o en Santa Claus.

—No se debe beber alcohol antes de comenzar un viaje. Lo aprendí hace mucho tiempo, cuando recorrí el Gran Cañón del Colorado en helicóptero.

—¿Ha estado usted allí? —Helen estaba asombrada—. Debe de ser fascinante.

—No lo fue para mí, se lo aseguro. Cuando echas la papa sobre la luna de un helicóptero, el recuerdo que se te queda no es el mejor.

La imagen hizo que a Helen le sobreviniera una arcada.

—Siento la grosería —se disculpó el hombre—. He sido un torpe.

—No se preocupe. Es solo que no me encuentro bien.

El hombre le puso la manaza en la espalda y la acarició con suavidad por encima del abrigo. Helen agradecía su carácter protector, aunque por un lado estaba deseando que la dejara sola para poder vomitar por la borda sin sentirse observada. Demonios, ¿por qué había tenido que beber esa copa de champán?

En el otro extremo de la cubierta, la Mujer Maravilla apareció con el refresco que le había prometido a Margot. Helen decidió que le pediría que vigilase a su hija un minuto. Entonces correría al baño del piso inferior y se desahogaría. Sí, solo necesitaba eso. Un minuto frente a la taza del váter y estaría de regreso en cubierta para disfrutar del resto de la travesía.

—Hágame caso: asómese a la barandilla y respire hondo —le recomendó el hombretón de la bufanda, ejerciendo un poco de fuerza con la palma de la mano sobre su espalda—. Le vendrá bien.

Helen se dejó hacer. Aquello tenía sentido. Asomarse y dejar que la brisa del Támesis la despejara. Observar las olas golpeando el casco de la embarcación podría resultar relajante. Así, con suerte, daría tiempo a que llegara la mujer con el refresco antes de montar el numerito.

De modo que se asomó, sacando la mitad posterior por fuera de la barandilla. Las piernas le flaqueaban. Cada vez notaba la vista más borrosa. Y luego estaba el sudor frío, que nacía en la nuca y le bajaba por la espalda —¿o era al revés?—, empapando la camiseta por debajo del abrigo.

De no haberse sentido tan mal, quizá habría visto al hombretón mirar hacia un punto concreto de la cubierta. Es posible que, siguiendo la dirección de su mirada, se hubiera percatado de que el tipo pálido que compartía rasgos físicos con Mark estaba a punto de montar una escena.

Pero ni siquiera intuyó nada de eso, porque en ese momento se sentía morir. Casi lo agradeció cuando una ráfaga de viento le hizo

perder el equilibrio y caer por la borda. Habría estado bien acabar con todo y olvidarse de los problemas. Calmar el dolor. Supo que no le habría importado morir a causa del impacto contra el agua o ahogada mientras era arrastrada por la corriente. Fue el sombrío pensamiento que le cruzó la mente durante el segundo que duró la caída.

Pero nada de eso sucedió. Helen sobrevivió al impacto. Consiguieron rescatarla. Y, de regreso a la cubierta, acabó recuperándose del malestar provocado por la indisposición estomacal.

Y fue entonces, pasado el susto, con todos los tripulantes y turistas del transbordador pendientes de ella y asegurándose de que no le faltaba de nada, cuando comenzó la verdadera pesadilla.

24

¿Y Margot? —preguntó, alarmada y se irguió en su asiento de una manera tan brusca que la manta térmica que la cubría cayó al suelo—. ¿Dónde está mi hija?

Helen Lane aún tiritaba de frío y se encontraba en *shock* por haber caído por la borda, así que todos pensaron que estaba delirando. Hasta los más voluntariosos sobre la cubierta del transbordador dieron un paso atrás, cuando Lane se puso en pie e insistió, a voz en grito y con los ojos muy abiertos:

—¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA?

Antes de que Helen Lane resbalara y cayera a las frías aguas del Támesis y mucho antes de que se percatara de que su hija había desaparecido, Venus atravesaba la cubierta vestida con ese estúpido disfraz y haciendo malabares sobre los tacones que le habían tocado. El plan, atuendo incluido, había sido idea de Joe Caruso. «La próxima vez te voy a vestir de erizo de mar, Caruso». Portaba una bandeja que sostenía la botella de refresco de cola que le había prometido a la cría.

La cría. En ese instante estaba junto a su madre, quien a su vez se había apoyado en la barandilla con la cabeza asomada. El color grisáceo de su rostro había desaparecido y ahora lucía el cutis de un cadáver.

«El champán ya ha hecho efecto, tal y como estaba previsto».

A su lado, Timothy trataba de ayudarla a pasar el mal trago, adoptando su clásico papel de cuarentón bonachón. De haber probado suerte en el cine o teatro, en lugar de jugar a policías y ladrones, le habría ido mucho mejor.

Venus giró el cuello y miró hacia el estribor. Detrás de una familia de orientales que estaba comiendo bocadillos vio a Caruso, quien se suponía que ya tendría que estar procediendo con su parte. «¿A qué esperas, idiota?» Ella ya había sobrepasado la mitad de la cubierta. En ese momento, Helen se volvió y la miró con el rostro descompuesto. Junto a ella, la niña jugaba con su peluche, ajena al pesar momentáneo de su madre. Si Caruso no actuaba de inmediato, Venus iba a alcanzarlas y eso no formaba parte del plan. Se verían obligados a improvisar. Maldita sea, ella odiaba improvisar.

—¡Oh, mierda, lo siento! —se oyó gritar a alguien en el lado opuesto. Casi al instante, un murmullo formado por diferentes

muestras de asombro acompañó el grito sobresaltado. «Justo a tiempo», pensó Venus. Lo vio con el rabillo del ojo. Ese idiota había elegido una forma muy poco ortodoxa de llamar la atención: fingiendo tropezar y cayendo sobre la mesa de los orientales. Lo puso todo perdido de comida y bebida. Aun así, debía reconocer que estaba bien pensado; el vaivén del barco justificaba el tropiezo y este, a su vez, había sido lo bastante escandaloso para que todos los presentes se volvieran un segundo para ver qué había sucedido.

Un segundo que había aprovechado Timothy para empujar a Helen por la borda sin ser visto.

Venus continuó caminando. Casi estaba junto a la niña.

El cuerpo de Helen cayó al agua, provocando un fuerte chapoteo amortiguado por el viento y el motor de la embarcación.

Mientras tanto, Caruso seguía disculpándose ante los orientales con mucha educación. Atrayendo las miradas. Desviando la atención solo hasta que Timothy pasó a la siguiente fase del plan:

—¡La señora ha caído al agua! —gritó el hombretón, señalando hacia abajo con el brazo; otra interpretación brillante—. ¡Ayuda!

El vozarrón de Timothy alcanzó hasta el último rincón de la cubierta y todos aquellos que observaban con morbo la torpeza de Caruso volvieron la cabeza para atender al nuevo e inesperado acontecimiento. Esa parte del plan había suscitado discrepancias entre la banda, pero a Venus le había parecido bien. Nadie iba a sospechar de Timothy… ¿Quién denunciaría a voz en grito su propio acto criminal?

Para ese momento, Venus ya estaba delante de la niña, ocultándola entre ella y la barandilla. Con un rápido movimiento, se agachó, dejó la bandeja en el suelo y abrió la botella de refresco. Solo que en realidad no estaba llena de refresco, sino de cloroformo. Había bastado con pegarle una etiqueta con el famoso logo rojo con letras blancas para que nadie sospechara —eso había sido idea suya—. De nuevo: ¿quién iba a sospechar de una camarera que portaba una botella de refresco?

En un segundo, oculta a ojos ajenos por su propio cuerpo, extrajo un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y lo empapó con unas gotas de cloroformo.

Después sostuvo el trapo húmedo frente a la nariz de la niña, que perdió el conocimiento antes de poder entender lo que estaba pasando.

No había un hueco libre en la barandilla del babor, todos estaban atentos a la mujer que chapoteaba abajo, en el agua, cuando Venus cogió a la niña en brazos.

Nadie la vio cuando desapareció de la cubierta.

Fue entonces cuando se puso en marcha la segunda fase de la

operación. Aquella en la que entraba yo.

25

Ateniéndome a las órdenes, yo me había atrincherado en uno de los aseos ubicados en la planta inferior del transbordador. Mi reloj marcaba las 16:48. Llevaba diez minutos de tensa espera cuando, a través de las paredes, me llegó un revuelo amortiguado que provenía de lejos —de la cubierta—, pero lo bastante claro para hacerme saber que el desconcierto en la planta de arriba había comenzado. Me levanté del suelo y me alisé la ropa como preparándome para la acción. O puede que simplemente fuera una manera de lidiar con los nervios.

Al cabo de un rato corto, tocaron a la puerta. Tres veces consecutivas, dejando un lapso de un segundo entre cada golpe.

Era ella.

Quité el cerrojo y abrí. Me impresionó ver a la niña dormida entre sus brazos. Parecía estar muerta. Y era mayor que la idea que me había formado de ella por la fotografía.

No estábamos secuestrando a ningún bebé.

Secuestro. Cada vez que pronunciaba esa palabra en mi mente me sobrevenía un reflujo.

—Vamos, cierra —me ordenó Venus a la vez que se agachaba y tendía a la niña en el frío suelo. Tuvo la decencia de quitarle el abrigo y extenderlo previamente sobre las baldosas.

Eché el cerrojo de nuevo e inmediatamente nos pusimos manos a la obra. Debía ser rápido. En esta parte de la operación no había margen para el error.

Lo primero que hizo Venus fue limpiarse el excesivo maquillaje de la cara y quitarse el uniforme de tripulante de la embarcación. Me di cuenta de que llevaba el uniforme como si fuera ropa deportiva; había cierta alegría en sus movimientos, como si hubiera aprendido a caminar sobre verdes praderas en mañanas limpias y frescas. Nada más lejos de la realidad.

Bajo la chaqueta azul marino llevaba su propia camiseta de Jim Morrison. Desvié la mirada cuando se deshizo de la falda y se quedó en bragas, aunque a ella no parecía importarle el hecho de quedarse en ropa interior delante de un hombre en un espacio cerrado. Su lenguaje corporal me decía muy claro que ella tenía los cinco sentidos puestos en la operación. Todavía sin mirarla directamente, le pasé

unos pantalones vaqueros de color negro que terminarían de convertirla en otra persona —los llevaba en la mochila— y unas zapatillas de correr usadas, por si había que salir corriendo, cosa que, efectivamente, acabó sucediendo.

Estaba terminando de calzarse cuando el pestillo se agitó en el cerrojo. Nos volvimos sobresaltados. Alguien estaba intentando entrar.

26

Todd Collins, encargado de servicios del bienestar del pasajero de *Thames Happy Cruises*, caminaba con el corazón acelerado por la planta inferior del barco, observando con nerviosismo el agua embravecida al otro lado de los cristales. Nunca le había gustado navegar con tormenta. Y no sería porque su hermano Tim y su mejor colega Bobby no le habían advertido.

—Quizá trabajar a bordo de un barquito no sea la mejor idea para alguien que padece tormentafobia —había opinado Tim una vez.

—No es un barquito, es un ferry —había contestado él.

—¿La palabra *tormentafobia* existe? —Era el turno de Bobby. Tim se rio encogiéndose de hombros. Dos contra uno, demasiado para Colin—. El caso es que Tim tiene razón. Es un barquito para niños. Y en Londres tenemos lluvia todo el condenado día, tío. Piénsatelo bien.

—Soy el encargado de servicios del bienestar del pasajero, chicos. Es un trabajo importante.

Tim y Bobby habían roto a reír como si les hubiera dado un ataque. Al cabo de unos segundos, fueron reduciendo el volumen de sus carcajadas como si fuera el final de una canción, y luego resoplaron y se secaron los ojos.

—¡Eres el tipo de los tiques, joder!

—¡El condenado acomodador del barquito! —Bobby puso la puntilla.

Tim y Bobby eran dos años mayores y disfrutaban metiéndose con él, pero tenían parte de razón, aquel no era el trabajo ideal para alguien con pánico a las tormentas. Esa tarde, la cosa estaba aún peor, porque una pasajera había resbalado y había caído por la borda. Luego, cuando lograron rescatarla y todo parecía haber quedado en un mal susto, resultaba que su hija de cinco años había desaparecido.

El jefe Mosley no solo le pagaba por comprobar los tiques de los clientes y desearles un buen viaje con una sonrisa, como habían asegurado Tim y Bobby. También le exigía hacer todo lo posible para que los turistas se sintieran como en casa. «El boca a boca es importante, Collins. Ya sabes lo que siempre digo».

Un cliente satisfecho es la mejor de las propagandas. Eso era lo que siempre decía Mosley. No había nada que le gustase más que las buenas críticas. Le excitaban.

Por eso, el hecho de que una niña hubiera desaparecido a bordo de un barco del *Thames Happy Cruises* era una tragedia.

En el baño de caballeros no había nadie. Acudió al de señoras. Al ver que la puerta estaba atrancada, sintió que los nervios estaban a punto de traicionarlo.

—*Il est occupé!* —gritó una mujer desde dentro.

Todd estaba desconcertado. Él había estudiado algo de francés en el instituto, pero no estaba seguro de poder mantener una conversación con una nativa. Y menos con una puerta de por medio.

—¡Estamos inspeccionando el barco! —gritó, probando suerte con el inglés—. ¡Una niña ha desaparecido!

Pasaron unos segundos sin que la mujer francesa dijera nada. Todd volvió a forzar la puerta, pero el pestillo no era una baratija y aguantó sin problemas.

Entonces se oyó el pasador moverse y acto seguido, la puerta se abrió.

Todd se adelantó y tragó saliva.

Una joven estaba sentada sobre el retrete, con los pantalones bajados hasta los tobillos y las bragas en las rodillas. Inclinada hacia delante, sujetaba el marco de la puerta mientras con la otra se tapaba la entrepierna. A su lado, en el suelo, estaba su abrigo. Era hermosa de un modo salvaje incluso en esa situación. El caso era que le sonaba de algo, lo cual tenía sentido porque él había comprobado los tiques de todos los que habían subido a bordo, así que necesariamente había tenido que dar la bienvenida con una sonrisa a esa belleza que en esos momentos lo estaba fulminando con la mirada. Aunque, por otra parte, seguramente se acordaría de ese momento.

—¡Oh, discúlpeme! —exclamó, avergonzado.

—¡Le he dicho que está ocupado, idiota! —protestó la chica, esta vez en inglés, pero con un marcado acento galo.

Todd torció el gesto. Ella no iba a dejar una crítica positiva en la encuesta de satisfacción y él se iba a llevar una buena bronca, especialmente si la joven mencionaba su nombre.

Se llevó la mano al pecho para ocultar su etiqueta de identificación, aunque probablemente ya era tarde.

—Estamos buscando a una… —balbuceó. Estaba aterrado.

—Ya. Una *fille*. Ya estoy al tanto. Ahora, Todd Collins —«Mierda»—, si me permites…

Le hizo un gesto con la mano. *¡Aire!* Desde luego, todo lo que tenía de guapa, lo tenía también de cretina.

Tras disculparse una última vez, Todd dio un paso atrás y cerró la puerta. Después, continuó la búsqueda sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

Tim y Bobby iban a alucinar cuando se lo contara.

Cuando el tripulante cerró la puerta, exhalé el suspiro más sincero que había echado nunca.

Al forzar el tipo el pomo por primera vez, Venus se había puesto en acción. Había escondido a la niña entre el retrete y la pared y la había cubierto con mi abrigo. En cuanto a mí, me había ordenado que me situara junto a la puerta. Con su dedo índice tocando los labios, me había indicado que me mantuviera en silencio.

Cuando ella abrió la puerta y el chico, que aún conservaba alguna marca de acné de la pubertad y bien podía haber pasado por un crío de trece años, se asomó al interior del aseo y mencionó a la niña, mi mirada resbaló hasta el cuerpo de Margot. Se me heló la sangre cuando vi que estaba moviendo uno de sus bracitos. Pensaba que estábamos perdidos.

Aún mantengo la opinión de que el teatro de Venus no habría funcionado si el chico hubiera contado con algunos años más de experiencia. Pero el caso es que lo hizo. ¡Ella parecía la viva imagen de la indignación! Había conseguido que ese Todd Collins se fuera tan avergonzado, que no vio el abrigo moviéndose; ni siquiera se había molestado en mirar tras la puerta, donde me habría visto pegado a la pared y aterrorizado.

Pasado el momento de tensión, Venus empezó a desvestir a la niña. Entonces, esta se desperezó con la ternura que solo un niño es capaz de transmitir y abrió lentamente los ojos. Los tenía azules. Preciosos.

—¿Mamá? —dijo en un hilo de voz.

Margot se estaba despertando.

27

Allí, en el suelo del aseo del transbordador del Támesis, Margot Lane nos miraba a Venus y a mí, lentamente, como si aún estuviera dentro de un extraño sueño.

Venus actuó deprisa y volvió a dormir a la cría acercando de nuevo un pañuelo con cloroformo a su rostro. Después rebuscó en la mochila y extrajo una jeringuilla llena de un líquido transparente. Clavó la punta en el pequeño muslo de la niña e inyectó el contenido.

—Pero ¿qué haces? —pregunté escandalizado.

—Los efectos del cloroformo no duran lo suficiente y necesitamos que la niña esté callada y quietecita durante varias horas. Está todo controlado.

—¿Qué le acabas de pinchar?

—Solo es un sedante, joder. Ojalá no hubiera tenido que chuparle la polla a ese pediatra asqueroso, pero así son las cosas.

—¿Te acostaste con un médico para conseguir un sedante?

—El sedante y el cloroformo. Lo seduje, y una vez cayó en la trampa, le hice chantaje. Los hombres sois tan fáciles…

—¿Qué tipo de chantaje?

—Si no me facilitaba los medicamentos, su mujer y sus hijas sabrían la clase de putero que tienen viviendo con ellas.

Volví a mirar a Margot.

—Solo es una niña.

—Neil, sobrevivirá, ¿vale? Está todo controlado.

Se me humedecieron los ojos.

El cuerpo desnudo e inmóvil de Margot atraía mi mirada. La imagen se volvió todavía más dura cuando Venus sacó unas tijeras del bolsillo de su traje y le cortó la melena rubia a base de dos tajos irregulares. No sé explicarlo con palabras. Digamos que el término vulnerabilidad había alcanzado su máxima expresión.

¿Qué estábamos haciendo?

—Así que, entre tus dotes, también está el dominio del francés —dije en voz baja, cambiando de tema. Buscaba relajar algo el momento y pensar en otras cosas.

No contestó.

Cuando terminó el estropicio, arrojó el pelo sobrante por el retrete, se aseguró de que no quedaban hebras por el suelo y tiró de la cadena

tres veces.

Continuó a lo suyo sin que ninguno de los dos abriéramos la boca, hasta que no pude más y le saqué el tema.

—Charlize —dije.

—¿Qué quieres?

—Respecto a lo de antes, yo…

Un trueno, el primero de varios, estalló fuera, haciendo temblar las paredes del cuarto de baño. Iba a acompañarnos una buena tormenta.

Ella levantó el tono de voz:

—Ahora no es el momento, Anderson.

Con «lo de antes», me estaba refiriendo a una conversación que habíamos tenido esa mañana en la habitación, cuando estábamos a punto de partir hacia la reunión previa al golpe, con el resto de la banda. Una conversación basada en temas importantes y que me había dado motivo para la reflexión.

Como me había quedado inmóvil, pensativo, Venus se levantó y me zarandeó un brazo.

—¡Despierta, Anderson! —Me dedicó una mirada que me atravesó el cráneo y salió por detrás—. Es tu turno. No la cagues.

Aquello fue el catalizador que me hizo reaccionar. «No la cagues». Era evidente que no iba a sacar nada más de ella en ese cuarto de baño y ahora la operación dependía de mí.

Tenía una nueva razón para continuar con el plan y seguir adelante.

Así que abandoné el aseo y salí corriendo por la planta interior. Ya habían encendido la iluminación del barco, de modo que no me convenía pararme allí si no quería que alguien me viera.

Estaba atardeciendo y llovía intensamente cuando alcancé la cubierta en la popa, donde en ese instante no había nadie.

28

A pesar de la tormenta, que se había formado tan rápido como desaparecería horas más tarde, la proa de la embarcación se había convertido en un hervidero en la zona de cubierta.

El grito de Helen Lane —¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA?— había actuado como un resorte en aquellos que se encontraban cerca de ella, activando las alarmas de todo el barco, pues pronto se corrió la voz: la hija de esa mujer había desaparecido.

¿Cómo era posible que una niña de cinco años se volatilizara en un pequeño navío? ¡Tenía que estar en alguna parte! Era lo que no dejaban de repetirse tanto los miembros de la tripulación como los excursionistas que, hasta ese momento, habían disfrutado de la ventosa travesía.

Todos querían ayudar a dar con la pequeña. En especial aquellos que se encontraban en cubierta en el momento de la caída de Helen al agua, algunos de los cuales recordaban haber visto a la niña a su lado y, por lo tanto, no entendían cómo había podido suceder. También coincidían en su aspecto. Varios resaltaron su sonrisa contagiosa y hasta recordaban cómo iba vestida: abrigo gris con pompones granate y medias rosas. Todos ellos mencionaron a Misi, su osito de peluche, que ahora yacía penosamente bajo la lluvia, en el suelo de madera de la cubierta.

La niña tenía que estar en el barco, pero ¿dónde? ¿Se la había tragado la tierra?

La histeria de Helen, que iba en aumento, no ayudaba. Acompañada por el rugido de los truenos como en una sinfonía demoniaca, solo gritaba el nombre de su hija mientras deambulaba medio ebria, con la ropa empapada y la melena gris chorreando. Tal actitud hizo que más tarde se la conociera públicamente como *la loca del barco*. El chico que hacía un rato le había acercado la manta térmica la acompañó hasta la popa, donde no encontraron a nadie. Los llantos de la madre contagiaron al resto de turistas y algunos de ellos se sumaron al lamento. Especialmente cuando se corrió el rumor de que el capitán del navío había dado el aviso de la desaparición a la Scotland Yard, quienes de inmediato le habían ordenado atracar en el muelle más próximo, el situado cerca del Parlamento, para comenzar una investigación.

No fueron buenas noticias para Helen. «Investigación» sonaba demasiado real. Que la policía se pusiera a investigar era lo mismo que aceptar que Margot había desaparecido de verdad. Hasta entonces, a pesar del disgusto, Helen había mantenido la esperanza de que su pequeña estuviera escondida en cualquier rincón de la embarcación, como parte de una broma infantil. Había confiado en que, en cualquier momento la encontraría muerta de la risa detrás la barra del bar o tras una torre de salvavidas apilados. Pero si la Scotland Yard entraba en escena, la pesadilla se volvería real. Era como esa llamada en mitad de la noche, anunciando que un familiar cercano acaba de ser atropellado. Como el momento en que ves el ataúd en un funeral y comprendes que no hay marcha atrás.

Las agujas del reloj del Big Ben marcaban las cinco y doce y ya faltaba poco para que el casco alcanzara el muelle. Dos furgones de la policía inglesa esperaban junto al acceso al embarcadero, con las luces estroboscópicas llamando la atención, cuando alguien gritó desde el estribor. Era la hija del matrimonio de japoneses que antes estaba comiendo bocadillos en cubierta. La joven oriental señalaba un punto concreto en el agua. Su expresión, arrugada y ahogando un grito de terror, no auguraba nada bueno.

Todos corrieron a su lado.

A pocos metros del transbordador, un bulto se mecía violentamente, arrastrado por el fuerte oleaje.

—¿Qué es eso? —preguntó un hombre que viajaba solo.

—No lo sé, parece un… —A Todd Collins se le quebró la voz.

Un turista bien equipado, que parecía salido de un reportaje de *National Geographic* sobre el Tibet, extrajo unos prismáticos de su mochila y los enfocó hacia el bulto. Cuando volvió a separar las lentes de los ojos, su tez se había tornado pálida. Collins le cogió prestado los anteojos y repitió el movimiento.

La mala noticia se había confirmado: el bulto flotante no era otra cosa que una niña vestida con mallas rosas y un abrigo gris con pompones de color granate.

Helen Lane tuvo que ser conducida al interior, cerca del bar, donde la secaron con toallas y le suministraron una fuerte dosis de tranquilizantes. El hombre que se encargó del pinchazo se llamaba Nick y el barman, Michael. No llegué a saber el nombre de ningún otro tripulante o turista, pero el de esos dos sí. Todavía me acuerdo de ellos y también de sus rostros, porque en ese momento yo me encontraba sentado en el taburete contiguo a la mesa donde sentaron a Helen.

¿Cómo olvidar esos nombres?

¿Cómo olvidar el dolor insoportable de esa pobre mujer, si yo lo había provocado?

29

Nos obligaron a evacuar de inmediato el barco. Eso era bueno. Abandonar el navío era esencial en el estado de histeria colectiva que reinaba en el ambiente. Simplificando, resultaba más sencillo desaparecer con una niña robada por las calles de una metrópoli como Londres, que en un pequeño transbordador. Ya era completamente de noche cuando pisamos tierra firme en Westminster.

Para entonces, la policía ya casi había recuperado del agua, valiéndose de una zodiac, el cuerpo de la niña. Desde mi posición, mezclado entre el resto de los pasajeros junto al muro que separaba la calle del río, me fijé en los rostros de los dos rescatadores que iban sobre la zodiac. El desconcierto que predominaba entre ellos era total. No era tristeza o pesar, las reacciones que esperas cuando recoges a una niña muerta que está flotando en las aguas del río. Ni tampoco incomodidad por estar empapados al atravesar el río en un día lluvioso como aquel. No. Era otra cosa. Algo no había ido como imaginaban.

Nos encontrábamos en el punto crítico de la operación. La policía estaba a punto de atar cabos.

Todd Collins temblaba encogido bajo la lluvia —de frío, pero también de miedo— mientras esperaba. Cuando aceptó el trabajo en el barco, jamás pensó que acabarían matando a una niña en una de las excursiones. Esas cosas solo pasaban en las películas y las novelas, no en el mundo real. Tim y Bobby no iban a creérselo. Iban a tener que verlo en las noticias y entonces, por fin lo tomarían en serio.

Junto a él estaba el jefe Mosley, el capitán del barco y propietario de la compañía turística *Thames Happy Cruises*. Era la clásica persona a la que parece que le han tallado una sonrisa en la cara. Ello y la densa barba canosa hacían que pensaras en Santa Claus al verlo. Fue una de las cosas que animaron a Todd a aceptar el trabajo, a pesar de su brontofobia; o, como Tim y Bobby decían, su *tormentafobia*.

Pero, en ese momento de crisis, el jefe no tenía buena cara. La sonrisa se le había borrado del rostro, que ahora se veía pálido en lugar de su rojo habitual. Había sido él quien había lanzado el aviso de la desaparición de la niña a la Scotland Yard y tras acatar las órdenes de regresar de inmediato a tierra, había sido el primero en

bajar del barco. En el embarcadero había sido interrogado por un inspector de la policía de Londres y, por su expresión actual, no había sido un encuentro amistoso.

Todd sabía, porque tenía un primo lejano trabajando en la Scotland Yard, que la policía británica no solía llevar pistola, pero, ese día, la gravedad de la situación les había obligado a enviar una brigada de hombres armados. Ahora, en el muelle, había seis agentes velando porque ningún pasajero ni tripulante abandonara la zona. Esperando las órdenes de su capitán. Aguardando el momento.

La zodiac navegaba ya muy lento, rozando casi los hierros del embarcadero. El capitán Mosley dio un paso al frente para presenciar la llegada desde la barandilla. Collins se quedó atrás. Deseaba desaparecer, volver a casa, meterse en la cama y olvidar todo lo sucedido. Pero al mismo tiempo, ansiaba saber lo que había pasado. Si se había producido delante de sus narices el que sería el suceso criminal del año, quería enterarse de todos los detalles. Con suerte, lo entrevistaría la prensa como testigo directo y saldría en televisión. Eso sería la bomba, un puntazo para su reputación.

El inspector esperaba al borde del embarcadero, con las piernas abiertas, las manos en la cintura y emanando autosuficiencia por todos los poros. Uno de los dos rescatadores se balanceó al poner un pie fuera de la zodiac, que brillaba húmeda bajo las luces de la noche. En sus brazos llevaba un bulto cubierto por una manta. Todd sabía que ese bulto era el cadáver de una niña y, sin embargo, no supo descifrar su expresión. La atribuyó al impacto. «No debe de ser fácil», pensó.

El inspector caminó hacia él y apartó la manta. Torció el gesto.

—¿Qué es esto? —preguntó al rescatador. Como si él fuera el responsable de una broma macabra.

El inspector no esperó a la respuesta. En vez de eso, se volvió hacia el capitán Mosley, que inmediatamente se adelantó para reunirse con ellos.

Ambos hombres intercambiaron miradas.

Cuando el capitán miró lo que había bajo la manta, fue como si hubiera visto un fantasma.

Bajo una capucha negra, los ojos de Venus brillaban de excitación desde el otro extremo de la calle.

«Actúa con normalidad», parecían decirme. Me resultaba admirable que pudiera mantener la compostura. Se encontraba rodeada de testigos, muchos de los cuales podrían haberla identificado como la camarera de cubierta, de haberse parado a mirarla a los ojos. Pero nadie lo hizo. No era sencillo mirar fijamente a esa mujer.

Hacía unos minutos, por orden del capitán, la tripulación había

examinado y cacheado a cada uno de los pasajeros, según íbamos abandonando el transbordador en fila india. Pensé que se me pararía el corazón cuando vi que el tipo de los tiques, ese Todd Collins, le daba el alto a Venus al bajar por la pasarela. Y, sin embargo, ella seguía transmitiendo calma. Seguramente fue esa calma, más el hecho de que él la hubiera importunado en el cuarto de baño mientras supuestamente hacía sus necesidades, lo que hizo que, muerto de vergüenza, apenas se fijara en el niño que yacía dormido en sus brazos. O puede que, al estar todos seguros de que la pequeña Margot flotaba en ese momento muerta en el agua, ni siquiera se les pasó por la cabeza que la niña continuara todavía a bordo del navío. Fuera como fuese, pensé que, de haber estado en su lugar, yo me habría derrumbado, habría estado muerto de miedo. De hecho, lo estaba.

Venus me dedicó una sonrisa de satisfacción y juraría que hasta me guiñó un ojo. Aunque eso era algo difícil de asegurar bajo la lluvia.

Hacía escasos momentos, cuando medio barco estaba ayudando a rescatar a Helen Lane del agua y el otro medio simplemente observaba el espectáculo, yo me había reunido con ella en el baño de señoras y habíamos procedido con el cambiazo.

Para cuando saltó la alarma de la desaparición, ella ya se había deshecho del disfraz de camarera de a bordo y se había transformado en una turista parisina.

Luego había llegado Collins, a quien ella despachó de manera sublime.

—La ropa. ¡Vamos! —me había instado ella después de desnudar a la niña, pincharle el sedante y tirar los mechones de su rubia melena por el retrete.

Yo aparté la mirada de la cría. Verla en esas condiciones, desnuda y dormida en el suelo de un baño público, no fue fácil. La imagen se grabó tras mis pupilas y me perseguiría unas horas más tarde, en el que seguramente acabaría siendo el momento más crucial de mi vida.

Pero no nos adelantemos y volvamos al cuarto de baño.

Saqué más cosas de la mochila: un chándal de niño de color gris oscuro con un dibujo de las Tortugas Ninja pegado en el pecho y unas zapatillas de talla infantil, de esas que se ajustaban con dos tiras de velcro. Se lo entregué todo a Venus, que empezó a vestir a la niña de nuevo. Por último, extraje de la bolsa una peluca de hombre de color azabache. También se la tendí.

En cuestión de segundos, Margot Lane se había convertido en un chaval moreno con el pelo a lo casco. Ya no estaba desnuda, pero el sentimiento perturbador de verla inconsciente seguía flotando en el aire.

Venus me miró. No habíamos terminado.

—¿Tienes la muñeca?

Asentí con la cabeza porque no me salían las palabras. Luego, con mis manos bailando la lambada por los nervios, saqué el último artículo de la mochila: una muñeca de plástico carente de ropa y accesorios.

Venus me la quitó de las manos y sin perder ni un segundo, empezó a vestirla con la ropa de Margot: las medias rosas, los zapatos negros y el abrigo gris de pompones granates. Por último, cubrió la cabeza del muñeco con la capucha del abrigo.

Observé el resultado. Sin duda, daría el pego.

Venus me devolvió la muñeca con su nuevo atuendo. La cogí como quien coge una bomba con el temporizador en marcha. Ella la empujó contra mi pecho.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con ella.

Tragué saliva y asentí.

—Y tiene que ser ahora, joder. ¡Corre!

Con la muñeca vestida con la ropa de Margot Lane dentro de la mochila, había corrido a la cubierta de popa y la había arrojado al agua. El ruido de la lluvia contra el casco y el jaleo que se había creado en el otro extremo de la embarcación, habían ayudado a que el chapoteo de la muñeca al impactar contra el agua fuera imperceptible para todos.

Para cuando las autoridades dieron la orden de atracar el barco en el muelle más cercano, la pequeña ya dormía mecida por Venus en el aseo de señoras del piso inferior, mientras que la muñeca flotaba libremente en las aguas del Támesis, junto al casco de la embarcación. En ese momento, yo ya era un turista más que ayudaba a buscar a la niña desaparecida por la cubierta.

A pocos metros de allí, junto al acceso al embarcadero y bajo el imponente reloj dorado del Big Ben, al sorprendido policía de la zodiac seguían pidiéndole explicaciones con la mirada mientras el inspector de la Policía de Londres dejaba escapar un grito de rabia y apretaba contra el pecho una muñeca, vestida con un abrigo gris, medias rosas y pompones granates.

30

Bruce Van Horn, inspector jefe del distrito de Westminster acababa de comprobar aquello que reza el dicho, de que las malas noticias nunca llegan solas. Apenas habían comprendido que lo que acababan de recuperar del Támesis no era el cuerpo de Margot Lane, sino una muñeca a la que alguien, seguramente con el afán de despistarlos, la había vestido con su ropa, cuando un sargento se aproximó corriendo para transmitirle un mensaje del superintendente: Debían registrar el barco hasta el último rincón.

Inmediatamente transmitió la orden a su brigada.

El capitán del barco, que se encontraba cerca, se dirigió a él.

—Inspector, me temo que no puedo dejarle subir a mi barco sin una orden de registro.

«Lo que faltaba». Lo miró a los ojos. Tras la expresión de abuelo bonachón se escondía un hombre de los que no se amedrentaban.

Van Horn sintió desprecio por ese hombre. Los privilegiados siempre creían que estaban por encima de la ley.

Cogió mucho aire y se hinchó como un pavo real.

—La vida de una niña está en juego y vamos a entrar, con orden o sin ella.

—Adelante —replicó el capitán sin que le temblara la voz—. Si insiste en registrar el barco sin una orden judicial, le denunciaré. Mi abogado se lo comerá vivo. —Su mirada cayó en la insignia que colgaba de la manga del uniforme del inspector—. Puede ir despidiéndose de su rango.

—¿Me está amenazando?

Acostumbrado a los faroles, aquello no impresionó lo más mínimo al inspector. El capitán estaba en lo cierto, la policía necesitaba una orden de registro para subir al navío, pero una niña acababa de desaparecer a bordo y, además, el mismísimo superintendente de Westminster había dado su autorización, así que el inspector jefe estaba convencido de que el riesgo de recibir una denuncia era asumible frente a la recompensa de colgarse una nueva medalla. Por otro lado, el hecho de que el capitán estuviera tan empeñado en que no pisaran su barco, le decía que era precisamente eso lo que debían hacer.

—Apártese del embarcadero —dijo—. Voy a registrar su barco.

Se dirigió a su equipo y gritó una orden. De inmediato, seis policías se abrieron paso entre los más curiosos y recorrieron el embarcadero con paso decidido y las armas en alto. El capitán del barco se hizo a un lado con gesto contraído, pero sin mostrar oposición para dejarlos entrar.

—Inspector, se lo advierto por última vez. No suba al barco o lo lamentará —dijo.

—¡No dejéis ni un rincón sin examinar! —insistió Van Horn, ignorándolo—. ¡Esa niña tiene que estar por alguna parte!

Después, sin volver a dirigirse a él con el fin de demostrar su autoridad, el inspector jefe empuñó su arma y empezó a subir por la pasarela. Llegó a la cubierta y, tras mirar a ambos lados, entró en el interior de la embarcación.

No entendía lo que estaba pasando. A excepción de sus propios chicos, que corrían de un lado para otro sin encontrar nada, el barco estaba vacío. Ni rastro de la niña. Se apresuró a inspeccionar los baños, los espacios que quedaban entre los asientos de interior, el bar, pero no encontró indicios de que hubiera nadie escondido… y menos aún una niña.

En ese momento, el sonido de un tumulto agitado le vino desde fuera.

«Pero… ¿qué diablos sucede?»

Se asomó por la barandilla de cubierta. Vio a una joven de melena lacia y ojos rasgados, con el brazo extendido hacia el otro lado de la calle y gritando sin parar.

—¡Ese hombre estaba junto a la madre de la niña cuando ella cayó por la borda! ¡Él la empujó! ¡Yo lo vi! ¡Él la empujó!

Bruce Van Horn siguió la dirección de su brazo. En la acera contraria, entre la multitud, un hombre alto y corpulento intentaba, sin éxito, volverse invisible.

31

Cuando te sientes observado, perseguido, todos tus sentidos pasan a enfocarse en una sola cosa: desaparecer. Esa era mi sensación aquella lluviosa tarde, camuflado entre civiles inocentes junto al muelle de Westminster y la razón por la cual no dudé en saltarme el cordón policial y salir corriendo entre las calles más estrechas.

En realidad, no era a mí a quien observaban y perseguían, sino a Timothy, el grandullón hacia quien, de pronto, se habían dirigido todas las miradas. Aquella página del plan la había arrancado y aplastado esa joven japonesa tan perspicaz. «¡Yo vi a ese hombre junto a la madre de la niña cuando ella cayó por la borda! ¡Él la empujó!» —había exclamado, en un inglés más que aceptable, señalando a Timothy y haciéndose oír entre la multitud.

Timothy, que esperaba, como los demás, junto a una de esas cabinas londinenses de color rojo, se quedó mirando hacia todos los lados, pálido. Se encontraba a varios metros de mí, así que casi pude sentir la energía juiciosa de las decenas de miradas que se volvían hacia su figura.

A excepción de la de Venus, que seguía fija en mí. Yo también la buscaba.

En ese momento, interpreté la tensión en sus pupilas como un grito claro, una orden específica: «¡PLAN B!».

Hablemos del plan.

Toda operación que se precie debe tener, como mínimo, dos planes: uno en el que todo sale según lo pensado y otro, de contingencia, solo para emergencias o situaciones en las que algún detalle del primero falla.

El Plan A nos lo había explicado Caruso, el día anterior, sentado a la mesa del Dust, un poco antes de que yo echara la papa. Era simple, pero no sencillo de ejecutar, porque iba a requerir la participación de todos nosotros. Al hablar de aquello, se había detenido en mí. No hacía falta decir nada más, había quedado claro que no se fiaban del novato. Aun así, o, mejor dicho, precisamente por eso, mi parte era la más simple.

Resumiendo, Venus, Caruso, Timothy y yo accederíamos a la embarcación por separado, como cuatro turistas más, gracias a los tiques facilitados por Milton. Nada más embarcar, antes de que

comenzara la travesía, Venus debía desenfundarse el abrigo largo que llevaría puesto y que más tarde arrojaría por la borda disimuladamente y dejaría a la vista un uniforme azul marino que la haría pasar por un miembro de la tripulación. A las 17:16, nada más comenzar la excursión, se presentaría en cubierta. Deslumbrando. Portando una bandeja con una copa de champán que ofrecería a Helen Lane. Lane estaría allí gracias a que Milton, haciéndose pasar por un telefonista llamado Harry, la habría engatusado con un viaje gratuito para dos personas a bordo del *Thames Happy Cruises*, y, por supuesto, aceptaría la copa de champán, porque era una alcohólica sin remedio y los alcohólicos jamás rechazan un trago gratis. Aunque sean las cinco de la tarde y viajen con su hija de cinco años.

El champán habría sido previamente mezclado con unas pocas gotas de arsénico. Una dosis medida al mililitro para provocar en la madre una indisposición de caballo sin llegar a matarla.

Caruso lo había llamado la Primera Intoxicación.

La Segunda Intoxicación estaba reservada para la niña y no era otra cosa que un pañuelo mojado en cloroformo. Esta sustancia habría sido previamente escondida en un botellín de Coca-Cola.

Pero antes, la madre debía dejar a su hija a solas. ¿Cómo conseguirlo? Tras muchas horas de debate entre los miembros de la banda, habían llegado a la conclusión de que la manera más segura era hacer que cayera por la borda aprovechando la Primera Intoxicación. ¿Y de qué manera iban a hacerlo? Para esa parte del plan iban a ser claves las intervenciones de Caruso y Timothy, que para entonces ya debían estar posicionados en cubierta.

En un momento concreto, el primero llamaría la atención de todos los presentes. El cómo hacerlo se lo habían dejado a su elección y el muy idiota había elegido dejarse caer sobre la comida de la familia oriental. El desconcierto momentáneo lo aprovecharía entonces Timothy que, estratégicamente situado junto a Helen Lane y tras haberse ganado su confianza, la incitaría a asomarse a la barandilla para paliar el mareo. Cuando todos estuvieran pendientes del numerito de Caruso, Timothy empujaría a la mujer y la haría caer al agua.

Las fuertes rachas de viento de esa tarde no estaban previstas en un principio, pero sin duda ayudaron a que la maniobra de Timothy ganara en credibilidad. Además, la mujer llevaría un buen colocón en el momento de la caída, hecho que hiciera que todos atribuyeran el incidente a un mal movimiento. ¿Quién iba a pensar que el hombretón de presencia entrañable la habría empujado?

El casco del barco no era demasiado alto y el navío contaba con un eficaz sistema de salvavidas. A pesar de ello, rescatar a Helen Lane de la agitada marea llevaría un tiempo, el justo para que Venus durmiera

a la niña con el cloroformo y se la llevara al baño de señoras, donde yo la estaría esperando. El resto es historia. El disfraz de Venus, la irrupción de Todd Collins, que no estaba prevista, el cambiazo con la muñeca y mi visita a popa, de donde la arrojaría al agua.

Para cuando la policía descubriera que, lo que encontraron flotando en el agua no era la niña, sino una muñeca con su ropa, los cuatro miembros de la banda estaríamos ya en tierra firme y mezclados con los demás turistas, por petición expresa de la misma Scotland Yard. Llegados a ese punto, solo tendríamos que dejar que Milton, que en todo momento habría seguido la operación desde la orilla, tirara de cargo y ejerciera su influencia como superintendente para darnos tiempo a escapar sin presentar mayor sospecha.

Cuando el inspector jefe y sus hombres estuvieran a bordo del barco, tendríamos vía libre para esfumarnos con la niña.

Para ganar algo más de tiempo, además, Milton había comprado al capitán del barco, un tan Terrence Mosley, que se aseguraría de que el inspector jefe perdiera algunos minutos adicionales antes de subir al navío. Resultaba que Milton conocía a Mosley de los años universitarios y no le había temblado la mano a la hora de definirlo durante la reunión en el Dust: «Tras esa cara de bonachón se esconde un cínico —dijo la sartén al cazo—. Por diez mil libras, Mosley dejaría que destriparan a su madre».

Pero la joven japonesa había descubierto a Timothy y todo pivotó hacia el Plan B.

—¿En qué consiste el Plan B? —había preguntado yo el día antes, con el olor de las hamburguesas con huevo todavía hiriendo mi nariz.

—Básicamente es un sálvese quien pueda —había respondido Venus con altas dosis de sarcasmo.

Milton la miró airado.

—Si algo sale mal, cualquier cosa —había pasado a explicar él—, deberéis abandonar la zona por separado. Es muy importante que nadie os pueda relacionar con el resto de la banda. Si os pillan, no abriréis la boca. Si lo hicierais, seríais tratados como traidores a partir de ese momento.

Tragué saliva. Milton continuó dando órdenes.

—Por separado, os reuniréis en el punto de encuentro acordado. A ser posible, con la niña. Lo contrario… ni siquiera se contempla.

El punto de encuentro acordado era la mansión de Adil Al-Sayid, alias Califa, en Londres, aunque por aquel entonces yo no lo sabía. Ese día, yo solo contaba con una dirección en un papel.

Estaba dejando atrás el tumulto. La lluvia empapaba mi cabello y me caía por la cara, matándome de frío. Y yo seguía con la última mirada de Venus en las retinas.

Porque era posible que, bajo la capucha, no me estuviera hablando

del Plan A, ni del Plan B. Puede que estuviera tratando de recordarme, de alguna manera próxima a la telepatía, la conversación que habíamos dejado a medias esa mañana, en la habitación del Blue Lake. No se me iba de la cabeza y no lo haría hasta casi el final de ese terrible día.

El día de la desaparición, por la mañana
Habitación 17 del hostal Blue Lake, Londres

—¿Tienes un momento?

Venus acababa de salir del cuarto de baño de la habitación, embutida en un uniforme azul marino que recordaba a una azafata. Lo había sacado de una bolsa que Timothy guardaba en el maletero de su Mercedes negro y que le había facilitado el día anterior, tras la reunión del Dust. Aparte del disfraz, se había recogido el cabello por detrás de la nuca y se había pintado mucho la cara, marcando los ojos con una sombra de color violeta. Los tacones de aguja la hacían parecer todavía más alta. El resultado no me gustaba. No me malinterpretes, ella habría estado impresionante hasta cubierta por una tienda de campaña, pero el disfraz anulaba parte de su personalidad. Y la personalidad de Venus era, a pesar de sus otros rasgos, una fracción importante de su belleza. Luego pensé que era lo que la banda quería: esconderle esa vivacidad innata y convertirla en alguien en quien una hija y su madre pudiera confiar.

—¿Qué quieres, Anderson?

—Me gustaría que habláramos de lo de anoche.

Ella resopló sin dejar de atender a sus cosas. Esas cosas incluían ponerse las gafas de sol y abrir la ventana de la habitación.

—Sé que me viste en el baño —dijo, neutral—. Y no pienso hablar de ello. ¿Entendido?

—Como quieras. Solo quería asegurarme de que todo va bien.

—Va todo de fábula. Ahora, ponte en marcha.

Di un paso adelante. El frío de la mañana se colaba por la ventana, encrespándome la piel.

—Hay algo más.

Un nuevo resoplido, que ya había alcanzado la categoría de suspiro impaciente.

—¿Qué quieres?

Lo solté de golpe.

—Ayer, cuando estábamos hablando sobre mi padre…

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Me preguntaste en qué barrio lo habían asesinado. Cuando mencioné el nombre de Brownsville, te cambió la cara.

—Tonterías.

—Te cambió la cara y te quedaste pensativa. Y tu fotografía estaba en el mismo sobre que la Polaroid de mi hermana y la reserva en este hostal. ¿Qué está pasando, Charlize? Sé que tú sabes algo.

Ella se asomó por la ventana y comprobó que nadie rondaba por el patio trasero.

—¿Qué pasó, Charlize?

—La verdad no te ayudará, Anderson. Solo empeorará las cosas. —Se quitó los zapatos y se subió al alfeizar. Para terminar, me dedicó una última mirada por encima de las gafas—. ¿Llevas la foto de la niña contigo? Es importante que no la dejes aquí. Alguien podría encontrarla.

No la llevaba. De hecho, no sabía dónde estaba. Pero ahora eso carecía de relevancia.

—No me importa. Si sabes algo sobre mi padre o sobre Megan, te pido que me lo digas ahora. Cuéntamelo.

No lo hizo. Se despidió con un «Te veo abajo» y después saltó por la ventana.

32

Corrí hasta que el rumor que se había formado en el muelle se convirtió en un lejano murmullo. Mi cabeza empezaba a tener dificultades para percatarse de la situación. Sentía que las piernas me flaqueaban, pero la imagen de Megan medio desnuda me hacía seguir adelante.

La Scotland Yard había buscado a Margot Lane en el único lugar donde, según dictaba la lógica, podía estar: el interior del barco. Si no había caído al agua y tampoco había bajado de la embarcación, solo podía estar allí. No habían pensado ni remotamente que podía ser el niño que dormía en los brazos de la exótica turista francesa, aquella que había esperado pacientemente junto al resto de los pasajeros.

Ahora, una brigada de policías nerviosos y cabreados estaba buscando, como perros sabuesos, a la niña que, en aquel momento estaba en los brazos de Venus, que la llevaba lejos del lugar.

¿Estaba ocurriendo todo aquello de veras? ¿Nos habíamos convertido en fugitivos?

Era demasiado para mí. Me costaba discernir mi bando en todo ese embrollo.

Así que me limité a centrarme en las órdenes. Tenía una dirección. Tenía un mapa. Lo que no tenía era elección.

«Si os pillan, no abriréis la boca. Si lo hicierais, seríais tratados como traidores a partir de ese momento», había dicho Milton el día anterior.

Después de algunos minutos corriendo, que me parecieron horas, el rumor era ya casi imperceptible. Doblé a la derecha sin que ninguna razón particular me impulsara a hacerlo. Me hallaba en búsqueda de una calle estrecha y solitaria y había encontrado una. Me detuve junto al muro, ajustándome la capucha del chubasquero para mantenerme lo más invisible posible. Saqué el mapa del bolsillo trasero de mi pantalón y lo desplegué a la luz del escaparate de una tienda de electrodomésticos. El establecimiento se encontraba cerrado, pero los televisores en exposición, que estaban retransmitiendo la BBC y prometían hacerlo toda la noche, resplandecían como luciérnagas al otro lado del cristal.

Las gotas gruesas caían sobre el mapa de papel, emborronando los nombres de las calles y volviéndolo translúcido. A pesar de todo,

conseguí localizar el punto de encuentro. Estaba en un barrio apartado del centro, que era donde yo suponía que me encontraba, aunque dentro de los límites de la ciudad. Ahora solo tenía que descubrir dónde demonios estaba yo. Recorrí el muro con la mirada en busca de la placa con el nombre de la calle. Era Berwick Street, en el barrio del Soho. No tan lejos del muelle de Westminster donde nos había dejado el barco, al fin y al cabo. Eso me desanimó. Todavía estaba muy cerca del peligro.

Calculé a ojo la distancia entre los dos puntos en el mapa. Iba a tener que caminar bajo la lluvia durante un par de horas, pero si me ponía en marcha de inmediato, estaría allí antes de la medianoche.

Lo que me esperaba en aquella dirección era toda una incógnita. «Por separado, os reuniréis en el punto de encuentro acordado. A ser posible, con la niña. Lo contrario ni siquiera se contempla». Pues muy bien.

Estaba plegando lo que quedaba de mapa cuando vi las imágenes del televisor con el rabillo del ojo.

Despacio, como si estuviera moviéndome por debajo del agua, volví la cabeza y, a través de aquel resplandor blanco, clavé la mirada en Helen Lane.

La estaban grabando las cámaras de la prensa en ese preciso instante. De pronto me sentí atraído por la imagen muda de aquella mujer a quien yo había arrebatado lo mejor de su vida.

Me fijé en su lenguaje corporal. El labio inferior le temblaba.

No hablaba, no dijo una palabra desde que la cámara empezó a enfocarla.

Entendí que ella lo había sabido al instante. Antes incluso que la policía. Había sido la primera en percibir la ausencia de Margot y en el mismo momento había sido consciente de que su hija estaba siendo secuestrada. Las madres saben esas cosas. Aunque sean adoptivas, como era el caso de Helen.

Suele decirse que el primer paso del proceso de duelo es la negación.

Yo, que perdí a un padre de una manera igualmente inesperada, puedo decir que es más bien al revés. A lo largo de mi vida he escrito muchas veces sobre ello: el primer paso es una comprensión completa e inmediata. Ves lo que está ocurriendo y al momento eres consciente de lo terrible que es, que no tiene solución, que la pérdida es definitiva, que tu mundo se ha roto en pedazos y que tu vida nunca será la misma. Bastan unos segundos para que te des cuenta de todo eso. La realidad se te cuela por los poros de la piel, circula por las venas y te paraliza. El corazón se te parte en dos. Las rodillas no te aguantan y sientes que pierdes el control de todo tu cuerpo, que cede sobrecogido y se deja llevar. Quieres hacerte un ovillo, desaparecer en

tu pequeño agujero secreto, dejarte caer por ese pozo sin fondo y no parar.

Entonces, y solo entonces, llega la negación.

La negación te salva el culo. La negación levanta un muro protector. Te agarra antes de que te tires por el precipicio. Estás sobre las vías del tren y la locomotora avanza hacia ti a toda velocidad. La negación es lo que hace que saltes a un lado en el último segundo.

Cuando observé la reacción de Helen Lane a través del televisor, volvieron los recuerdos de aquella noche y una parte de mí echó en falta ese muro protector. Había estado tan preocupado en si debía inmiscuirme en el destino de la niña, que no me había parado a pensar en el enorme agujero que íbamos a generar en la vida de su madre. Ver la reacción de Helen ante lo sucedido me afectó más de lo que me había imaginado.

Parpadeé y, de algún modo, Helen Lane se convirtió en papá el día que se confirmó la desaparición de Megan. Al igual que papá, ella se miró las manos como si fueran las de otro. También hizo una mueca extraña, como si estuviera recibiendo un saco de puñetazos. La expresión del policía que estaba junto a ella, tierna y empática, aunque también distante, me hizo regresar al pasado más que cualquier otra cosa, ahora que veía a otro padre —madre, en este caso — recibir la noticia de la desaparición de su hijo.

Para entonces, yo solo oía el débil murmullo que era el llanto de mi padre. No pensaba irme de allí. Estaba perdido en otro lugar. Un lugar en el que los fantasmas más oscuros salían a la superficie. En el que las pesadillas surgían de entre las sombras.

La calle se iluminó de un resplandor rojo y azul que me sacó de mi doloroso viaje de un bofetón. Un coche patrulla pasó a toda velocidad por la perpendicular, que, si no recordaba mal, según el mapa, era Oxford Street. Desconozco si me buscaban a mí. Realmente no tenían motivos para ello, pero es importante recalcar que en ese momento yo estaba muerto de miedo, así que el instinto me hizo agazaparme en el callejón oscuro que doblaba la esquina de la tienda, pero no tenía salida y terminaba en un contenedor de basura que era, con toda seguridad, el caldo de cultivo perfecto para las ratas. El hedor te tumbaba de espaldas. Aun así, era preferible lidiar con ellas que ser detenido por la Scotland Yard.

Decidí esperar. No tenía sentido salir del callejón y arriesgarme a llamar la atención.

Durante un momento quedé totalmente a ciegas. El sonido de la lluvia me llegaba con eco en aquel lugar. Provocaba escalofríos. Cuando mis pupilas casi se habían adaptado a la oscuridad, vi la silueta de un hombre que caminaba por la calle de la que yo procedía, en dirección a Oxford Street. Contuve la respiración. El hombre estaba

a punto de desaparecer de mi vista cuando pisé sin querer una lata de cerveza vacía.

«¡Demonios!»

El chasquido metálico que provenía de la oscuridad lo detuvo en seco. Se volvió hacia el callejón.

—¿Quién anda ahí? —El temblor de su voz se sumaba a la impresión de cobardía que transmitían sus hombros encogidos.

No contesté. Contuve el aliento y recé porque el hombre relacionara el extraño sonido con los quehaceres de las ratas.

Un segundo coche patrulla aulló a su paso por la avenida. Las luces estroboscópicas iluminaron Berwick Street, desvelando la mitad del rostro del hombre. Fue suficiente para que me quedara de piedra.

¡Era el tipo del barco! ¡El de los tiques!

Por lo visto, el haz de luces rojas y azules también alcanzó parte del callejón, porque al tipo se le abrieron los ojos y la boca al unísono. Tuvo un sobresalto, se sorprendió tanto al verme como yo de verlo a él. Parecía un pez.

—Un momento —dijo—. ¡Yo te conozco!

Levanté las manos instintivamente, pidiendo calma.

—Eres un pasajero del barco —continuó atando cabos en voz alta —. ¿Qué haces aquí, escondido? Deberías estar en el muelle, junto al resto de los pasajeros.

No se me ocurrió ninguna mentira creíble, así que no dije nada.

El tipo giró la cabeza hacia el cruce, donde un hombre con el uniforme de la Policía Metropolitana salía de un pub con las manos en la tripa y exhalando un generoso eructo. En una fracción de segundo, el chico de los tiques iba a gritar para dar el aviso.

—No lo hagas —susurré, dejando mi destino en manos de la empatía de aquel desconocido—. Por favor, pasa de largo y olvídate de que me has visto.

Allí, acurrucado en la oscuridad con las palmas abiertas, me preparé para ser detenido en un país extranjero.

Entonces sucedió algo inesperado.

33

Todd Collins sentía que la rabia lo invadía mientras se enfrentaba a aquel hombre encogido frente a él, oculto en la penumbra del callejón. «¡Este cabrón está huyendo!»

Un agente de policía había aparecido al final de la calle. Todd pensó en gritar pidiendo socorro, alertar de que ese hombre, a quien estaba convencido de haber visto a bordo del ferry, estaba huyendo del control policial asentado en el muelle de Westminster. Sin embargo, tuvo una idea mejor: si conseguía que ese hombre le confesase el paradero de la niña, quizá podría encontrarla sin necesidad de acudir a las autoridades. Entonces sí que iba a salir por la tele. ¡Sería un héroe! No tuvo problemas para imaginar el titular: «El encargado de servicios del bienestar del pasajero de *Thames Happy Cruises* salva a Margot Lane y da con sus secuestradores».

Sin apartar la mirada del hombre, Todd empezó a caminar hacia él con lentitud. Cuando ya había dado tres pasos, notó algo a su espalda que le hizo detenerse y volverse de golpe.

«Pero… ¿qué diablos?»

Una silueta pasó por su lado, obligándolo a girar sobre sí mismo para seguirla. ¿Es que había alguien más allí? Desde luego, no había oído a nadie aproximarse.

Una mujer se movía en la negrura, avanzando grácil hacia la zona oscura del callejón. Se detuvo junto al hombre, que la miró como si la conociese. Todd se dio cuenta entonces de que a él también le sonaba. ¡Por supuesto! Era la francesa guapa, aquella a la que había importunado antes en el baño de señoras del piso inferior.

—¿Quién eres? —preguntó Collins constatando que la adrenalina se le estaba disparando por segunda vez en los últimos instantes.

—No quieres hacer esto, Todd.

Que se dirigiese a él por su nombre de pila, como si lo conociese, casi lo enfureció más que el hecho de que ella ahora hablaba sin resquicios de francés en su voz. «¡Me ha engañado!».

—¡Tu nombre! —gritó Todd, a quien su instinto le decía que allí había algo que no encajaba—. ¡Responde!

—No tenemos nada que ver con la desaparición de la niña —dijo la silueta de la mujer en un tono reposado—. Pero no podemos permitir que la policía nos encuentre. Digamos que tenemos un pasado.

De nuevo su instinto. Esta vez le decía que la mujer mentía. Y aunque dijera la verdad, aunque no tuvieran nada que ver con la desaparición de Margot Lane, acababan de declararse como fugitivos. Ese era motivo suficiente para que él avisara a la policía y así sumar algunos puntos ante Tim, Bobby y el resto de su entorno. ¡Había llegado la hora de que el mundo supiese quién era Todd Collins!

—No quieres meterte en problemas, Todd —dijo la mujer—. Te aseguro que lo mejor para ti es que te des la vuelta y te olvides de que nos has visto.

Pero Todd no iba a rendirse así, sin más. «¡Tengo que pedir ayuda!» Empezó a volverse despacio, sin dejar de mirar a la pareja que seguía escondida en la oscuridad. Mientras lo hacía, la mujer volvió a hablar:

—Vas a esconderte en el contenedor —dijo. Lo primero que experimentó Todd fue una profunda incomprensión, hasta que, segunda cosa, dedujo que ella estaba hablando con el otro hombre y no con él.

El hombre no respondió. Los miraba a ella y a Todd alternativamente, como un espectador de Wimbledon. Entonces él detuvo su mirada en un punto del abrigo de la mujer y Todd lo imitó de manera inconsciente. Estaba hinchado, como si escondiera algo por debajo. Cuando sumó uno más uno, se quedó helado.

—¿Me has oído, Anderson? Vas a esconderte en el contenedor —repitió la mujer sin inmutarse, como si su cerebro estuviese gobernado por alguna especie de inteligencia artificial—. Y vas a esconder el cadáver contigo.

«¡Tiene a la niña…!»

Todd estaba empezando a sudar. Ahora sí estaba seguro de que esos dos se habían llevado a la cría del barco. Tan seguro como que, si daba un paso hacia la mujer y la despojaba del abrigo de un fuerte tirón, vería a la pequeña Margot. Le vino a la mente el momento en el cuarto de baño. El abrigo estaba tirado en el suelo, junto al retrete. Demasiado voluminoso. ¡Qué estúpido había sido! Pero ahora se le presentaba la oportunidad de arreglarlo. Estaba tan emocionado, que por poco no reparó en el matiz.

«Espera… ¿De qué cadáver habla?»

En algún pliegue recóndito de su cerebro, algo le decía que aquello sonaba a amenaza.

Todd terminó de volverse hacia el policía, que en ese momento estaba volviendo a su vehículo. Solo iba a tener una oportunidad. Cogió aire para gritar auxilio.

—¡POLICÍA, AQUÍ! ¡SOCORR…!

No llegó a concluir la llamada, que se perdió en un bramido ahogado terminado en gorgoteo. Un repentino escozor le hizo llevarse

la mano a la garganta inmediatamente. Le sobrevino un terror de otro mundo al ver la sangre tiñendo sus dos manos. El aire dejó de llegarle a los pulmones. La oscura imagen de la mujer empezó a aparecerle borrosa. Apenas le dio tiempo a ser consciente de que su luz se estaba apagando.

—¡No! —gritó Anderson, con el horror en su rostro, al ver que el cuerpo de Collins se desplomaba sin vida como una marioneta mojada.

Venus podía sentir el sudor resbalando por las sienes de Anderson cuando guardó su afilado cuchillo, ahora manchado con la sangre de Collins, de vuelta al interior de su pantalón. Él seguía agazapado en el rincón, paralizado, llorando.

Segura de que el policía del final de la calle habría advertido el grito de socorro y el «¡No!» de Anderson, Venus se concentró en el asunto que tenía más prioridad: esconderle a él y al cadáver.

Así como ella no tendría problemas en escabullirse de la policía, en caso de darse lugar una persecución —ya lo había hecho varias veces y en todas con éxito—, no daba un duro porque Anderson consiguiese escapar sin ser visto. La policía los encontraría, a él y al cadáver y Venus no quería correr ese riesgo. Si eso llegase a pasar, Anderson, que entonces no tendría nada que perder, no iba a dudar en cantárselo todo a la Scotland Yard.

Comenzó a rondar el contenedor.

A unos metros de allí, oyó el sonido de unos pasos acercándose.

«El agente».

Miró a Collins. La sangre continuaba brotando de su cuello y empezaba a formar un charco en la piedra. Era una pista que un policía avispado podría encontrar. Tenía que darse prisa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Anderson en un susurro trémulo.

Venus levantó de un fuerte tirón la tapa de un contenedor. Después posó a la cría, que parecía un niño, en el suelo, contra la pared. Se recreó con el placer de tener los dos brazos libres y se apresuró a arrastrar el cadáver junto al contenedor.

El policía ya debía de estar a mitad de la calle.

—Ayúdame —le pidió a Anderson.

La cara de este estaba pálida, como si fuese a vomitar, cuando auparon el cuerpo sin vida y lo arrojaron por encima del contenedor. Acto seguido, Venus hincó una rodilla en el suelo mojado y colocó las palmas de ambas manos como base para que él pudiera apoyarse y saltar.

—Tu turno —le dijo.

—No puedo…

—En menos de diez segundos, un poli se asomará por esa esquina y nos verá junto a un cadáver y una niña secuestrada. ¿Qué crees que pasará después?

Anderson saltó.

Venus dio un repaso visual al callejón. La mancha de sangre era casi imperceptible en una noche lluviosa como aquella. Por lo demás, no había ni rastro de violencia. Volvió a coger a la cría en brazos y constató que tenía la peluca negra mojada por haber estado unos segundos bajo la lluvia.

Después miró el contenedor. Era demasiado pequeño para tres adultos y una niña. Margot y ella tendrían que escapar de otra forma.

Asomó la cabeza con cautela. El policía no miraba hacia donde ella estaba. Salió a Berwick Street con toda la naturalidad y caminó en sentido contrario. Habría unos cincuenta metros hasta el otro cruce. Podía llegar sin ser vista y entonces se escabulliría como una lagartija. Eso le permitiría ir hasta el punto de encuentro con el botín.

Califa iba a estar orgulloso.

Cuando ya casi estaba en el cruce, se aventuró a volverse y mirar. El policía la descubrió. O quizá sería más adecuado decir que descubrió a la niña. La señaló con el dedo y echó a correr hacia ella.

Venus aferró el cuerpo de Margot fuertemente contra el suyo y se lanzó a la carrera.

34

Las sirenas hicieron añicos la tranquilidad del aire.

Sonaban por mí. Por nosotros.

Cerré los ojos y traté de no pensar en la fetidez.

Pescado podrido. Pescado muy podrido. Fue el primer olor que me golpeó. Pero no el único. Había otro muy parecido al del vómito y aún peor. Creo que era leche agria, aunque no estoy seguro. Y yo estaba tumbado sobre aquello. Una cosa mojada, blanda y pútrida. Algo que se adhería a mi cuerpo. La garganta optó por el reflejo de la náusea. Empecé a tener arcadas.

Luego estaba la cosa dura. La cosa dura no mejoraba la situación, porque se trataba del cadáver del chico de los tiques. Estaba oscuro y no podía distinguir ningún rasgo suyo —gracias a Dios—, pero yo mismo había ayudado a meterlo ahí dentro y, además, era la única cosa con pelo que aún se mantenía caliente entre toda aquella porquería. No había duda, era él.

Oí a alguien que corría por la boca del callejón. Me aplasté hacia el fondo.

Algo me hizo cosquillas en el tobillo. También tenía pelo y estaba caliente, solo que era algo pequeño y se movía. Una rata estaba haciendo sus escaramuzas por mi pierna. Demonios, aquello era como varias pesadillas seguidas.

Estuve a punto de gritar, pero alguna parte de mi subconsciente me impidió que me saliera la voz. ¡Dios mío, todo era tan surrealista! Contuve la respiración. Aquello estaba durando demasiado. Probé a respirar por la boca, pero volví a sentir náuseas. Me tapé con fuerza la nariz y la boca con la camisa. Ayudó algo, pero no mucho.

Los gritos de las sirenas se habían extinguido. También los pasos. ¿Había conseguido pasar desapercibido? No iba a durar mucho rato. Enseguida oí nuevas sirenas de la policía que armonizaban con las anteriores, una auténtica sinfonía de locura. No tardaría en acercarse alguien.

Escudriñarían el callejón. Y entonces, ¿qué?

Era increíble: yo, Neil Anderson, huyendo de la policía.

Me incorporé y agarré el borde del contenedor con la intención de levantarme. Me hice un corte en la palma de la mano con el metal oxidado. Me la llevé a la boca. El sabor metálico enseguida me dio el

diagnóstico: sangre. El instinto de supervivencia que todos llevamos dentro activó inmediatamente la alarma de peligro del tétanos, pero el resto de mi ser sabía que esa era la última de mis preocupaciones. Luego me recordé a mí mismo que estaba al día con las vacunas y escuché con atención.

No oí ruido de pasos. No oí voces. Solo se oía el lamento de las sirenas, pero ¿qué otra cosa podía esperar? Más refuerzos. En el centro de Londres, uno de los núcleos financieros mundiales, había desaparecido una niña y había un grupo de secuestradores en libertad. Enseguida acordonarían la zona y lanzarían un operativo policial de captura.

Tenía que salir de allí y llegar al punto de encuentro antes de que llegaran los refuerzos y me pillaran.

El pánico de la huida se adueñó totalmente de la situación.

Acababa de ser cómplice del secuestro de una niña y del asesinato de un hombre, así que no había tiempo para las reflexiones. Lo único que quería era salir de ese contenedor putrefacto y perder de vista el cadáver para siempre.

Conseguí ponerme de pie y ya estaba sacando una pierna por fuera del contenedor, cuando sentí su mano en mi tobillo. Me aparté de él como de una valla electrificada. Al bajar los ojos, nuestras miradas se encontraron. ¡Estaba vivo! Tenía la piel blanquecina, los ojos caídos y el cuello sanguinolento, pero aun así, seguía aferrándose a la vida.

Me paralicé. Aquel hombre estaba sufriendo y yo era el causante de su sufrimiento. «Es un hombre muerto —me dije—, pero yo aún puedo salvarme». Logré restablecer el equilibrio y le solté un puntapié. Le acerté en la frente. Esta vez el quejido que profirió fue mudo. De la boca le salió un coágulo de sangre. Me parecía increíble todo lo que estaba haciendo. Le di otro puntapié. Lo bastante fuerte para que me soltara. El hombre se perdió entre la porquería. Me había liberado. Aprovechando el subidón de adrenalina, me impulsé y salté al otro lado. Y entonces, eché a correr.

35

El sargento Rick Templeton corrió tras la mujer, al límite de sus capacidades. Solo llevaba unos meses en The Yard —de haber llevado más, de haber contado con más experiencia, quizá habría solicitado refuerzos—, pero sus años de atleta en el instituto, durante los cuales ganó tres medallas en la categoría de cien metros lisos, le servían ahora para recortar la distancia que lo separaba de la joven.

«Unos metros más», se decía Templeton a sí mismo con el arma levantada.

No tenía pensado experimentar su primera persecución en la ciudad. El día había sido tranquilo hasta que, avanzada la tarde, le había llegado el aviso por radio: una niña había desaparecido al bordo del ferry que atravesaba el río de una punta a otra de la ciudad. Desde ese momento, se había dedicado a recorrer las calles del centro, por si veía algo o a alguien sospechoso. Entonces, cuando hubo finalizado su jornada, de camino a casa, fue embelesado por los cantos de sirena de las luces de ese pub de Oxford Street. «Un buen trago arregla un mal día», se decía siempre. Puede que más de lo conveniente. El caso es que había entrado para saciar la sed y aliviar la tensión acumulada.

Al salir se notaba un poco mareado, pero aun así lo oyó. Estaba volviendo al coche cuando alguien gritó desde Berwick Street: «¡POLICÍA, AQUÍ! ¡SOCORR…!».

Algo estaba sucediendo en la calle peatonal. Templeton se había vuelto y había caminado con cautela hacia el origen del alarido. Cuando había avanzado varios pasos, una joven de cuerpo atlético y abrigo con capucha había emergido de un callejón, más o menos a mitad de la calle. Al volverse y verlo siguiendo sus pasos, la joven había salido corriendo.

Ahora, casi la tenía al alcance. Si la pillaba antes de que llegaran al cruce con Peter Street, no se le iba a escapar.

—¡Alto! ¡Policía! —exclamó con voz grave. Para entonces ya tenía la adrenalina por las nubes.

Las palabras le llegaron a Venus a medida que recorría Berwick Street: «¡Alto! ¡Policía!». Pero no les hizo caso. ¿Dispararía, quizá? Lo dudaba. No lo haría, en todo caso, por las repercusiones que podía tener disparar a una civil con una niña en brazos. Es decir, de saber

ese poli que ella acababa de degollar a un pobre chico, la dispararía sin pensárselo. Pero el caso era que no lo sabía. Así que no apretaría el gatillo. No era imposible, sobre todo teniendo en cuenta lo que ella llevaba encima, pero sí improbable.

Ahora el poli ya estaba cerca de ella. Era rápido, él no cargaba con el peso de un ser humano de cinco años y Venus sabía que tenía que hacer algo deprisa.

Una idea pasó por delante de sus ojos como el flash de una cámara de fotos. Bajando la mirada hacia la niña, que continuaba dormida, se dio cuenta de que Margot Lane iba a acudir en su ayuda.

Se detuvo en seco y se volvió rápidamente para enfrentarse cara a cara con el policía.

—¡No! —gritó Templeton y se detuvo de golpe, horrorizado.

A través de la cortina de agua que caía de lado, cortante, a causa del viento, vio que la mujer llevaba a una niña oculta por debajo del abrigo. Era Margot Lane, aquella que había desaparecido. La primera reacción de Templeton fue de sorpresa al constatar que acababa de dar, casi de sopetón, con la secuestradora, pero al momento cayó en la cuenta de algo terrible. Aquella joven estaba presionando la hoja de un cuchillo sobre su tierno cuello. «Pero… ¿qué está haciendo?» Cuando lo vio, se le heló la sangre.

—¡No!

La apuntó con la pistola, pero enseguida supo que su amenaza era inútil. La joven estaba usando a la niña como escudo humano, convirtiéndola en un chaleco antibalas. Si disparaba, corría el riesgo de impactar en la pequeña. Y, aun suponiendo que acertara en la cabeza de la mujer, cosa improbable teniendo en cuenta la falta de luz y la tormenta que los azotaba, ella podría apretar el filo contra el cuello de la cría, en un último acto de maldad. Era algo que incluso podría suceder inconscientemente, pues Rick había oído que, en ocasiones, el sistema nervioso, al sentirse amenazado, puede enviar una señal de contracción a las extremidades.

«¡No puedo disparar contra una niña!»

—Deja el arma y la radio en el suelo —dijo la mujer con voz fría, pausada—, o rajaré el cuello de esta cría y tú serás el responsable.

Rick se sentía bloqueado. En los dos años que llevaba en The Yard, nunca se había visto en una situación semejante. ¿Qué se suponía que debía hacer? En la academia no te entrenaban para dilemas como ese.

—¡Por favor, no la toque, es solo una cría!

Dejó la pistola y la radio y levantó las manos por encima de la cabeza.

—Muy bien —dijo la mujer—. Ahora haz exactamente lo que te diga y todo irá bien.

Rick lo hizo. Lo que fuera necesario por no tener que vivir el resto de sus días con la muerte de una niña sobre su conciencia. Obedeció a la joven en todo lo que le pidió.

Nunca volvió a ver a la pequeña Margot Lane.

Al finalizar la noche, se juró no hablar con nadie sobre lo sucedido en Berwick Street. Acabó por ocultárselo a sí mismo.

No llegaría a completar todo el tiempo de servicio que le correspondía. Poco más de seis años después, castigado cada noche por la imagen de la niña dormida contra el pecho de esa joven sin escrúpulos, Rick Templeton vaciaría una botella de Jack Daniels y se dejaría caer desde el puente de Westminster.

Momentos después, mientras se alejaba de las calles del centro conduciendo un coche patrulla, a Venus aún le latía el corazón con fuerza. En el asiento trasero, la niña seguía inconsciente. ¿Se habría pasado con el sedante? No, todo iba bien. Antes de arrancar, se había cerciorado de que sus constantes vitales eran estables.

Se le ocurrió encender la radio del agente. Así estaría al tanto en tiempo real de lo que se cocía entre la policía.

En líneas generales, reinaba el caos. Órdenes nerviosas se superponían unas a otras entre ruidos de interferencias. Habían peinado sin éxito el interior del ferry y también habían detenido a un hombre a quien una turista japonesa había reconocido; según ella, ese hombre, que no era otro que Timothy, había empujado a la madre de la niña, haciéndola caer por la borda. Las interferencias fueron más intensas en ese punto y Venus no lo captó todo, pero creyó haber entendido que, cuando llevaron al hombretón frente a Helen Lane, esta no había sido capaz de dar una respuesta. Tal era su aturdimiento por haber perdido a su pequeña.

La buena noticia, magnífica, era que, al parecer, aún no habían dado el aviso de que un tripulante del barco yacía muerto en el interior de un contenedor del Soho. Tampoco mencionaron a Anderson, lo cual significaba que finalmente había conseguido escapar.

Tenía que darse prisa, pues sabía que era cuestión de tiempo que la policía descubriera su jugada maestra de esa noche.

«Un par de millas más».

A Venus no le gustaba correr riesgos, pero el plan no había salido como estaba previsto, de modo que había tenido que tomar decisiones sobre la marcha.

Tras asegurarse de que el policía tiraba la radio y la pistola lejos de su alcance y de que Anderson y el cadáver estaban bien escondidos, Venus había recogido del suelo el arma y la radio. Apuntando al policía, le había ordenado que regresaran al coche.

—Ábrelo —le había dicho cuando estuvieron frente al vehículo.

El policía se movía entre temblores. Bajo la lluvia, con el cabello pegado a la frente y cubriéndole los ojos, era la viva imagen de un perro abandonado. Mientras se movía, no apartaba la mirada de la niña.

Venus había dejado a Margot en los asientos traseros, constatando de un vistazo que las llaves estaban en el contacto. Después, gozando de libertad en los brazos, había empuñado la pistola. El cañón dibujaba una línea imaginaria hasta la frente del policía.

—Ahora date la vuelta, pon las manos detrás de la cabeza y camina hasta el final de la calle.

El policía obedeció. Venus no había esperado a que llegara al final, no disponía de tiempo. A cada segundo que pasaba, tenía más probabilidades de que alguien la viera apuntando a un policía, o de que un segundo coche patrulla transitara por la zona. Ella no podía dar por hecho de que la calle iba a estar desierta toda la noche. Así que, cuando el hombre había dado diez pasos, se metió en el coche —un Pontiac de color verde botella— y arrancó, alejándose por Oxford Street a toda velocidad.

Ahora estaba en la periferia. Lo sabía por el aspecto de los edificios al otro lado de la luna, la fisionomía de las calles, la escasa de iluminación. Y el silencio.

Enseguida vio un camino de tierra que partía de la carretera y terminaba en una valla de metal que a su vez delimitaba un solar en obras. Fue allí, junto a la valla, donde dejó el coche. Arrojó las llaves al solar, cargó a la niña de nuevo en brazos y continuó a pie.

Según sus cálculos, debía de estar a poca distancia del punto de encuentro.

Empezó a temblar. No por el frío, ni por el miedo, sino porque muy pronto iba a volver a encontrarse con Adil. Su querido Califa. Ansiaba volver a verlo, embriagarse con su perfume, quedarse prendada de su cálida voz como la primera vez, cuando la rescató en las calles de Chicago. Diablos, aquello parecía pertenecer a otra vida.

También tenía curiosidad, debía admitirlo. ¿Por qué estaría Califa tan interesado en esa niña inglesa? Que ella supiera, él no había secuestrado a niños antes. Era muy celoso de la información que daba a los demás, en ese sentido era como una caja fuerte. A Venus solo le habían llegado las órdenes concretas: viajar a Londres el 21 de diciembre, reunirse con ese Anderson en el Blue Lake, hacer de niñera hasta el día siguiente y esperar las consignas de Milton, que se reuniría con la banda esa misma tarde en el Dust para perfilar los detalles del golpe.

Aun así, ella estaba convencida de que Timothy y Caruso poseían información sobre el valor que pudiera tener la niña. Lo hicieran o no,

ellos no le habían dicho ni palabra. Y ella había pasado de preguntar a esos capullos.

Una idea, no obstante, había empezado a formarse en su mente en el baño de señoras del ferry. Lo había visto en el brazo de la cría cuando le cambió la ropa. Al principio había pensado que se trataba de una de esas pegatinas que se ponían los niños en la piel a modo de juego, pero al fijarse mejor, le extrañó que la pegatina no contuviera más que números y letras. Aquello parecía más una contraseña. ¿Una contraseña para qué? Venus había constatado que se trataba de un tatuaje real cuando, en un momento en que Anderson apartaba la vista, había frotado el pequeño brazo.

Nunca había visto a una niña de cinco años con un tatuaje. Y más raro aún era que el tatuaje en cuestión fuera una contraseña.

¿Era eso lo que buscaba Califa?

Lo iba a descubrir muy pronto.

36

Mi reloj de pulsera había dejado de funcionar, de modo que ignoraba la hora que era cuando llegué al punto de encuentro, aunque sí sabía que era tarde. Esas cosas se saben. Por el silencio en las calles, por el murmullo constante de la naturaleza, que solo a esas horas cuando el ser humano duerme, puede apreciarse. Y por la altura de la luna, una oblea que ahora, una vez extinguida la tormenta, asomaba orgullosa, más brillante que nunca, como si sacara pecho.

El camino a pie desde el Soho y procurando transitar las zonas más oscuras había sido largo, pero a mí se me había pasado en un suspiro. Son misterios de la relatividad, fenómenos que experimentas cuando tienes la mente ocupada. En mi caso, no dejaba de pensar en la pequeña Margot. Me preguntaba si estaría bien, si Venus se la habría llevado finalmente, o si en esos momentos descansaba en una sala gris de comisaría, bajo una manta térmica mientras esperaba la llegada de su madre. Me preguntaba si volvería a verla.

También pensé mucho en ese chico, el de los tiques del ferry, Todd Collins. Más que pensar, me torturaba viendo una y otra vez su garganta abierta. La sangre saliendo a borbotones de la herida mientras él luchaba por un segundo más en este mundo. Solo era un chaval, un pobre chico inocente que intentaba hacer las cosas bien. Y ella lo había borrado del mapa mediante un ágil movimiento con el brazo. Ni siquiera se lo había pensado, como si aquel acto no repercutiera en nadie ni en nada.

Lo que más me torturaba era la expresión del chico cuando se aferró a mi tobillo en el contenedor. Me estaba suplicando, pero yo, horrorizado como estaba, le había respondido con un último puntapié. Esa había sido su última experiencia con el ser humano. Mi lado más cobarde y miserable. Se llama instinto de supervivencia y a menudo me sigo consolando, diciéndome que él habría hecho lo mismo en mi lugar.

La mirada que me había dedicado, en cualquier caso, la tenía ahora grabada detrás de las pupilas y no conseguía apartarla.

Salvo para pensar en ella.

Charlize Brown. Venus. La asesina de hielo.

Esa noche había comprobado por qué la iban a apodar de esa manera. Mis sentimientos hacia ella no podían compararse con

ninguno que había experimentado hasta entonces. No eran humanos. Ella tenía una fuerza interior, una energía imparable que me hacía imposible no desearla de una manera carnal, primitiva. El instinto más básico del ser humano. Y eso me torturaba, porque, de un modo racional, la odiaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? Odiaba que hubiera matado a ese chico. Odiaba que el fin justificara los medios.

Odiaba desearla. Deseaba odiarla.

¿Sería aquel una especie de masoquismo? ¿Se trataba de alguna variante del síndrome de Estocolmo? Había oído hablar de ello. Gente que había sido secuestrada, mujeres que habían sido violadas y que finalmente caían enamoradas, hechizadas por su agresor. No, no se trataba de eso. Yo no estaba enamorado de esa mujer. Me provocaba repulsa de veras. Me horrorizaba. Y ese horror se multiplicó cuando me puse a recordar a Emily. Ella estaba en las antípodas de Venus. Era tierna y amable. Habría sido la perfecta madre de mis hijos de no haberla cagado. Sí, estoy hablando de niños. Nunca los había querido y había discutido con Emily por ello, pero ahora empezaba a cambiar de opinión al respecto.

Cometí el error de tratar de recordar nuestros momentos íntimos, porque esa vía solo me llevaba, una vez más, a la falda de Venus a medio subir… A sus bragas de encaje. Y a las heridas en el abdomen que ella misma se provocaba. Al final, todos los caminos llevaban a Roma. Más tarde comprendería que su magnetismo sexual no era más que otro atributo que, sumado a su habilidad con las armas y su agilidad felina, la convertían en una asesina despiadada.

En todo eso pensaba hasta que decidí cerrar los ojos y poner la mente en blanco. Al fin y al cabo, ya lo decía John Lennon: vivir es fácil con los ojos cerrados. Para mí, se trataba de una cuestión de supervivencia.

El punto de encuentro se encontraba al final de un largo camino de tierra apartado de cualquier atisbo de humanidad. Estaba, como vulgarmente se dice, en el culo del mundo.

Más grande que cualquier otra granja que hubiera visto antes, era imponente, clásica, lo que hacía que al momento te imaginaras una vida más sencilla y feliz bajo ese techo.

Está claro que no fueron buenos días para las impresiones a primera vista.

Era una edificación colosal desde cualquier perspectiva; una imitación, de hecho, de cualquier castillo inglés de los que brotaban como setas en los prados de la periferia londinense. Tenía reminiscencias a la casa del Gran Gatsby —con un pozo en una esquina, encantador bajo una fina barba de hiedra, y una caseta grande que se parecía a otros establos que yo había visto antes, a un

lado del jardín—, pero con ligeras señales de abandono: el césped no estaba del todo bien cortado, los arbustos un poco invadidos por la maleza y la pintura saltada en algunas esquinas. Era la mansión de Adil Al-Sayid. Aunque yo aún no lo conocía por ese nombre, así que para mí era una mansión habitada por un hombre al que apodaban Califa. Faltaba poco para que supiera que ese hombre no era otro que el multimillonario de origen árabe que había conquistado Manhattan con sus proyectos inmobiliarios.

Comparada con la guarida que yo había dejado en Brownsville, aquello era una fortaleza bañada en oro y diamantes, construida como si fuera un deseo cumplido, con dinero sin olor a sudor.

Una verja metálica se interponía entre la finca y yo. Se accedía a través de una puerta doble, bloqueada por una gruesa cadena de metal. La empujé.

No cedió.

Busqué algún timbre o interfono por el que pudiera llamar, pero no encontré ninguno y tampoco sé si hubiera sido una buena idea tirar de ese recurso. Algo me decía que aquel no era el típico lugar al que podías llamar al timbre y ser bienvenido.

Desde luego, no iba a echarme atrás. Me dirigí a un tramo en el que la verja se transformaba en una valla de tablas mucho más accesible, trepé y me dejé caer del otro lado. El edificio principal estaría a unos ciento ochenta metros de la verja. No había árboles ni nada tras lo que ocultarse, así que ni lo intenté. Avancé por el jardín que llevaba a la puerta, a plena vista.

Cuando estaba a mitad de camino, vi que, bajo un cobertizo que había junto a la granja, había aparcado un viejo Ford Cortina. Era un clásico bastante bien conservado, a pesar de su antigüedad. Una pegatina que anunciaba un Ronald Reagan Fried Chicken, adherida a la parte trasera de la carrocería, llamó poderosamente mi atención. Me quedé mirándola como un bebé a una moneda reluciente y retuve la imagen. Era algo que lo cambiaba todo. El elemento catalizador. Completaba un cuadro que resultaba demasiado grave para no tenerlo en cuenta.

Tan ensimismado estaba en la pegatina, que, sin querer, pisé el cadáver de una liebre en fase de descomposición. «Perros guardianes», pensé, tragando saliva. El sobresalto hizo que retrocediera unos pasos mirando en derredor.

Entonces, desde la oscuridad, un brazo me agarró del cuello de la camisa y tiró de mí hacia atrás.

37

El Rolls Royce que se alejaba del aeropuerto de Heathrow enfiló la sinuosa carretera que atravesaba el valle en dirección a la granja. En el asiento trasero, Adil Al-Sayid sonrió, notando en el maletín que llevaba bien sujeto en el regazo, el peso de los fajos de billetes y contando los minutos que faltaban hasta que él pudiera entregarlos.

Medio millón de libras a dividir entre cuatro. No se sentía cómodo con ese tipo de negocios. Caruso y Timothy siempre le habían respondido bien, aunque, por otra parte, nunca les había pedido involucrarse en una operación de tal magnitud como la de ese día. Luego estaba Milton, pieza fundamental al ejercer de enlace con la Scotland Yard y a quien Califa habría confiado su brazo derecho. En cuanto a Venus, ella no le había pedido nada a cambio. Así era su nuevo descubrimiento. En ocasiones, Adil tenía la sensación de que Venus trabajaba por amor al arte, que era una yonqui de la acción y, aunque algo de cierto había en ello, debía reconocer la verdad. Y esta era que, simplemente, Venus siempre hacía lo que él le pedía. Sin represalias y sin pedir recompensas. Tal era su influencia sobre ella.

A pesar de todo, Charlize Brown recibiría, como siempre, su parte del dinero. Era lo justo.

Sin embargo, desde el punto de vista de Adil, aquella alta suma era calderilla, comparada con el valor que tenía la niña para él.

No veía el momento de recibir noticias con el resultado de la operación.

Mientras el coche avanzaba a toda velocidad, Califa se preguntaba por qué Milton aún no se había puesto en contacto con él. Miró el teléfono fijo instalado en la parte trasera del vehículo, como quien espera a que hierva una olla llena de agua.

—En esta zona llega poca señal —le dijo el chófer mirándolo por el espejo retrovisor. ¿Tanto se le notaba?—. En cuestión de cinco minutos saldremos de las montañas y el servicio mejorará.

—Gracias.

Adil sintió una punzada de inquietud: «¿No hay cobertura en las montañas?». Entonces, tal vez Milton sí había intentado contactar con él. ¿Era posible que algo hubiera fallado estrepitosamente y él no se hubiera enterado?

El organismo de Califa respondió de una manera poco habitual.

Por primera vez en mucho tiempo, con los ojos fijos en el aparato anclado entre los asientos, y las yemas de los dedos acariciando el maletín de piel, empezó a sudar.

38

¡Agua…!

Mis oídos registraron una voz ronca y susurrada. Algo me hizo darme la vuelta, y entonces me vi mirando a dos canicas oscuras y próximas que reflejaban la blanquecina luz lunar. Creí que se me aflojaría el esfínter.

—Dame algo de agua o te mato. ¿Entiendes, amigo?

Forcejeé como acto reflejo. Me guiaba mi instinto de supervivencia. A pesar de la fuerza de las manos que me retenían, conseguí liberarme.

El corazón me iba a mil.

La luz de la luna me permitió vislumbrar una reja de anchos barrotes que protegía una pequeña ventana en el lateral del establo. Aferradas a dos de los barrotes, las dos manos robustas de peludos nudillos que me habían atacado.

Aquello no era un establo. Yo mismo me había acercado sin darme cuenta. Confuso, volví a mirar a mi alrededor por si la voz de ese hombre hubiera alertado a alguien. Los perros volvieron a mi mente. Por fortuna, la calma seguía reinando en el jardín.

Me quedé observando el abismo negro tras los barrotes hasta que mi ritmo cardiaco se estabilizó algo. El hombre volvió a hablar desde la negrura.

—¡Eh, amigo, escúchame: tienes que ayudarme!

Una amplia y desesperada sonrisa de dientes amarillos y labios agrietados se reveló entre los dos barrotes. Había energía en su tono de voz, una promesa de que había hecho cosas divertidas y emocionantes hacía un rato y que había cosas divertidas y emocionantes acechando en los próximos minutos.

—Acabas de amenazarme de muerte —protesté.

Abrió ambas manos, mostrando dos palmas llenas de roña en los surcos de las líneas y también bajo las uñas.

—Mis más sinceras disculpas, amigo. No sabes lo que es estar aquí dentro. ¡Me muero de sed!

Di un paso más hasta casi poder tocar a aquel hombre. Luego me fijé en la puerta de madera de la caseta. Llevaba instalada una doble cerradura que no parecía sencilla de forzar.

—¡Eso es, amigo, la puerta! ¿Puedes abrirla?

La cuestión no era si podía, cosa que dudaba, sino si debía. Era

evidente que ese tipo había sido encerrado por algún motivo. Y, para ser honesto, no tenía aspecto de ser el yerno perfecto, precisamente. Por no hablar de que acababa de atacarme por la espalda.

—¡No me mires como si fuese un cartucho de dinamita a punto de explotar! —Era como si me leyera la mente—. No soy peligroso.

Lo miré con recelo.

—¿Por qué estás aquí? —quise saber.

Aproximó la cabeza hasta que quedó enmarcada por los dos barrotes. Ahora que lo veía mejor, el tipo tenía un absurdo parecido con Steve McQueen.

—Hace unos días me pillaron y me encerraron. Apenas me alimentan con arroz y mendrugos. Aquí uno se muere de frío y sed, amigo.

—¿Quiénes te encerraron?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los cabrones que viven aquí!

Se agitó como un simio enjaulado. Un simio fuerte, de rasgos atractivos, he de señalar. Me di cuenta de que llenaba la camisa hasta tensar los botones; podían verse sus músculos dilatándose y contrayéndose cuando sus hombros se movían por debajo de ella.

Volví a mirar a mi alrededor. Una de las ventanas que daban al jardín desde el piso de arriba de la granja se había iluminado, pero no vi ninguna silueta tras ella. Debía darme prisa.

—¿Qué hiciste para enfadarlos? ¿Quién eres?

—Eso no importa ahora. —Clavó la mirada en mí y bajó la voz—. Te lo contaré todo si me sacas de aquí, te lo prometo. Te ayudaré a escapar. Tienes mi palabra.

—Estás dando por hecho que quiero escapar.

El hombre soltó un repentino bufido. Restos de saliva que tenía acumulada en las comisuras de sus labios aterrizaron en uno de los barrotes.

—Salta a la vista que no eres uno de ellos, amigo. ¿A ti también te han engañado ¿verdad? Esta gente es cruel, hazme caso.

Me sobrevino un escalofrío. Lo miré a los ojos. ¿Podía fiarme de él? Se lo pregunté directamente.

—Por supuesto que puedes fiarte de mí. Escucha: si yo estuviera en tu lugar, me liberaría de inmediato y saldría corriendo de este sitio, ahora que tienes la posibilidad. De lo contrario acabarás encerrado como yo. —Entonces adoptó un tono que me aterrorizó—. No sabes dónde te estás metiendo.

Valoré la opción seriamente. De haber dado con la manera de forzar la cerradura y liberar al preso, creo que lo habría hecho. Un buscavidas como él me habría venido bien para moverme por la ciudad y escapar del país. Pero estaba Megan, cuya imagen no se me iba de la cabeza. Y estaba la amenaza que Milton me había hecho el

día anterior. Si huía, me convertiría en un fugitivo de facto.

La luz en la ventana volvió a apagarse. Había movimiento en el interior de la granja.

—Esta noche huele a grandes negocios —vaticinó el hombre enjaulado, mirando hacia la fachada.

—Supongo que tú sabes mucho sobre negocios —ironicé.

Él me contestó de inmediato.

—Soy el mayor contrabandista de esta mugrienta ciudad.

Me pareció que le había ofendido.

—Entonces comprenderás que debo entrar ahí dentro.

—¿Por qué?

—Me están esperando. Además, tienen a mi hermana pequeña.

Su sonrisa se desvaneció.

—Si eso es cierto, me temo que tu hermana ya está muerta.

—No digas eso.

—Tú no conoces a esta gente.

De nuevo volvieron a mi mente imágenes de disparos a bocajarro, bañeras y gargantas rajadas. Empezaba a hacerme una idea de lo que *esa gente* era capaz.

Retrocedí y me di la vuelta. No quería perder más tiempo hablando con ese tipo. Me estaba dirigiendo al edificio, cuando la voz rasposa volvió a rasgar la noche:

—Ten cuidado con los guardias.

Me detuve en seco.

—¿Guardias?

—¡Y perros! En la parte delantera. Dos dóberman, más cabrones que la suegra de mi hermano, que en paz descanse. Deben de estar encadenados, de lo contrario ya se estarían dando un festín con tus tripas.

De modo que estábamos en la parte trasera de la granja. De pronto, la cadena de la verja, la valla de madera y la ausencia de interfono cobraban sentido para mí.

—¿Cómo es que nadie está vigilando esta entrada? —le pregunté.

—Nunca circula nadie por aquí. Aun así, cada cierto tiempo se pasa uno de esos garrulos para comprobar que está todo bien. No creo que tarden mucho en aparecer, aunque…

—Aunque, ¿qué?

—Aunque a ti debería darte igual, porque te están esperando, ¿no?

La ironía la sentí como una patada en los testículos.

—Presta atención, amigo. Si tratas de acceder al edificio por la parte delantera, antes de que te des cuenta estarás mirando de frente la boca de un fusil. Es su manera de proceder: primero actúan y luego preguntan. Eso, si los perros no se lanzan a tu pierna desbocados. Son un par de lindezas muy monas.

Dejé caer los hombros y miré al edificio.

—Aunque, si insistes en entrar en la boca del lobo —añadió—, hay una manera.

Me volví hacia él.

—¿Qué manera?

—El cuarto de la caldera da a la parte trasera del edificio. —Sacó un brazo entre los barrotes y señaló la fachada—. Allí, tras el seto, hay unas escaleras que bajan y dan directamente a ese cuarto.

Sentí que se me aceleraba la respiración.

—¿Y está abierto?

—No, pero siempre dejan la ventana abatida. Para que la temperatura no se dispare, supongo.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tres días aquí encerrado sin hacer nada dan para mucho —explicó airado—. El otro día oí a gente trastear en ese cuarto. No hubiera podido entenderlos de haber estado la ventana cerrada, ¿no te parece?

En ese momento, el aire nos trajo el característico ruido de los neumáticos circulando sobre los cantos de un camino. Me giré, guiado por mis oídos. Percibí el destello de los faros de un coche de alta gama tras la verja que yo acababa de saltar. Inmediatamente me escondí tras la esquina del establo —¿o debería decir celda?—. El vehículo se detuvo y un breve bocinazo rompió la calma. Una bandada de pájaros despertó y salió escopeteada de las copas de los árboles más cercanos.

El hombre habló tras los barrotes.

—Ya llegó el primer pez gordo.

—¿El primer pez gordo?

—El superintendente Milton. Ya te he dicho que hoy era noche de grandes negocios, amigo.

Sufrí un estremecimiento. No tanto porque Milton estuviera allí —al fin y al cabo, él había elegido aquel lugar como punto de encuentro —, sino por el hecho de que ese preso lo conociera.

Iba a preguntarle por ello cuando uno de los guardias apareció tras la esquina. Apostado tras el falso establo, registré el sonido de sus pasos sobre la hierba antes que su imagen. Vestido completamente de negro, se camuflaba en la oscuridad.

Ni siquiera desvió la mirada hacia donde nosotros estábamos. Supongo que daba por hecho que el preso seguía ahí dentro. Atravesó el jardín trasero rodeando el pozo y se dirigió a la verja para dejar entrar al vehículo, que resultó ser un Range Rover. Debía de ser un modelo conocido para él, porque ni siquiera obligó al conductor a identificarse. Cuando el Rover accedió, el guardia cerró la verja de nuevo valiéndose de la cadena gruesa.

Un hombre corpulento de unos cincuenta años se apeó del vehículo

tras dejarlo aparcado junto al Ford Cortina. Llevaba puesto un abrigo de piel por encima del uniforme, pero aun así lo reconocí sin el menor atisbo de duda: tal y como había adelantado el preso, el superintendente Milton había llegado.

Se quedó mirando a la caseta. En lugar de doblar la esquina para acceder a la entrada del edificio principal, se aproximó a ella. Cuando reconoció al hombre que lo miraba tras los barrotes con los ojos incendiados, expulsó una carcajada de película y gritó como un miserable:

—¡Scott! ¿Qué ven mis ojos? ¡Pero si es el canalla por excelencia!

—Que te jodan, Milton —gruñó el preso.

—¿Qué hiciste esta vez?

—Creo que lo sabes muy bien, cabrón.

—Sabía que algún día te vería entre rejas, viejo amigo.

—¡Tú no eres amigo mío! Califa me engañó. —Ahí estaba de nuevo ese apodo—. ¿Le hablaste de mí? —Scott alzó la voz—. Sí, seguro que tú le fuiste a Califa con mi nombre. Me conocías, estabas al tanto de mi situación. Eres un corrupto, Milton.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Voy a salir de aquí. Y cuando lo haga, te perseguiré y te mataré. La próxima placa que verás será la de tu lápida.

Parapetado tras la pared de la caseta, oí a Milton emitir una serie de chasquidos que seguramente estaba acompañando de un movimiento de cabeza.

—Qué feo que hables así —convino, condescendiente—. No son maneras para un miembro de la Scotland Yard.

¡Scotland Yard! ¿Así que el preso era policía?

—Sabes muy bien que ya no pertenezco al Cuerpo.

Oí un suspiro. Otro gesto de irritante superioridad por parte del superintendente. No conocía a Scott de nada, pero eso lo teníamos en común: ambos detestábamos a Milton.

—Cambiando de tema —dijo el policía—, ¿no habrás visto llegar a un tipo americano? Unos treinta años, moreno y posiblemente aterrado hasta el tuétano.

Estaba preguntando por mí. Me encogí en mi escondite. Quería desaparecer. Al dar un paso hacia atrás, pisé una rama y esta se quebró bajo mis pies.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Milton. La condescendencia se había esfumado de su voz.

Contuve la respiración.

—¿De qué hablas?

—He oído pisadas ahí atrás.

Scott saltó dentro de la jaula. No eran saltos auténticos ni una manera de entrar en calor, sino un modo de disimular mi traspié y

confundir a Milton.

—He sido yo, coño. No puedo estar quieto ni un segundo aquí dentro. Se te encogen las pelotas por el frío.

Capté la señal. Scott continuaba saltando sobre las ramas rotas, haciendo ruido. Estaba dándome una oportunidad.

Me armé de valor, apreté la mandíbula y salí corriendo tras la caseta, en dirección a los setos de la parte trasera del edificio, tras los cuales, según el preso, se encontraba el cuarto de la caldera.

Al pasar junto al cobertizo que hacía de aparcamiento para las visitas, eché un vistazo rápido a la matrícula del Ford Cortina.

Estaba deslizándome tras los setos cuando oí el grito de Scott:

—¡Saldré de aquí antes de lo que piensas, Milton! ¡Te encontraré! ¡Y me comeré tus pelotas! ¡Será aquello por lo que viva, puedes creerme!

Ese hombre, Scott, me había encubierto sin necesidad de hacerlo.

Aunque en ese momento, descendiendo los peldaños que accedían al cuarto de la caldera, mi cabeza estaba en otra parte. Concretamente en la matrícula del Cortina. Había sido personalizada. Algunos lo hacían. D0CT08 era lo que habían grabado en esta ocasión. Recordé que, durante la reunión en el Dust, Milton se había dirigido a Caruso como Doctor.

No hacía falta ser un gran detective para suponer que el coche era suyo.

39

Antes de que el cuarto de la caldera ardiera y explosionara, solo era un reducido espacio de techo alto y frías paredes de hormigón donde se ubicaba la caldera que suministraba calor a toda la casa. De la pared también colgaba un extintor cuya instalación había venido impuesta por el estándar de seguridad. Estaba alumbrado de manera tenue por una bombilla desnuda que pendía penosamente de un alambre y refrigerado por una claraboya abatida que daba al jardín trasero. Fue por ahí por donde, siguiendo las indicaciones de Scott, me colé en el edificio sin ser visto. Para ello tuve que ayudarme de un muro de piedra de poco más de un metro de altura.

La puerta del cuarto estaba abierta y daba a unos peldaños de piedra que ascendían hasta la planta principal.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué me deslizaba por los pasillos de un lugar donde se suponía que me estaban esperando? Ni siquiera yo lo sé. Supongo que, después de todo, no me fiaba un ápice de esa gente. O quizá, en lo más recóndito de mi corazón, esperaba que Megan estuviera en una de las estancias. Sí, tenía que tratarse de eso.

En la planta baja había quietud. Las luces que había visto encenderse desde fuera pertenecían al piso superior y si Milton había entrado, no parecía estar cerca. Aun así, caminé de puntillas. El suelo de moqueta me ayudaba en mi sigilo.

Las notas de un piano que sonaba a Chopin ambientaban la planta. Era una melodía hermosa, calmada, que llegaba a mis oídos como un susurro suave que, sin embargo, en ese contexto tenía algo de tétrico. Era difícil de explicar, había que vivirlo.

La música provenía de la primera puerta a la derecha, que estaba semiabierta. Lo que encontré en su interior no me hizo cantar bingo, pero sí línea. En realidad, me provocó un gran vuelco en el corazón.

La estancia estaba casi libre de enseres. Ni siquiera contaba con cortinas, de modo que el haz de la luna se colaba a través de una ventana e iluminaba lo justo para que yo pudiera ver los únicos elementos allí existentes: una cama individual junto a una mesita sobre la cual, la aguja de un viejo tocadiscos deleitaba con música clásica de calidad. Alguien yacía bajo unas sábanas de Blancanieves. Arriesgué y entré en la habitación para verla de cerca.

Margot Lane continuaba durmiendo plácidamente, ajena al revuelo

que se había formado esa tarde en torno a ella, ignorando el cambio que su vida estaba a punto de dar. Sin la peluca volvía a ser una preciosa niña de tirabuzones dorados, aunque ahora con el pelo mucho más corto y desgreñado por culpa del tijeretazo que le había dado Venus en el ferry. Me pregunté si seguiría bajo los efectos de los fármacos. Después pensé en despertarla. Quería hablar con ella, explicárselo todo. Que lo primero que viera al abrir los ojos fuera la cara de un amigo.

Me lo pensé una segunda vez, la que me persuadió. ¿De verdad se me podía considerar un amigo? Esa cría no me había visto nunca. Para ella, solo sería uno de los secuestradores que la habían alejado de su madre. Por otra parte, no era descartable que en cualquier momento recibiera la visita de alguien de la casa y yo no quería que ese alguien me descubriera allí.

La presencia de la niña desvelaba una conclusión a la que habría llegado hasta un ministro: si ella estaba allí, Venus también debía de encontrarse en el edificio, porque ella la llevaba en brazos cuando nos habíamos separado en Berwick Street. Una evidencia tal, que de no haber estado hipnotizado por la respiración somnolienta de Margot, yo también tendría que haber tenido en cuenta. Entonces, de haber reparado en ella, quizá no habría actuado de la manera en la que estaba a punto de hacerlo.

Mis oídos captaron algo parecido a un silbido rasgado. Llegaba amortiguado por el piano de Chopin. Alguien debía de haberse dejado una ventana abierta, deduje, dando por hecho que se trataba del sonido del viento. Me puso la piel de gallina.

Abandoné la habitación con cierta presión en el pecho y retomé mi búsqueda. La cocina acaparaba casi toda la planta baja. Era una amplia superficie de baldosas blancas amarillentas como los dientes de un fumador, que me recordaron a mi piso en Brownsville, salvo que, en este caso, solamente la cocina ya era más amplia que todo mi apartamento. Contaba con fuegos de gas y grandes armarios que subían hasta el techo; en el centro, una gran isla con todo el instrumental necesario para hacer las delicias de cualquier cocinero experimentado. Por lo demás, ni rastro de vida.

Nuevos peldaños, esta vez en forma de caracol, enmoquetados y con un asidor de madera, me llevaron a la segunda planta. En el sentido contrario, los peldaños conducían a una planta subterránea a la que se accedía a través de una puerta que estaba cerrada con llave. «El garaje», razoné, tomando la elección fácil del piso superior.

El aire estaba más viciado allí arriba y también hacía más calor. El sonido del piano se fue desvaneciendo a medida que subía.

Un murmullo de voces me llegó desde el final del pasillo, donde había una puerta semiabierta. Mi lado curioso e impetuoso, que

ignoraba tener, me empujó a acercarme. Avancé de puntillas, tratando de no hacer ruido. Había atravesado la mitad del corredor, cuando el murmullo empezó a convertirse en palabras concretas. Me pareció reconocer la voz del superintendente Milton.

«La tenemos… Está sana y salva, sí. Ahora mismo duerme en la planta de abajo… Han pillado a Timothy… Sí, supongo que podré hacer algo, no te preocupes… Una turista japonesa lo ha visto todo y ha descubierto… Déjalo en mis manos… ¿El americano? Es un saco de nervios y algo contestón, pero parece que ha cumplido por encima de las expectativas…»

Me detuve en mi camino. Milton se estaba refiriendo a mí. Tragué saliva.

El superintendente estaba hablando con Califa por teléfono. No eran amigos y Milton en ningún momento dejó caer un comentario afectivo, pero tampoco eran enemigos. Había un inconfundible aire de respeto mutuo en torno a la conversación y cualquiera habría dicho que estaban conspirando juntos.

Era muy probable que fuese exactamente eso lo que estaba sucediendo.

«Todavía no ha llegado, debería hacerlo pronto… Caruso está ya aquí… Ella no, ya sabes que siempre hace las cosas a su manera. Maldición, nunca entenderé tu confianza en esa chica. Es inestable y traerá problemas…»

Ahora hablaban de Venus. Mientras escuchaba, algo me hizo mirar a mi derecha. Una puerta permanecía abierta. Al otro lado se ocultaba lo que parecía un despacho, a tenor de las altas estanterías llenas de libros y el borde de una mesa de madera maciza que podían apreciarse desde el pasillo.

«¿La hermana del chico? Él no sabe nada… Sí, preguntó por ella, por supuesto… No tiene ni idea… No tardes, Califa, sabes que odio el olor a campo…»

Mi mundo se dio la vuelta. Al fin algo de luz en torno a Megan. «La hermana del chico». De modo que estaba viva y ellos, al menos Milton y ese tal Califa, conocían su paradero.

Quise empujar la puerta que ya tenía delante y embestir al policía. Arrinconarlo contra la pared y exprimirle los testículos como si fuesen limones hasta que confesase el paradero de Megan. Pero supe contenerme. ¿Acaso me sobrestimaba? Ese hombre era un alto cargo experimentado y, además, tenía una pistola. Por no hablar de que era más grande y fuerte que yo. A pesar del factor sorpresa, no iba a tener ninguna posibilidad.

Sin descartar del todo el ataque, decidí esconderme en el despacho. Una vez allí, aprovecharía para hacer un poco de trabajo de investigación.

Era una estancia en cuyo ambiente parecía flotar la palabra «rústico». Ninguna cabeza de ciervo disecada colgaba de la pared —sí una escopeta—, pero, de haberlo hecho, aquel lugar podría haber pasado por la imagen de portada de una revista de caza.

En la mesa no encontré nada de interés, salvo una fotografía enmarcada. Todo despacho que se precie debe contar con su fotografía enmarcada. Normalmente suelen ser familiares. Ya sabes: la mujer, los hijos e incluso el perro, sonriendo a la cámara como si opositaran al premio de familia feliz del año. Esta fotografía no era de esas. En ella únicamente se veía a un hombre solitario, con rasgos propios del Medio Oriente y más o menos de mi edad. Vestía con un traje gris claro y una especie de turbante cubría su cabello, característica que de inmediato me hizo pensar en el famoso Califa. Miraba a la cámara con rictus tenso, como si estuviera en medio de una negociación. Aquel hombre me sonaba de haberlo visto en las noticias, aunque esa noche no logré recordar su nombre real: Adil Al-Sayid.

Aparte de eso, solo un par de plumas para escribir y un taco de folios en blanco ocupaban el primer cajón. La estancia no contaba con demasiado mobiliario, de modo que fui directo a las estanterías. Entre una enciclopedia encuadernada con rebordes dorados y un ejemplar de coleccionista de *Cuentos de Navidad* de Dickens, di con algo prometedor: archivadores.

¿Para qué utiliza la gente los archivadores? Para guardar documentación de manera ordenada.

Me encontraba en el despacho de Califa en su residencia londinense, de acuerdo. La lógica me decía que, si ese hombre guardaba documentación importante, debía de hacerlo en esos archivadores. Lo que a su vez me llevó a deducir lo siguiente: de existir un registro relacionado con Megan o su paradero, tenía que estar allí.

Pasé por alto una gran cantidad de papeleo sobre contratos urbanísticos y propiedades inmobiliarias que, si bien habrían sido considerado oro molido para la prensa y la administración de Hacienda, a mí no me interesaban en absoluto.

Con el segundo archivador sentí que me estaba acercando. Casi podía oír el «caliente, caliente». En su interior encontré decenas de fichas personales, la mayoría sobre personas que yo no conocía de nada. No me detuve demasiado en las fichas de Timothy y Joe Caruso, cuyas fotografías anexas, podía decirse, hacían justicia a los rasgos poco agraciados de ambos. Perdí algo más de tiempo cuando llegué a la ficha de Charlize Brown. Su foto era una versión en miniatura del retrato que me había llegado a casa acompañando a la reserva en el Blue Lake. Junto al nombre, escrito a mano y con tinta azul, alguien había añadido, entre paréntesis y en cursiva: «Venus».

Según la fecha, ella tenía veintiún años y había venido al mundo en Chicago. Entre sus cualidades constaban: «Experiencia con armamento militar (un año en el Golfo Pérsico)», «Sangre fría», «Seducción» y «Gran capacidad de improvisación».

Solo se le atribuía un punto débil: «Predilección por la violencia».

Me había quedado tan ensimismado leyendo que casi no me percaté de que Milton se estaba despidiendo al teléfono:

«Te espero aquí. No tardes. Hasta luego».

Se oyó un *clac* cuando encajó el auricular en el aparato. Después, el taconeo de unos zapatos.

Me di cuenta de que me encontraba de pie y de cara a la puerta, que me había dejado abierta y daba directamente al pasillo, así que me dejé caer tras el escritorio de manera instintiva. El archivador resbaló entre mis manos y cayó, haciendo ruido contra la moqueta.

El taconeo cesó.

Mi corazón pareció dejar de latir durante un segundo, un lapso en el que oré mentalmente todo lo que no había rezado hasta la fecha. Si ese policía entraba y me veía agazapado tras el escritorio de Califa, podía despedirme de mi preciado culo.

Por suerte, Milton pasó de largo. Volví a respirar con normalidad. Al menos, hasta que fui a recoger el archivador. ¿Qué era aquello que estaba viendo? Sufrí un sobresalto. Al caer el archivador al suelo, la página de Venus se había corrido, dejando a la vista una al azar. La fotografía que tenía ahora ante mí mostraba a una adolescente preciosa. Una muñeca que miraba a la cámara con el clásico desdén que habitualmente aparece, mediante algún tipo de ciencia infusa, cuando cumples quince años: seductor, pero a la vez alzando un muro invisible entre ella y el resto del mundo. Si me hubieran dado un dólar cada vez que ella me había dedicado esa mirada, ahora viviría en un ático en el Soho. El cabello castaño le caía ondulado por detrás de los hombros. Llevaba puesta una blusa blanca, obligada para la sesión de fotos, por dentro de una minifalda azul que quedaba fuera del encuadre; más tarde, minutos antes del baile de fin de curso de 1981, la joven se subiría la minifalda unos centímetros y se desabrocharía el primer botón de la blusa, con el único objetivo de torturar a aquellos empollones que no iban a tener la menor posibilidad de probar sus labios. Y todo eso lo sabía porque, en esa época, yo dormía cada noche en la habitación de al lado.

Junto a la fotografía, a la derecha de *Nombre*, se leía «MEGAN ANDERSON».

Lo que vi después, no supe cómo interpretarlo.

Por fin la había encontrado.

40

La noche había desplazado las densas nubes. Las estrellas, visibles desde la periferia, donde la contaminación lumínica era menor, moteaban ahora el cielo. Charlize Brown estaba mirando con atención el árbol de ufano ramaje. Su rostro era sereno, ladeaba ligeramente la barbilla.

Se trataba de una máscara, en realidad. Por dentro, iba a tope de revoluciones. Como ese cisne que parece deslizarse sobre la superficie, aunque por debajo de ella, oculto al mundo, patalea con nervio insano.

Su interior era un túnel de lavado. Un túnel lleno de decibelios, rodillos enormes y aspiradores industriales.

La causa de su desazón era, casi en su totalidad, Christian Scott. Sabía que él estaba en la caseta del patio de atrás, a solo unos metros. Había estado encerrado allí desde que ella lo había capturado, en una sobresaliente operación que no había carecido de riesgo. Ahora no tenía más que rodear el edificio y darle a ese traidor la estocada final.

Charlize Brown lo haría gustosa. Ya lo habría hecho, en realidad.

Pero ahora ella respondía al nombre de Venus… y Venus no se comportaba de esa manera. Califa la estaba entrenando para que dominase precisamente ese tipo de impulsos violentos. Pero estar allí, tan cerca de Scott, era una tentación demasiado fuerte. Era como dejar a un alcohólico a solas en una licorería y después cerrar la puerta con llave.

Exhaló una nube de humo contra el tronco del árbol. Las grietas de la corteza la mantenían en el presente. Si se concentraba en ellas, no pensaba en Scott, ni en las infinitas posibilidades que se le abrían al estar él encadenado en el interior de esa caseta. Una muy buena era entrar y dispararle al tobillo. Si acertaba de lleno, cosa de la que ella se veía muy capaz, quizá una única bala bastaría para cercenarle el pie. Entonces él quedaría liberado de la argolla y podría escapar. Al menos arrastrarse algunos metros, porque, con una sola pierna, ¿cómo de lejos podría llegar, antes de que ella lo alcanzase por detrás y le cortara la cabellera, como hacían los indios nativos americanos?

Sí, eso la excitaba. La ponía a mil.

Otra posibilidad, menos imaginativa pero más directa, era prender fuego a la caseta con él dentro. Solo imaginar sus gritos de agonía le

hacían gemir de placer.

«¡No, Charlize! —la reprendió su *alter ego*, Venus—. ¡Contente!»

Apretó la mano con fuerza. En ella sostenía una piedra afilada que había recogido de los pies del árbol. Sentía las puntas clavándosele en la palma, hiriéndola.

«El dolor es positivo», se dijo.

Continuó apretando un rato más. Faltaba muy poco para que el lujoso coche de Califa flotara de repente hacia la finca a través del rumor y la oscuridad de los árboles por el camino que accedía a la entrada principal. Entonces lo recibiría con cariño y lealtad y la noche podría continuar.

Solo tenía que aguantar unos minutos más.

Dicen que el cerebro humano no distingue la realidad de la imaginación. Que una visión muy potente, a pesar de resultar completamente irreal, puede desencadenar las mismas respuestas en nuestro organismo que si estuviese ocurriendo en el plano físico. Eso explicaría que las fosas nasales de Venus comenzaran a percibir un intenso olor, la fetidez que provocaría la carne humana al calcinarse. También explicaría que, de repente, empezara a oír los gritos de un hombre explotando de dolor; al principio muy lejanos, pero paulatinamente más próximos y claros.

Era demasiado para ella.

De cerrar los ojos, habría visto una llama con forma humana ardiendo en mitad de la noche. Pero no lo hizo. Continuó centrada en la grieta.

La mecha del cigarro llegó al filtro. La mano derecha dejó de ejercer fuerza y la piedra cayó. Ningún coche de lujo asomaba desde el lúgubre fondo del camino.

Ya nada la detenía.

Venus se dio la vuelta e inició el paso hacia el jardín trasero.

Por el camino, extrajo un paquete de cerillas y prendió un par.

41

Por fin la había encontrado.

O, al menos, había encontrado un halo de esperanza. Megan estaba viva.

¿Lo estaba?

La primera fotografía —porque aquella no era una ficha como las anteriores que la precedían en el archivador, sino más bien una recopilación de imágenes fijadas con un clip— era la que le habían sacado el día del baile de graduación. La escuela había contratado a un fotógrafo para inmortalizar a cada alumno de cara a completar el anuario. La toma no tenía nada de extraño, salvo lo evidente: ¿cómo demonios había cruzado el Atlántico y había ido a parar en el despacho de un magnate inmobiliario?

La segunda foto había sido revelada en blanco y negro. Megan estaba de espaldas, a los pies de un acantilado, mirando hacia el mar. El cielo, gris y cargado, amenazaba con tormenta. Ella vestía un abrigo negro que le llegaba hasta los tobillos.

Con la tercera, tragué saliva. Mi hermana salía por primera vez con el pelo de otro color. Ese mismo rubio artificial con el que la había visto en la fotografía que me había llegado a casa en un paquete postal. En esta ocasión era un primer plano de su rostro. Al igual que en la Polaroid, salía dormida. Estaba guapa hasta con el labio hinchado. ¿Por qué carajo tenía Megan el labio hinchado?

El resto de las fotografías —eran siete en total— parecían haber sido tomadas el mismo día y en el mismo lugar. Todavía sentado sobre el enmoquetado suelo del despacho de Califa, comprendí que formaban parte de la misma sesión que la instantánea que yo guardaba en el bolsillo. El mismo pelo, el mismo camisón y la misma habitación de hotel rancia. Y el mismo labio hinchado. En mi foto no se apreciaba porque estaba tumbada de lado, pero supongo que también lo tendría dañado.

Traté de fijarme en los detalles, en el entorno. Pude sacar apenas dos conclusiones: una, que era de día cuando tomaron las fotos, porque la luz natural iluminaba la sesión a través de una pequeña abertura en la pared, con los marcos demasiado roídos para calificarla como ventana; y dos, que había un crucifijo sobre el cabecero de la cama, lo cual podía no significar nada —muchas habitaciones cuentan

con un Cristo en la cruz, como símbolo de protección—, o podía significar mucho. Mi mente no paraba de dar vueltas.

Hubo una toma en particular en esa serie de fotografías que me agitó por dentro.

En ella, el fotógrafo se había alejado lo suficiente para que se la viera de cuerpo completo. El picardías de color granate la hacía parecer una prostituta. Esta vez el rostro de ella volvía a estar de lado, como apartando la mirada, como si, a pesar de estar dormida, no quisiera que la inmortalizaran en ese penoso estado. Era la imagen más perturbadora y a la vez, la más incierta. Un haz de luz se colaba por la ventana, incidiendo en la figura de Megan y creando un brumoso contraluz que lo convertía todo en difuso. El corazón tatuado en la muñeca derecha sí se distinguía bastante bien. Al otro lado de la ventana, la mañana parecía querer abrirse camino. De contar las fotografías con ruido ambiental incorporado, aquella habría sonado a tren de vapor.

Por un momento, un pensamiento trató de materializarse en mi boca y mis labios se separaron como los de un hombre mudo, como si hubiera algo más que un soplo de aire flotando entre ellos. Levanté el brazo para abrir el cajón del escritorio y tomé prestada una de las plumas. Quería poner mis pensamientos por escrito, perpetuarlos de esa forma para que jamás se esfumaran. Pero no llegué a apoyar la punta, la tinta apenas rozó el reverso de la fotografía y lo que casi había deducido quedó interrumpido por el tacto de una mano en mi hombro. Primero fue un contacto suave. Como la mano de un viejo amigo que me sorprendiera por detrás. Tuve el tiempo justo, al volverme, de ver que se trataba Joe Caruso.

—¿Qué crees que estás haciendo, novato? —dijo con su voz aguda.

Su mano entonces estrujó mi hombro.

42

Como cuchillos, sus dedos se hundieron en la hendidura de la articulación. Un dolor lacerante descendió por mi costado izquierdo. Me retorcí. Perdí la fuerza de las piernas. Intenté gritar o debatirme, pero de pronto no podía moverme.

El instinto de supervivencia, el mismo que, milenios atrás, hacía que trepáramos a los árboles ante la presencia de los depredadores, me hizo arrastrarme unos pasos hacia atrás como un cangrejo. Después, jadeando por el dolor y con la foto de mi hermana entre los dedos, me incorporé.

—Te he hecho una pregunta —insistió Caruso—. ¿Qué haces curioseando en este despacho? Te estamos esperando.

Dio un paso hacia mí. Yo retrocedí otro más. La pared del despacho me arrinconaba.

Alcé la fotografía.

—¿Qué habéis hecho con ella, cabrón?

Me miró con lo que se me antojó una leve curiosidad. Clavé mis ojos en los suyos. No eran los ojos de un ser humano, ni siquiera los de un animal. Aquellos eran los ojos de un objeto inanimado. Si un vehículo hubiera podido tener ojos, habrían sido como los de aquel hombre. Lo que me llevó a pensar en el Ford Cortina que había aparcado fuera. «D0CT08». Me pregunté por qué ese seudónimo y me dije que a lo mejor no quería averiguarlo. Después pensé en la pegatina del Ronald Reagan Fried Chicken en la parte trasera del coche. En realidad, no había salido de mi mente desde que la había visto antes, abajo en el cobertizo.

No parpadeé, a pesar de lo intimidante de su mirada. Mi pregunta había hecho que se le levantara un lado del labio superior en lo que, quizá, era un principio de sonrisa. Entonces se abalanzó sobre mí. El matón me rodeó el cuello con la mano y me empujó contra la pared. Mi cabeza impactó con fuerza en el muro. Se me nubló la vista. La otra mano, cerrada en un puño, la hundió en la boca de mi estómago con un rápido gancho, lo que me obligó a doblarme hacia delante. Sentí que los ojos se me volcaban para atrás. Todo mi cuerpo se desmoronaba.

El momento completo —desde que la mano se posó en mi hombro hasta que recuperé el aliento tras el puñetazo— pudo durar cuatro

segundos, no más. Cuatro segundos que se me hicieron eternos.

Caruso tensó la mano en torno a mi cuello, a la vez que acercaba su cara a la mía. No era un buen augurio. De haber podido respirar con normalidad, habría sentido su aliento fétido.

«La puerta está abierta», pensé, en busca de posibles salidas.

Traté de revolverme, pero ese cabrón me tenía bien aferrado.

—Dime dónde está Megan —farfullé—. Necesito saberlo.

Por respuesta recibí un segundo puñetazo en el estómago. Intenté doblar el cuerpo o hacerme una bola, pero sus dedos en torno a mi cuello me lo impidieron. Aire. No deseaba otra cosa más que aire. Me ahogaba.

De pronto, vinieron de nuevo a mi mente esos recuerdos aleatorios: el estallido con eco que produjo la bala que atravesó los sesos de Clay; los vanos intentos de Kevin Price por emerger la cabeza de la bañera; el chapoteo; la agonía.

Sentí que iba a vomitar. Todas las células de mi cuerpo reclamaban oxígeno a gritos.

—¿Qué hacías en este despacho? —volvió a preguntar Caruso con su voz de niño travieso.

—Me gustan los despachos —dije. Una estupidez.

Me oprimió con más fuerza. Solo con dos dedos esta vez, uno a cada lado de mi cuello. Di un grito ahogado. Fue como si aquellos dedos se transformasen en dagas y me traspasaran la carne hasta alcanzar la espina dorsal. Sentí que la cabeza se separaba de mi cuerpo. Jamás había experimentado un dolor como aquel. Lo dominaba todo. Me agitaba como un pez moribundo en el extremo del anzuelo. Intenté patalear, pero las piernas no me respondían, eran como tiras de goma.

Caruso no me soltó.

Yo seguía esperando que dejase de atenazarme de aquel modo, que aflojase un poco. No lo hizo. Proferí una especie de lloriqueo. Pero él persistió con la excitación del chaval que se divierte aplastando hormigas.

Intenté vencer el dolor, fragmentarlo, reducirlo a intervalos. Pero no dio resultado. Necesitaba alivio. Aunque solo fuera un segundo. Tenía que conseguir que parase de una vez. Pero él parecía estar divirtiéndose. Seguía mirándome con aquellos ojos huecos. La presión en la cabeza aumentó. No podía articular palabra. Aunque estaba dispuesto a claudicar, suplicar, se me había cerrado la garganta. Y él lo sabía.

Tenía que escapar a aquel dolor. No podía pensar en otra cosa. Era como si todo mi ser se concentrase y convergiese en el haz de nervios del cuello. Me ardía todo el cuerpo, la presión intracraneal aumentaba.

Cuando solo faltaban unos segundos para que me estallase la cabeza, Caruso aflojó al fin la presión. Era como si lo tuviese todo medido. Volví a jadear, pero esta vez de alivio y al cabo de unos segundos estaba respirando casi con normalidad. Pero su mano continuaba en mi cuello, amenazante, dominadora de la situación. Entonces, dijo algo que no esperaba:

—¿Por qué te empeñas, novato? ¿Acaso quieres seguir los pasos de tu padre?

Ladeé la cabeza. Mis párpados cayeron. Aquello me descolocó.

—No quieras hacerte el héroe como hizo él, o morirás igualmente.

Eso era. Realmente no quedaba mucho más que decir. Habría podido hablarme de las otras pistas que lo habían señalado: el hecho de que Caruso supiera que a mi padre le habían rajado la garganta aunque yo no se lo hubiera dicho; o la pegatina del Ronald Reagan Fried Chicken, pollería de Brownsville que solo alguien que viviera en ese barrio habría llevado pegada en la carrocería de su coche; o que a Venus, al mencionarle el nombre del barrio durante nuestra conversación sobre mi padre en la habitación del hostal, le hubiera cambiado la cara y hubiera pasado a otro tema. «La verdad no te ayudará, Anderson. Solo empeorará las cosas», me había dicho. Porque ella sabía que Caruso era de Brownsville y que era un matón, así que solo tuvo que sumar dos más dos. Pero ahora todo eso no tenía importancia.

Pensé de nuevo en esas fases del duelo. En un momento, la negación puede dejar paso a la rabia.

Esa rabia canalizó mi atención de la supervivencia al ataque. Mis células dejaron de enfocarse en tratar de no morir y entonces se abrió un abanico de posibilidades. De pronto noté algo de peso en el bolsillo de mi pantalón. ¿Qué era?

Me vino en un segundo.

«Podría funcionar».

Ni siquiera recuerdo empujar el pecho de Caruso con ambas manos para deshacerme de su abrazo. Tampoco tengo consciencia de ordenar a mi cerebro introducir la mano en el bolsillo para coger la pluma que había encontrado dentro del cajón de Califa. Mi organismo se encargó de todo, como una clase de inteligencia artificial que se ocupaba del problema, mientras yo me mantenía en piloto automático. Más tarde investigaría sobre ello. Muchos expertos lo llaman simplemente subconsciente. En otros libros se refieren a él como instinto, aludiendo al famoso caso de la madre que logró levantar un camión bajo el que había quedado atrapado su hijo. Cerebro reptiliano. Sistema límbico. Si acudías a algo más metafísico, leías cosas como «Gracia de Dios». El caso es que conseguí liberarme. Inmediatamente amenacé a Caruso blandiendo la punta de la pluma.

Le desapareció el poco color de la cara.

—Vuelve a tocarme y te sacaré los ojos —farfullé en voz baja, por si el superintendente Milton se encontraba cerca.

Sus ojos quedaron bizcos al clavarse en el plumín dorado. La boca, semiabierta.

Entonces se echó a reír como un loco.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —se burló—. ¡Este novato quiere rajarme con un bolígrafo!

Su comportamiento me confundió, pero estaba demasiado furioso. La imagen de mi padre, abandonado boca arriba con la garganta abierta, volvió a acaparar mis retinas. Ahora tenía al culpable ante mí y no pensaba en otra cosa que destriparlo.

Como un esgrimista hasta arriba de crack, di varios pasos hacia él agitando la pluma sin control. Caruso retrocedió con los brazos en alto, como el torero experimentado que juega con el novillo. No me importaba. Estaba ciego. Continué esgrimiendo mi arma blanca improvisada contra él.

Atravesé el aire varias veces. Rajé tela en un par de ocasiones. Y, por fin, desgarré carne.

Me detuve asombrado.

Caruso se llevó la mano a un costado de la camisa, rasgada como si hubiera sufrido el ataque de un animal de garras afiladas, y después se miró la palma.

Todo su rostro se convirtió en una enorme arruga. Sin mediar palabra, descargó un par de ganchos que, gracias a lo poco que me quedaba de las clases de judo en la escuela, conseguí esquivar a duras penas. Yo contraataqué y hundí mi puño en su mejilla. Emocionado por mi ventaja momentánea, descargué la izquierda en su nariz. Sonó a hueso roto.

Caruso gritó un improperio y salió despedido hacia atrás. Antes de que pudiera lanzarme sobre él, antes incluso de que él hubiera recuperado el equilibrio, el matón dibujó un rápido movimiento con la mano y en un visto y no visto estaba apuntándome con su arma, una Magnum que guardaba en la cintura, por dentro del pantalón.

—Se acabaron las gilipolleces, novato —dijo, con la boca llena de ira y sangre—. Vas a reunirte con tu padre ya mismo.

Tensé mi cuerpo. Tenía el miedo de que mis últimos pensamientos fueran el cuerpo sin vida de mi padre y la imagen que Megan mostraba en esas horribles fotografías.

En eso se había reducido mi vida. Quise pensar en Emily, lo único bonito que me habían dejado los últimos años, pero no era capaz de crear un esbozo de su luminoso rostro en mi mente. Todo era destrucción y podredumbre.

El dedo de Caruso se tensó sobre el gatillo.

Y entonces, mientras trataba de obligar a mi mente a que virara a un pensamiento más feliz, justo antes de cerrar los ojos y dejarme ir, vi de pronto que mi verdugo se volvía hacia la puerta. Algo le había llamado la atención, probablemente un ruido que provenía del pasillo.

—¡Caruso! —pronunció una voz.

Todo ocurrió muy deprisa. Vi que el matón se volvía y se encogía para evitar lo inevitable. Pero ya era tarde. Algo le había alcanzado la parte lateral del cráneo. Se derrumbó como una muñeca de trapo. La puerta de la estancia se abrió aún más. De la penumbra emergió Venus. Sujetaba en alto una pistola con un silenciador instalado en el cañón, del que salía un hilo de humo.

Ella no dijo nada. Como si no hubiera percatado en mí, se acercó al abatido y se agachó para tomarle el pulso. Desde el suelo, al fin me miró. Asintió con la cabeza.

«Está frito», parecían celebrar sus pupilas.

De pronto, irguió el cuello. De haber sido un perro, la habría visto ladear la cabeza y alzar sus atentas orejas. Algo estaba sucediendo afuera, yo también me había percatado. Un haz de luz amarilla atravesó la ventana del despacho y se filtró por las cortinas, iluminando la estancia. El ruido de un motor al ralentí empezó a sonar. La verja principal estaba abriéndose.

Venus se incorporó y se acercó a mirar tras las cortinas, permitiendo el paso de la luz de los faros del vehículo que esperaba al otro lado de la verja. Deslumbraban.

—Ya está aquí —dijo ella para sí.

Los dóberman ladraron excitados, dando la bienvenida a su dueño, rasgando la calma de fuera, confirmando el anuncio de la asesina.

Venus acababa de matar a un miembro de la banda en la misma residencia de Califa. Yo desconocía las repercusiones que tendría esa acción, pero imaginé que no serían agradables.

Había, pues, que actuar. Cuando Milton y Califa encontrasen el cadáver, se armaría una buena. Si en algún momento albergué la esperanza de que en esa casa se produjera una reunión formal, tal posibilidad quedaba ahora totalmente descartada.

Timothy, cazado. Caruso, ejecutado por Venus. Y Califa, accediendo a la residencia. Tenía muy poco tiempo. Pensé en las fotografías de Megan que había encontrado en el archivador y entendí que ya tenía lo que había venido a buscar.

Y contaba con el principio de un plan.

Un plan muy loco.

Tan loco, que no lo habría sopesado de no continuar la ira surcando mi sistema cardiovascular. Esos tipos habían secuestrado a mi hermana y asesinado a mi padre.

Me dije, pues, que ya estaba bien de ser educado y me abalancé

contra el cuerpo de Caruso. Junto a su mano sin vida reposaba la Magnum. Del bolsillo del pantalón asomaba una llave de contacto con la palabra Ford grabada.

¿Podría lograrlo? No tenía alternativa.

Debieron pasar menos de dos segundos desde que cogí el arma y las llaves de Caruso hasta que alcancé la puerta corriendo y la cerré tras de mí. No miré hacia atrás, pero sé que Venus me vio correr, porque, justo cuando estaba cerrando, escuché un «¡Anderson!».

Muchas cosas podrían haber salido mal.

Venus podría haberme disparado, en el mejor de los casos a la pierna, antes de que yo saliera al pasillo.

Milton, que rondaba el edificio en alguna parte, podría haberse interpuesto en mi camino hacia la planta baja.

Califa, que en esos momentos accedía al jardín delantero en su flamante vehículo, podría haber oído gritos en su propiedad, lo que, seguro, habría disparado todas las alarmas, poniendo a los guardias en estado de alerta.

Eché a correr escaleras abajo sin pensar en nada de eso, porque, de haberlo hecho, el miedo me habría detenido.

Muchas cosas podrían haber salido mal. Y solo tropecé con unas pocas.

43

Ninguna sombra se cernía sobre mí según bajaba a toda prisa la escalera de caracol. Tampoco me seguía el eco de ningunos pasos. Y a pesar de todo, sabía que Venus me pisaba los talones. Esas cosas se saben.

Ya estaba en la planta baja. Unos pocos metros me separaban de la libertad. Solo tenía que atravesar el pasillo hasta el final, descender los peldaños que conducían a la sala de la caldera y trepar por la ventana antes de que ella me diera caza. Entonces me haría con el Ford Cortina de Caruso y desaparecería. Me iría lejos, lo más lejos posible. Cruzaría la frontera y no volvería a pisar suelo británico.

Solo que los planes nunca salen como uno espera. «Todos tenemos un plan hasta que recibimos el primer golpe en la cara», dijo Mike Tyson una vez.

Para aquel entonces, yo ya había recibido varios golpes, pero el que me rompió los esquemas llegó sin avisar. Quizá fuera por eso. El vulnerable sonido de un gorgoteo me interrumpió en la carrera. Acababa de pasar de largo la habitación de la niña, cuya puerta seguía abierta, tal y como yo la había dejado antes.

Me detuve. Aún hoy en día desconozco el motivo por el que lo hice. Algo me empujó a entrar en esa habitación por segunda vez.

Me acerqué a la cama y aparté un poco la sábana para ver la cara de Margot. La pequeña continuaba durmiendo plácidamente.

Entonces el mundo se pausó un momento. El piano se congeló en mitad del segundo Nocturno de Chopin. En el exterior, los perros guardianes detuvieron su ladrido. Un mosquito que estaba bailando en torno a una bombilla quedó paralizado en mitad de la acción, ni chamuscado, ni vivo.

Acababa de tener una revelación, la voz de mi alma hablándome, el golpe en la cara de Tyson, y tenía que decidir qué hacer al respecto.

«Es una locura», le contesté.

Pero el alma, cuando ataca, lo hace con fuerza. Nunca me había pasado algo semejante.

«Lo es», respondió. «Aun así…»

Era el germen de una idea abriéndose camino en mi cabeza. Una idea tan atractiva como insensata. Algo que definiría el rumbo de mi vida a partir de ese instante.

Una idea que hacía dos días no se me habría ocurrido realizar. Ahora, en cambio, me sentía diferente, con ganas de actuar…

La primera reacción de Venus había sido correr hacia la puerta para dar caza a Anderson. Fue justo el momento de poner la mano en el pomo, cuando dudó. Abajo, en el jardín, al otro lado de la ventana, Califa se dirigía a la puerta principal de la finca, sediento de buenas noticias. En primer lugar, preguntaría por la niña, eso Venus lo tenía claro. Que el cuerpo sin vida de Caruso estuviera manchando de sangre la moqueta del despacho, era un contratiempo que ella aún no sabía cómo iba a solventar, pero, en cualquier caso, lo abordaría después.

El dilema ahora era el siguiente: ¿dar caza a Anderson y añadir un nuevo cadáver a la lista de explicaciones a dar a Califa, o, al contrario, debía dejar marchar a Anderson y limitarse a entregar a la cría a Califa?

Sin duda, la segunda era la elección más sensata.

Abrió la puerta y corrió hacia la planta baja, donde Margot, sin ella saberlo, esperaba al hombre más brillante que Venus había conocido.

Los ladridos de los perros iban a despertar a la niña, afeando el mágico momento. Venus pensaba en tal banalidad cuando entró en la habitación donde antes había dejado a la cría dormida y se encontró con un escenario que no esperaba.

Un calor intenso la invadió de los pies a la nuca y de manera inconsciente apretó el silenciador de su arma.

El mundo volvió a ponerse en marcha, y cuando lo hizo, me vi bajando hacia el cuarto de la caldera con una niña de cinco años en brazos. Sin rumbo. Sin futuro. El dicho «Sigue el camino que te dicta el corazón» nunca había tenido tanto sentido.

Ahora sí, el taconeo de quien pretendía darme caza rebotó en las paredes. Precedió un grito que sonó a la cuenta atrás de un verdugo:

—¡Anderson! ¡Detente inmediatamente!

Ya estaba en el cuarto de la caldera. Margot dormía en mis brazos, factor que me facilitaba algo la vida. Cerré la puerta tras de mí y la bloqueé con el extintor que había descolgado previamente de la pared. Aquello no contendría a Venus, pero con suerte me proporcionaría unos segundos muy valiosos.

Era muy consciente de lo que estaba haciendo. No se me iba de la cabeza, de hecho. Lo cual, supongo, me convertía en el mayor insensato de la historia.

Y es que me estaba llevando a la niña por la cual la banda había organizado todo un secuestro a gran escala. Un plan íntegro a bordo

de un ferry turístico y a la luz del día, preparado al detalle y que se había cobrado algunas víctimas. Y yo estaba a punto de hacerlo estallar por los aires. No, Venus no iba a permitirlo. Me dispararía en cuanto tuviera la mínima oportunidad. No dudaría al respecto.

Por eso hice lo que hice.

Por eso, antes de trepar hasta la ventana, me detuve y perdí un segundo en abrir la válvula del gas de la caldera. ¿Por qué hice tal cosa? A modo de póliza de seguro. Venus podía disparar un arma de fuego contra un hombre que llevaba a Margot en brazos, quizá correría ese riesgo; pero no lo haría en una estancia viciada de gas butano. El gas butano es altamente inflamable. No estaba tan loca.

O eso creía.

Para asegurarme de que la mujer que se acercaba desde el otro lado de la puerta no apretaría el gatillo, tenía que hacerle consciente de lo que acababa de hacer. El gas olía y pronto toda la planta baja sería invadida por una fetidez característica que casi gritaría «¡No disparar ni prender fuego!», pero por si acaso, exclamé:

—¡He abierto la caldera, Charlize! ¡Si me disparas, moriremos todos!

No recibí respuesta. En lugar de eso, la puerta empezó a zarandearse, el extintor a arrastrarse por el suelo. Ella había llegado al otro lado y no tardaría en entrar.

Me ayudé de una pila de bombonas vacías, que arrastré contra la pared, para alcanzar la ventana. Entonces, con mucho cuidado, levanté los brazos y pasé a Margot hacia el otro lado. La deposité en lo alto del muro. Si en ese momento despertaba y se movía hacia un lado, caería desde una altura de casi dos metros sobre un suelo de hormigón. Recé porque eso no sucediera durante los pocos segundos que tardaría yo en colarme por la ventana.

El olor a gas ya era casi insoportable. Antes de pasar al otro lado, eché un último vistazo a la puerta. Casi estaba abierta. Venus me tenía al alcance de un simple disparo.

Salté al lado exterior y caí sobre los setos que separaban esa parte del edificio del jardín trasero. Entonces lo vi. No podía haber recibido una señal más clara.

En lo alto del seto, una cajetilla de cerillas se apareció ante mis ojos.

44

Otro, en otra historia, tal vez, habría dicho que la explosión sonó como un gong acompañado de fuegos artificiales. Christian Scott, que es más de *heavy metal*, pensó en el *Thunderstruck* de AC/DC.

Segundos antes, lo había sorprendido el resplandor tras los setos que daban al cuarto de la caldera, por donde hacía un rato se había colado ese chico. Resulta sencillo reconocer una llama en mitad de la noche, incluso cuando esta prende al otro lado de un muro de vegetación.

Al principio no comprendía lo que estaba pasando, pero hasta un imbécil podía concluir que algo trágico se avecinaba. Que se desate el fuego en torno a una caldera nunca es buen augurio. De haber sabido que, además, la caldera se encontraba abierta, Christian Scott se habría puesto a cubierto.

Entonces había visto a un hombre salir corriendo de entre los arbustos y subiéndose al Ford. Ignoraba lo que estaba ocurriendo, pero desde el principio tuvo claro que ese tipo no era Caruso.

El fuego asomaba ya por encima de los arbustos. De pronto, Scott sintió ansiedad por verse encadenado a esa cabaña, porque sentía que se cernía una calamidad y él no podía moverse. Era como uno de esos animales que se quedan atrapados en mitad de un desastre natural.

Las ruedas del Cortina rodaron en la gravilla antes de que el vehículo saliera disparado marcha atrás. Con una maniobra que formó una impresionante nube de humo a su alrededor, se enderezó en dirección a la valla de madera que bordeaba el patio trasero. El motor rugía.

Solo cuando el vehículo pasó junto a la cabaña, Scott pudo reconocer al conductor.

«¡El tipo de antes…!»

—¡Eh, amigo! —exclamó, zarandeándose tras los barrotes—. ¡No me dejes aquí!

Ya lo daba por perdido cuando las luces traseras del coche iluminaron la negrura de rojo y las ruedas se detuvieron.

—¡Eso es, amigo!

Scott sonrió desesperado. Nunca había tenido tanto miedo como en ese momento, no quería morir abrasado en el jardín de ese musulmán. ¿Se apiadaría ese chico de él?

El Ford Cortina dio marcha atrás y todo atisbo de risa desapareció del rostro de Scott al ver el culo del vehículo, esos dos resplandecientes ojos rojos, coger velocidad hacia donde él estaba.

Se cubrió la cabeza con los brazos.

Gritó.

En unos segundos iba a ser salvajemente atropellado.

—¡NO!

45

Pisé el acelerador hasta el fondo.

La cabaña, una mancha difusa en medio de la oscuridad, se hacía grande en mi espejo retrovisor. Solo cuando quedaban unos pocos metros para el impacto, vi a ese tipo con las dos manos aferradas a los barrotes. Sus secos y agrietados labios enmarcaban una boca abierta en un grito de auténtica desesperación.

«Apártate, idiota».

No sé por qué lo había hecho. Me refiero detener el coche en el último momento, justo antes de atravesar la valla. Ya casi había salido de los límites de la finca, cuando su voz se coló a través de la luna lateral y se filtró en mis oídos. Era ese preso estúpido. Suplicándome que lo liberara. Llamándome «amigo» una vez más.

Pensé que, seguramente, había visto el fuego y había entrado en pánico. Me invadió una fuerte sensación de piedad extrema. Ese hombre me repulsaba, no podía negarlo, pero hacía un momento me había ayudado a entrar en el edificio. Y cuando Milton se había acercado a la cabaña, pudo haberme delatado. Yo estaba allí, al otro lado y él no había tenido más que hacerle un gesto al superintendente, para que este me encontrara agazapado en la negrura. Y, sin embargo, no lo hizo. Me encubrió y dejó que continuara mi camino hacia lo que él había considerado un plan suicida.

Viéndolo en retrospectiva, no le había faltado razón.

Sentimientos aparte, también estaba el lado práctico de salvarle la vida a ese hombre. No olvidaba lo que había dicho Milton. Scott era un expolicía. Uno al que, al parecer, habían expulsado de la Scotland Yard por mala conducta, de acuerdo, pero un hombre de acción, al fin y al cabo. Con contactos y experiencia. No me gustaba la idea de viajar acompañado de un peligroso desconocido, pero yo me había convertido, no podía olvidarlo, en un fugitivo que iba por ahí con una niña desaparecida. Si quería sobrevivir a un nuevo día, me iba a venir bien la ayuda de un profesional.

Pisé el freno en el instante preciso y las ruedas del Cortina se aferraron a la tierra. Calculé bien. La parte trasera de la carrocería impactó contra una cara de la cabaña, llevándosela por delante como si fuese de papel, haciendo un boquete en la madera. Un segundo más y quizá habría derribado la construcción por completo, atropellando a

Scott. Pero calculé bien y ahora él estaba allí, acurrucado en una esquina, esperando a que la muerte se lo llevara.

La cadena que mantenía anclado su tobillo estaba ahora libre. El impacto había hecho añicos el área al que se encontraba sujeto.

Bajé la ventanilla de mi lado y le grité:

—¡Sube! ¡Rápido!

Nunca olvidaré cómo se le iluminó la cara. Se arrastró hasta el vehículo como un cachorro contento y en menos de un segundo estaba sentado en los asientos traseros, contaminando el habitáculo con su fetidez inmunda. Recuerdo pensar que solo faltaba que me saltara al regazo para lamerme la cara.

—¡Date prisa, ya están aquí! —gritó, mirando a través de la ventanilla.

Me volví para comprobar a qué se refería. El superintendente Milton acababa de doblar la esquina y corría hacia nosotros acompañado de dos guardias y sus respectivas fieras, cuyas mandíbulas despedían gruesos hilos de baba.

Si hay una cualidad que debe tener todo corredor de bolsa que se precie, es la capacidad analítica en los momentos de mayor presión. Mantener la calma cuando todo se derrumba; cuando cada segundo cuenta; cuando el menor movimiento puede ser crucial. Nunca pensé que ese don que yo tenía me serviría para escapar con vida de una mansión llena de mafiosos peligrosos, pero el caso es que, en el fragor de la huida, me percaté de algo. Y era que Milton no corría hacia nosotros. Se estaba dirigiendo hacia el Range Rover. Aquello tenía todo el sentido del mundo: no albergaba ninguna posibilidad de alcanzarnos a la carrera, sin embargo, su cuatro por cuatro era una máquina que ganaba en potencia al Ford Cortina por goleada.

Como en una partida de ajedrez, predije, pues, su movimiento y me anticipé a él.

Todavía con la marcha trasera puesta, pisé el acelerador y moví el volante hasta tener el Range Rover justo detrás de nosotros.

Entonces aceleré.

El superintendente me leyó las intenciones y apretó el paso, pero eso no era lo que a mí me preocupaba. El verdadero riesgo estaba en…

—¡Amigo, la caldera! —gritó Scott, golpeando mi asiento con los puños como si fuese un saco de boxeo—. ¡Esto va a estallar!

Tras el Range Rover, el fuego se había extendido hasta ocupar casi toda la fachada trasera. Dediqué una décima de segundo a pensar que el cuarto que se hallaba justo al otro lado del muro era ahora una cámara de gas butano, altamente inflamable. Después perdí una segunda décima en preguntarme dónde se habría metido Venus.

Aplasté el freno y volví la cabeza. Los ojos de Milton

relampagueaban muy abiertos al reflejo con el fuego. Se encontraba a menos de diez metros de su coche.

Pero yo ya estaba allí.

—¿Qué coño haces? —Scott era un manojo de nervios.

Saqué el brazo por la ventanilla. Nunca había blandido una Magnum cargada. Sentía su poder.

Apunté a la rueda trasera y apreté el gatillo.

A la primera erré el tiro.

Milton casi tenía el todoterreno a su alcance. De reojo vi que se llevaba la mano al interior de su abrigo. Cuando volví a verla, portaba un arma reglamentaria. Él no iba a fallar.

Entonces disparé a discreción y el neumático por fin estalló. Luego vacié el cargador contra la rueda delantera, que también cayó.

El primer disparo de Milton pasó rozando mi sien y acabó impactando en el techo del Cortina. Scott gritó un improperio.

Subí la ventanilla, manipulé la palanca de cambios y pisé a fondo el acelerador. Noté que las ruedas giraban en el sitio en un momento dramático.

Para cuando el superintendente descargó un segundo disparo, ya estábamos surcando el jardín a lomos de nuestro potro particular de carrocería rojiza. Los listones de madera que nos separaban del extenso prado saltaron por los aires a nuestro paso.

Yo no lo vi —estaba demasiado excitado—, pero, más tarde, Scott me contaría entre carcajadas que a Milton le había cambiado la expresión cuando él le había dedicado su dedo corazón contra la ventanilla.

No hubo más disparos. Una explosión tiñó la noche de un rojo intenso a nuestra espalda y pude sentir que la temperatura aumentaba dentro del coche. El espejo retrovisor interior se llenó de fuegos artificiales.

No relajé las manos al volante, mantuve la presión en el pedal y mis oídos permanecieron cerrados a las muestras de euforia de Scott, hasta que encontramos una carretera secundaria por la que pudimos alejarnos rápidamente.

Solo entonces volví al mundo real.

Mi primer acto fue mirar hacia el asiento del acompañante. No sé por qué lo hice.

Allí, tumbada de lado, Margot Lane se desperezó, abrió un poco los ojos y emitió un gracioso bostezo. Entonces se volvió y, por un segundo, se me quedó mirando con atención. Pestañeó. Algo despertó en un recoveco de mi interior. Algo muy real y desconocido. Era ese pestañeo. La bala de Milton no me había alcanzado, pero el pestañeo de esa cría… caramba, me había dado en el centro de la diana.

Acto seguido se recostó hacia el otro lado para volverse a dormir.

Como si las explosiones de gas, los desconocidos y las fugas sobre ruedas fueran rutina para ella.

Habíamos sobrevivido. Habíamos escapado de la residencia de Califa. Y nos habíamos llevado a la niña.

Ya no había vuelta atrás.

Alargué el brazo derecho para tapar con la manta el hombro de Margot, que había quedado al descubierto.

Sabía lo que debía hacer a continuación. Iba a remendar mis errores.

Esa noche, Helen Lane volvería a abrazar a su hija.

Lo que sería de mí después, estaría por ver.

46

Se incorporó de forma violenta, como un animal salvaje que ha sido liberado después de permanecer encadenado.

No sabía dónde estaba, ni qué hora era. Ni siquiera sabía si estaba viva o si, por el contrario, las ascuas que crepitaban a su alrededor se debían a que se encontraba en la antesala del infierno.

Un infierno merecido, Venus era consciente de esto.

Pero entonces las formas empezaron a volverse nítidas delante de sus ojos y vio el rostro de Califa ante ella. Sonreía aliviado, se notaba que, hasta hacía un segundo, había estado preocupado.

—Ya está, todo ha terminado —le dijo él con ese acento mitad árabe, mitad británico, que tanto la reconfortaba siempre.

Allí estaba él de nuevo, como aquella noche en los barrios bajos de Chicago, cuando sus caminos se habían cruzado por primera vez. Apoyando su mano en su espalda. Mirándola a los ojos. Salvándola del abismo.

Venus empezó a recordar.

Estaba con Anderson en el despacho de Califa. El cadáver de Caruso en el suelo… y ella observando desde la ventana la llegada de su amo. Se había descuidado un segundo. No debió permitir que Anderson cogiera las pertenencias de Caruso y echara a correr. Un error imperdonable por su parte.

Ella había corrido a por la niña. Quería darle una alegría a Califa a su llegada, recibirlo con aquello que tanto ansiaba. Pero Anderson se le había adelantado y cuando entró en la habitación donde dormía la cría, ella ya no estaba allí.

Recordó haberlo seguido con la intención de matarlo. Ese chico le había caído bien, incluso había hablado en serio cuando le insinuó que se acostarían juntos, que pasarían un rato agradable, cuando hubiera terminado todo. Pero ya no iba a ser posible. Anderson, con su conducta, acababa de convertirse en su presa. Había elegido el bando equivocado, firmando su maldita sentencia de muerte.

Lo habría ejecutado allí mismo si él no hubiera corrido el riesgo de abrir el gas de la caldera. El olor la había golpeado de inmediato.

Todos estaban vivos de milagro.

Ella, al ver las cerillas prendidas sobre el hormigonado del cuarto de la caldera, que para entonces ya apestaba a butano, debió de haber

salido corriendo. No lo recordaba. Puede que la onda expansiva de la explosión la empujara hasta la mitad del pasillo de la planta baja, que era donde había despertado.

Todo era una confusa nebulosa, pero por suerte estaba sana y salva, y Califa también.

Accedieron al jardín trasero cogidos del brazo y escoltados por tres de los cuatro guardias que esa noche estaban de servicio. Los dóberman caminaban excitados junto a Califa, lamiéndole la mano libre, entre cuyos dedos sostenía lonchas de beicon crudo.

Los resquicios de las llamas iluminaban una montaña de astillas y tablones convertidos a pedazos en el lugar donde antes se alzaba la cabaña. No había ni rastro de Christian Scott. En cuanto al edificio principal, toda la fachada era una mancha negra, la huella de hasta donde se habían extendido las llamas. Donde antes había arbustos y flores, no quedaban más que escombros y ceniza.

Califa encendió una linterna cuyo haz de luz desveló las huellas de unos neumáticos; dos líneas curvas, paralelas entre sí, que iban desde el lugar de la explosión hasta más allá de los límites de la parcela. Los ojos de ambos se detuvieron en la valla de madera, ahora una salida astillada hacia la oscura pradera.

—¿Qué ha pasado, Venus? —La voz de Califa era ahora un lamento tenue. El empresario despiadado acababa de salir a la luz y observaba la tragedia como, seguro, miraba a un contrincante inferior o a un reportero tocapelotas.

Ella meditó la respuesta.

Podía confesar que ella había disparado el arma que había tumbado a Caruso en su despacho. Que lo había hecho para salvar la vida de Anderson.

Podía decirle que, por su culpa, Anderson había escapado con el deportivo de Caruso y se había llevado a la cría con él.

Pensó en liberarse admitiendo que había sido ella quien, en uno de sus incontrolables ataques de ira, había acudido al patio trasero, con las cerillas en la mano, con la intención de quemar a Scott vivo. Eso la llevaría a confesar el hecho de que, al escuchar gritos en el interior, había cambiado de planes, corriendo a salvar a Anderson y dejando el cajetín con las cerillas entre los arbustos. Al alcance de cualquiera. Ella nunca habría imaginado que Anderson hubiera tenido la valentía de prender las cerillas —¡Sus cerillas! ¡Qué idiota había sido al arrojarlas sobre esos arbustos, a su alcance!— y arrojarlas al interior del cuarto de la caldera para provocar el incendio. Un incendio cuyas llamas, en contacto con el gas butano liberado, había causado la explosión que casi los borra a todos del mapa. Jamás habría dicho que el tipo nervioso y dubitativo que le había abierto la puerta la mañana anterior hubiera sido capaz de hacer volar por los aires la residencia

de Califa y llevarse a la cría con él.

Venus podía haberle hablado a Califa de todo eso.

Pero optó por la mentira.

—Neil Anderson nos ha engañado —contestó con frialdad—. Llegó por la puerta de atrás, mató a Caruso a traición y cogió a la niña. Después hizo estallar el cuarto de la caldera y huyó en el coche de Caruso.

—Entiendo. —Era una respuesta neutra pronunciada en un tono neutro. Resultaba imposible de adivinar si se lo había tragado.

Venus miró a su alrededor. De pronto, echaba a alguien en falta.

—¿Qué ha pasado con Milton?

—Uno de los guardias lo ha llevado al hospital. La explosión lo alcanzó de lleno.

—¿Está grave?

—Quemaduras en brazos y en una zona de la cara. Sobrevivirá.

Venus apretó los músculos de la mandíbula. Era un parte médico que le provocaba inmenso placer. El superintendente Milton no le caía para nada en gracia. Imaginar que en ese momento estaría revolviéndose de dolor en la cama de un hospital suponía la gran alegría del día.

—Venus.

Ella lo miró a los ojos. Habían aparecido arrugas nuevas alrededor de ellos. El acetrinado y fresco rostro de Adil Al-Sayid era ahora el de un hombre atormentado.

—¿Sí, Califa?

—Quiero que lo encuentres. —Sus pupilas se dilataron como las de un gato en la oscuridad—. Trae a la niña de vuelta. ¿Harás eso por mí?

Venus sintió un estremecimiento. No importaba si su amo la hubiese creído. Con Caruso muerto, Timothy fuera de juego y Milton en el hospital, ahora ella se había convertido en su soldado de confianza. Y ella no era como esos tres matones de pacotilla.

Caminó unos pasos en mitad de la noche y se detuvo sobre las huellas del deportivo. Dirigió la mirada hacia la valla destrozada y se quedó observando la nada, como si pudiera atisbar a Anderson a millas de distancia. Como si lo tuviera frente a ella, a solo unos pies.

—Lo encontraré y lo mataré —dijo al aire, cos los puños apretados. El cuerpo le temblaba. Era el fuego de la venganza que corría por sus venas—. Traeré a esa niña de vuelta, Califa.

Él se situó a su altura y la rodeó con los brazos. Entonces la besó en la coronilla. Un beso tierno. Un voto de confianza. Un «me alegro de que estés viva».

Solo entonces, Venus dejó de temblar.

47

En mis años adolescentes y vulnerables, aquellos en los que la personalidad es forjada, mucho antes de que mi padre muriera, él solía repetirme un consejo que ha estado flotando en mi inconsciente desde entonces:

«Siempre que te enfrentes a un dilema difícil, piensa en un hombre honrado, el más honrado que se te ocurra, y trata de adivinar la decisión que tomaría él».

No decía nada más, se limitaba a darse la vuelta y desaparecer. Siempre hemos sido reservados en nuestra comunicación y yo entendía que aquel comportamiento hablaba por sí solo de lo que mi padre opinaba de mí: para él, yo era lo bastante inteligente para comprender que sus palabras escondían más de lo que parecía.

En consecuencia, me enorgullezco de asegurar que todos mis juicios han estado guiados por lo que comúnmente se conoce como «ser un buen hombre». Incluso después de que se me abrieran las puertas de ese mundo material y de cuestionable moralidad que era la bolsa de Wall Street, siempre tuve muy presente cuál era el camino correcto y procuré, dentro de mis posibilidades como simple ser humano y con permanente miedo de perderme, no salirme de él.

Forzar la cerradura fue pan comido para Scott. Mi primera reacción había sido llamar a la puerta, pero mi improvisado acompañante me agarró de la muñeca en el último segundo.

—¿Estás loco? Eres el secuestrador de esta niña —me dijo entre susurros y miró a Margot, que seguía bajo el embrujo de Morfeo, sobre mi hombro—. No puedes llamar a la puerta sin más y devolvérsela. ¿Qué piensas decirle? «Hola, ¿has perdido una niña? Creo que es tuya».

Scott tenía razón. Fue una suerte contar con su ayuda en ese momento crucial, y no solo por saber forzar cerraduras de baja gama. Según la ficha que les había facilitado Milton la tarde anterior, Helen Lane vivía en un humilde apartamento de protección oficial al norte de Reading. Daban casi las cuatro de la madrugada cuando dejamos el Ford Cortina aparcado en una estrecha y solitaria calle. A pesar de la hora, la sede de la Scotland Yard debía estar aún en efervescencia, especialmente si ya habían encontrado el cuerpo sin vida de Todd Collins, la misma noche en que una niña desaparecía a bordo del ferry

Thames Happy Cruises. No sé si me habría atrevido a deambular por esas calles con Margot en brazos, de no ser por Christian Scott.

Afortunadamente, antes de ser un fugitivo, Scott había sido policía. Conocía los protocolos, las rutas y, lo más importante, sabía cómo acceder a las emisoras radiofónicas internas de la Scotland Yard.

Era como jugar al *Pac-Man* siendo el programador.

Así pues, esperamos en el interior de nuestro nuevo vehículo, con las luces apagadas y recostados contra los asientos, hasta que tuvimos vía libre. Entonces salimos del Cortina y nos pusimos manos a la obra. Apenas nos cruzamos con un par de civiles en nuestro corto camino desde el coche hasta el apartamento de Lane.

Solo quedaba entrar en la casa, dejar a la niña en su cama y desaparecer. Helen Lane, al despertar al día siguiente, vería a su hija en su dormitorio y se preguntaría si todo había sido producto de un mal sueño.

Scott se quedó haciendo guardia en la puerta del domicilio, mientras yo procedía a la entrega de la niña. El edificio, como la mayoría de la ciudad a tan intempestivas horas, estaba sumido en el silencio. En lo que probablemente no se parecía al resto de los edificios, era en la distribución y la sensación ambiental.

Comenzaré con la distribución, aunque directamente debería llamarlo desorden. Cajas de cartón, briks usados y abrigos amontonados, que prometían todo el glamour y los lujos de un herpes genital, me impedían el paso casi desde el recibidor. A mi derecha quedaba la cocina, un estrecho habitáculo de baldosas ennegrecidas, que me hizo pensar en mi piso de Brownsville como a un lugar acogedor. De la pila sobresalían cazos viejos y sartenes con restos secos de comida que, seguro, estaban haciendo las delicias de unos repugnantes insectos. No quise acercarme a comprobarlo. Desde la puerta pude ver varias botellas de ginebra a medio beber, alineadas sobre la encimera.

La sensación ambiental era un ataque a las fosas nasales. El ambiente cargado, propio de un lugar cerrado que no ha sido ventilado en varios días, se alimentaba de un fuerte olor que me recordaba a frituras, toallas húmedas y marihuana. Todo eso a la vez. Si una familia de perros de agua hubiera convivido allí durante una semana después de dar un paseo bajo la lluvia, no habría olido peor.

Algo en ese lugar me recordó el «esa mujer es una yonqui» que dijo Venus y tuvo el efecto de estimular mi curiosidad.

Con cuidado de no pisar nada indeseado, me adentré en el oscuro pasillo en busca de la habitación de la niña, pero antes di con el dormitorio principal. Tenía la puerta semiabierta y no pude contenerme, así que me asomé.

La gama cromática de la habitación podía decirse que rondaba en

torno al «amarillo apagado», aunque se acercaba sospechosamente al tono de la orina. Helen dormía en el suelo, boca arriba, sobre un colchón infantil y enredada en sábanas arrugadas. En la comisura de los labios se le veía un hilo de baba seca y uno de sus pechos se había salido por un lado del camisón, conformando una visión dantesca. Su bíceps izquierdo estaba rodeado por un compresor. Aquello me dejó de piedra. De no haber proferido profundas exhalaciones que se acercaban a la categoría de ronquido, habría dudado de que estaba viva.

La ausencia de cortinas permitía el paso de la luz de la luna a través de una estrecha ventana. Esta incidía, casi como una indicación divina, en la mesita de noche de Helen. Junto al despertador había un vaso de agua lleno hasta la mitad, un blíster de pastillas y una jeringuilla. Me recordé a mí mismo que estaba al día con las pautas vacunales y, sujetando fuertemente a Margot con una mano, con la otra, me arriesgué a coger la jeringuilla y me la acerqué a los ojos.

No hacía falta ser un agente de la DEA para saber que aquello era una droga dura.

Me quedé mirando todo aquello, envuelto en una especie de hipnosis temporal. Luego, empujado por los latidos del corazón de Margot contra mi propio pecho, observé a su madre una vez más.

El pequeño colchón, que debía de pertenecer a Margot, estaba rodeado de peluches y pañuelos usados, todos esparcidos por el suelo.

Todo aquello, la droga, los peluches, el compresor, hacía suponer que Helen Lane no había pasado una noche fácil.

Antes presumía de mi moral de hierro, pero debo admitir que, como todo, esta tenía un límite, al fin y al cabo. La ética te puede guiar durante toda tu vida, pero, llegado a cierto punto, cuando está sobre la mesa el destino de una vida inocente, cuando el coraje personal de uno es puesto en tela de juicio, no queda otra que tomar la decisión difícil.

La otra tarde, en el hostal, había mentido a Venus cuando le dije que la policía encontró a mi padre muerto en un callejón. George Anderson murió pocas horas después, en la cama de un hospital. Esa noche pude haberme despedido de él, pero no lo hice. En vez de eso, miré su cuerpo magullado y le dije: «¡Maldito seas, cabrón, no vas a morir aquí, tenemos que encontrar a Megan!». No llegó a ver salir el sol.

Esas palabras, las últimas que le dediqué, me persiguen desde entonces y lo harán hasta el fin de mis días. Allí, en medio de ese vertedero que Helen llamaba hogar, con una niña de cinco años entre mis brazos, pensé que no quería llevar sobre mi conciencia otra cosa de la que arrepentirme de por vida. Si dejaba a Margot en esa casa, con esa mujer, que era lo que se suponía lo correcto, era muy posible

que algún día, la niña saliera del edificio y terminara en un oscuro callejón, mezclándose con malas compañías o probando sustancias que acabarían con su futuro para siempre. Como le pasó a Megan.

Yo no soy un hombre valiente, no lo he sido nunca.

O quizá un poco sí; al menos es lo que me dicen todos, cuando aseguro que me ducho con agua fría en invierno.

Tomar esa decisión que requería de tanto coraje, podría compararse al acto de activar el grifo de agua helada y quedarse quieto debajo.

Un impacto que debe afrontarse de golpe y sin pensar.

Porque, si lo piensas, estás perdido.

Y allí me encontraba, armándome de valor para dejar a esa niña con su madre, condenándola a un futuro oscuro y miserable, cumpliendo con mi deber como ciudadano, cuando algo se movió junto a mi mejilla acompañado de un sutil gemido. Margot se había despertado en el peor momento. Me puse tenso y, absurdamente, me llevé el dedo índice a los labios para que ella no hiciera ruido. Como si el hecho de estar en brazos de un adulto desconocido en mitad de la noche no fuera ya de por sí aterrador para una cría.

Entonces sucedió algo extraño.

Margot se me quedó mirando muy fijamente. Luego, sin que yo pudiera reaccionar, extendió su brazo y me acarició el mentón, provocando una serie de explosiones en mi interior. Por último, hundió la cabeza entre mi cuello y mi hombro y se acurrucó exhalando un ronroneo.

El acto de Margot Lane, en ese preciso momento, fue mi chorro de agua fría.

Nunca se lo dije a mi padre, pero el hombre honrado que mi yo adolescente siempre dibujaba en su mente era él, George Anderson. No podía haber sido otro.

No sé si la decisión que tomé esa noche fue la mejor, pero quiero pensar que fue la que él habría tomado.

También sé que, aún hoy en día, sigo sin arrepentirme de ella. Eso tiene que significar algo, ¿no, papá?

En ocasiones, el coraje se demuestra haciendo lo que no se espera que hagamos.

Sujeté la coronilla de la niña con la mano —suave y sedosa como la crin de un potro— y juntos dejamos ese lugar inmundo atrás.

No atendí a la cara de incrédulo que me dedicó Scott cuando pasé por su lado en dirección a la calle. Tampoco hice caso de las voces de mi interior que me advertían del desafío en el que se iba a convertir mi vida si me llevaba a la niña conmigo.

Por primera vez, sentía que avanzaba en la dirección adecuada.

Volvimos al Cortina y dejé que Scott lo condujera esta vez. Yo me

quedé en el asiento del copiloto, con Margot en brazos. No quería dejarla sola. Quería que en los primeros minutos de su nueva vida se sintiera arropada. De alguna manera, deseaba transmitirle la seguridad que yo estaba dispuesto a darle.

—¿Hacia dónde? —preguntó Scott cuando cruzamos los límites de la ciudad.

La pregunta no me pilló por sorpresa. Había estado madurando la respuesta desde el momento en que encontré esas fotos de Megan en el archivador del despacho de Califa. A simple vista, todas eran similares. En todas aparecía mi hermana encerrada en ese austero dormitorio. Sin embargo, una de ellas incluía un secreto. Algo oculto para la mayoría, pero no para mí.

Lo había identificado nada más verla. En una de las fotos, que ahora guardaba como oro en paño dentro del bolsillo de mi pantalón, la agonía en el rostro de mi hermana era menos reconocible que en las demás. El motivo era el contraluz que generaba la pequeña ventana que Megan tenía a su espalda. El día era soleado en el exterior y, aparte de los verdes riscos de una montaña y un tramo de un puente, no se distinguía nada más.

Pero aun así, había sido suficiente para mí.

Desde que era una niña que estaba aprendiendo a hablar, a Megan siempre le habían fascinado los trenes. Mis padres y yo habíamos atribuido la curiosa atracción al tramo elevado que recorre el metro de Nueva York a su paso por Queens. Cada vez que el tren surcaba ese tramo en nuestra presencia, ella se quedaba embobada, mirando el paso de los vagones frente a sus ojos.

Más tarde, cuando cumplió ocho años, mi padre la sorprendió trayendo a casa una réplica en miniatura del Jacobite, famoso tren de vapor que circula para el turismo en parte de la línea *West Highland Line*, en el oeste de Escocia. Megan se obsesionó con ese tren, hasta el punto de llamar a su primera mascota, un hámster ruso, Jacobo. Durante la entrada a la pubertad, cuando otras chicas empapelaban su habitación con posters de Jim Morrison, Paul McCartney o Robert Redford, ella cubrió su pared principal con un puzle de dos mil piezas del mencionado tren.

Por eso no había dudado, lo había reconocido según lo vi tras la ventana de esa fotografía. El puente era la clave. La luz del sol parpadeaba sobre los raíles de hierro que eran sostenidos por una serie de veintiún colosales arcos de piedra. Estos constituían el viaducto curvo de Glenfinnan desde su construcción, en 1898. El tren que transitaba por Glenfinnan, dejando tras de sí una estela de vapor en su recorrido entre Glasgow y Mallaig, no era otro que el Jacobite.

Posando delante de aquella ventana, Megan me estaba indicando su ubicación, el lugar donde la tenían retenida.

—Hacia el norte —contesté. Scott se quedó mirándome.

—Tendrás que ser más específico.

—Yo voy a Escocia —dije con una solemnidad fruto de la emoción que me embargaba—. Tú puedes quedarte donde quieras.

Soltó una carcajada.

—Mi abuela materna era de las Highlands —aseguró y pisó el acelerador, haciendo que el Ford Cortina se embalase—. Siempre he querido volver allí. Además, ¡me chifla el whisky, amigo! No pienso dejarte ahora.

—Veo que las malas noticias no acaban nunca —dije entonces y los dos rompimos a reír.

La situación era, en cierto modo, divertida. Era un excorredor de bolsa, en un país extranjero, huyendo de la policía y de una organización criminal, con una niña que no era mía y utilizando un vehículo robado. Lo que me convertía, por definición, en un fugitivo extrafronterizo, secuestrador, padre adoptivo y ladrón de coches. Y todo eso, acompañado de un chiflado que había sido expulsado de la policía.

Era Neil Anderson, forajido y hermano.

«Vivir es fácil con los ojos cerrados…» Yo llevaba mucho tiempo andando por la vida a oscuras y pensé que era el momento de abrir los ojos.

A nuestra derecha, más allá de las lomas del este de Londres, justo donde alcanzaba la vista, el sol ya asomaba, tímido. Esa mañana brillaría con un rojo más intenso que nunca.

Me hice una promesa. Iba a rescatar a mi hermana.

Acababa de dar comienzo mi nueva vida.

Fin.

GRACIAS POR LEER 'MARGOT'

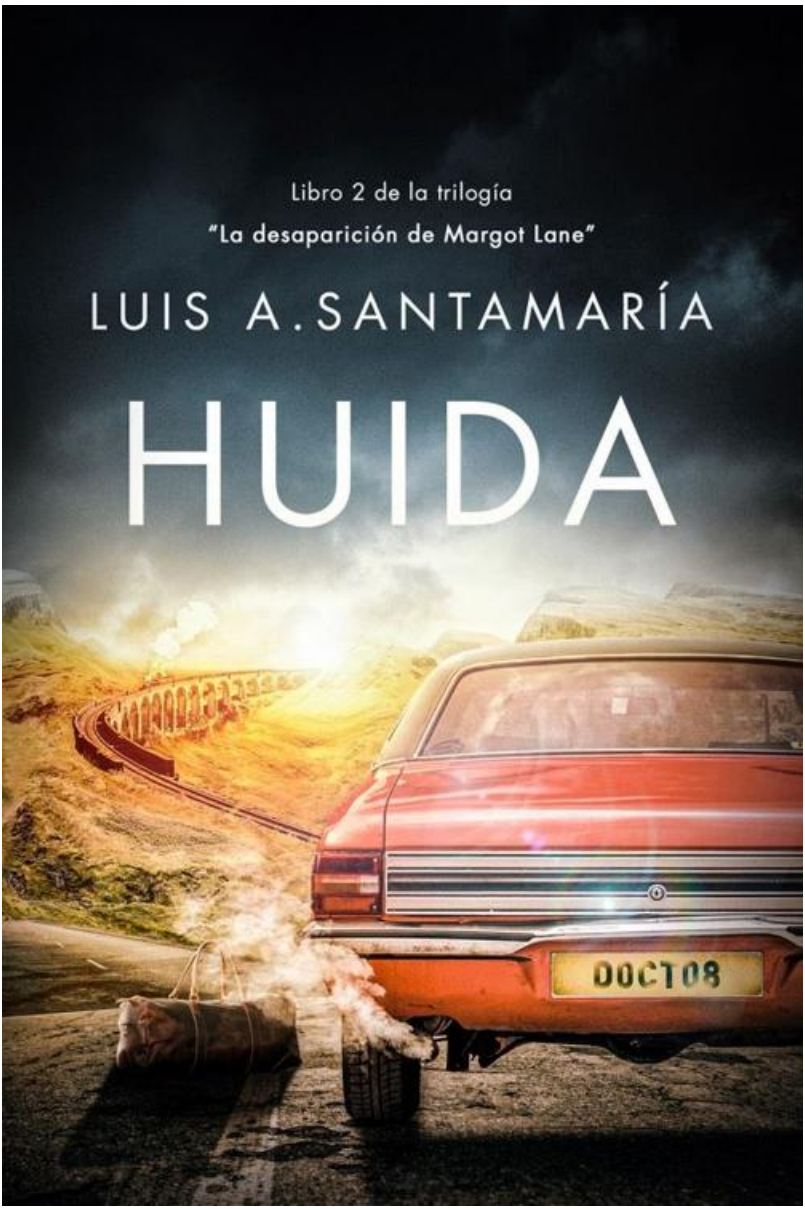
Si has disfrutado de esta historia, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon:

Valora la novela en Amazon

Tu opinión es importante para mí. Te estaría muy agradecido y ayudaría a que otros lectores conozcan la novela.

HUIDA

LIBRO 2 DE LA TRILOGÍA LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE



Acompaña a Neil en su búsqueda con el segundo libro de La desaparición de Margot Lane: 'Huida'

«La verdad oculta es siempre aterradora.»

Tras huir de la mansión de Califa con la ayuda de Christian Scott, Neil Anderson viaja a Escocia con el objetivo de encontrar a su hermana desaparecida.

¿El problema?

Que Venus, la asesina predilecta de Califa, los persigue y ha jurado matarlos.

Que la Scotland Yard los busca por secuestro y posible asesinato.

Y que una preciosidad rubia de cinco años viaja en los asientos traseros con un misterioso tatuaje en el brazo. Neil no sospecha los secretos que esconde el tatuaje de la tierna Margot.

Cuatro años antes, el ingeniero civil Patrick Mulligan descubre, de la mano de una estudiante de la Universidad de Míchigan, un error en sus diseños que podría tener consecuencias catastróficas.

Resérvala en preventa

UN LIBRO GRATIS

Consigue un ejemplar gratis de *El secreto de Oli*, novela que ya acumula más de 6.000 reseñas en Amazon, uniéndote a mi lista de correo:

Lista de correo de Luis A. Santamaría

También estarás al día de los nuevos lanzamientos, promociones y contenidos exclusivos.

AGRADECIMIENTOS

En pleno 2021, durante el proceso de escritura de *Entre líneas*, llegué a obsesionarme con una de las subtramas de dicha historia. Me sucede a menudo. Me refiero a lo de la obsesión por las tramas. Pero este caso, sí, definitivamente era diferente.

La historia de Neil Anderson y Margot Lane se coló en mi subconsciente como una lombriz, y la necesidad de escribir al detalle el origen de estos dos personajes me perseguía como un picor que pide que le rasquen.

Lo que vulgarmente se conoce como tener una espina clavada.

Dos años después, puedo decir que me he quitado la espina.

Ha sido un inmenso placer meterme viajar al corazón de Manhattan, a principios de los años 80, y meterme en la piel de un joven Neil Anderson. Espero que ese disfrute haya sido el tuyo al leerlo.

Dicho esto, admito que hubo un tiempo en que estaba seguro de que, a medida que pasaran los años, escribir se volvería más fácil. Como un trabajo rutinario.

La que acabas de leer es, además de una molesta espina clavada, mi décima novela y te aseguro que no ha tenido nada de fácil. Si algo he aprendido es que no existe escritor que, independientemente de su talento, pueda llegar muy lejos sin un buen equipo de trabajo en quien confiar. Porque estoy convencido de ello, esta página es por ellos:

Gracias a mi diseñador, Pedro Tarancón, porque siento que estamos progresando juntos. Hacemos un equipo fantástico y eso solo puede ser gracias a su valor humano y profesional.

A mi correctora ortotipográfica Ana Vacarasu, porque siempre está disponible, y porque es capaz de ser sincera e implacable sin perder el sentido del humor. Sus anotaciones son capaces de provocarme escalofríos y también carcajadas.

Gracias a mi amigo Alfonso Palazón, por acompañarme con cada historia y pulirlas en aquellos puntos donde es necesario un cambio de perspectiva.

A mi familia. Los de siempre. Inigualables y cada vez más necesarios. Os quiero.

A Silvia, mi eterna compañera de viaje y mejor socia. El lector no es consciente de la cantidad de escenas de la novela que son lo que son gracias a ella. Ha sido un placer participar en un secuestro contigo. ¿Para cuándo el siguiente?

Y por último, gracias a ti, querido lector. Por pasar, como siempre, un buen rato con mis historias, que es lo que cuenta. Espero que te hayas divertido, cuento contigo para la aventura que está por venir.

¡Abróchate el cinturón!

Puedes encontrarme, entre otros sitios, en mi web de autor:

www.luisalbertosantamaria.com

ACERCA DEL AUTOR

Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado tímida para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

Luis es miembro del jurado del Premio Amazon Storyteller desde el año 2022.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:

OTROS THRILLER DE LUIS A. SANTAMARÍA

SERIE MÓNICA LAGO

1. Entre bambalinas

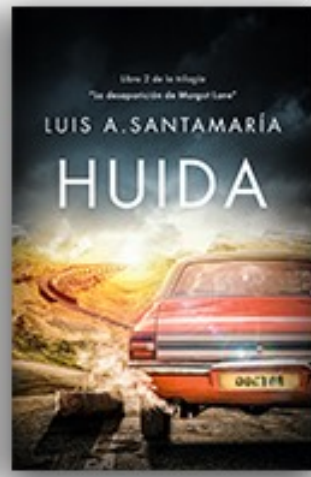
2. Entre líneas (premio Amazon 2021)

3. Entre viejos desconocidos

4. Secretos entrelazados

TRILOGÍA 'LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE'

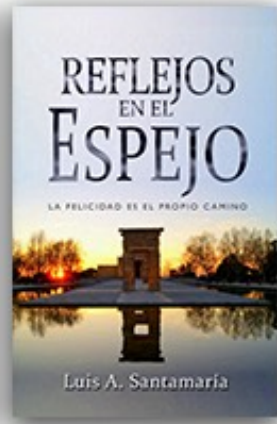
1. **Margot**
2. **Huida**



SERIE OLI

1. **El secreto de Oli**
2. **El aleteo de la mariposa**
3. **Veinte veintitrés**

MÁS SUSPENSE

Mensajes ocultos

Reflejos en el espejo